



MENTIRAS DE HIELO

Marta Andrés

éride ediciones



LetraNe



Prólogo

Nueva York

Martes, 6 de julio de 2010 – 2,00 horas.

¡Por fin un respiro! ¡Hacía semanas que Elsa Maqueda no se divertía tanto! Y lo mejor estaba por llegar: en menos de veinticuatro horas estaría de vuelta en casa.

Miró a su alrededor, también los demás parecían estar pasándolo en grande. Unas horas antes se había dado por finalizado el primer año del máster en psicología criminalista que ella había escogido para completar su carrera profesional. Como colofón a meses de duro estudio e increíbles prácticas, la dirección de la escuela había organizado un fin de semana en un céntrico hotel de Nueva York, donde se celebraba un ciclo de conferencias con los expertos más destacados en este campo. La última había tenido lugar esa misma tarde y el tema tratado no podría haber sido más interesante: Asesinos en serie. ¡Fascinante!

«¡Estás enferma! —se dijo a sí misma—. ¿Cómo puede gustarte estudiar a esos individuos sin escrúpulos?»

Esbozó una ligera sonrisa al recordar cómo había llegado hasta allí. Los comienzos habían sido duros: el disgusto de su madre al conocer su decisión de irse a estudiar fuera, aparcar el trabajo temporalmente —uno que además adoraba—, el cambio de ciudad, de país, de clima, de costumbres y, lo peor de todo, la incómoda sensación de soledad permanente. ¡Un auténtico

suplicio! Pero hoy, un año después, la cuestión era, ¿ha valido la pena? «¡Sin duda!».

—¡Elsa! —le llamó John, alejándola de sus cavilaciones—. ¡Ven! Te estamos esperando —dijo en inglés.

—Voy a por una copa —respondió, en el mismo idioma con una pronunciación perfecta.

Eran más de las dos de la mañana pero nadie parecía querer irse a la cama. Todos los compañeros se encontraban en la discoteca del hotel tras haber disfrutado de una exquisita cena de despedida. Esa noche dormirían en las elegantes habitaciones de la primera planta y, a la mañana siguiente, cada uno de los integrantes del máster se iría a pasar las vacaciones de verano a sus respectivos lugares de origen. Hasta septiembre no tendrían que reincorporarse para comenzar el nuevo y último ciclo del curso.

Ella localizó la barra y fue en busca de una bebida. Tenía la boca seca. Pidió un whisky con Coca-Cola. Era la segunda copa de la noche, pero ¿qué había de malo? Estaba de vacaciones y dos copas no la convertirían en una alcohólica.

Dio un pequeño trago. «Delicioso». Agarró con fuerza el vaso y se giró buscando a sus amigos.

—¡Mierda! —gritó, cuando más de la mitad de su bebida se derramó en su camisa de seda blanca.

—Lo siento... —se excusó un joven que había chocado accidentalmente contra ella—. No te he visto.

—Ya me he dado cuenta —apuntó, empapada, levantando la vista hacia aquel individuo que hablaba su idioma.

Tendría, más o menos, su misma edad, cabello castaño y unos enormes ojos verdes. Sus facciones eran suaves: nariz afilada, labios carnosos... y una sonrisa que quitaba el hipo.

—Española, ¿eh?

—Eres muy perspicaz —dijo, sin poder desviar la mirada de esa boca tan sensual a la que le costaba dejar de sonreír.

El joven rio a carcajadas. Estaba claro que la cortante contestación de ella no le había afectado en absoluto.

—Entiendo que estés enfadada. Acabo de fastidiarte la noche —repuso, sin apartar los ojos de la camisa mojada que dejaba entrever la forma de sus pechos.

—Y una camisa de doscientos euros —respondió ella, en venganza a aquella mirada pecaminosa.

—¡Vaya! Lo lamento. Te daré el número de mi habitación y puedes cargarme el importe de la lavandería.

—Es broma —confesó, apiadándose de él al verle tan contrariado—. La compré en un mercadillo. Tranquilo, creo que podré soportar la pérdida.

—Al menos, déjame invitarte a otra copa.

—Te lo agradezco, pero será mejor que vaya a cambiarme. Estoy empapada.

—Sí, claro, qué tonto. Quizá luego...

—Quizá.

Nueva York.

Martes, 6 de julio de 2010 – 10,00 horas.

Elsa tenía un dolor de cabeza de mil demonios. Y desde luego no era por la cantidad de alcohol ingerida la noche anterior. Ni bebiéndose toda la barra se habría encontrado peor. Una sensación de malestar y hormigueo recorría todo su cuerpo de arriba abajo.

«Estúpida, no te engañes. Sabías que esto ocurriría». Confiaba en haberlo superado, pero no... Era obvio que ni en lo más mínimo.

—¿Podría pedirme un taxi para ir al aeropuerto? —preguntó amablemente al recepcionista del hotel. Éste asintió, educadamente.

—Si no tienes inconveniente, puedo acercarte yo... —Una voz masculina se dirigió a ella desde los sillones del vestíbulo.

Ella se giró hacia el lugar del que provenía aquella propuesta y le vio allí, de pie, junto a una maleta.

—¡Tú!

—No he podido evitar escucharte. Mi taxi ya está aquí y yo también voy al aeropuerto. Al John F. Kennedy. Voy solo. Si quieres, puedo llevarte... Te debo una.

Mario Torres esperó en silencio una respuesta, mientras ella le clavaba su

mirada inquisitiva. Parecía estar nerviosa y confusa.

La noche anterior su aspecto era más relajado, pensó, aun después de haberle derramado la copa encima. Pero hoy, su mirada perdida denotaba cansancio e irritación. Cuando casi estaba seguro de que rechazaría su atrevida proposición, ella accedió.

—De acuerdo. Voy un poco justa de tiempo. Y supongo que al no llevar una copa en la mano no corro el riesgo de acabar calada hasta los huesos — bromeó, restregándole el accidental episodio en el que se habían visto envueltos hacía apenas unas horas.

«Espero no arrepentirme», se dijo Elsa para sí misma. No le gustaban los desconocidos. Deformación profesional. En su trabajo escuchaba historias de lo más surrealistas y violentas. Precisamente, el éxito de la recuperación de un paciente o de encerrar para siempre en prisión a un asesino dependía, en parte, de la sagacidad y capacidad de análisis. Sopesar riesgos e intuir posibles pensamientos oscuros era una parte primordial de cualquier terapia.

No conocía de nada a ese tipo, lo único que sabía era que era algo torpe y atolondrado. Era el mismo hombre que le había derramado la copa encima. ¿Casualidad o premeditación? ¿Del uno al diez, qué probabilidad tenía de verse implicada en algo «peligroso» por compartir un taxi con aquel hombre?

Analizó la situación concienzudamente. El taxi había sido solicitado por la recepción del hotel, por lo que era improbable que el conductor estuviese implicado en una urdida trama y aquel hombre llevaba una maleta, por lo que no era descabellado pensar que fuera al aeropuerto...

«Serás paranoica... Sube al puñetero taxi y deja de comportarte como una chiflada.»

—Me llamo Mario. Mario Torres Salazar —se presentó, una vez estuvieron instalados en el taxi.

—Elsa.

—¿Elsa...?

—Elsa, a secas —respondió de manera tajante.

Mario levantó las manos, con las palmas hacia ella, a modo de disculpa. Aquella mujer podía ser menuda pero desde luego tenía carácter. Y ninguna intención de ser amable con él. Bueno, era cierto que su primer encuentro no

había sido precisamente amistoso pero, aun así, no merecía ser tratado de ese modo.

—Bien, «Elsa a secas», está claro que mi presencia te incomoda, así es que te dejaré en paz —concluyó, girándose hacia la ventanilla, dispuesto a no abrir el pico durante el resto del trayecto.

Elsa se sintió fatal. Aquel hombre no tenía la culpa de su crisis nerviosa. Al contrario, se había comportado con educación y amabilidad, mientras que ella lo había hecho de forma descortés e impertinente.

—Lo siento, no pretendía ser grosera. —Él frunció el entrecejo, con actitud indiferente—. Odio volar.

—Ah.

—Lo he intentado todo: ejercicios de respiración, terapias, grandes dosis de tranquilizantes, potentes somníferos que tumbarían a un elefante... Pero llegado el momento me pongo como un flan.

—Y supongo que yo he sido el blanco de tu frustrante fobia.

—Supongo que sí —admitió con una risita nerviosa—. Me irrito tanto conmigo misma que me vuelvo insoportable.

—Bueno, yo diría que no es para tanto. Ahora mismo estás siendo amable.

Elsa sonrió y Mario no pudo evitar quedarse mirando aquella boca que le provocaba una sensación de calidez. Pese al tono cortante y la crispación de su voz, esa mujer le transmitía seguridad y sosiego. ¡Qué absurdo! Probablemente se debía a su aspecto reposado.

La estudió con atención. Los vaqueros y el jersey ajustado marcaban su figura, esbelta pero de curvas bien definidas. Tenía una lisa y larga melena rubia, con algunos reflejos algo más oscuros, y los ojos de un azul grisáceo como el mar embravecido. La nariz fina y recta le confería un toque elegante y distinguido. Quizá no engrosaría las listas de las mujeres más bellas del mundo, pero sí las de las más interesantes.

Al llegar al aeropuerto se despidieron, ansiosos por facturar sus equipajes y cruzar cuanto antes el exhaustivo e incómodo control de seguridad que daba acceso a la zona de embarque.

Elsa localizó el mostrador de facturación y arrastró su maleta hasta allí. El

corazón le latía a cien por hora. Odiaba sentirse tan vulnerable. Era ridículo pensar que ella, que se dedicaba a quitar fobias al resto del mundo, no pudiera combatir la suya. ¡Era de locos! Si alguno de sus pacientes llegara a enterarse, perdería su credibilidad por completo.

—Hola de nuevo.

—¿Mario? Si no fuera por tu acento madrileño, el billete que asoma en tu abrigo que dice Nueva York-Madrid y tu expresión de desconcierto, juraría que me estás siguiendo.

—Y si yo fuera un caballero, confesaría que, aunque no sea así, no me importaría hacerlo durante unas cuantas horas más. Por sorprendente que te parezca, has resultado ser encantadora pese a tus garras afiladas.

—Creía que la que tenía miedo a volar y perdía la cordura era yo, pero veo que tú también andas algo chiflado —rio Elsa.

—Ahora en serio, es agradable poder hablar con alguien en tu idioma. Este país es bastante inhóspito, ¿no te parece?

Ella no podía creerlo. Apenas se conocían desde hacía unas pocas horas, pero aquel tipo de aspecto alegre y despreocupado había logrado despertar en ella la lujuria y el deseo, dos sentimientos que creía enterrados en algún recóndito lugar de su mente. Si volvía a sonreírle de aquel modo, se moriría.

Sorprendentemente, los interminables minutos de vuelo se le hicieron menos agónicos de lo que hubiera jurado a primera hora de la mañana. Mario resultaba ser una compañía muy agradable.

—¿Y qué hacías en Nueva York? —quiso saber Elsa.

—Negocios. Soy viticultor.

—¡Vaya! ¿De qué tipo de vinos? ¿Rioja, Ribeiro, Ribera del Duero...?

—Te veo muy puesta en la materia —bromeó—. Digamos que soy un principiante pero, sí, comercializo un Ribera del Duero.

—Buena elección. Adoro el vino tinto.

—¿Y qué me dices de ti?

—Un máster —respondió, sin especificar nada más.

A Mario ese detalle no le pasó desapercibido. Estaba claro que Elsa guardaba las distancias más de lo que a él le hubiera gustado. A estas alturas debería de haber obtenido más información sobre ella. Aunque, después de

todo, quizá fuera mejor así. ¡No había viajado a Nueva York para coquetear!

—¿Siempre eres tan escueta?

—Me temo que sí. Soy desconfiada por naturaleza.

—Ya. ¿Te parezco un tipo peligroso? —El evidente sarcasmo de aquellas palabras, hicieron que Elsa riera entre dientes.

—Bueno, es pronto para saberlo. Apenas te conozco —mintió, con una media sonrisa. Lo cierto es que podría aplicarle infinidad de adjetivos, pero «peligroso» no era precisamente de los primeros que le venían a la cabeza. Iban por otros derroteros: «tío bueno, macizo, cañón...». Y todos le hacían volar la imaginación hacia escenas censuradas, dejándola sin aliento.

—Te has sonrojado.

—Eso no es cierto —negó, avergonzada—. Además, ¿nadie te ha dicho que decirle eso a una señorita es de mala educación?

—Señorita, ¿eh? Bueno, es un comienzo. Ya sé otra cosa más acerca de ti: no estás casada.

—Elemental, querido Watson —replicó, haciendo girar su dedo anular confirmando la ausencia de alianza—. Creo que te estás aprovechando de mi abuso de tranquilizantes. Me has hecho bajar la guardia —continuó ella, algo somnolienta.

—Pareces cansada. Deberías dormir un poco. Cuando despiertes, habrás logrado cruzar el charco sin apenas darte cuenta. Y lo más importante, sólo habrás confesado que te llamas «Elsa a secas», estudias un máster en no sé qué y eres soltera. Creo que no dispongo de suficiente información como para plantarme en tu casa y cortarte en mil pedacitos.

—Haces que parezca una paranoica. —Él levantó una ceja, divertido, dispuesto a responder una aguda maldad, pero ella captó sus intenciones de inmediato—. ¡Ni se te ocurra decir una palabra más! Además, no somos tan distintos. Yo tan sólo sé tu nombre, Mario Torres Salazar, y tu profesión, viticultor.

—Veo que tienes buena memoria. Quizá lo más sensato sería intercambiar nuestras tarjetas y...

—¡Eh, un momento! Todavía no he decidido si eres un tipo peligroso o un hombre corriente —se burló.

—Creo que preferiría engrosar la lista de peligrosos. Corriente suena demasiado... vulgar.

Elsa no pudo evitar que se le escapara una risa; era francamente gracioso. De pronto, un enorme bostezo se apoderó de su boca. Los tranquilizantes estaban haciendo su efecto.

—Anda, descansa. Creo que lo necesitas.

Y, efectivamente, en menos de cinco minutos cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó, abrió ligeramente los ojos y notó que tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de aquel extraño. Él inclinó la suya hacia ella, sonriendo.

—Buenos días. En menos de media hora estaremos en casa.

—Fantástico —respondió ella que, de repente, no pudo reprimir el impulso de besarle.

Aquellos labios eran mucho más ardientes de lo que había imaginado. Y no había ninguna duda de que también estaban gozando de aquel descarado atrevimiento por su parte.

«No puedo creer que le hayas besado», se reprendió mentalmente. Pero ya era demasiado tarde y a él no parecía importarle. Mario le correspondía ávidamente, introduciendo la lengua, que retozaba con la de ella.

El beso se interrumpió súbitamente cuando el indicador de «Abróchense los cinturones» lanzó un estridente pitido y el comandante anunció que en diez minutos aterrizarían en el aeropuerto de Madrid-Barajas.

—Lo siento... no sé qué me ha pasado. No debería haberlo hecho —se disculpó con timidez—. Pensarás que soy una...

—No tienes por qué disculparte. Salta a la vista que me ha gustado.

Luego reinó el silencio. Ella estaba demasiado aturdida para encarar una conversación y Mario respetó el distanciamiento que impuso después de aquel momento tan íntimo entre los dos.

Tras el aterrizaje, bajó del avión, algo violenta, pero satisfecha de estar en casa. «¿Y ahora qué?», se preguntó, mirándole de reojo.

Mario rompió aquel tenso mutismo.

—Bueno, lo has conseguido, ocho horas de vuelo sin ningún asomo de ansiedad.

—Y supongo que te lo debo a ti. Gracias. Has sido muy amable.

—¿Amable? Eso suena incluso peor que corriente —repuso, mientras la cabeza le aporreaba advirtiéndole que debía darse prisa en pedirle su número de teléfono. ¿O eso no procedía, dadas las circunstancias?

Al cruzar las puertas automáticas que daban acceso al hall de llegadas, se armó de valor y, decidido a dar ese paso, abrió la boca, pero tuvo que cerrarla de golpe al ver cómo un atractivo joven se abalanzaba sobre Elsa y la besaba en los labios.

—¡Bienvenida!

Capítulo 1

Nueva York.

Seis meses después.

Jueves, 16 de diciembre de 2010 – 2,00 horas.

El pronóstico del tiempo no era precisamente alentador. Se esperaba que el temporal continuara, al menos, veinticuatro horas más. Elsa, sentada en una incómoda silla en el aeropuerto John F. Kennedy, esperaba el anuncio de la salida de su vuelo. Maldijo para sus adentros. ¿Cómo era posible tener tan mala suerte? Ahora estaba segura de que no llegaría al cumpleaños de su madre.

Miró el reloj, impaciente, como había hecho unas mil veces en los últimos dos días. ¡Ojalá pudiese detener el tiempo! Pero pedía un imposible y era muy consciente de que tendría que resignarse a perderse la fiesta que, sin duda, estarían preparando su madre y su abuela.

Se levantó y encaminó sus pasos hacia las enormes cristalerías, desde donde se tenía una amplia visión de la zona de plataforma del aeropuerto. Parecía una postal navideña, todo cubierto de nieve. Pese a los inconvenientes que ello le causaba, tuvo que admitir que era una bonita estampa.

Todo lo contrario que el edificio de la terminal, atiborrado de gente con expresiones de profundo descontento y cansancio. Algunas personas, al igual que ella, llevaban horas esperando su vuelo. Como cabía esperar, todas esas

cancelaciones y retrasos estaban acabando con la moral y la paciencia de los allí congregados y la crispación se palpaba en el ambiente.

Echó un vistazo a su alrededor. El panorama era deprimente: gritos contra el personal del aeropuerto, gente tirada en el suelo intentando dormir, lágrimas de desesperación, ojeras hasta los pies...

De manera inconsciente, esbozó una ligera sonrisa. Pese a encontrarse en la misma situación que el resto, ella prefirió dirigir sus pensamientos hacia algo más positivo: La Navidad. Le gustaba la Navidad. La gente se transformaba provisionalmente en mejores personas, volviéndose más entrañables y generosas.

Suspiró. Estaba cansada y hecha un asco. Llevaba más de un día con la misma ropa y empezaba a sentirse incómoda y somnolienta. Pensó en tomarse otro café, el sexto, pero estaba segura de que esa opción, junto con los tranquilizantes ya ingeridos para atajar su miedo a volar, acabarían provocándole una taquicardia. Desechó la idea. Se alegró al pensar que, con toda probabilidad, su profesión le ayudaba a sobrellevar con más temple estas situaciones de crisis que, aun siendo molestas, no tenían mayor trascendencia.

Miró la hora por vigésima vez. En Madrid ya habría amanecido, mientras que en Nueva York todavía eran las dos de la madrugada. Sólo pensar en pasar una noche más tirada en ese desapacible lugar le revolvía el estómago.

¡Oh, qué ganas tenía de verlas a todas! A mamá, a la abuela y a Cristina. Ellas eran lo más grande que tenía en su vida y, desde que se había ido a vivir fuera para poder realizar el máster de sus sueños, las echaba de menos a cada instante. ¿Por qué habría tenido que matricularse en ese curso tan lejos de su hogar?

En su opinión, Nueva York era una ciudad húmeda y poco acogedora, con una cultura nada tenía que ver con la mediterránea. Por no hablar del clima; ¡hacía un frío de mil demonios! No le gustaba nada vivir en aquel lugar que, curiosamente, despertaba tanto interés a nivel turístico. También en ese aspecto disentía del resto del mundo. Ella prefería las ciudades europeas, con un halo romántico y medieval, con sus edificios majestuosos y sus grandes catedrales antiguas. No había color, pensó. Y, desde luego, no había nada de romántico en Nueva York. ¡Nada!

Pese a llevar más de un año viviendo en aquella gélida ciudad, no acababa de acostumbrarse a ella. No. Definitivamente, quería volver a casa.

En fin, al menos el tiempo parecía volar y ya sólo quedaban seis meses para terminar el máster. En junio podría regresar al hogar para seguir ejerciendo de psicóloga, pero con el valor añadido de contar con nuevos conocimientos sobre una materia que siempre le había entusiasmado.

Echó un vistazo a su alrededor, escudriñando cada rincón, hasta encontrar lo que buscaba: una cabina telefónica. Dios, había una cola que daba la vuelta a la cafetería más cercana. ¡Maldito temporal!

Finalmente, rebuscó en su bolsa de mano y sacó su teléfono móvil, confiando en que esta vez la línea no estuviera colapsada y pudiera contactar con su madre.

Marcó el número de casa y esperó. Un tono, dos, tres...

—¿Sí, dígame?

—¿Mamá?

—Elsa, cariño, ¿dónde estás? ¿No seguirás en el aeropuerto? —gritó, prácticamente, su madre.

—Feliz cumpleaños, mamá.

—Oh, gracias, nena. Pero, dime, llegarás para la fiesta de esta noche, ¿verdad?

—Lo siento. Mucho me temo que si el tiempo no mejora en las próximas horas, lo cual sería un milagro, mi vuelo no saldrá hasta mañana.

—Será posible... Maldita nieve. Ya te dije que ése no era un buen lugar para vivir.

—Mamá, no empieces. Nadie lamenta más que yo no poder estar allí.

—Lo sé, nena, lo sé. Es que estoy tan enfadada... Retrasaré la celebración.

—Ni hablar. Estoy segura de que lo tenéis todo preparado. Son fechas de muchos compromisos y no será nada fácil encajarla otro día. Además, ya sabes cómo le gusta a la gente tu fiesta de cumpleaños. Se llevarían una desilusión.

—Pero, hija...

—Hoy es dieciséis de diciembre... No todos los días se cumplen

cincuenta y cinco años. Debes celebrarlo esta noche, como estaba previsto.

—¡No me lo recuerdes! Soy más vieja que la bruja mala de Blancanieves.

—Pero, mamá, si estás estupenda. Seguro que lo pasáis genial y, antes de lo que esperas, estaré allí contigo, tirándote de las orejas.

—Oh, cariño, tenemos tantas ganas de verte...

—No más que yo a vosotras. ¿Mamá? —«¡Malditas interferencias!»—. ¿Mamá? ¿Me oyes?

—Apenas puedo oírte, cariño.

—Volveré a llamar cuando vaya a salir mi vuelo —gritó, como si con ello fuera a lograr que su voz atravesara el océano y fuera directamente a los oídos de su encantadora madre.

—De acuerdo.

—Te quiero.

—Yo también, tesoro.

De repente, una lágrima asomó en sus ojos. ¡Jamás se había perdido un cumpleaños de su madre! Un sentimiento de culpa e impotencia invadieron su corazón.

«Odio Nueva York.»

Bueno, eso no era del todo cierto. Después de todo, esa ciudad iba a ser el medio para poder especializarse en lo que llevaba años soñando. Desde que comenzó la carrera de Psicología, no pensaba en otra cosa.

«Estoy cansada. Creo que no me vendría mal algo de comer y un gran vaso de agua. En menos que canta un gallo, estaré en casa... por Navidad», se dijo a sí misma, intentando animarse. Aquello le hizo recordar el conocido anuncio de turrón. Esbozó una triste sonrisa.

San Lorenzo de El Escorial.

Jueves, 16 de diciembre de 2010 – 22,00 horas.

Ángela miró a su alrededor. La fiesta estaba en pleno apogeo.

—Estás bellísima, cara. Nadie diría que tienes más de cuarenta —dijo Alfredo Costello, con su inconfundible acento italiano, dirigiéndose a ella que, esa noche, lucía un vestido de gasa rojo con escote palabra de honor.

—No cambiarás nunca. Eres un embaucador de primera. Pero, en cualquier caso, gracias —respondió, llevándose la copa de vino a los labios,

de un rojo intenso, sin dejar de sonreír al que había sido su amante durante el verano anterior.

Lo cierto es que se sentía bien. Esa tarde, frente al espejo y antes de la llegada de Felipe, el padre de una de las mejores amigas de su hija y su primer invitado, se había visto arrebatadora. Era coqueta y, por fortuna, la herencia genética de su madre había hecho posible que, a su edad, apenas se dibujara una sola arruga en su rostro.

—Feliz cumpleaños, Ángela. Siento haber llegado tarde. Me entretuve con un cliente. —Julia le besó cariñosamente la mejilla—. Lástima que Elsa no haya llegado a tiempo. Conociéndola, debe estar subiéndose por las paredes o apuntando con una pistola al piloto para que pise a fondo.

Mónica, a su lado, rio al imaginarse a su amiga de la infancia encañonando a un pobre hombre con una Beretta.

Ella observó a las dos jóvenes. ¡Cómo habían crecido! Las conocía desde niñas. Habían estudiado con Elsa, en la misma clase, hasta que las trayectorias profesionales de cada cual las obligó a tomar rumbos diferentes.

—Sí, es una pena. Ojalá no se hubiera ido tan lejos —se lamentó.

—¿Por dónde anda mi padre? —preguntó Julia, mirando a un lado y a otro.

—Felipe estaba aquí hace un segundo. Es posible que esté en el servicio —repuso David, el que fuera el primer novio de Elsa—. Me parece haberle visto subiendo la escalera hacia la segunda planta. Venid, servíos un trago y comamos algo. Esto estaba muy aburrido sin vosotras.

Teresa, su madre, y Cristina, la mujer que la cuidaba y que era una más de la familia, se habían encargado de preparar los canapés que ahora estaban siendo devorados por todos los invitados, mientras que ella se había dedicado a arreglar el salón de modo que pudiera dar cabida a todos los invitados. El resultado era una estancia repleta de personas bebiendo, comiendo y pasándolo bien.

A excepción de Elsa, no había fallado nadie. Felipe y Julia; Mónica, David y sus respectivos padres, que junto con su fallecido esposo y ella formaron antaño una alegre pandilla de papás novatos; su joven y nuevo vecino, y Fernando, capitán de la Guardia Civil del cuartel de la localidad e

íntimo amigo de la familia.

Ella sonrió amargamente al contemplar al joven abogado que, junto con las chicas, charlaba y picoteaba los ricos manjares. Siempre quiso a David como yerno, pero ese sueño se rompió cuando Elsa decidió terminar con él años atrás. ¡Y ahora su hija estaba sola y con el corazón roto por culpa de un maldito juez! Todavía no entendía cómo había pasado de mantener una relación con David, un hombre cariñoso e íntegro, a una con un tipo altivo, mujeriego y engreído, aunque por desgracia muy apuesto.

En fin, tendría que confiar en el buen juicio de su hija y esperar a que la próxima vez diera con el hombre adecuado. Llegados a este punto, su mirada se desvió hacia su vecino; podría ser una gran elección. Era educado, divertido, amable y no estaba nada mal. Un poco delgado para su gusto pero, en conjunto, resultaba un hombre atractivo. Si tuviese veinte años menos, sin duda hubiera puesto todo su empeño en conquistarlo.

Su felicidad quedó fugazmente empañada por el recuerdo de Javier, su marido. Pese a los años transcurridos desde su muerte, le echaba de menos a cada momento. Él, y sólo él, había sido el amor de su vida. «Ningún otro podría igualarle nunca», se lamentó.

—¿Estás bien? —inquirió Fernando, siempre pendiente de la que fuera la esposa de uno de sus mejores amigos.

—Sí, claro. Quizás un poco nostálgica al faltarme Elsa —mintió. Le hubiera gustado compartir aquellos recuerdos con Fernando. ¿Quién mejor que él para entenderla? Sin embargo, no se atrevió.

Ambos habían querido tanto a Javier como ahora le añoraban, pero jamás hablaban acerca de él. La compleja personalidad de Fernando hacía que la comunicación entre ellos fuera una ardua tarea; era un tipo independiente, introvertido y circunspecto.

—Bueno, mujer, dentro de pocas horas la tendrás dando la lata por aquí.

—Y, con toda probabilidad, deseando que acaben las vacaciones y regrese a Nueva York. Esta chiquilla consigue sacarme de mis casillas como nadie. ¡Es tan testaruda!

—No consiento que habléis así de mi única nieta a sus espaldas —bromeó Teresa.

—Mamá, tú eres incluso más terca que ella.

—Seguramente por eso nos llevamos a las mil maravillas. Dios, no veo el momento de achucharla.

—La consientes demasiado —protestó ella.

—¿A quién? —quiso saber el vecino.

—Están hablando de Elsa —le aclaró Cristina, siempre pegada a Teresa y muy pendiente de la conversación—. Míralas, se comportan como dos crías peleando por llevarse el gato al agua.

—He de admitir que me muero de curiosidad por conocerla. Tanto oír hablar de ella y todavía no logro hacerme una idea de cómo es.

—Independiente, celosa de su intimidad, gran apasionada de su trabajo y extremadamente disciplinada y metódica. Es un bicho raro, ¡pero la adoramos! Te gustará —sentenció Cristina.

—Eso espero.

Clink, clink. Un sonido de metal contra cristal hizo girarse a todo el mundo hacia Alfredo, que golpeaba el vaso con un tenedor.

—Atención, per favore. Creo que ha llegado el momento del brindis —anunció el italiano, alzando la copa hacia el techo—. ¡Feliz cumpleaños, Ángela! —exclamó, llevándose el vino a la boca.

A los pocos segundos caía desplomado en el suelo.

Capítulo 2

Madrid.

Viernes, 17 de diciembre de 2010 – 10,00 horas.

Cuando el vuelo aterrizó, Elsa no podía creérselo. «¡Al fin!». Recogió la maleta y se dirigió hacia la salida.

—¡Elsa!

—¡David! ¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó, dándole un beso en los labios.

—¿Por qué diablos sigues haciendo eso?

—¿El qué?

—Pues, ¿qué va a ser? Besarme en la boca.

Elsa se quedó perpleja.

—Supongo que es la costumbre. No sabía que te molestara.

—No es que me moleste pero... Elsa, nuestra relación terminó hace más de ocho años.

—Ya lo sé. No puedo evitarlo, eres como un hermano para mí.

—¡Pues inténtalo!

—Ah, entiendo. ¿Alguna chica en particular? —No dejaba de parecerle extraño que un prestigioso abogado como él; atractivo, moreno, de enormes ojos negros y un increíble don de gentes, permaneciera soltero todavía.

—Ninguna chica. —Pero el brillo de sus ojos indicaba todo lo contrario —. Dejaste el listón tan alto que no encuentro a nadie que te llegue a la suela

de los zapatos.

—Te encanta hacerme sentir culpable —se quejó—. Eres un auténtico manipulador. Pero cuéntame, ¿cómo está mamá? ¿Y la abuela? Supongo que te han mandado a por mí mientras ellas terminan de poner en orden los desperfectos de la batalla.

—Supones bien —replicó, intentando disimular. Mejor ocultarle, de momento, el nefasto resultado de la noche anterior—. Estás horrible, ¿lo sabías, pequeñaja? —Pese a sus treinta y un años, David seguía llamándole como cuando eran niños.

—¿Y cómo estarías tú después de estar tirada durante horas en un aeropuerto?

—No seas tan susceptible, no pretendía ofenderte. Una buena ducha y estarás perfecta, como siempre.

—Me pregunto cómo pude ser tan estúpida de dejarte. Eres el hombre que cualquier mujer en su sano juicio desearía como marido; adulator aun a costa de algún pequeño embuste.

No había un ápice de falsedad en aquella afirmación pero, por desgracia, en apenas unos meses descubrió que, en el plano sexual, aquella relación era un desastre. Sobraba amistad y faltaba pasión. Al menos, en lo referente a ella. Una verdadera pena, porque David era el hombre perfecto. Cuando rompieron, sus familias se llevaron una gran decepción; especialmente su madre que, desde siempre, había apostado por él.

—Supongo que tú siempre has carecido de juicio.

—Muy gracioso. ¿Alguna novedad que yo deba saber? —continuó ella, entusiasmada por conocer los últimos acontecimientos concernientes a sus seres queridos.

—¿Aparte de que tu madre se lleva de maravilla con el nuevo vecino de la casa de piedra...?

—¿Al fin alguien ha comprado esa casa?

—Alquilado —respondió, concentrado en la carretera mientras conducía su coche hacia la A6, en dirección a El Escorial.

A ella le encantaba aquel enorme chalé edificado en piedra y con el tejado de pizarra. Era la casa de sus sueños, donde le hubiera gustado vivir y formar

su propia familia. Llevaba deshabitada dos años, desde la muerte de la señora Clara. Al parecer, un sobrino que vivía en el extranjero la había heredado y puesto en venta inmediatamente, aunque a la vista estaba que había cambiado de opinión y se había decantado por el alquiler.

—¿No estará mi madre coqueteando con ese nuevo vecino? —preguntó, divertida—. Caray, es incorregible.

—Si no fuera porque tiene veinte años menos que ella, yo apostaría a que sí.

—Por el amor de Dios, si podría ser su hijo. Nunca dejaré de sorprenderme. —Él la miró de reojo, mientras una sonrisa pícaro asomaba en su boca—. Ay, Dios. ¡No me digas que está pensando en encasquetármelo!

—Eso me temo. Ya sabes lo preocupada que está desde que rompiste con «el hombre pene». No te dejará en paz hasta que te vea nuevamente enamorada.

—De verdad, no puedo creer que venga a pasar tres magníficas semanas de vacaciones y mi propia madre pretenda buscarme compañía. ¿Querías fingir que tenemos una aventura? Puede que así se dé por vencida.

—Lo haría encantado si con ello pudiera volver a tocarte el culo, pero me temo que nadie nos creería.

—¡Serás cerdo! En fin, al menos lo he intentado.

Cuando David giró su deslumbrante biplaza y tomó la carretera de la Presa, a Elsa le dio un vuelco el corazón. Le encantaba aquella calle tan emblemática repleta de antiguas y magníficas casas, edificadas algunas en piedra y otras en madera, rodeadas de pinos y árboles centenarios en pleno monte Abantos.

Entusiasmada, bajó la ventanilla del coche, sacó ligeramente la cabeza e intentó concentrarse en el inconfundible olor a pino, sin importarle lo más mínimo que los dos grados bajo cero del exterior le congelasen las orejas. ¡Nada, ni siquiera el frío podía arrebatarse ese momento de placer infinito!

Una sonrisa se dibujó en su cara al vislumbrar su hogar; un antiguo chalé de dos plantas rodeado de vegetación, del que guardaba y, siempre lo haría, magníficos recuerdos.

Cuando David aparcó frente al viejo caserón, ella exhaló un enorme

suspiro. «Estoy en casa».

—Un momento. —David alargó la mano para sujetarla e impedirle salir del coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó, al ver su expresión de preocupación.

—Anoche pasó algo.

—¿Mamá está bien? —inquirió, alarmada.

—Sí, tranquila, están todas bien.

—Pero...

—No he querido decirte nada antes para no inquietarte, pero anoche ocurrió un... accidente. ¿Recuerdas a Alfredo?

—¿No es aquel hombre con el que mamá salió unas cuantas veces el verano pasado?

—Exacto. Le dio un infarto en la fiesta y murió.

—¡Oh, Dios mío!

Sintió que el corazón se le escapaba del pecho. Necesitaba ver a mamá, saber cómo se encontraba después de aquel trágico suceso.

—¡Mamá! —gritó, mientras salía del coche a toda prisa.

—¡Cariño!

Respiró hondo al verla asomar por la puerta. Se la veía compungida y algo consternada, pero con la misma presencia impecable de siempre.

La abrazó con fuerza, colmándole de besos.

—¡Cuánto os he echado de menos! ¡Abuela! ¡Cristina!

Se acercó hasta la entrada principal, donde su abuela, sentada en su inseparable silla de ruedas, hacía aspavientos con las manos. Los escalones que daban acceso al jardín le impedían avanzar más.

—Ven aquí que te vea, niña —le pidió, con lágrimas en los ojos—. Estás muy delgada. ¿Es que no te dan de comer en Nueva York?

—¡Abuela! —protestó, mientras la besaba con ternura.

Una mujer de la misma edad que su madre se acercó y le dio dos besos, acompañados de un efusivo abrazo.

—Hola, Cristina —dijo Elsa, agradecida por su bienvenida. Desde que su abuela quedó inválida, esa mujer había cuidado de ella y ahora era una más de la familia.

—¿Estáis bien? —preguntó, impaciente, dirigiéndose a Cristina. Sin duda era la más cabal y por tanto la indicada para informarle de lo ocurrido.

—¿Qué os parece si entramos? —repuso ésta, tiritando—. Hace un frío que pela. Te lo contaremos todo dentro, en compañía de un buen chocolate caliente.

Ella sonrió ante su naturalidad. Así era Cristina; pausada, práctica, sosegada. Ella admiraba, tanto como envidiaba, su capacidad para mantener la calma ante cualquier situación, por muy difícil que ésta fuera.

—Pareces cansada —continuó la mujer.

—Lo estoy —corroboró, claramente extenuada.

—Creo que será mejor que os deje a solas —interrumpió David—. Recuerda que luego tenemos una cita, pequeña. Las chicas están deseando verte. —Se refería a Julia y Mónica, sus dos amigas de la infancia.

Pese a que sus vidas habían tomado rumbos diferentes, obligándolas a distanciarse, se veían de vez en cuando, especialmente en vacaciones, y aprovechaban para ponerse al día y recordar viejos tiempos.

San Lorenzo de El Escorial.

Viernes, 17 de diciembre de 2010 – 11,30 horas.

En apenas unos minutos, Elsa ya estaba cómodamente instalada en su dormitorio, a falta de deshacer la maleta y colgar la ropa en el armario o doblarla y guardarla en los cajones correspondientes. Decidió posponer esa tarea para más tarde.

Preparada para el arduo interrogatorio al que sin duda le sometería su madre, se armó de valor y se dirigió hacia la estancia principal, una planta más abajo. No era difícil imaginarse cuál sería la pregunta estrella del cuestionario: «¿sales con alguien?».

Desde que rompió con Hugo, a quien su madre apodaba «el hombre pene» por su afición a las mujeres, se desvivía por encontrarle una pareja.

«Es importante tener a alguien con quien compartir las alegrías y las penas», solía decirle. Y ella no podía estar más de acuerdo, salvo que esa persona fuera un cabronazo egoísta y mujeriego que hacía que tu, hasta ahora idílica existencia, se convirtiera en miserable en décimas de segundo.

«¡Maldito Hugo Vargas! ¿Cómo pude ser tan estúpida?»

Suspiró, aliviada de no tener que soportar sus humillaciones nunca más. ¡Al menos ahora no tendría que preocuparse de si en su relación eran dos o media docena! Pero, aunque no quería reconocerlo abiertamente, todavía estaba dolida. No era fácil asumir que había tirado por la borda cuatro largos años de su vida, compartiéndolos con alguien que ni siquiera se merecía unos segundos de su tiempo en recordarle.

Decidió aparcar esos pensamientos que no la conducirían a ninguna parte y bajó al salón, donde le esperaban las tres mujeres más importantes de su mundo.

—¡Dios mío, qué bien huele! Vale la pena volver a casa sólo por este delicioso capricho —confesó, sosteniendo un chocolate caliente entre las manos—. Este año os habéis superado. El árbol de Navidad está precioso.

Unas estrellas plateadas y unas enormes bolas de color azulón destacaban como elementos decorativos principales del mismo. Éstas estaban complementadas por unas enormes cintas de colores, colocadas con gracia de arriba abajo, que convertían aquella imagen en una preciosa postal.

Hasta ahora ella no se había percatado de la colorida decoración que impregnaba cada estancia, acorde con las señaladas fechas. Y, probablemente, al menos en su casa, aquello y la entrega de regalos el día de Reyes sería lo único que compartirían de las múltiples costumbres que caracterizaban la Navidad.

Desde que murió su padre, su madre había declarado la Navidad non grata. Muy a su pesar, por cierto, porque a ella le hubiera gustado continuar con las largas y entrañables comidas y cenas propias de esa época.

—Supongo que David te habrá contado lo de Alfredo. —Cristina decidió tomar la iniciativa. Sabía lo doloroso que sería para Ángela tener que contarle a su hija lo sucedido.

—Sí —asintió, con expresión ensombrecida.

—Todo apunta a que fue un ataque al corazón —prosiguió.

—No sé qué decir. Es tan... fuerte. ¿Estaba su sobrino? —preguntó, mientras pasaba el brazo por los hombros a su madre, que permanecía en silencio. La estrujó contra ella con fuerza, con la intención de infundirle cariño y sosiego.

—No. Jorge se fue a trabajar al extranjero hace ya algunos meses. Hemos intentado localizarle, pero ha sido imposible. Tiene el móvil apagado. Le hemos dejado un mensaje.

—¡Se va a llevar un buen disgusto cuando lo encienda! ¡Vaya manera más dura de enterarse de algo así! ¿Y vosotras? ¿Estáis bien? Es una experiencia bastante... desagradable. —Procuró emplear la palabra más suave que encontró en su vocabulario.

Todas asintieron. Todas menos mamá. Parecía estar en estado de shock. Ella conocía los efectos negativos que podía producir la visión de un muerto por su profesión, especialmente cuando existían lazos afectivos con la víctima. Lo había tratado cientos de veces en la consulta. Incluso los policías y guardias civiles, habituados a este tipo de situaciones, sufrían alguna conmoción ante aquella espeluznante imagen de un cuerpo sin vida; dormir se convertía en una misión imposible y, cuando lo lograban, las pesadillas les asaltaban sin tregua.

—¿Mamá?

—Estoy bien, tesoro. Es sólo que todo fue tan... rápido. Se desplomó en el suelo y no pudimos hacer nada para reanimarlo. No sé qué hubiéramos hecho si Mario y Fernando no hubieran estado aquí —apuntó Ángela, más relajada.

Fernando era el capitán del puesto de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial, además de un buen amigo de la familia. Pero ¿quién demonios era Mario?

—Llamaron inmediatamente a la comisaría —continuó Ángela, con gran esfuerzo—. El juez y el forense llegaron en menos de media hora, levantaron acta de defunción y se lo llevaron enseguida. Fue horrible.

—Bueno, ya pasó. —Trató de consolarla, acariciándole la espalda—. Por cierto, ¿quién es Mario? —preguntó con la intención de desviar la conversación a otra menos dolorosa.

—El vecino —repuso su abuela de inmediato—. Un hombre encantador, por cierto. Apuesto, educado y servicial.

—¡Abuela! No será para tanto. ¿O es que hay algo que no me estáis contando? ¿Mamá? ¿No estarás saliendo con él? ¡Es veinte años más joven

que tú!

—Ya veo que David y tú habéis estado chismorreando —murmuró Ángela, algo más receptiva.

—Sólo me ha dicho que sois buenos amigos. Eso es todo. ¿Lo sois? ¿O hay algo más? —insistió.

—¡Elsa Maqueda! —«Oh, oh». Siempre que su madre utilizaba su nombre y apellido es que estaba enfadada—. Pero, ¿por quién me tomas? ¡Si podría ser tu hermano!

—Bueno, tanto mejor; un jovencito en plenitud sexual —replicó divertida, aunque en su interior rogaba para que no se hubiera liado con él. Respetaba las decisiones de su madre, a veces un tanto excéntricas, pero pretender que aceptara una aventura con un hombre veinte años más joven que ella era pedirle demasiado.

Todas rieron ante aquel comentario cargado de sarcasmo.

—Eso es precisamente lo que te hace falta a ti —masculló su madre, enfurruñada.

—No empieces, ¿quieres? Llevo días sin pegar ojo, estoy hecha un asco y en lo último que se me ocurriría pensar ahora es en esos indeseables llamados «hombres». ¡Chicas, son todos vuestros!

—Cariño, ha pasado un año desde lo de Hugo. No puedes dar de lado al amor sólo porque él te fallara. Encontrarás a alguien maravilloso y le olvidarás. Por el amor de Dios, ¿hace cuánto que no te acuestas con un hombre?

«Otra vez no, por favor». Estaba demasiado cansada para mantener esa absurda conversación. Al menos, podría haberle dado una tregua de un día, pensó malhumorada. Pero estaba claro que su madre no podía evitar aturdira siempre con aquella obsesión.

Como de costumbre, no se lo tendría en cuenta. Sabía cuánto la quería y que sólo buscaba su felicidad. Pero, ¿por qué se empeñaba en ligar ésta al amor? Había otras cosas que podían hacerle feliz.

Podría mentirle, decirle que salía con alguien en Nueva York... Pero, ¿a quién pretendía engañar? No podría; mentir iba en contra de sus principios. Lástima, sólo de ese modo su madre la dejaría en paz.

—Por lo que a mí respecta, Hugo está olvidado. Y en cuanto al sexo, tranquila, no creo que vaya a olvidarlo. Es como montar en bicicleta.

—Pero hay que engrasar la cadena de vez en cuando, hijita —matizó su abuela, mientras Cristina y su madre se dirigían una mirada de lo más maliciosa. Pese a sus ochenta años, Teresa seguía siendo una mujer bella y coqueta.

—¡Abuela! ¿Tú también?

«¿Pero es que en esa casa todas las mujeres tienen las hormonas revolucionadas, excepto yo?»

—Bueno, creo que ya está bien por hoy. Dad un respiro a la niña, que acaba de llegar. —Menos mal que todavía quedaba alguien con dos dedos de frente. «Alabada seas, Cristina»—. ¿Qué tal por Nueva York?

Viernes, 17 de diciembre de 2010 – 18,00 horas.

Elsa abrió los ojos con dificultad. No sabía cuándo se había quedado dormida. Recordaba estar manteniendo una animada charla algo subida de tono acerca de los hombres, pero era obvio que, en algún momento, desconectó y cayó en un profundo sueño.

Y allí estaba, tumbada en el viejo sofá de cuero, tapada hasta las orejas con una confortable manta de lana de color rojo, cuyo olor evocaba al inconfundible perfume de la abuela. ¡Qué agradable era estar en casa!

Cada día daba gracias por tener esa maravillosa familia, única y unida, pese a lo diferentes que eran todas.

Mamá era dicharachera, confiada y sosegada; llena de bondad y generosidad. Ella, sin embargo, se parecía a su abuela materna, Teresa, con quién le unía un vínculo especial. Ambas eran desconfiadas por naturaleza, pragmáticas y reservadas. Cristina era un compendio de las tres y, con total seguridad, la más equilibrada.

—Sólo quería saber cómo estabais después del incidente de anoche. ¿Habéis descansado algo?

Ella se incorporó ligeramente del sofá al escuchar aquella voz masculina que provenía del vestíbulo y que le resultaba tan sensual. Y ¿conocida? «No, imposible», descartó su primer pensamiento. No podía ser él.

—Poco, pero estamos bien —repuso Ángela—. Elsa ha llegado hace unas

horas y eso ha sido como una inyección de moral.

—Me alegro. ¿Sigue en pie la cena de esta noche?

—Creo que será mejor que la dejemos para mañana. Elsa está agotada. Necesita descansar y, la verdad, el resto no estamos para mucha fiesta.

—No hay problema. Mañana es perfecto; prepararé un succulento menú que no podréis rechazar.

—Estoy deseando hincarle el diente. Anda, pasa. Te presentaré a mi hija. Debe de estar en el salón.

Desde su apartado rincón, levantó la cabeza con la intención de ver el rostro del hombre que mantenía aquella dulce conversación con su madre.

«¡Ay, Dios!» ¡Era él! Pero, ¿cómo era posible que entre los seis millones de habitantes de la comunidad de Madrid, ese hombre fuera el nuevo vecino?

Un ataque de pánico se apoderó de ella. ¿Qué puñetas hacía aquel tipo en su casa y desde cuando había intimado tanto con su familia?

«Cálmate, Elsa.»

—Hola, nena. Has dormido como un angelito —le dijo su abuela, sentada frente a ella con el periódico entre las manos—. Es Mario —le aclaró. Estaba claro que había notado su turbación. Nunca lograba engañar a Teresa.

De pronto, escuchó los pasos dirigiéndose directamente hacia ellas y, con un rápido gesto, se tumbó de nuevo y se cubrió la cara con la manta a tiempo de que Mario no pudiera verla. Podía imaginar la estupefacción de su abuela que, con toda seguridad, la interrogaría después por aquella inusual forma de comportarse ante un extraño. Aunque confiaba en que ahora le guardase el secreto y secundara su improvisado plan.

«Por favor, abuela, por favor».

—¿Elsa? —susurró su madre.

Bajo la manta, el corazón le latía a mil por hora.

—Sigue dormida —mintió Teresa.

«Gracias, abuela. Te debo una.»

—Tranquila, ya habrá otra ocasión. Si no te importa, pasaré esta noche para ver cómo se encuentran mis chicas de oro —bromeó Mario.

«¡Vete ya de una maldita vez!», espetó para sí misma. Era evidente que se tomaba muy en serio el papel de protector.

El sonido de pisadas alejándose le hizo relajarse. «Por los pelos». Cuando escuchó un portazo, respiró hondo. Se incorporó del sofá y observó la mirada inquisidora de su abuela que, con el ceño fruncido, esperaba una explicación.

—¿Vas a contarme qué demonios ha significado ese numerito?

—Es... Es algo complicado.

—Inténtalo. Al fin y al cabo, te he salvado el culo de lo que sea que te ocurra con ese hombre.

—¡Abuela! No deberías hablar así. No es propio de...

—Tu madre aparecerá en cualquier momento. ¡Escúpelo!

—Le besé.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A él, a vuestro vecino.

—Cariño, definitivamente, el viaje te ha trastornado —murmuró Teresa con aire de preocupación—. Tal vez deberías descansar un poco más.

—Desde luego, la vuelta a casa no ha sido como esperaba —runruneó, resignada.

Y acto seguido le contó de qué conocía a Mario y cómo le había besado en un avión sin conocerle de nada.

—Pues, hijita, estás metida en un buen lío. Ni por un instante sueñes con evitarle todas las vacaciones, pasa muchísimo tiempo en casa. Mamá y él parecen haber congeniado. Antes o después tendrás que afrontar la situación.

«Mejor después». Con suerte no la recordaría y tema zanjado. Además, ¿quién era ese hombre que, después de seis meses, reaparecía en su vida sin más? ¿Casualidad? Cuanto menos, era sospechoso.

—¿Me guardarás el secreto? —suplicó la joven.

—Anda, ven aquí y dame un beso. Te he echado tanto de menos...

Ella, que tenía una gran complicidad con su abuela, dedujo que eso era un sí rotundo. Pese a su avanzada edad, Teresa conservaba una mentalidad joven y despierta y siempre estaba dispuesta a cualquier cosa por su única nieta.

Viernes, 17 de diciembre de 2010 – 21,30 horas.

Telefoneó a las chicas y quedó a las diez en el bar de siempre. Elsa estaba ansiosa por verlas.

Se dio una ducha relajante, se quitó la humedad del pelo con el secador y

buscó algo cómodo y abrigado que ponerse. Un pantalón de pana fina marrón y un jersey de cuello vuelto beis fueron la elección final. Descartó la idea de maquillarse; si podía evitarlo, lo hacía. Maquillarse implicaba tener que retirar los cosméticos de su piel después y, cuando llegaba a casa a altas horas de la noche, sólo quería meterse en su mullida cama sin perder un minuto.

«Justo a tiempo. Las nueve y media.»

Pese a los tres grados bajo cero, decidió que iría dando un paseo. Cogió el bolso, salió de su habitación y bajó las escaleras.

—Elsa, ¿quieres venir un momento? —preguntó su madre desde el salón. Se dirigió hacia allí, ignorante de lo que le esperaba a continuación.

—Mamá, tengo prisa. Las chicas me esperan —dijo, dándole un beso en la mejilla.

—Sólo será un minuto. Quiero presentarte a Mario. —Sus ojos se abrieron de par en par; parecían dos planetas fuera de órbita.

Angustiada, se giró hacia donde señalaba su madre y allí estaba él, junto a la ventana. Mierda, no le escuchó entrar.

¿Era su imaginación o la miraba de una forma traviesa y misteriosa?

—Hola, encantado —saludó, mientras le daba dos castos besos en las mejillas—. Me alegro de conocerte al fin. Tu madre no deja de hablar de ti.

—Ho... Hola —tartamudeó, sin saber qué más decir. Si la había reconocido, lo disimulaba a la perfección.

—Cariño, estás pálida. ¿Estás segura de que deberías salir? Acabas de llegar.

—No es nada, mamá. Será el cansancio del viaje.

—Sí, los viajes en avión pueden ser agotadores. O excitantes, según se mire —intervino Mario.

Su cara debió de teñirse de rojo, porque notó que el rubor de sus mejillas subía con una intensidad implacable. Desvió el rostro para que él no pudiera percibirlo, pero no pudo evitar ver la expresión divertida de Mario que, por su ligera sonrisa, parecía estar burlándose de su inútil esfuerzo por ocultar su identidad.

—A Elsa no le gusta... —empezó a decir Ángela.

—Tengo que irme o llegaré tarde. Encantada —interrumpió a su madre,

justo a tiempo de que la delatase definitivamente. Si le confesaba su fobia, él no tardaría en atar cabos y reconocerla... si es que no lo había hecho ya.

—Pero...

Ángela estaba estupefacta por la falta de educación de su hija. Antes no solía ser tan grosera. ¿Qué diablos le pasaba? Tendría que hablar con ella.

—¿Te llevas el coche? —preguntó, confusa, sin saber qué decir.

—No, iré andando. Adiós —contestó, desde la puerta. Y salió huyendo como un pavo asustado.

—Pero, ¿te has vuelto loca? Hace un frío de mil demonios —alcanzó a gritar ella. No obtuvo respuesta, un enorme portazo hizo retumbar la casa entera—. Esta criatura cada vez tiene peores modales. Lo siento, Mario, te aseguro que no suele comportarse de este modo tan...

—No importa. Es evidente que tenía prisa.

—¿Qué puñetas ha sido ese estruendo? —preguntó Teresa, impulsando su silla de ruedas hacia el salón.

—Tu nieta. Se comporta de una manera extraña —respondió ella a su madre, todavía enfadada por la descortesía de Elsa hacia su nuevo amigo.

—Ah, Mario, hola. Ahora lo entiendo.

—¿Cómo dices? —farfulló ella.

—Olvídalo.

Mario contuvo una sonrisa. Debía de admitir que aquélla era una familia poco corriente. Teresa, pese a su edad, era una moderna octogenaria, intuitiva y con un gran sentido del humor. Su pelo completamente blanco y su tez morena, chocaban con la claridad de sus ojos verde esmeralda.

Ángela era una mujer bellísima, de porte elegante y carácter dulce y amable. De esbelta figura, rubia melena corta y enormes ojos azules, conseguía atraer la atención de cualquiera aun sin proponérselo. Y, en cuanto a Elsa, todavía tendría que averiguar cómo era esa preciosa joven que tanto le impactaba.

Viernes, 17 de diciembre de 2010 – 22,00 horas.

Elsa entró en Jandro's, el bar que tantos recuerdos le traía. Todo estaba igual que siempre: las mesas altas con sus sillas taburete y la diana de dardos iluminada y dispuesta a ser utilizada.

Abrazó a Julia, que la esperaba en la barra con una cerveza en la mano.

—Estás estupenda —confesó ella, mientras Julia daba un giro completo sobre sus talones, presumiendo de su espléndida figura.

Julia siempre había destacado por su belleza exótica. Tenía una larga melena oscura, piel morena y unos rasgados ojos negros que había heredado de su madre, de ascendencia filipina. Era alegre, coqueta y extrovertida, por lo que los hombres siempre la encontraban irresistible. Pocos eran los que no sucumbían a sus encantos.

—Y tú estás igual. Aunque con tanta ropa, casi ni te reconozco.

Elsa se desprendió del gorro de lana marrón y los guantes a juego, quitándose luego el abrigo.

—Ajá, ahora sé que eres tú. Podría distinguir tus ojos entre un millón —apuntó Julia, divertida, dándole dos cariñosos besos—. Me alegro tanto de verte... Ahí está Mónica.

—Hola, chicas. ¡Odio el puñetero invierno! —se quejó la recién llegada, sacudiendo las manos para hacerlas entrar en calor.

—Tú siempre tan positiva —se burló Julia, mientras su desgarbada amiga le lanzaba una mirada asesina.

Mónica era, físicamente, la menos afortunada. Tenía la cara alargada, los ojos marrones un poco saltones y el pelo fosco. Era alta y bastante delgada, por lo que sus andares inestables le hacían parecer torpe y poco elegante. A cambio, estaba dotada de una inteligencia aplastante. Era juez; había sacado la plaza quedando la número uno de su promoción.

—Y tú siempre tan graciosa, Julia —respondió la última en llegar, claramente molesta—. ¿Qué tal te va, Elsa?

—No tan bien como a vosotras —bromeó, con la única intención de relajar el ambiente—. Veo que no habéis perdido vuestra vieja afición a discutir.

Las dos amigas le dirigieron una mirada de culpabilidad.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Mónica, con dulzura—. Vaya palo lo de anoche.

—Fue espantoso —dijo Julia—. Era un hombre tan agradable... Y con una asombrosa conversación. Conocía los lugares más recónditos del mundo

y las culturas más extravagantes. Es una verdadera pena. Y tan joven, que cuesta creer que algo así pueda ocurrir.

—Supongo que debió de ser terrible, sí. Y ahora, ¡tiempo muerto! Esta noche toca divertirse. Brindemos —pidió ella, levantado la jarra de cerveza—. Feliz Navidad.

—Ahí están los chicos. ¡David! —le llamó Julia.

Éste sacudió la mano, a modo de saludo, mientras intentaba llegar hasta la mesa donde ellas estaban. El bar estaba repleto de gente; como si todos se hubieran puesto de acuerdo en la hora.

—Por fin. No sé cómo he llegado hasta aquí sin ninguna costilla rota. ¡Esto está abarrotado!

Justo detrás de David venía Gonzalo, otro antiguo amigo de la pandilla.

—Hola, Elsa. ¡Cuánto tiempo! —dijo éste último, sentándose a la mesa—. Tendremos que apretarnos un poco; por allí viene Mario.

El corazón de Elsa dejó de latir durante unos segundos. ¿Cómo era posible que ese hombre formase ahora parte de su vieja pandilla? La situación era desesperada.

—¿Os conocéis? —le preguntó Gonzalo, cuando Mario se plantó junto a ellos.

Estaba guapísimo, con una cazadora de piel negra y el pelo algo revuelto.

—¡No! —exclamó ella, de pronto, llamando la atención de todo el grupo por su grito desesperado—. Quiero decir... sí. Mi madre acaba de presentármelo.

Mario la observaba con una ligera mueca que ella no supo interpretar. Si la había reconocido, lo disimulaba de lujo. Su rostro era impermeable.

—Encantado de volver a verte, Elsa.

—Si hubiera sabido que venías, te habría esperado —respondió, avergonzada por la rápida huida que había protagonizado minutos antes en su casa.

—Me dio la impresión de que llevabas mucha prisa o que simplemente querías desaparecer.

Ella tragó saliva, abochornada. Se había comportado de forma infantil, casi rozando la mala educación.

—Bueno, y cuéntanos, ¿cómo va tu absurda obsesión por conocer el misterioso mundo de los psicópatas? —preguntó Julia, con su habitual sentido del humor—. ¿Todavía los encuentras fascinantes?

—Por mucho que os cueste entenderlo, mi respuesta es sí.

—No sé cómo no se te pone la piel de gallina al conocer los detalles escabrosos de esos perturbados. Da escalofríos sólo pensarlo.

—Probablemente se deba a que Elsa es como ellos: entusiasta de su trabajo, metódica, rigurosa, inteligente y calculadora —bromeó David.

—Me temo que esa descripción englobaría a demasiadas personas, entre ellas tú, abogado —se defendió ella, consciente de algunas de sus rarezas.

Todos los allí presentes conocían su carácter algo excéntrico. Tenía la manía de analizarlo todo, incluso sabiendo que a veces ese examen tan exhaustivo la conduciría irremediablemente a sufrir. Además, cuando algo le entusiasmaba, como era el caso de su profesión, volcaba todos sus esfuerzos en conseguir sus metas.

—Chicos, se me había olvidado lo graciosos que podéis llegar a ser cuando os lo proponéis. No sé cómo puedo sobrevivir en Nueva York sin vuestros chistosos comentarios. Y ahora, podemos dejar de hablar de mí.

—Sí, mejor hablemos de Julia. Le encanta ser el centro de atención —intervino Mónica, con evidente sarcasmo.

—Al menos mi vida tiene algún interés, no como la tuya; aburrida y carente de emoción —respondió la aludida.

—¿Queréis dejarlo ya? —protestó David, claramente contrariado.

—No puedo creer que todavía peleéis como cuando erais niñas —dijo ella, en tono conciliador—. Creo que os voy a someter a una dura terapia psicológica para acabar con estos absurdos enfrentamientos.

—Puede que sea una buena idea. Aunque algunas lo necesitan más que otras —convino Mónica, ya más sosegada.

—Ja, ja —respondió la otra.

El resto de la noche transcurrió sin altercados. Bebieron y rieron recordando viejas anécdotas.

Ella no se encontraba del todo cómoda. Mario la observaba sin ningún pudor y cada vez que le miraba de reojo, se topaba con una media sonrisa

entre divertida y curiosa.

Estaba sentado enfrente y se había despojado de su cazadora. Aprovechando que éste mantenía una amena conversación con Julia, ella también le estudió, disimuladamente.

Tenía el pelo algo más largo, los ojos del mismo tono verde esmeralda y el rostro, sereno y anguloso, era el marco idóneo de aquella imagen sumamente atractiva. Era bastante delgado, lo que le hacía parecer incluso más alto. Calculó que mediría cerca de un metro ochenta y cinco.

Vestía una camisa blanca con cuadros azules, unos vaqueros y unas botas negras de cordones. ¡Nunca había podido resistirse a un buen culo embutido en unos Levi's! Estaba realmente sexy.

Con esa planta, era imposible pensar que algo no le encajara como anillo al dedo. Debía admitirlo, era un auténtico «cañón». Pero, curiosamente, era aquella sonrisa «de no haber roto un plato» lo que le dejaba sin respiración. Bueno, por no hablar del pequeño hoyuelo que se le formaba en el carrillo derecho al hacer aquel gesto.

«Olvídate de él. No es para ti. Debe odiarte por lo que hiciste». «¿Y si es un acosador? O, peor aún, un psicópata obsesionado por el beso que le di». «Maldición, ¿por qué tuve que besarle?».

Capítulo 3

San Lorenzo de El Escorial.

Sábado, 18 de diciembre de 2010 – 2,00 horas.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de irme. Estoy muerta. El jet lag me está matando —dijo Elsa, sintiendo que sus párpados empezaban a pesarle más de la cuenta. Las dos de la mañana era una hora más que razonable para retirarse.

—Espera. Te acerco a casa —se ofreció David.

Sintió la mirada implacable de sus amigas que, continuamente, le reprochaban que abusara de la generosidad de su ex novio. Estaban convencidas de que él todavía seguía loco por sus huesos. Sin embargo, ella no compartía aquella opinión. Él la quería, sí, pero no del modo en que ellas pensaban. Estaba completamente segura de que entre ambos sólo había una gran amistad.

—No hace falta, de veras. Volveré andando. ¿Vienes, Julia?

Julia vivía con su padre unas pocas casas más allá de la suya. Su madre les dejó por un artista de cine cuando ella tenía catorce años y nunca habían vuelto a saber nada más de ella. Ni siquiera una llamada o una fría postal.

—Creo que me quedaré un rato, si no te importa —se disculpó.

Elsa se encogió de hombros.

—No, claro que no.

—Puedo llevarte yo —intervino Mario, que se había mantenido distraído

y callado durante toda la noche—. También estoy cansado y vivo justo al lado. Tengo la moto aparcada fuera, y dos cascos.

—La moto —repitió como embobada.

—Vamos, Elsa, no irás a rajarte por un paseíto en moto. Te encantaba que mi padre te diera una vuelta en la suya —aclaró Julia, siempre tan inoportuna.

Ella hizo un rápido examen de la situación. Si se negaba y Mario la había reconocido, no sólo quedaría como una estúpida, sino también como una cobarde. Así que no le quedaba otro remedio que aceptar. Además, la situación le permitiría descubrir qué intenciones tenía... si es que tenía alguna, claro.

—Bien, de acuerdo. Acepto el reto, aunque ello suponga la congelación total de mis huesos —añadió, intentando dar sentido a sus ridículas dudas.

Al salir del bar, su corazón latía a tanta velocidad que creyó que iba a darle un ataque. No podía dejar de pensar qué le diría si abordaba la cuestión de su mala educación en el aeropuerto. No debió dejarle allí plantado, sin ni siquiera despedirse. Fue una auténtica grosería, pero tenía un motivo muy justificado. Bueno, al menos eso creía.

—Toma, ponte el casco.

Suspiró, aliviada. De momento no parecía que fuera a sacar el tema. Todavía le quedaba la esperanza de que no la relacionara con aquel sórdido episodio aunque, para ser sincera, no contaba con que la suerte le sonriera esta vez.

Mario subió primero a la moto y luego se giró ligeramente para tenderle la mano y ayudarla a sentarse detrás.

Cuando los dos estuvieron listos, arrancó y ella evitó por todos los medios agarrarse a su cintura. Pero Mario parecía tener otros planes y pisó el acelerador con tanta energía que no le quedó más remedio que sujetarse con fuerza a él. El leve contacto le hizo evocar aquel beso en el avión, ardiente y apasionado.

Después de haber roto con Hugo, aquella era la única vez que le habían vuelto a besar. Por supuesto, en cuanto al sexo, nada de nada; estaba en el dique seco desde hacía más de un año y, por qué no admitirlo, empezaba a echarlo de menos. ¡Mucho!

Llegaron a la entrada de su casa y Mario detuvo la moto. Ella descendió rápidamente, se quitó el casco y se lo devolvió sin apenas mirarle a la cara.

—Gracias por traerme —le dijo, mientras le daba la espalda y dirigía sus apresuradas zancadas hacia la puerta.

—Ha sido un placer, Elsa a secas.

Ella se detuvo de golpe. «¡Oh, mierda! ¿Qué esperabas? Nadie es tan estúpido como para olvidar algo así».

Curiosamente, descubrir que sabía de quién se trataba le alivió. Todo aquello le estaba haciendo comportarse de forma absurda e infantil y ya era hora de afrontarlo como una adulta. Ocultarse y fingir no eran cualidades que encajasen con su carácter, más bien valiente y sincero.

Se giró y le miró directamente a los ojos mientras retrocedía y volvía junto a la moto, donde él permanecía sentado.

—Vale. Me has reconocido.

—Bueno, es difícil olvidar a la única mujer que me ha besado en un avión.

—Dios, estoy tan avergonzada. Siento muchísimo lo que ocurrió. Y también mi comportamiento de hoy. Pensarás...

—¿Siempre te juzgas tan duramente?

—Oye, no hace falta que seas tan indulgente. Sé que te debo una disculpa por desaparecer de aquel modo en el aeropuerto después de...

—¿Besarme? —Ella asintió—. No necesito una disculpa. Ocurrió y ya está.

—Pero yo me sentiría mejor después de esa disculpa. No suelo dejar plantada a la gente, créeme.

—No hay nada que explicar.

—Por cierto, ¿qué haces aquí? Me refiero a que ¿cómo has venido a parar a este pueblo? —«Y justo a la casa de enfrente de mi madre».

—Me gusta este pueblo. Hasta mañana, que descanses. —Se puso el casco, arrancó y condujo hasta su chalé, dos viviendas más allá, al otro lado de la calle.

«Será posible», maldijo en su interior. La paciencia no era precisamente una de sus virtudes y odiaba dejar una conversación a medias. Y ésta no

había terminado; al menos, no para ella.

Sábado, 18 de diciembre de 2010 – 7,45 horas.

Cuando asomaron los primeros rayos de sol por la ventana, Elsa se levantó y se puso su equipo de correr: unas mallas negras, una camiseta térmica ajustada y las zapatillas de deporte. Echó mano de su pulsómetro y se recogió el pelo en una coleta.

Como solía hacer cada mañana cuando su ajetreada vida se lo permitía, salió a correr por los caminos de alrededor. Hacía tres años que había descubierto que hacer footing no sólo le mantenía en forma sino que además le permitía comenzar el día de manera relajada y enérgica. Cuando el resto del mundo ponía el primer pie en el suelo, ella ya llevaba dando tumbos, al menos, una hora.

Aunque hiciera un frío polar, como era el caso de esa mañana, no renunciaba a lo que se había convertido en una de sus aficiones favoritas. Pese al jet-lag y el cansancio acumulado del viaje, aguantó el tirón, no sin grandes dosis de esfuerzo. No estaba en forma, era evidente.

De pronto sintió que se asfixiaba y tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Se inclinó un poco y apoyó las manos sobre las rodillas, mientras intentaba recuperar el ritmo de su respiración. Definitivamente estaba en una forma pésima. En Nueva York, los estudios la tenían tan absorbida que apenas tenía tiempo de hacer ejercicio y, ahora más que nunca, notaba cómo esa vida sedentaria le estaba pasando factura.

—Me decepcionas, Elsa. Antes solías tener más aguante. —El sarcasmo de Julia era inconfundible.

—Guardo las energías para los psicópatas —respondió con la voz entrecortada, girándose hacia la espléndida figura de su amiga, embutida en un moderno equipo deportivo.

—Anda, vayamos a ese banco y hagamos algún ejercicio de estiramiento. Eso te permitirá tomarte un respiro.

—Dios mío, ¿tan mal se me ve?

—¿De verdad quieres saberlo? —Ella arqueó una ceja—. Definitivamente necesitas un descanso.

—De acuerdo, lo admito. Estoy muerta. Veo que tú tampoco has

abandonado el deporte.

—No podría vivir sin hacer algún tipo de ejercicio, además del sexo, por supuesto. —Rio.

—Tú siempre pensando en lo mismo. ¿No crees que ya va siendo hora de que sientes la cabeza?

—¿Y acostarme cada noche con el mismo hombre? Ni lo sueñes. Soy demasiado joven. Todavía tengo mucho que experimentar.

Ambas rieron ante tal descaro.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Algún tipo interesante a la vista? —prosiguió Julia.

—Me temo que no. Creo que la mala experiencia de Hugo me ha provocado un rechazo absoluto hacia los hombres apuestos, amables y aparentemente íntegros —bromeó ella, mientras trataba de colocarse los mechones de pelo que le caían sobre la frente—. Y todavía no he encontrado a uno feo y borde con el sex-appeal suficiente para llevarme a la cama.

—Por el amor de Dios, ¿me estás diciendo que no follas desde hace más de un año?

—¿Quieres hacer el favor de bajar la voz? No, no follo desde hace más de un año. Y tampoco creo que sea un drama.

—Es mucho peor que eso, ¡es una tragedia!

—¡Julia! Déjalo ya.

—Vale, lo de Hugo terminó mal, pero no entiendo por qué eso te impide echar un buen polvo. Irte a la cama con un hombre no te encadena a él para siempre.

—Sabes que no me van las relaciones esporádicas de una noche. Ojalá pudiera. Al menos así me divertiría un rato —resopló con resignación.

—Ajá —le apuntó con un dedo, de manera acusatoria—. Entonces, ¿admites echarlo de menos?

—Pues, claro. No soy una monja de clausura. Me gusta el sexo.

—¿Qué te parece si corremos un par de kilómetros hasta la churrería que hay junto al mercado y lo sustituimos por un buen chocolate con churros? —sugirió Julia.

—Me parece que es la mejor idea que has tenido en años.

No tardaron ni quince minutos en llegar y, después de despojarse de parte de su atuendo, se sentaron a una mesa para disfrutar del desayuno.

—¿Julia?

—¿Qué ocurre? Me miras como si fuésemos a cometer un delito.

—¿Por qué seguís Mónica y tú discutiendo permanentemente?

—Maldita sea, Elsa, ¿no puedes dejar de lado tu profesión y disfrutar de unos churros recién hechos, sin psicoanalizarlo todo?

—Me preocupa vuestra... actitud hostil. Eso es todo.

—¿Actitud hostil? Había olvidado lo redicha que eres —apuntó, muerta de risa—. Exageras, ¿no te parece? Es sólo que tenemos formas distintas de ver la vida. —Ella frunció el ceño, esperando una explicación más extensa—. Joder, Mónica vive atrapada entre la disciplina y el orden. No sabe divertirse. Sólo ve el lado negativo de las cosas y está amargada porque su vida sexual es escasa, por no decir nula.

—No sé qué tiene eso que ver contigo.

—¡Mucho! Se pasa la vida censurando mi comportamiento. En su opinión, frívolo y desenfadado. Se cree por encima de todos nosotros por ser juez y yo una simple agente inmobiliaria.

—Yo no diría que simple, vendes casas de lujo —bromeó, intentando quitarle hierro al asunto. Sentía que Julia comenzaba a enfadarse—. Por cierto, ¿qué tal va el negocio?

—La crisis no parece haber afectado a este privilegiado mundo de ricos. Gracias a Dios, no me falta el trabajo y sigo cobrando un buen pellizco por cada venta o alquiler. Por cierto, ¿qué tal ayer con Mario?

—¿Con Mario? Bien, ¿por qué lo preguntas?

—Es guapo, ¿eh? Y creo que está forrado. También a él conseguí engatusarle y colocarle la casa de piedra.

—¿Y puedo saber qué significa eso de engatusarle? —Sintió cómo los celos se apoderaban absurdamente de ella. Que le hubiese besado no le convertía en una de sus posesiones y, desde luego, conociendo a Julia, no sería de extrañar que se lo hubiese tirado. Pero, sin saber muy bien por qué, esperó pacientemente una respuesta, confiando en que Mario no fuera uno más de sus trofeos.

—Oh, no es lo que te imaginas. De momento me he limitado a colocarle la casa, aunque no me importaría incluirme en el lote.

Saber que por el momento su relación se limitaba a lo laboral y amistoso, le produjo una especie de alivio. Sin embargo, su cabeza no paraba de reprenderle por aquella ridícula obsesión hacia un hombre del que apenas sabía nada. Era inútil negar el interés que sentía hacia él. No sólo le atraía su físico, sino también su aparente sencillez y generosidad.

Sin embargo, todavía no acababa de entender qué especie de vínculo secreto le hacía volcarse en su familia. Y, de algún modo, eso la intranquilizaba.

—¿Elsa? ¿Dónde estabas?

—Oh, perdona. Estaba pensando en mamá. Estoy preocupada por ella. La muerte de Alfredo le ha afectado más de lo que dice.

—Sí, la verdad es que fue muy desagradable. Cuando lo estábamos pasando tan bien... se desplomó. Allí, en medio del salón. —Julia tragó saliva, claramente incómoda por los recuerdos.

—Mejor hablemos de otra cosa. ¿Qué tal tu padre?

—Igual de muermo.

—No deberías hablar así de él. Creo que todavía no ha superado lo de tu madre.

—Habló la psicóloga —se mofó—. Pues permíteme que disienta. Deberías fijarte en cómo mira a tu madre. Se le cae la baba.

—¿No hablarás en serio?

—Por supuesto. Está loco por ella.

—La verdad, nunca lo hubiera imaginado.

—Pues, ya ves. A la única mujer que parece ignorar es a mí —murmuró Julia en un susurro, claramente dolida.

—No digas esas cosas. Tu padre te adora.

—Las dos sabemos que eso no es cierto. No me soporta. Supongo que mi presencia le recuerda a mi madre, si es que se le puede llamar así a alguien que se limitó a darme la vida y se largó sin más.

—Julia...

—Déjalo, no necesito una de tus magistrales sesiones terapéuticas —

espetó la joven con sarcasmo—. Lo superé hace años.

Ella la miró apenada. Era obvio que aquella complicada relación le atormentaba, por mucho que Julia intentara convencerse de lo contrario. Era la única arma de protección que le quedaba: engañar a su mente haciéndola creer, una y otra vez, que la actitud distante de Felipe, su padre, se debía al dolor por el abandono de su madre. Julia era una mujer fuerte, independiente y alegre, a quien aparentemente aquella indiferencia le importaba un comino. Pero, ¿hasta qué punto era así en la intimidad de su corazón?, pensó, compadeciéndola.

De algún modo, la entendía. Ella también había perdido a su padre cuando murió, pero por desgracia, Julia lo había hecho estando él con vida y eso era incluso peor.

Sábado, 18 de diciembre de 2010 – 10,10 horas.

Cuando Elsa llegó de nuevo a casa, el panorama no podía ser más dantesco. Al menos había cinco coches patrulla aparcados a la puerta y un movimiento en el interior que no anunciaba nada bueno.

—Pero, ¿dónde te habías metido? —le preguntó su madre—. La policía está aquí. Ha traído una orden de registro.

—¡Una orden! ¿Por qué? —exclamó, confusa. De repente vio a Fernando, que bajaba de la planta de arriba con aspecto circunspecto.

—Elsa, me alegro de verte. ¿Cómo te va? —Se acercó hacia ella con expresión ambigua. No era un hombre efusivo ni dado a demostraciones de afecto.

—Creía que bien hasta que he llegado. ¿Qué significa todo esto, Fernando? —preguntó, mientras le daba un cariñoso abrazo y dos besos.

—La autopsia de Alfredo ha revelado que fue envenenado —le aclaró el capitán.

—¿Cómo dices? Eso no puede ser. ¿Quieres decir que alguien le envenenó durante la fiesta de mamá?

—Eso parece.

—¿No es horrible? —apuntó Ángela con los ojos vidriosos y una expresión de absoluto pavor.

—Mamá, tranquila. Todo saldrá bien —dijo cariñosamente, abrazándola.

No era difícil imaginar el delicado momento que su madre estaba atravesando. Pese a los doce años transcurridos desde la muerte de su padre, ella recordaba aquel accidente como si fuera ayer. Las sirenas de policía, los continuos interrogatorios, el ir y venir de los funcionarios del estado haciendo su trabajo... Una auténtica tortura agravada por el dolor de la pérdida de un ser querido, un futuro incierto y un vacío insustituible.

El fallecimiento de Alfredo en el mismo lugar donde lo hizo su padre años atrás, le hizo evocar el amargo sabor de la muerte. Aquella casa parecía atraer las desgracias.

—Lamento mucho lo ocurrido, Ángela —dijo Fernando. Ella asintió, agradecida por aquellas palabras de consuelo—. Haremos nuestro trabajo y nos marcharemos lo antes posible.

—¿Qué clase de veneno han utilizado? —preguntó ella, todavía perpleja ante aquel extraño suceso.

—Sabes que no puedo desvelar datos de la investigación —contestó el capitán, de forma escueta. Era un hombre parco en palabras.

—Fernando, un hombre ha sido asesinado en mi casa —se quejó su madre, con un atisbo de indignación y reproche en la voz—. Creo que tenemos derecho a saber qué demonios estáis buscando.

—Buscamos cualquier prueba que nos conduzca al asesino.

—¿En mi casa?

—Claro, ¿dónde si no? Fue aquí donde ocurrió el crimen.

—Sí y, por suerte, tú estabas aquí. ¿Viste algo sospechoso? —quiso saber ella.

—Niña, no vayas por ahí. No pienso decirte ni una sola palabra sobre el caso —insistió Fernando.

Le hacía gracia ver cómo, después de tantos años de amistad, ese hombre de apariencia sosegada seguía perdiendo los nervios en cuanto ella le atosigaba a preguntas e, inconscientemente, le llamaba «niña», como si se tratara de una cría a la que hubiera que regañar por haberse portado mal en el colegio.

—Joder, Fernando, déjame ayudar.

—Elsa, te recuerdo que estás de vacaciones. No es asunto tuyo.

—Eso es una soberana estupidez.

—No me hables así, soy veinticinco años mayor que tú, jovencita —la increpó, molesto por su obstinada insistencia.

Fernando conocía demasiado bien la terquedad de Elsa. No en vano habían trabajado juntos en la resolución de diversos casos de la Guardia Civil durante los cinco años que ella llevaba ejerciendo como psicóloga en un gabinete especializado en psicología clínica, jurídica y forense que colaboraba asiduamente con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

La parcela de Elsa abarcaba desde el asesoramiento y ayuda psicológica a miembros de la Guardia Civil, tanto en temas personales como profesionales —divorcios, pérdida de un ser querido, estrés post traumático, agorafobia, depresión y trastornos de ansiedad en general—, hasta el estudio y análisis de casos policiales con el fin de definir el posible perfil de un asesino, un secuestrador...

Por tanto, se consideraba no solo un buen amigo de ella —la conocía desde que era un bebé—, sino también un colega, profesionalmente hablando.

Le había visto crecer, soñar, reír y también sufrir. Tras la muerte de Javier, su padre, Elsa cayó en una profunda depresión, incapaz de aceptar aquella pérdida, y cuando la situación se hizo insostenible, fue él quien se ocupó de buscarle ayuda psicológica profesional. Se lo debía al que había sido, sin duda, su mejor amigo.

Javier y él se conocieron a través de sus profesiones. Por aquel entonces, él era cabo de la Guardia Civil y Javier, abogado de oficio. Los diversos encuentros entre ellos hicieron crecer una buena relación que acabó convirtiéndose en una gran amistad.

Tras la muerte de Javier, Fernando pasó a convertirse, poco a poco, en un pilar imprescindible para Elsa y Ángela, quien aunque trataba de mantenerse fuerte, también estaba completamente hundida.

Lo cierto es que Elsa era como una hija para él, la hija que nunca tuvo y, pese a las circunstancias, se alegraba enormemente de tenerla de vuelta en casa por Navidad.

—Te repito que quiero ayudar y, además, puedo hablarte como me dé la gana, capitán —le respondió, entre divertida y malhumorada.

—Ángela, si no fuera por lo mucho que quiero a esta deslenguada y por el respeto que siempre le tuve a Javier, le daría dos bofetadas.

—Te entiendo mejor de lo que crees —convino Ángela, todavía molesta por la escasa educación que demostró su hija cuando le presentó a Mario.

—Eh, que estoy aquí —protestó ella por la intencionada indiferencia de éstos.

Tres interminables horas más tarde, después de un exhaustivo registro y un incómodo interrogatorio a los miembros de la casa presentes en la fiesta, la Guardia Civil abandonó el presunto lugar del delito.

Le pareció vislumbrar un atisbo de preocupación en los ojos de Fernando cuando se despedían. Durante la investigación, un brigada le llamó para que subiera a la planta superior y, cuando regresó, su rostro estaba desencajado. Le conocía lo suficiente como para saber que algo serio había sucedido allí arriba. No quiso preguntar puesto que conocía la respuesta de sobra: «secreto de sumario».

Elsa le dirigió una mirada interrogante, incluso suplicante, pero él se limitó a sacudir la cabeza. Parecía consternado. ¿Qué puñetas estaba pasando? Empezaba a estar francamente preocupada.

Aunque, bien mirado, se consoló pensando que la inquietud del capitán bien podía deberse a la preocupación por su madre. Salvo la interesada, todos sabían que Fernando llevaba años enamorado de ella. Lo curioso era que nunca se había atrevido a invitarla a salir en plan cita. Ella siempre se había mantenido al margen, podía imaginarse cuán violento sería sacarle ese tema a colación. Aunque, pensándolo bien, quizá debería hacerlo y darle su punto de vista. Tal vez fuera el empujón que le faltaba para lanzarse. Además, estaba segura de que a él le gustaría saber que le encantaría tenerle como padrastro. ¡Mamá no podría estar en mejores manos! Era un hombre excepcional, pese a su apariencia fría y algo reservada.

Por desgracia, algo le decía que su madre había sido tan sumamente feliz con su padre que se negaba a comenzar otra relación, convencida de que nunca podría ser como la que tuvo entonces. A lo más que llegaba era a algún que otro flirteo con, probablemente, grandes dosis de sexo. Pero nada serio ni duradero.

Sin embargo, en esta ocasión, tenía el presentimiento de que si Ángela diese una oportunidad a Fernando, podría funcionar. Claro que para eso, su madre primero tendría que captar el interés del capitán y, si a estas alturas no lo había hecho, difícilmente lo haría algún día. ¿Es que no tenía ojos en la cara? Fernando era un cincuentón de lo más atractivo. Era alto, de constitución atlética, tez morena y ojos claros, que junto con el pelo canoso y su perfilada perilla, igualmente canosa, le conferían un toque interesante y misterioso.

Sábado, 18 de diciembre de 2010 – 18,00 horas.

Eran las seis de la tarde cuando terminaron de limpiar el omnipresente polvillo negro que la policía judicial había esparcido por todos los objetos y muebles de aquel viejo caserón a fin de recoger todas las huellas dactilares. Estaban agotadas y con los pulmones intoxicados de respirar aquella sustancia que se te metía dentro, aún sin quererlo.

Elsa ni siquiera había contado con cinco minutos para ducharse pero, ahora que por fin tenía el trasero cómodamente aposentado en el sofá, no imaginaba ninguna razón para levantarse. ¡Sentía como si le hubieran dado una paliza!

—¿Quién querría matar a Alfredo? —se preguntó en voz alta, reclinándose en una deslucida butaca de cuero marrón, con la mirada perdida.

Los ojos de las tres mujeres de la casa se posaron directamente sobre ella.

—Era un hombre encantador. Siempre tan divertido y atento —apuntilló Cristina, todavía incrédula ante la noticia de su asesinato.

—Y pensar que yo salí con él en varias ocasiones —murmuró Ángela, con un hilo de voz ahogada, incorporándose del sofá y dirigiéndose al gran ventanal con vistas a la entrada principal.

—¿Nunca te habló de nadie que quisiera hacerle daño? —insistió ella.

—¡No! Era un hombre corriente, con una vida corriente y un trabajo... corriente, supongo —añadió, titubeante—. Parecía gozar de una economía boyante pero, en cualquier caso, no veo quién podría querer matarle.

—¿A qué se dedicaba?

—No lo sé exactamente —vaciló, girándose hacia ella—. Nunca se lo pregunté, pero disponía de mucho tiempo libre. De vez en cuando tenía que

viajar por negocios, o eso decía. Una vez le escuché decir que era, o había sido, propietario de una empresa constructora. Su sobrino trabajaba con él. Al menos lo hizo durante algún tiempo.

—Ya —respondió ella, haciendo girar el dedo índice en su pelo formando un pequeño tirabuzón; señal inequívoca de que estaba tramando algo.

—Elsa Maqueda, te prohíbo que te entrometas. Ya escuchaste a Fernando, no es asunto tuyo —le reprendió su madre, intuyendo que esas preguntas no eran por casualidad.

Ella se prometió que debía llamar a Ana, su mejor amiga, que además era brigada de la Guardia Civil bajo las órdenes de Fernando. Fernando Ortega, también conocido como «el hombre de hierro» por su aparente imperturbabilidad. Seguro que ella dispondría de más información.

Le había escrito un correo electrónico anticipándole su llegada pero, desde que aterrizó, no había tenido ni un minuto para llamarla y charlar.

—La niña sólo está preguntando —intervino Teresa, siempre dispuesta a defender a su única nieta.

—¡Mamá! —se quejó Ángela, molesta—. Sabes tan bien como yo que eso no es cierto. Le atraen los problemas ajenos. ¡Especialmente los que tienen que ver con muertes, asesinatos y esas truculencias!

—Mamá, me dedico a eso —se defendió—. Soy psicóloga criminalista, ¿recuerdas?

—¡Sólo psicóloga!

—Sí, de acuerdo, psicóloga —accedió, de mala gana. No deseaba discutir con ella, los acontecimientos del día la habían desbordado claramente.

—Y no, durante estas vacaciones. Así es que...

Gracias a Dios, suspiró ella. El sonido del timbre interrumpió aquella absurda conversación que, con toda seguridad, no les conduciría a nada bueno. Su obligación era proteger a su familia y ese asesinato se había cometido en su casa. ¡No iba a quedarse de brazos cruzados!

¿Por qué alguien habría utilizado la fiesta de cumpleaños de su madre para eliminar a Alfredo? Lo curioso es que todos los invitados formaban parte de su círculo de amistades más cercano. Pensar que podría tratarse de alguno de ellos le puso la piel de gallina.

Cristina fue a abrir la puerta y regresó acompañada de Mario.

—Pasa, Mario —le saludó Ángela, cogiéndole de las manos de forma cariñosa—. ¿Ya te has enterado de lo de Alfredo?

—Cristina acaba de contármelo. ¿Quién podría querer matar a ese hombre? Y, ¿por qué en tu casa?

De repente, los ojos de Mario se dirigieron hacia ella que, avergonzada por su aspecto sucio y desaliñado, desvió la mirada.

—Entonces —continuó hablando, con ese aspecto de galán de película—, supongo que de la cena de esta noche, ni hablamos.

—¡La cena! Lo había olvidado —se disculpó Ángela.

—¿Qué cena? —preguntó ella.

—Mario nos había invitado a cenar esta noche en su casa. Pero con todo este asunto, lo olvidé por completo. ¡Lo siento, Mario, qué cabeza tengo!

—Pues no contéis conmigo —dijo Teresa sin tapujos—. Hoy tengo un dolor de espalda que me está matando.

—Abuela, ¿por qué no has dicho nada? Podría haberte dado un masaje.

—Nena, ¡pero si no habéis parado en todo el día!

—Pues si Teresa se encuentra mal, conmigo tampoco contéis. Me quedaré a acompañarla —desestimó la invitación Cristina.

—La verdad, Mario, es que yo estoy rota —admitió Ángela—. No creo que pueda levantarme del sofá en un siglo. Ni te imaginas lo que ha supuesto limpiar todo ese polvillo asqueroso.

—No te preocupes, lo comprendo. Con todo lo que ha sucedido... Aunque es una pena desperdiciar tanta comida. Al menos, dejadme que os traiga algo de cena.

—Me siento fatal por dejarte tirado de este modo. Elsa, ¿qué te parece si vas tú a cenar en representación de la familia? —Ella dio un respingo en la butaca—. Así las carcamales podremos descansar, pero con la conciencia tranquila.

—¡Mamá! No creo que...

—Me encantaría —se apresuró a responder Mario, con una leve sonrisa en los labios que la dejó sin habla—. Por favor. Así podremos conocernos mejor.

—Vamos, nena, eres joven y bonita. Sal y diviértete —apuntó Teresa, guiñándole un ojo. «Traidora», pensó—. Además, es un magnífico chef. Pero, muchacho, déjame que te tome la palabra, estaremos encantadas de que nos traigas parte de esos succulentos platos.

—Descuida, la cena será servida a las nueve —bromeó Mario—. ¿Qué me dices, Elsa? ¿Te parece si paso sobre esa hora con la cena para las damas y luego nos vamos?

—Eeehh, no sé. Sí, supongo que sí.

—Perfecto. Entonces, a las nueve.

Ella vio cómo una sonrisa triunfal se dibujaba en el rostro de su madre. «¡Alcahueta!». Iba a tener que hablar seriamente con ella. No podía hacerle estas encerronas sólo porque quisiera emparejarla. No estaba bien.

Pero su enfado duró tan sólo unos instantes. De pronto, se encontró divagando sobre qué ponerse para la ocasión. No podía ir demasiado atrevida, eso sería prácticamente una insinuación, pero tampoco quería parecer poco femenina. Tendría que elegir algo sencillo, pero atractivo. «Tal vez un pantalón negro y un ajustado jersey rojo de cuello vuelto...». Tenía un cuello largo y bonito, por lo que ese tipo de suéter le sentaba de maravilla. Además, el color rojo le iba bien a su pálido tono de piel y su melena rubia.

Por otro lado, esa cita le daría la oportunidad de echar un vistazo al entorno de Mario y tratar de indagar sobre su presencia allí.

—Te acompaño a la puerta —se ofreció, educadamente.

Cuando se encontraban en el vestíbulo, discretamente alejados de los oídos del resto de la familia, le abordó:

—Lamento mucho la encerrona.

—Encerrona o no, estoy encantado de que vengas a cenar.

—Mario, sólo iré si me dejas explicarte lo que ocurrió en el aeropuerto.

—A eso le llamo yo «chantaje».

—Llámalo como quieras. —Y se quedó mirándole fijamente esperando una contestación.

—De acuerdo, si ese es el precio que tengo que pagar por cenar contigo, acepto. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres muy obstinada?

—Cientos de veces —le aclaró, enarcando una ceja—. Y odio que hagas

que mi petición parezca algo horrible.

—No seas picajosa, sólo es una forma de hablar. Prometo escucharte esta noche con atención. ¿Contenta?

—Ya veremos...

Sábado, 18 de diciembre de 2010 – 20,55 horas.

Mario fue escrupulosamente puntual. Cuando aún faltaban cinco minutos para las nueve, ya estaba en la puerta. Llevaba en las manos varios recipientes plateados, de los que emanaba un olor que hacía que la boca se hiciese agua.

Dejó la comida en la cocina y esperó en el salón, bajo la atenta mirada de Ángela y Teresa, a que Elsa se reuniese con él.

La joven no tardó mucho en aparecer. Estaba preciosa. Llevaba el pelo suelto y desprendía un olor a jabón de lavanda que invitaba a abrazarla. Se había maquillado ligeramente, dando a su tez un poco de color y alargando sus pestañas con rímel negro. En cuanto a la ropa, no podría sentarle mejor, especialmente el suéter ajustado que marcaba sus curvas, provocándole y haciéndole imaginar lo que habría debajo.

—¿Nos vamos? —le dijo Elsa.

—Cuando quieras —respondió—. Estás preciosa.

—Vaya, gracias. Te veo luego, mamá. —Y la besó en la mejilla—. Buenas noches, abuela. Que disfrutéis de la cena.

—Y vosotros, pareja —contestó la anciana, mientras ella le dedicaba una mirada feroz.

Al entrar en el chalé de Mario, Elsa sintió una oleada de melancolía. Adoraba aquella casa, pese a su decoración arcaica y tradicional. No se sorprendió al ver los viejos muebles de caoba maciza y pasados de moda de la antigua propietaria; al fin y al cabo, se trataba de una vivienda alquilada.

Recorrió su interior con la mirada, afligida. Su padre y ella solían hacer planes para comprar aquel regio caserón. Si no fuera porque él había muerto catorce años atrás, juraría estar escuchando el grave timbre de su voz diciéndole «La compraré para ti, tesoro. Así siempre podrás estar cerca de mamá y de mí».

Por aquellos entonces ella se imaginaba casada con un hombre

maravilloso y rodeada de cuatro o cinco chiquillos corriendo de un lado para otro, disfrutando de una vida plena y feliz; su propia familia. Una familia tan unida como la suya, hasta que el destino decidió arrebatársela a su padre.

—¿Estás bien? —le preguntó Mario, a quien no le pasó desapercibido aquel breve momento de evasión mental y el ligero temblor de su cuerpo.

—Sí. Es sólo que esta casa... —Se detuvo, melancólica—. Me trae muchos recuerdos. Siempre he soñado con vivir en ella algún día. Qué tontería, ¿no?

—Bueno, es una casa preciosa. No veo nada raro en eso. A mí también me sedujo su poderío al verla por primera vez. Tiene un toque de misterio y sobriedad que choca con su abundante vegetación.

—Ya me dijo Julia lo poco que le costó convencerte para alquilarla.

—Siempre he sido un blando; lo que se dice, un chico fácil. Y admito que Julia es bastante convincente.

Ella no pudo reprimir una carcajada. La primera vez que le conoció ya le pareció divertido y, sin duda, seguía conservando aquel don. Admiraba a la gente con sentido del humor, sin prejuicios a la hora de reírse de uno mismo. No era una cualidad fácil de encontrar en las personas.

—Huele de maravilla —admitió ella, percatándose del delicioso aroma a comida recién hecha—. Te confieso que tengo un hambre feroz. Con la paliza de limpiar la casa, apenas hemos probado bocado.

—Entonces, no sé a qué estamos esperando. Pasa al salón. Traeré el primer plato.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Tú simplemente ponte cómoda. Puedes dejar el abrigo en ese perchero.

—Muy bien.

Cuando entró en el salón se llevó una grata sorpresa. Mario había dispuesto una elegante mesa para dos, con las copas y los cubiertos perfectamente colocados y un par de pequeños y modernos candelabros con velas como decoración principal. La chimenea ardía con fervor y confería a la estancia una intimidad que le puso alerta. Lo cierto es que su anfitrión se había esmerado bastante en preparar un ambiente acogedor y agradable, otra

calidad poco habitual en los hombres. Sin saber muy bien por qué, se sintió halagada.

—¿Una copa de vino? —Mario apareció de pronto llevando una botella de Viña Tondonia en la mano.

—¿Por qué no? No tengo que conducir —bromeó.

—¿Tiendes siempre a analizarlo todo?

—¡Todo! Tengo ese enorme defecto que, por otro lado, resulta muy útil en mi profesión.

—Eres psicóloga, ¿no?

—Bueno, sí. Pero no la clase de psicóloga que te imaginas.

—Y dime, ya que pareces saberlo todo, ¿qué me imagino exactamente?

—La típica loquera.

—¿Y no lo eres? ¡Qué decepción! Y yo que pensaba que iba a compartir mesa con una experta en estrujar los sesos de unos pobres inocentes que acabarán más tarumba de lo que ya están, a cambio de una nada despreciable cantidad de dinero.

Obviamente, su anfitrión estaba bromeando pero, aun así, se puso en guardia.

—Los psicólogos no hacemos eso.

—Ya, pues es una lástima. Te sentaba estupendamente el papel de bruja.

—Hizo un gesto con los ojos, simulando estar imaginándosela de esa guisa, subida en una escoba. Ella rio—. Tu madre me ha hablado de tu obsesión por los psicópatas.

—Debes pensar que soy bastante rara.

—No trates de sacar conclusiones precipitadas, no soy uno de tus pacientes —se burló—. Pero si te hace sentir mejor, te diré que todavía no tengo una clara opinión acerca de ti.

—Vaya, es un alivio. —Suspiró exageradamente, a propósito, levantando la vista hacia arriba—. Con todo lo que ha pasado, pensaba que me tacharías de rara, maleducada y borde.

—Y no te olvides de atrevida. Besarme en el avión fue todo un acto de valentía.

—¡Mario! Eso es un golpe bajo.

—Sólo quería dar pie a esa disculpa que tanto anhelas. Te noto tensa y confío en que después de eso, podamos disfrutar de una cena relajada y divertida.

—¿Siempre eres tan puñeteramente sincero?

—No siempre. Y algunas veces soy peor.

—Por cierto, ya que lo mencionas, respecto a lo de irme sin despedirme en el aeropuerto...

—Adelante, te escucho.

—El hombre del aeropuerto era un antiguo novio, Hugo. Habíamos roto hacía ya algunos meses pero, cuando le vi allí plantado, esperándome, y me besó, no supe reaccionar. Todavía no sé cómo se enteró de que venía en aquel vuelo. —Mario la escuchaba con atención, sin interrupciones ni preguntas—. Tardé unos segundos en mandarle a la mierda y, cuando te busqué, habías desaparecido. Me hubiera gustado despedirme de ti.

—Entiendo. ¿Estás más tranquila ahora?

—Se supone que la psicóloga soy yo...

—Sí, claro. ¿Y?

—Mario, para bien o para mal, tengo dignidad y amor propio. ¿Es tan difícil de entender que quiera justificar mi falta de modales de aquel día? Por el amor de Dios, te besé y desaparecí sin más.

—Elsa, lo he entendido. ¿Podemos dejarlo ya? La cena se enfría.

Se sentaron a la mesa y, efectivamente, ella descubrió que aquel extraño cocinaba de lujo. De primero tomaron una especie de ensalada de marisco y, de segundo, un redondo relleno de queso acompañado de espárragos trigueros y setas.

Hablaron sobre sus respectivos trabajos y también acerca de las ciudades de Estados Unidos que ambos conocían y aquellas que les gustaría visitar.

—Espero que te guste el flan —quiso saber Mario.

—¿Flan? Me encanta, pero no puedo más. La cena estaba deliciosa.

—¿Café? —Ella negó con la cabeza—. Yo soy un adicto al buen café. Por las mañanas no soy persona hasta que me bebo uno doble bien cargado.

Tras servirse una taza, Mario continuó con la conversación.

—¿Qué te hizo decidirte por la psicología?

El rostro de Elsa se ensombreció de golpe y Mario supo que había tocado un tema delicado. Ella se tomó su tiempo en responder, pero finalmente no eludió la pregunta.

—Cuando murió mi padre...

—Lo siento, si llego a saber que... —le interrumpió.

—No pasa nada. Ocurrió cuando yo tenía diecisiete años. Papá se subió a una escalera para arreglar unas luces fundidas del porche, mientras mamá y yo preparábamos algo de comer en la cocina. Hacía mucho frío y se habían formado pequeñas placas de hielo en el jardín. Al parecer, la escalera se deslizó y perdió el equilibrio. —Tragó saliva—. Cayó de espaldas y se rompió la espina dorsal. Murió al instante.

—Lo siento. Debió de ser muy duro.

—Durante meses me negué a aceptarlo y tuve que ir a terapia. De ahí, mi vocación.

—Tu madre nunca habla de él. Y no hay una sola foto suya en toda la casa.

—Retiró todas las fotos cuando él murió. No soportaba verlas. Desde entonces, jamás hacemos fotos y mucho menos las exponemos en casa. ¡A mi madre le horrorizan las cámaras!

—Supongo que tiene un buen motivo.

—Si para mí fue duro, para ella fue un suplicio. Trataba de aparentar normalidad, fingiendo que lo estaba superando. Todo por mí, por no agravar mi sufrimiento; pero una noche, la oí llorar en la soledad de su habitación y me derrumbé. Aquello me abrió los ojos y supe que también ella necesitaba ayuda. Como yo no estaba en condiciones de consolarla, decidí recurrir a mi abuela. Le conté lo ocurrido y no tardó ni cinco horas en mudarse a casa.

—Teresa es todo un carácter.

—Ella y Cristina hicieron lo imposible por devolver la armonía y alegría a nuestro hogar. Y admito que lo consiguieron. Con su cariño y dedicación, y un gran equipo de profesionales, mi madre y yo logramos superar aquella pérdida.

—Debes estarles muy agradecida.

—Lo son todo para mí. Gracias a ellas recuperé las ganas de vivir y creo

que, pese a echar de menos a mi padre a cada momento, hemos sido muy felices. Y tú, ¿tienes familia?

—Demasiada —rio—. Tengo la suerte de contar con mis padres, que todavía viven, dos hermanos pequeños y una hermana dos años mayor que yo. Está casada y tiene un niño de cinco.

—¡Cinco! Debe ser un torbellino.

—Lo es. No les veo demasiado... El trabajo, ya sabes. Además viven en un pueblo de Valladolid, pero sé que puedo contar con ellos siempre que los necesite.

—Dijiste que eras... ¿viticultor?

—En realidad el experto en vinos es mi hermano Rodrigo. Yo soy más bien vinatero. Me dedico a comercializarlo.

—Supongo que eso implica viajar a menudo.

—Cada vez menos. Me he cansado de ir de un lado a otro. Ahora intento trabajar desde casa. Con los contactos necesarios e Internet, se pueden hacer milagros. Todavía hay quien se empeña en cerrar el negocio personalmente, entonces no me queda más remedio que acudir a la cita. Así de exigentes son los negocios.

—Desgraciadamente, riqueza y exigencia van de la mano.

—Sí, en efecto. Y no se me ocurriría llevarles la contraria. Es el precio que tengo que pagar para conseguir que mi vino llegue a ser reconocido internacionalmente. A cambio, me proporcionan unos ingresos cuantiosos y unos contactos excelentes. He de admitir que trato con gente algo extravagante pero, ¿quién soy yo para morder a la mano que me da de comer?

—No parecen caerte muy bien...

—¿Es ésa la impresión que doy? Para nada. Por increíble que te parezca, muchos de ellos son grandes amigos míos. ¿Te apetece una copa?

Elsa miró la hora. «Las doce.»

Capítulo 4

San Lorenzo de El Escorial.

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 0,05 horas.

—Vamos, ¿no irás a marcharte ahora?

—Está bien, ¡una! Es tarde... Whisky con Coca-cola, si tienes.

—Relájate. ¿Qué prisa tienes? Te recuerdo que estás de vacaciones — protestó Mario, mientras se giraba hacia una pequeña cómoda donde guardaba la bebida.

«Temo abalanzarme sobre ti en cualquier momento», pensó Elsa, sin poder evitar fijarse en su culo. Caray, los vaqueros le sentaban insultantemente bien. Los había combinado con un moderno jersey de lana gris marengo, que hacía resaltar el verde de sus ojos. Debía admitir que le atraía más de lo que hubiera deseado.

Calculó que tendría treinta y pocos años y, al igual que le pasaba con David, se sorprendió de que un hombre tan atractivo, educado y económicamente bien posicionado permaneciera todavía soltero. «¿Qué terrible defecto tienes, Mario?». Lamentablemente, concentrada en su trasero, no lograba ver ninguno.

Mario se acercó hacia ella con la copa en la mano y sin quitarle los ojos de encima. Aquella mirada ardiente la incomodó e, inconscientemente, retrocedió dos pasos y retiró la suya.

—¿Todos los hombres te ponen tan nerviosa?

—No. Es sólo que... —Las palabras se le atascaron—. Quiero decir... Estoy cansada.

No pudo continuar. Mario había dejado las copas sobre la mesa y estaba junto a ella, de pie, imponente. Al menos le sacaba una cabeza. Le levantó la barbilla con el dedo, haciendo coincidir sus ojos. Su corazón se aceleró hasta casi alcanzar las cien pulsaciones por minuto.

—Entonces, tal vez deberías marcharte —apostilló él en un tono que le fue imposible adivinar qué demonios estaba pasando por la cabeza de su anfitrión.

—Sí, supongo que será lo mejor —aceptó, algo desilusionada. «Serás tonta, ¿qué esperabas?»—. Gracias por la cena, ha sido deliciosa.

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 9,45 horas.

Al día siguiente, el ajetreo de la planta de abajo la despertó. «Pero, ¿qué demonios significa este escándalo?». Las risas, los gritos y las voces entremezcladas anunciaban que la fiesta del chismorreó ya había comenzado. «Increíble», pensó Elsa. Podía imaginarse, con la claridad más cristalina, a las tres alcahuetas haciendo conjeturas sobre su cena con el semental que tenían por vecino.

En fin, era absurdo negar la realidad. Bajaría a desayunar y se enfrentaría a las pícaras miradas e indiscretas preguntas de todas ellas.

Armada de valor y de un humor excelente, llegó a la cocina. Y allí estaba Mario, rodeado de toda su familia, charlando y riendo animadamente.

—¿Es que tú nunca duermes? —le preguntó, reprimiendo el impulso de besarle.

Podía hacerse una vaga idea del aspecto que presentaba; recién levantada, ataviada con su nada femenino pijama de algodón y el pelo completamente revuelto. Pero no le importó, se alegraba de verle.

—Mario ha traído churros —exclamó su abuela, encandilada, mientras se metía uno en la boca—. Lo hace todos los domingos.

—Caray, Mario, ahora comprendo por qué te adoran.

—Buenos días —respondió él, con una sonrisa que le hizo enloquecer.

Ella se preparó un café doble y se sentó junto a él que, sin proponérselo, no dejaba de rozarle la pierna con la suya, haciendo que se acalorase más de

la cuenta.

Tras aquel estimulante desayuno, se quedaron solos. Y mucho se temía, no era por casualidad.

—¿Has descansado? —Mario la sujetó por la cintura para darle un casto beso en la mejilla.

—¿Qué demonios haces aquí tan temprano? —preguntó, ignorando aquel gesto tan íntimo.

—Me moría de ganas de verte.

—Embustero —le susurró al oído, mientras él le dedicaba una mirada divertida. Cómo odiaba que la tomase el pelo de aquella manera—. Reconoce que te encanta seducir a inocentes ancianitas. No está nada bien que les concedas tantos caprichos. Las estás malcriando.

—¿Tan evidente es? Me has pillado... ¿O acaso estás celosa?

—¿Celosa yo? No podría. Tengo una dilatada experiencia en compartir a mis parejas. —Pese al esfuerzo por disimular el dolor ante aquel mordaz comentario, quedó patente en el frío tono de su voz.

—No sabía que fuéramos pareja. Pero me encanta como suena.

—Probablemente, porque no lo somos.

Dio un ligero brinco, incorporándose de la silla, arrepentida de aquel súbito ataque de sinceridad anterior. ¿Por qué puñetas habría dicho tal cosa? Había transcurrido un año desde su ruptura con Hugo y saltaba a la vista que todavía no lo tenía del todo superado.

—Será mejor que vaya a vestirme. Tengo planes.

—Claro, ya me voy —repuso él, aceptando aquella sibilina invitación a abandonar la casa.

Mario tenía que reconocer que Elsa era más esquiva de lo que le hubiera gustado y, sin embargo, su forma de mirarle le indicaba todo lo contrario. Era como si ella estuviera librando una batalla interna. La noche anterior le había pillado mirándole el trasero y, desde luego, no le pasó desapercibida la lujuria de aquellos preciosos ojos azules.

Le deseaba o, como poco, sentía cierta curiosidad hacia él, de eso estaba seguro. Entonces, ¿por qué se empeñaba en lanzarle puyas, apartándole de aquella manera tan brusca?

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 10,30 horas.

Tras el breve, pero excitante, desayuno en casa de Ángela, Mario regresó a la suya dispuesto a trabajar un rato.

Sin embargo, a los diez minutos de encender el portátil e intentar centrarse en los cientos de correos electrónicos que tenía sin leer, no le quedó otro remedio que desistir en su tarea.

Su cabeza sólo era capaz de reproducir el rostro de Elsa, tenso y distante, durante su improvisada visita de esa mañana. No alcanzaba a comprender su absurdo empeñamiento en rechazar lo que existía entre los dos.

Por desgracia, la noche anterior había acabado antes de lo previsto. Le atraía Elsa y debía admitir que le hubiera gustado llevársela a la cama, pero ¿sería prudente hacerlo?

No quería ni imaginarse qué haría ella cuando descubriese en qué andaba metido. ¡Por Dios, su vida era una auténtica mentira! Bueno, no del todo; Mario era su verdadero nombre de pila.

Siempre que tenía una misión y necesitaba una nueva identidad, intentaba conservar el nombre. De ese modo le resultaba mucho más fácil intimar con los adversarios. Al menos, era un nombre con el cual ya estaba familiarizado. Lo contrario le costaría horrores. Bastante difícil era investigar a gente a la que, aún sin proponérselo, cogía cariño, como para tener que responder a un nombre que no fuera el suyo. Por el amor de Dios, no era un robot; era una persona, con sentimientos y conciencia.

¡Conciencia! Debió prestarle más atención cuando Elsa se le metió entre ceja y ceja, allá en Nueva York. «Pero no, no podías mantenerte alejado de ella. ¡Idiota! Tuviste que acercarte y conocerla».

—Joder, joder, joder —exclamó, golpeando la mesa con el puño cerrado de la mano derecha—. ¡Eres un estúpido!

Elsa le gustaba. Le gustaba de veras, pero ahora que el asunto se había complicado, no tenía nada que hacer.

El sonido musical del teléfono móvil avisándole de que tenía una llamada le obligó a salir de aquellos pensamientos nada constructivos.

—¿Dígame?

Silencio.

Todos los músculos de su rostro se tensaron al escuchar lo que su interlocutor le decía.

—Pero... Eso no es posible. —Silencio de nuevo—. ¿Cuándo dices que...? —Escuchó con atención, disgustado y sin dar crédito a las recientes novedades—. Bien, gracias por informarme. Estaré atento.

Colgó, completamente perplejo ante aquel giro inesperado de los acontecimientos y se echó las manos a la cabeza. El asunto se ponía feo, muy feo. Ahora era cuando empezaba la verdadera batalla. Sólo que, a diferencia de otras veces, su corazón estaba en juego.

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 11,00 horas.

Tras una reparadora ducha, Elsa vio reflejada su imagen en el espejo del cuarto de baño y no pudo evitar reflexionar sobre el estado actual de sus emociones, que estaban al rojo vivo. El brillo de sus ojos delataba la euforia y satisfacción por la excitante noche vivida con Mario. Pero, sin embargo, algo le impedía disfrutar plenamente de ese momento.

Su estado de ánimo era difícil de catalogar hasta para ella, experta en dar nombre a las emociones. Sumida entre la alegría y el miedo, la ilusión y el rechazo, la excitación y la desconfianza, no era capaz de entender qué demonios le estaba ocurriendo.

Por alguna razón, no acababa de fiarse de él. Ella era desconfiada por naturaleza y, en el pasado, eso le había acarreado algunos problemas. No llegaba a intimar del todo con la gente.

Años atrás, cuando comenzó a ejercer su profesión, se aplicó su propia terapia para suavizar «sus paranoias», como las llamaba ella.

Mario era un claro ejemplo. Algo le decía que agarrara a su madre y saliera corriendo de allí pero, por otro lado, ¿y si realmente su reencuentro se debía a la casualidad? Se prometió ser cauta, pero evitando dejarse llevar por sus excesivos miedos.

«Por el amor de Dios, estás más asustada que un conejo enjaulado.»

En realidad, eso era parte del problema. En el fondo temía engancharse a Mario y sufrir una nueva decepción. Era evidente que la ruptura con Hugo la había marcado más de la cuenta. Bueno, a decir verdad, más que la ruptura, descubrir que aquella relación había sido un auténtico fraude.

«La clave está en mantener la cabeza fría», se dijo a sí misma.

No había nada de malo en comenzar una deliciosa aventura con él si lo planteaba como un mero entretenimiento vacacional. Sería divertido, para variar; sexo y buena compañía, dos ingredientes exentos de compromiso, perfectos para endulzar la Navidad.

«No serás capaz», le reprendió su conciencia. No obstante, valía la pena intentarlo. Mario le gustaba, eso saltaba a la vista. Y dejar escapar la ocasión de pasarlo en grande sería una estupidez. El destino le brindaba una oportunidad demasiado golosa para rajarse a la primera de cambio. ¡Maldita fuera, ella no era de las que salían huyendo al menor contratiempo! Entonces, decidido. Iría despacio y mantendría a raya sus sentimientos. Lo principal era no enamorarse. ¡Eso sí que sería una fatalidad!

Dejando de lado sus pensamientos pecaminosos, trató de organizar mentalmente las tareas del día. Lo primero era llamar a Ana y quedar con ella para tomar algo. Estaba como loca por verla. Era su mejor amiga y echaba de menos sus profundas y largas conversaciones acerca del género humano o cualquier otro tema donde pudieran dar rienda suelta a la imaginación. La psicóloga era ella, sí, pero Ana no tenía nada que envidiarla. Era toda una experta en destripar las mentes ajenas, obligando a las personas a reparar en sus errores o miedos.

Buscó entre la ropa algo cómodo que ponerse. Un vaquero y un suéter de lana estarían bien. Cuando se inclinó para hacer la cama, el sonido de una sirena cada vez más potente y, a continuación, el rugir de unos motores aproximándose, llamaron su atención. Dejó de golpe lo que estaba haciendo y se asomó a la ventana. Dos coches patrulla maniobraban frente a la puerta de su casa.

—¿Qué demonios pasará ahora?

Vio a Fernando descender de uno de ellos y, en pocos segundos, el timbre sonó repetidas veces.

Salió de la habitación como una bala, impaciente por saber las novedades del caso. Sin embargo, tenía un mal presentimiento. El hecho de que Fernando se plantara en casa un domingo, con refuerzos y sin previo aviso, era un procedimiento poco corriente. «Qué extraño». Si tenía que pasarse el

día limpiando nuevamente ese polvillo tan molesto, se moriría.

Al llegar al vestíbulo, se quedó boquiabierta. Fernando, con expresión compungida, mostraba la placa y leía sus derechos a su madre.

—Pero, ¿qué puñetas estás haciendo? —preguntó al capitán, perpleja ante aquella visión.

—Tranquila, cariño —se apresuró a calmarla Ángela—. Estoy segura de que se trata de un malentendido. Fernando sólo hace su trabajo.

—¿Su trabajo? Pero, ¿se puede saber qué ocurre? ¿Vas a arrestar a mamá? ¿Por qué? —gritó.

—Elsa, me temo que tu madre es la principal sospechosa del asesinato de Alfredo —explicó con un hilo de voz ahogado. Era obvio que estaba muy afectado.

—¿Cómo dices? —No podía creer lo que oía.

Cuando un policía hizo amago de poner las esposas a la detenida, el capitán saltó como un resorte.

—¡Alto ahí! Yo respondo por ella. Lo siento, Ángela, pero tendrás que acompañarnos a comisaría.

—No hablas en serio, ¿no? —Ella, definitivamente, estaba en estado de shock. ¿Su madre acusada de asesinato? Era de locos. ¡Si era incapaz de hacer daño a nadie!

Cristina y Teresa observaban aquella dantesca situación como si se tratara de una película de suspense. No podían dar crédito a todo aquello y sus cuerdas vocales no alcanzaban a emitir sonido alguno. ¡Esto no podía estar pasando!

—Tenemos que irnos, Ángela. Coge lo que necesites: el bolso, un abrigo... —pidió Fernando, todavía muy consternado. Y, acto seguido, se acercó a ella para susurrarle al oído—. Busca un abogado. Que acuda a comisaría lo antes posible. —Se detuvo—. Necesita el mejor, Elsa. Llama a David.

A ella se le encogió el corazón. A tenor de aquellas palabras, su madre estaba en apuros. ¿Qué demonios habrían encontrado en el registro que apuntaba directamente a Ángela como culpable?

—¿Tan mal están las cosas? —alcanzó a susurrar.

—Niña, mal es una milésima parte de lo que se avecina. Apresúrate y contacta con David. Que venga de inmediato a la comisaría.

Meneó la cabeza, incrédula. Ni por lo más remoto imaginó que sus tan ansiadas vacaciones navideñas se convertirían en una auténtica pesadilla. ¿Mamá en prisión? Eso no iba a permitirlo aunque le costase toda una vida sacarla de allí.

Aún sin saber los motivos y evidencias que habían provocado aquella absurda acusación, se jugaría la mano, la cabeza e incluso la vida por la inocencia de su madre. Era la persona más dulce que había conocido en su vida. ¿Cómo podía alguien creer que había envenenado a Alfredo? ¿Qué oscuro motivo podría impulsarla a hacer algo tan mezquino? Por Dios bendito, era una locura.

Pensó en el pobre Fernando, enamorado hasta la médula de ella y sometido a la dura prueba de tener, no sólo que acusarla y leerle sus derechos, sino que detenerla. La vida podía ser realmente cruel y caprichosa.

Ángela, intuyendo la preocupación de toda la familia, trató de transmitirles calma.

—Tranquilas, todo saldrá bien. Fernando cuidará de mí. —El aludido sonrió amargamente.

Sin tiempo para más despedidas, el capitán la cogió del brazo suavemente y la acompañó hasta el coche. En apenas un minuto desaparecieron y un silencio sepulcral y desgarrador invadió la estancia. Ni Teresa, completamente impactada ante la desagradable imagen de ver arrestar a su propia hija, ni Cristina, incrédula ante el giro de los acontecimientos, ni ella, sumida en la más absoluta desesperación, fueron capaces de abrir la boca. Sus miradas se cruzaron; agónicas, impotentes, asustadas... Confiando despertar de un mal sueño.

La primera en reaccionar fue ella que, de pronto, recobró la serenidad y, con su habitual pragmatismo, corrió en busca del teléfono móvil. Marcó el número de David y esperó.

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 11,30 horas.

Por más años que viviese, David jamás olvidaría ese diecinueve de diciembre cuando Elsa le comunicó, atropelladamente, la detención de su

madre. Pensó que se trataba de una broma, aunque una de muy mal gusto, pero por la congoja con que su amiga le iba narrando los hechos, supo que aquella disparatada historia era real.

Al ser domingo se había vestido de modo informal, con un pantalón de pana negro, una camisa blanca y un jersey verde. De haberse tratado de un cliente desconocido, no hubiese dudado en cambiarse de ropa y ponerse su mejor traje. Los años le habían enseñado que la primera impresión era crucial, sobre todo cuando contabas con pocos años de experiencia. Pese a poseer una excelente reputación como abogado —no en vano había sido contratado por uno de los mejores bufetes—, todavía había quien cuestionaba su sagacidad profesional alegando su juventud. Pero, por desgracia, en este caso se trataba de Ángela, por lo que podía prescindir de cualquier formalismo y, sin más dilación, cogió el maletín y salió escopeteado de su lujoso apartamento en pleno centro de San Lorenzo de El Escorial.

De camino a la comisaría recogió a Elsa, que no estaba en condiciones de conducir, claramente descompuesta por lo sucedido.

—¿Se sabe de qué la acusan? —preguntó, tratando de dar conversación al pedazo de flan que tenía junto a él.

—Sé lo mismo que tú, David. Fernando sólo me dijo que me diera prisa en buscarle un abogado. Creo que, por su tono de voz y su expresión desencajada, el asunto es grave.

—Bueno, cálmate. Saldremos de dudas enseguida.

—¿Cómo puedes pedirme que me calme? —saltó, indignada.

—Elsa, escúchame. Puedo imaginarme lo nerviosa que estás, pero estoy seguro de que resolveremos esto. Tu madre es incapaz de matar a una mosca.

—Que tú y yo lo sepamos no es suficiente.

Elsa se sintió mejor al sentir la caricia de David en el pelo.

—Eh, todo va a salir bien. ¿Confías en mí, verdad?

—Sabes que sí. He puesto la vida de mamá en tus manos —dijo, arrepintiéndose de inmediato al ver la mueca de preocupación de David. No era justo presionarle de aquel modo y hacerle responsable del desenlace de aquel asunto—. Lo siento, no quería...

—Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Lo sé, no esperaba menos de ti.

En apenas diez minutos estaban en el puesto de la Guardia Civil. No hizo falta anunciarse. La mayoría de los allí presentes la conocían de sobra. Muchos habían sido colaboradores o pacientes suyos antes de que ella, hacía poco más de un año, abandonara provisionalmente su trabajo para ampliar sus conocimientos profesionales en Nueva York.

Se sentaron y esperaron pacientemente a que les llamaran.

—Puede usted entrar, abogado. —Ella hizo un amago de levantarse—. Sólo él, lo siento, Elsa —le aclaró un antiguo colega.

—Tranquila, no tardaré —le dijo David, mirándola directamente a los ojos, intentando aliviar la agonía que, sabía, se reflejaba en ellos. Ella asintió.

Apenas habían transcurrido quince minutos de la partida de David y sentía que su corazón no aguantaría tanta tensión. Podía notar la fuerza de cada latido, por no mencionar la rápida frecuencia entre uno y otro. «Taquicardia». Era más que evidente que, en esos momentos de máxima presión, no era capaz de relajarse y esperar. Se miró las manos y vio cómo sus delgados dedos temblaban ligeramente.

«Por el amor de Dios, Elsa, tranquilízate o te va a dar un ataque». «Esto no está pasando, esto no está pasando», se repetía sin parar, intentando engañar a su mente para procurarle unos segundos de sosiego. Pero no lograba encontrar la herramienta que le proporcionara esa ansiada paz.

Sin poder evitarlo, sus recuerdos se trasladaron a años atrás, cuando falleció su padre. Entonces pensó que nunca se recuperaría de aquella pérdida. ¡Eran tantas las emociones que sintió entonces! Incredulidad, impotencia, rabia, tristeza y finalmente dolor. Un dolor que se instaló en su pecho y que parecía que nunca fuera a abandonarla. Un dolor que le desgarró el corazón. Un dolor que todavía hoy sentía cuando le recordaba, aunque con menor intensidad.

Su profesión debería proporcionarle mecanismos suficientes para disipar aquel sufrimiento y sustituirlo por pensamientos positivos pero, en esta ocasión, descubrió horrorizada que no lograba hacerlo.

—¡Elsa! ¡Elsa! —escuchó, mientras unas manos la zarandeaban suavemente.

—Oh, Ana —exclamó al fin, saliendo de su letargo y poniéndose de pie, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Cariño... —Su mejor amiga, vestida de uniforme, la abrazó con ternura—. Todo va a salir bien.

Elsa clavó su mirada perdida en ella, incrédula. Hacía mucho tiempo que no revivía con tanta claridad la angustia y desesperación que le atenazaron cuando murió su padre. Creía haberlo superado; pero en esos momentos, al pensar que su madre podría ir a prisión y desaparecer de su vida, había sentido un miedo tan atroz y desgarrador como el de aquel entonces.

—Estoy de guardia. Cuando me enteré de la detención de tu madre le dije a Ángel que me avisara en cuanto llegases. Sabía que vendrías. Lo siento mucho.

—No sé qué decir...

—No tienes que decir nada, cielo.

Ana se apiadó de ella. Elsa era, habitualmente, una mujer fuerte y decidida, pero esa mañana se la veía encogida y derrotada.

—Todo irá bien —intentó consolarla, sin poder añadir nada más. Sabía las graves acusaciones a las que se enfrentaba Ángela y lo cierto era que lo iba a tener difícil para salir de aquel aprieto, por llamarlo de algún modo—. Siéntate, estás muy pálida.

Elsa obedeció de forma automática.

—Pensaba llamarte hoy mismo...

—Lo sé. Imagino que habrás estado ocupada. Apenas hace tres días que aterrizaste.

La psicóloga se frotó los ojos con las manos, con desesperación.

—¡Esto es como una pesadilla! —explotó—. ¿Pero es que nos hemos vuelto locos? ¿Has visto a mamá? —preguntó, en un tono más suave.

—No. La han llevado directamente a la sala de interrogatorios. —Elsa meneó la cabeza, como si con ese leve gesto pudiera sacudirse de encima aquella tortura—. Cariño, no te preocupes por nada. Fernando cuidará de ella.

—¿Fernando? Pobre diablo, está atado de pies y manos. Joder, Ana, ¿es que no lo entiendes? ¡La acusan de asesinato! Las dos sabemos lo que eso significa.

Por supuesto que lo sabía. Nadie era acusado de un delito tan grave sin unas pruebas sólidas que lo avalasen. Su amiga se masajeó las sienes.

—Elsa, tienes que confiar en la justicia. Vamos, no puedes derrumbarte tan pronto —la animó.

—Supongo que tienes razón. Es que no podría soportar...

—¡Venga ya, Elsa! No cuentes conmigo para regodearte en tu amargura. Despierta de una vez, no está todo perdido. Esto sólo es el principio, así que ponte las pilas y sácala de ese agujero.

—Mira que eres bruta.

—Ah, por fin. Ahora si te reconozco. Vuelves a ser la mujer coraje, fuerte y luchadora. —Suspiró al comprobar que su cambio de estrategia había funcionado. Conocía a Elsa lo suficiente como para saber que reaccionaba mejor ante un desafío que frente a la compasión.

—Caray, Ana, había olvidado lo cruel que puedes llegar a ser. Eres única para acabar con la autocompasión de las personas —musitó la joven, que había recobrado el color de las mejillas.

—Bueno, las dos sabemos que realmente mis provocaciones sólo funcionan cuando tengo por rival a un buen contrincante, orgulloso y tenaz.

—Ahora resulta que además de «regodearme en mi amargura», soy orgullosa. Pensaba que me habías echado de menos —bromeó, mucho más animada.

—Muchísimo —respondió ella, dándole un emotivo abrazo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Necesitaba un directo para poder levantarme.

—Y, ¿quién mejor que una amiga brusca e insensible para sacudirte donde más duele?

—Eso lo has dicho tú, no yo.

—Bueno, cuando impartes los cursos de relajación insistes en que lo principal para lograr la felicidad es conocerse a uno mismo y aceptarse. Yo lo hago.

—Siempre has sido mi alumna más aventajada. —Sonrió, pese a su lamentable estado—. En serio, gracias.

Elsa agradecía tanto como le asustaba la brutal sinceridad de Ana. La diplomacia destacaba por su ausencia. Pero, pese a esa primera impresión de mujer cruel y despiadada, de escasa o nula sensibilidad, era una excelente persona. El problema era que en lugar de soltar sus conjeturas suavemente, te las arrojaba a la cara con tanta crudeza como cariño, sin el menor disimulo.

Y, para bien o para mal, cuando ella trataba de esconder la realidad, justificando lo injustificable, Ana siempre estaba allí para restregárselo por las mismísimas narices. Especialmente cuando el tema derivaba en Hugo. Probablemente si le hubiera hecho más caso, habría mandado al cuerno a ese cabrón mucho antes y, a estas alturas de su vida, ya le habría olvidado y enterrado.

—¿Qué esperabas? ¿Que te arrojase al fango? Estoy aquí para lo que necesites —le aclaró Ana, innecesariamente.

Ella lo sabía más que de sobra. Habían superado grandes retos juntas; desde las duras pruebas de ingreso a la Guardia Civil de Ana hasta penosas rupturas sentimentales. Y, curiosamente, pese a sus opuestos caracteres, se complementaban y entendían de maravilla.

Se conocieron precisamente cuando Elsa acudía a terapia por la muerte de su padre y Ana lo hacía por la de su madre. Aquel nexo común las unió inexorablemente.

—Y, cuéntame, ¿qué tal va lo tuyo con Guillermo? ¿Ha superado sus miedos irracionales a las Fuerzas del Estado? —bromeó, algo más sosegada.

Guillermo era el novio de Ana y, cuando supo de su arriesgada profesión, se resistió a ella con uñas y dientes. Pero, finalmente, había sucumbido a los encantos de la «pelirroja pecosa». De algún modo se sentía intimidado por una mujer «policía», pero gracias a la insistencia y al acoso y derribo de Ana, acabó aceptando la más que evidente atracción entre los dos. Desde aquella primera cita, había transcurrido más de un año.

—Más le vale —rio abiertamente—. Hace un par de meses que vivimos juntos y parece que, de momento, la relación funciona.

—Pero, bueno, ¡qué callado te lo tenías!

—Quería darte una sorpresa.

—Y lo has hecho. Me alegro mucho por ti, de veras.

—Elsa, me encantaría que vinieras a cenar a casa, cuando todo esto termine —apuntó Ana con tristeza.

—Claro. Cuenta con ello.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras —insistió.

—Lo sé, Ana.

—Ahora tengo que volver al trabajo. ¿Estarás bien?

—¿Tengo alternativa?

—No te rindas, ¿de acuerdo? —Ella asintió.

—¿Ana?

—Mmmm...

—Si te enteras de algo, ¿me llamarás? —Ella la miró con expresión circunspecta. Facilitar información confidencial podría costarle el puesto—. No te pido que vayas contra las normas, nunca haría eso, pero se trata de mi madre. Agradecería cualquier información que me permitiera comprender qué está pasando.

—Haré lo que pueda.

—Gracias.

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 14,00 horas.

Después de dos horas de espera, que a Elsa le parecieron diez, David regresó. Al verlo, se incorporó de la silla de golpe. Tenía el cuerpo entumecido por la tensión acumulada.

—¡Por fin! ¿Cómo está mamá? —preguntó con semblante compungido.

—Mejor de lo que cabría esperar.

—¿Qué quieres decir? —saltó como un resorte, visiblemente preocupada.

—Elsa, tranquilízate. Te lo contaré todo enseguida.

—¿Puedo verla?

—Me temo que no.

—Pero...

—Elsa, Fernando se ocupará de ella. No le faltará de nada. Me ha dicho que esta noche te llamará para informarte de cómo está.

—Pero, ¿va a pasar la noche aquí?

—Sí. Mañana a primera hora la llevarán al juzgado y me encargaré de todo. Me imagino que, dado que no tiene antecedentes ni motivo alguno que

haga sospechar de una fuga, el juez de instrucción impondrá una fianza razonable y podrá volver a su domicilio hasta que se celebre el juicio.

—Me cuesta creer que esto esté ocurriendo.

—Vamos, te llevaré a casa. Por hoy, no podemos hacer más.

David le pasó el brazo por los hombros y le dio un achuchón. Elsa le agradeció su cariñoso gesto con una ligera sonrisa y apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé qué hubiera hecho sin ti —le confesó, amablemente.

—Buscar otro abogado —bromeó él, con la intención de descargarla de tanta tensión.

Hubo un tiempo en que aquel contacto físico le hubiera hecho enloquecer. Desde que tenía uso de razón había estado perdidamente enamorado de Elsa pero, durante años, no se atrevió siquiera a mencionarlo y, mucho menos, a exteriorizarlo, por temor a arruinar la gran amistad que sin duda existía entre ellos. Pero una noche en que ambos habían bebido más de la cuenta, la besó y ella le correspondió. Aquello fue la culminación de un sueño.

Durante los meses que salieron juntos vivió sumido en un estado de éxtasis permanente, ajeno a los sentimientos de Elsa, que no parecían ir a la par de los suyos. Y, efectivamente, no tardó mucho en confesarle su deseo de acabar con aquel noviazgo. Había descubierto que no sentía por él más que un gran cariño y, pese a que le hubiera gustado que las cosas hubieran sido diferentes, debía asumir la realidad: no estaba enamorada de él.

Recordaba con absoluta claridad las últimas palabras de Elsa al dejarle, elegantes y cordiales, como era ella: «lamento muchísimo cualquier daño que haya podido causarte, de veras. Asumo toda la culpa. Creí que podría funcionar pero, sencillamente, me equivoqué. Lo siento, David».

Aquello le partió el corazón y, durante un tiempo, evitó toparse con ella. Verla era demasiado doloroso. Pero aquel distanciamiento era aún peor; fingir que no existía le estaba matando. Por encima de todo, Elsa era su amiga y no deseaba perderla también en aquella faceta. Habían pasado demasiado juntos como para tirar por la borda tantos años de profunda amistad.

Entonces se propuso olvidarla, desenamorarse, y aunque le llevó más de

la cuenta conseguirlo, finalmente acabó por rendirse y ceder ante la aplastante realidad. Especialmente cuando Hugo, el donjuán, entró en escena. Aquello le abrió los ojos de una vez por todas, siendo realmente consciente de que no tenía nada que hacer con ella.

Ahora gozaban de una extraordinaria relación, sin rencores ni reproches, e incluso se permitían el lujo de bromear sobre los escasos cinco meses que duró su idilio. Y, si no fuera porque él le había prohibido tajantemente volver a hacerlo, Elsa continuaría con esa ridícula manía de besarle en la boca.

Él era perfectamente consciente de que muchos le tildaban de idiota al consentir que ella se «burlara de sus sentimientos» de aquel modo tan descarado, pero la conocía lo suficiente como para saber que Elsa jamás jugaría intencionadamente con él. Aquel gesto era, simplemente, el reflejo del auténtico cariño que se tenían. Ella era así, transparente y natural.

Estaba convencido de ello y le importaba un carajo lo que pensarán los demás. Si bien era cierto que hasta hacía poco, ese inocente beso no le había importado demasiado. Ahora los hechos, sus hechos, habían cambiado y aquello podía suponer un impedimento para sus propósitos.

Domingo, 19 de diciembre de 2010 - 14,30 horas.

De regreso a casa, David contó a Elsa todo lo que había podido averiguar acerca de los cargos imputados contra Ángela. Unas acusaciones que, a priori, eran muy graves. Y lo peor de todo era que las pruebas que las habían motivado parecían sostenerse, le advirtió él sin vacilar.

Por unos instantes ella se desmoronó nuevamente, tal y como hiciera en la comisaría, pero luego levantó la cabeza con orgullo y habló con toda la firmeza que pudo:

—Voy a sacarla de allí, cueste lo que cueste.

—Lo haremos juntos, Elsa, pero no va a ser fácil. Tienen evidencias que apuntan directamente a tu madre.

«Cuando se ponía tierno era realmente adorable. Ojalá ella encontrase un hombre tan leal y cariñoso como David», pensó. Su vida sería mucho más completa con un compañero en quien confiar y apoyarse, pero sobre todo deseaba con todo su corazón que su mejor amigo encontrara una mujer que le diera toda la felicidad que ella no pudo darle en su día.

Todavía se sentía tremendamente culpable por aquel garrafal error. Se dejó arrastrar por el entusiasmo de su madre, que continuamente la alentaba a salir con él, y por unos confusos sentimientos que, finalmente, le hicieron dar aquel estúpido paso. Pero pronto se dio cuenta de su equivocación. Quería a David, sí, pero no como él se merecía.

Le miró de reojo desde su asiento del coche y él le devolvió la mirada, esbozando una ligera sonrisa. Madre mía, era tan atractivo... ¿Cómo podía ser que no hubiese ninguna mujer lo suficientemente inteligente como para tratar de conquistar a aquel diamante en bruto? ¡Era inconcebible!

—Tendremos que desmontar esas pruebas —continuó ella, centrándose nuevamente en el tema que les competía—. Debe haber alguna fisura. Mamá no pudo matar a ese hombre. ¿Quién es el juez del caso?

Ella observó el cambio de expresión en el rostro del letrado, que entrecerró ligeramente los ojos, tomándose su tiempo para contestar.

—Hugo —dijo al fin.

—¿Hugo? ¿Hugo ordenó la detención de mamá? Pero...

—Elsa, sólo hace su trabajo.

—Pensé que no te gustaba.

—Y no me gusta. Y más aún después de lo que te hizo pasar, pero eso no quita que sea un buen profesional. Y, por mucho que nos cueste admitirlo, no le ha quedado más remedio que hacer lo que ha hecho.

—Conoce lo suficiente a mamá como para saber que es inocente. Alguien está tratando de incriminarla.

Si había algo que caracterizaba a Elsa, era su capacidad de lucha y análisis. Cuando estaba más hundida que nunca y todo parecía estar en su contra, sacaba fuerzas de no sabía dónde y volvía a levantarse.

David jamás la había visto tan derrotada como cuando falleció Javier, su padre. Entonces Elsa cayó en una depresión tan profunda que todo hacía presagiar que no se recuperaría, pero lo hizo. Sus ganas de vivir y el amor que sentía hacia el resto de su familia, sin duda contribuyeron a aquella milagrosa recuperación. Él admiraba su fortaleza y su prodigioso cerebro, si bien en este caso podían suponer un problema.

—Entonces tendremos que centrarnos en desmontar esas pruebas. En eso,

precisamente, consiste mi trabajo. Déjalo en mis manos... y no te entrometas —le ordenó.

Pero, ¿por qué todos la obligaban a permanecer al margen de una cuestión que le tocaba de lleno? «¡Es mi madre!», quiso gritar Elsa al mundo entero. Se contuvo.

—¡David! —protestó.

—Prométemelo.

Silencio.

No estaba dispuesta a admitir algo que no pensaba cumplir ni por lo más remoto. ¡Maldita fuera! ¿Es que todo el mundo se proponía ignorar que encontrar a un asesino era parte de su profesión? Al carajo con todos ellos, por supuesto que iba a intervenir.

—¿Elsa?

Ella se limitó a menear la cabeza y a cruzarse de brazos con energía.

—¡Elsa!

—Joder, David, puedo ayudar. Mi trabajo consiste en eso. Además, conozco gente metida en este mundo que podría sernos muy útil. Iré a ver a Hugo para sonsacarle información.

—¡Ni se te ocurra! Límitate a estarte quietecita mientras yo hago mi trabajo.

—Pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—¡Elsa, eres psicóloga! Jamás en tu vida has investigado un asesinato, sólo has colaborado con la policía en algunos casos.

—Pero ahora cuento con los conocimientos oportunos. El curso de Nueva York...

—¡Me importa una mierda ese curso! —la interrumpió David. Ella se quedó petrificada. Jamás en la vida le había visto tan furioso y, desde luego, nunca antes le había levantado la voz—. Si alguien ha manipulado las pruebas podría ser peligroso —añadió ya más sereno.

—Pero...

—Y —volvió a interrumpirla—, si por una remota casualidad encontrases pruebas que hicieran sospechar que alguien está detrás de todo este asunto, podrías manipularlas y, entonces, quedarían inservibles para el caso. Eso

significaría nuestra ruina, ¿lo entiendes ahora?

—No soy estúpida.

—Elsa, nadie te está llamando estúpida. Simplemente estoy intentando explicarte que si cometes el más mínimo error, tu madre podría acabar en la cárcel para el resto de sus días. ¿He hablado lo suficientemente claro?

—Odio cuando tomas esa actitud tan profesional.

—Para eso me has contratado, ¿no?

—Oh, vete al infierno —masculló, enfurruñada—. Está bien, no me entrometeré demasiado. —Él le dirigió una mirada afilada—. Me limitaré a hablar con los invitados a la fiesta por si puedo averiguar algo. Por favor... —le rogó.

—Limítate a preguntar o te juro que te estrangularé con mis propias manos.

—Tú no harías eso —se burló.

—Puedes apostar que sí. No me conoces en mi faceta profesional. Odio perder un caso y, más aún, si es porque a una mocosa caprichosa se le ha metido en la cabeza jugar a detectives. —Aquellas palabras salieron de la boca de David sin el menor atisbo de piedad.

Giró lentamente la cabeza hacia él, sorprendida por su hostilidad. Él le sostuvo la mirada e hizo una mueca que indicaba que esta vez había ganado la batalla. Ella no abrió la boca, tuvo que admitir su aplastante derrota.

—Bien, veo que lo has entendido al fin —añadió David, en tono conciliador, mientras estacionaba el coche frente a su casa.

Ella le fulminó con la mirada. Abrió la puerta del Mercedes biplaza de él y bajó. Él hizo lo propio. Se palpaba cierta tensión entre ellos.

—Oye... —David se acercó a ella y le cogió las manos con cariño—. Siento haber sido tan brusco, pero necesito que entiendas que esto no es un juego. Además, no podría concentrarme en mi trabajo sabiendo que estás poniendo en riesgo tu vida. —Le acarició la mejilla, suplicando su perdón.

—De acuerdo, lo entiendo —se rindió—. Puedes confiar en mí.

—Bien —dijo, soltándole las manos.

—¿Me mantendrás informada de todo?

—Claro.

—¿Podría acompañarte mañana al juzgado? Quiero estar allí cuando salga mamá.

—De acuerdo. Te recogeré a las ocho.

—Gracias. —E inconscientemente le besó en la boca. Él hizo un gesto de protesta—. Oh, lo siento.

De pronto, se escucharon unos pasos firmes y rápidos dirigiéndose hacia ellos. Ambos miraron en dirección a la casa de piedra. Mario venía con cara de pocos amigos. Parecía dispuesto a arrollarlos y tenía la mirada clavada en ella.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Te he llamado al móvil cientos de veces. —Mario se detuvo, esperando una respuesta que ella omitió deliberadamente. No le gustó nada aquel recibimiento—. Hola, David —añadió él, intentando relajar el ambiente que él mismo se había encargado de crispar con aquella actitud tan posesiva.

—Hola, Mario —contestó David, a quien no pasó desapercibido la estrecha relación que parecían haber alcanzado en apenas unas horas.

—Lo siento, estaba preocupado. ¿Qué tal os ha ido en la comisaría? —reculó Mario al ver la cara de ellos dos.

—Creo que os dejaré solos, tengo mucho trabajo que hacer. Elsa te explicará los detalles. Hasta mañana —dijo David y se metió en el coche, alejándose a toda velocidad.

—Siento haberte hablado en ese tono. Es sólo que... estaba preocupado —volvió a disculparse, acariciándole el brazo.

Ella apartó el brazo, todavía molesta por su tono agresivo. ¡Como si no tuviera suficientes problemas! Y para colmo les había visto besarse. ¡Al diablo! Probablemente era lo mejor que podía pasarle. Si sospechaba que había algo entre ella y David, se alejaría sin más y así no tendría que hacerlo ella. Después de lo ocurrido, no tenía tiempo para una aventura.

Mario intentaba disimular los celos y las infinitas preguntas que en estos momentos le asaltaban tras haber presenciado aquel beso entre Elsa y David. ¿Qué significaba en realidad? ¿Y por qué siempre era un beso lo que acababa distanciándole de Elsa?

—¿Qué pasa con tu madre? ¿Sigue detenida? —Pensó que cambiar de

tema ayudaría a aplacar el evidente malhumor de Elsa.

—Sí —respondió, dirigiéndose hacia su casa.

—Oye, escúchame —dijo, interrumpiéndole el paso—. Lo siento. Sé que tienes mil problemas y que lo último que necesitas es un hombre celoso acosándote a preguntas...

Elsa se quedó asombrada por la honestidad de Mario. ¿Celoso? ¿Era eso una declaración de amor o simplemente le estaba insinuando que quería llevársela a la cama? Maldita fuera, un año sin sexo y cuando realmente estaba dispuesta, los problemas se le venían encima.

—Te he visto besándote con David y no me ha gustado —reconoció.

Ella clavó sus azules ojos en los verdes de él. Estaba cansada y claramente contrariada, así que no tenía intención de ocultarlo.

—Mira, Mario, no tengo tiempo para esto.

—Ya. Supongo que lo de la otra noche es todo lo que estás dispuesta a ofrecerme; una cena y un poco de coqueteo.

—Lamento que ese absurdo beso te haya desconcertado —exclamó dolida—. Te aseguro que es del todo casto. No soy ninguna devora hombres, si es eso lo que te preocupa.

—Yo no pretendía...

—Mario, mi madre está en la cárcel y estoy aterrada. ¿Puedes entender eso? No puedo pensar en otra cosa. Yo... —Los ojos se le humedecieron, pero se contuvo. Le supuso un gran esfuerzo detener el llanto—. Mira, lo siento, no tengo tiempo para nosotros. Después de lo que ha pasado, no.

Mario recibió aquel ultimátum como si le hubiera propinado un mazazo, pero disimuló lo mejor que pudo. La observó con detenimiento. Estaba claramente hundida pero intentaba aparentar calma.

«Bueno, quizá sea mejor así», pensó con resignación. De esta forma terminaban pacíficamente, mientras que, de continuar con aquella extraña relación, cuando ella se enterase de su verdadera identidad, probablemente emprendería una guerra contra él.

—De acuerdo, si es eso lo que deseas, lo respetaré. Pero quiero que sepas que ya te perdí una vez y no sé si estoy dispuesto a permitir que eso vuelva a ocurrir. Me gustas demasiado.

—Mario, apenas nos conocemos. Dejemos las cosas como están —afirmó ella, aunque no parecía muy convencida de aquella decisión.

«Probablemente se equivocaba, como siempre hacía cuando la decisión concernía al género masculino», pensó Elsa. Encima, en esta ocasión estaba alejando de su vida al único hombre que le había devuelto las ganas de practicar sexo. En fin, de nada servía lamentarse.

Además, no paraba de preguntarse por qué Mario había acabado siendo el vecino de su madre. No creía en las casualidades y la desconfianza hacia él se apoderaba de ella por momentos. Mario también había asistido a la fiesta, por lo tanto pudo ser él quien deliberadamente colocara las pruebas para hacer parecer culpable a Ángela.

La cabeza le daba mil vueltas. Por un lado quería huir de él pero, por otro, le atraía de una manera brutal.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así? —preguntó Mario, alertado por su mirada inquisitiva.

—Por nada. Será mejor que entremos. Hace frío y mi abuela y Cristina deben de estar de los nervios. Os lo contaré todo dentro. —Comenzó a andar hacia la puerta pero, de pronto, se detuvo bruscamente—. ¿Mario?

—¿Sí?

—Gracias por cuidar de ellas.

—Sabes que adoro a tu familia. No es ningún sacrificio hacerlo. —Le dedicó esa amplia sonrisa que a ella le volvía loca y que le marcaba ese hoyuelo tan sexy de la mejilla derecha.

«Eres una idiota por dejarle marchar. Podrías amar a este tipo y lo sabes.»

Domingo, 19 de diciembre de 2010 – 15,00 horas.

Cuando Elsa entró por la puerta, su abuela y Cristina la esperaban en el vestíbulo, ansiosas por recibir noticias.

No podía fallarles. Debía mantenerse firme y no desmoronarse. Ahora que su madre no estaba, era ella quien debía asumir el mando y eso implicaba aparentar una tranquilidad y una fortaleza que, desgraciadamente, no tenía.

—Cielo, ¿qué ha pasado? ¿Has podido ver a mamá? —le preguntó Teresa. A su edad, ver a una hija en la cárcel no debía ser un plato fácil de digerir. Consciente de ello, la abrazó por detrás y la besó en la coronilla.

—No la he visto, pero David sí. Asegura que se encuentra bien y que ha colaborado en todo. No tiene nada que ocultar y es la primera interesada en que la verdad salga a la luz.

—Pero ¿de qué se la acusa exactamente? —preguntó Cristina, impaciente.

—De asesinato en primer grado —respondió. De nada servía andarse por las ramas.

—¿Qué? —gritaron las dos al unísono.

—Por lo visto, encontraron el frasco con el veneno que mató a Alfredo en el dormitorio de mamá.

—Pero cualquiera pudo ponerlo allí el día de la fiesta —intervino Mario.

—Ya, pero al parecer el frasco tiene sus huellas dactilares.

—Entiendo. Pero tendrán algo más contra ella, ¿no? Un frasco con huellas no es suficiente para emitir una acusación por asesinato.

—También han encontrado joyas.

—¿Joyas? ¿Qué clase de joyas? —dijo Cristina, desconcertada.

—Joyas robadas. La Policía andaba tras ellas desde hacía meses. Sospechan que las robaron juntos y que luego ella se volvió tan codiciosa que le mató para poder quedarse con todo.

—¡Eso es ridículo! ¡Mi hija no es una ladrona y mucho menos una asesina!

—Lo sé, abuela. Averiguaremos quién está detrás de todo esto.

—¿De verdad creen que alguien puede ser tan estúpido como para matar a su cómplice en su propia casa y guardar las pruebas que la delatan en ese mismo lugar? ¡Es absurdo! —exclamó Mario.

—¿Qué dice Fernando? —preguntó su abuela. Estaba claro que le consideraba bueno en lo que hacía y que confiaba plenamente en la sagacidad del capitán.

—El pobre está tan desconcertado como nosotros. Creo que en estos momentos preferiría estar muerto antes que ver a mamá en la cárcel.

—¿Y qué explicación ha dado Ángela a la Policía? Sobre las joyas, quiero decir... —Mario necesitaba saber cómo diablos habían llegado las joyas hasta allí. Se maldijo por su ineficiencia. Tanto tiempo detrás de ellas y

estaban delante de sus narices.

—Niega haberlas visto en su vida. Afirma que Alfredo le regaló dos o tres cuando salían juntos, pero no era ninguna de las que encontraron en el registro.

—Qué extraño...

—¿Y qué pasará ahora? —Cristina estaba muy preocupada por el inesperado giro de los acontecimientos.

—David cree que como no tiene antecedentes, mañana el juez la dejará en libertad con cargos y le impondrá una fianza. Al menos, podrá volver a casa hasta que se celebre el juicio. —Omitió deliberadamente que Hugo era el juez de instrucción asignado al caso. No era santo de la devoción de ninguna de ellas.

—¡Jesús! Menos mal... la cárcel es un sitio horrible —afirmó Cristina. Todos se giraron a mirarla, extrañados por el modo en el que hizo aquel comentario.

—¿Qué sabrás tú? —dijo Teresa, rompiendo aquel silencio sepulcral—. Anda, preparemos algo de comer. Son más de las tres y aún no hemos comido. Con el estómago lleno, podremos pensar mejor nuestro siguiente paso.

—Yo me voy a casa. Creo que os vendrá bien estar solas —dijo Mario, intuyendo el enorme desconcierto de ellas y respetando la intimidad que la situación requería—. Si necesitáis cualquier cosa, sólo tenéis que llamar.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, tan dulce y casto que quiso morir. Sólo pensar en cuánto había cambiado su vida en apenas unas horas, la entristeció hasta casi hacerle saltar las lágrimas. Unas lágrimas que llevaban todo el día amenazando con salir.

Pasaron el resto de la tarde con los nervios a flor de piel y el teléfono sonando a todas horas. El rumor de la detención de Ángela se había extendido por todo el pueblo y, como era de esperar, las personas más allegadas querían saber de primera mano qué estaba pasando.

Muchos de los que llamaron habían acudido a la fiesta de cumpleaños de su madre y no dejaban de sorprenderse al recibir la noticia del asesinato de Alfredo.

Por supuesto, Julia y Mónica también se habían puesto en contacto con ella a través del móvil, ofreciéndose para lo que fuese necesario. Lo cierto es que nadie creía que Ángela hubiera podido cometer esa barbaridad y, pese a que aquellas voces de ánimo no la sacarían de la cárcel, eran un acicate para seguir luchando.

El timbre del teléfono sonó por enésima vez. Ella quiso descolgarlo para siempre y encerrarse en su habitación, pero no lo hizo. Inconscientemente, su mente ya había comenzado una investigación y en cada llamada aprovechaba para recabar información.

Iba a encontrar al culpable de esa pesadilla, aunque le costase la vida.

Capítulo 5

San Lorenzo de El Escorial.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 – 2,00 horas.

Elsa no recordaba un comienzo de Navidades peor que aquél. Ni siquiera un día tan espantoso, salvo por supuesto el que falleció su padre. Ése sí fue el peor de toda su vida, así como los meses que le sucedieron. Entonces, su mente se empeñó en sumergirse en un estado de penumbra y desolación tan grande que, durante mucho tiempo, sólo quiso morir para poder comprobar que las almas gemelas podían reencontrarse en el más allá.

Eso había sido papá para ella, su alma gemela. Recordaba como si fuera ayer cómo cada noche soñaba con que, extraviada e indefensa, vagaba por el infinito buscando a su padre. Buscaba y buscaba, pero no lograba hallarle. Se despertaba sobresaltada y bañada en sudor.

Cada maldito día, durante meses, la misma pesadilla. Y ahora, sentada en la escalera del porche, en plena noche y con la mirada perdida en el cielo, rogaba a Dios que no le hiciera pasar por aquello de nuevo. No soportaría un sufrimiento parecido.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, atravesándola. Se envolvió con los brazos, temerosa de lo que podría suceder en unas horas. Eran casi las dos de la mañana e, incapaz de conciliar el sueño, se había vestido con lo primero que encontró a mano, confiando en que un cigarrillo y el aire fresco le devolvieran las ganas de meterse en la cama y dormir. Pero como cabía

esperar, eso no ocurrió.

Llevaba más de una hora allí, sentada bajo las estrellas y rodeada de neblina, con cada extremidad de su diminuto cuerpo congelándose, decidiendo si encender o no ese milagroso cigarrillo que le había robado en secreto a Cristina y que le transportaría a un estado de placer infinito.

La imagen de mamá entre rejas le atormentaba. Fernando había cumplido con su palabra haciendo esa ansiada y esclarecedora llamada. Le había asegurado que Ángela estaba bien y se había comprometido a vigilarla muy de cerca. Tenía la certeza de que cumpliría aquella promesa sin vacilar, no tenía intención de dejarla sola. Aquello la tranquilizó, pero ¿qué sucedería el resto de las noches? ¿Estaría él allí para consolarla?

Y, por si fuera poco, Hugo era el juez de instrucción del caso. Sólo de pensar en que al día siguiente tendría que volver a verle le revolvía el estómago. Cuando terminó su noviazgo, terminó también cualquier opción de amistad. Ella estaba demasiado dolida. Sentía que Hugo le había defraudado, no sólo como pareja sino también como persona. Decidió romper cualquier vínculo con él, salvo el que inevitablemente les unía por temas laborales y que, en ocasiones, les obligaba a coincidir en los tribunales.

«Dios mío», se lamentó para sí misma, colocándose las manos sobre la cara y sacudiendo la cabeza con impotencia. Sin pensárselo dos veces, introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta, se llevó el pitillo a la boca, lo encendió y dio una gran calada que le supo a gloria.

«¿Quién diablos dijo que fumar es malo? A la mierda con todo. ¿De qué sirve la salud en momentos como éste? Mejor sería estar muerta». Pero ni en lo más remoto pensaba que aquella afirmación, hecha en una situación límite, fuera cierta. Ella amaba la vida, amaba su trabajo y amaba a su familia.

—¿Se puede saber qué diantres haces? —Cristina se acercó a ella como una bala, le arrancó el cigarrillo de la boca y lo pisó con tanta fuerza que ella pensó que el suelo se derrumbaría bajo sus pies—. ¿Crees que vale la pena tirar por la borda el esfuerzo de tres años? No, ¿verdad? Fumando no conseguirás sacarla de este infierno.

—Pero, al menos, me hará sentir mejor.

—Tal vez mientras dure ese condenado cigarrillo, pero luego te garantizo

que te odiarás a ti misma por tu estupidez.

—Joder, Cristina —protestó Elsa.

—Gracias a Dios que he llegado a tiempo de impedirte cometer otra tontería. ¿Pero en qué estabas pensando, pequeña? —preguntó de forma retórica, sentándose a su lado.

—No podía dormir.

—Mamá está bien. Fernando te aseguró que cuidaría de ella y todo se va a arreglar. Te lo prometo.

Ella levantó el rostro, enarcando una ceja.

—Cristina, nunca prometas lo que no está en tu mano que se cumpla.

—Chica, que puntillosa eres —se defendió, pasándole el brazo por detrás de la espalda, achuchándola.

—No sé si podría soportar perder también a mamá...

—Cielo, eso no va a pasar —la consoló, percatándose de la bolsa de papel tirada junto a ella—. ¿Has sufrido un ataque de ansiedad?

Ella asintió. ¿Para qué negar la evidencia? Había tenido que recurrir a la maldita bolsa al sentir que le faltaba el aire. Era como una sensación de asfixia que le ahogaba.

—Pequeña —le dijo con cariño Cristina, abrazándola con fuerza—. No puedes dejar que esto te derrote. Has pasado por cosas peores y sobreviviste. También lo harás esta vez.

—Eso crees, ¿eh? Yo no estoy tan segura de poder soportarlo.

—Claro que podrás, Elsa. Tienes la formación y la fuerza suficiente para hacerlo y tú lo sabes mejor que nadie. Además, estoy convencida de que mañana mismo mamá estará de vuelta en casa y todo irá mucho mejor.

—Ojalá tengas razón —respondió, levantando la vista hacia la casa de Mario.

—¿Tienes problemas con Mario? —le preguntó, con suma cautela, al percibir su tristeza—. Os oí discutir esta tarde.

—No discutíamos.

Cristina hizo un gesto de incredulidad.

—Te gusta, ¿verdad? He visto cómo os miráis.

—Es atractivo, sí, pero apenas nos conocemos y no estoy en condiciones

de embarcarme en una absurda aventura.

—No lo dices muy convencida.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—No podría dejar de culparme pensando que mientras mamá está muerta de miedo en una celda, yo estoy pasándomelo en grande con un tipo de ensueño.

—¿Por qué te castigas de ese modo? Elsa, apoyarte en la gente que quieres no es un delito. Encerrarte en ti misma sí lo es. No tienes por qué renunciar a él. No cometas ese error.

—Supongo que tienes razón, pero...

¿Cómo compartir con ella la sospecha de que Mario podría estar implicado en el asesinato? ¿Cómo decirle a alguien que te sientes atraída por un tipo que puede estar ocultando algo?

—Si necesitas a Mario, deberías cruzar esta maldita calle e ir en su busca. De nada te servirá evitarle. Además, Ángela se llevará un disgusto si se entera de que has renunciado a semejante semental sólo porque has decidido abandonarte.

—¡Yo no he hecho tal cosa!

—Sólo tienes que mirarte: la bolsa, el cigarrillo, tu necesidad de soledad.

—Por el amor de Dios, ¿no te parece que exageras? Además, que yo sepa, la psicóloga soy yo. ¿Por qué puñetas os creéis todos con el derecho a psicoanalizarme?

—Porque lo estás pidiendo a gritos.

—¡Cristina!

—Vamos, ¿a qué estás esperando? Mueve el culo y ve a buscarle.

—¿A las tres de la mañana? ¡Estás loca! Bastantes motivos le he dado ya para pensar que estoy chiflada. No pienso darle ni uno más.

—Créeme, no le importará. Ve —la animó, poniéndose en pie—. Yo me voy a la cama. Ah, y no olvides coger las llaves de casa... por lo que pueda pasar. Te veré por la mañana.

—¿Qué insinúas? No pienso pasar la noche con él.

—Eso lo dejo a tu elección.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 – 2,00 horas.

Mario no podía pensar en otra cosa que no fueran Ángela y Elsa. El curso de los hechos había dado a la situación un giro inesperado que, ni siquiera él, que contaba con todas las variables, entendía. ¿Cómo era posible que Ángela hubiera acabado en la cárcel? ¿Y por qué se empeñaba Elsa en alejarle de su vida y no darle ninguna oportunidad?

Demonios, era cierto que, empujado por los celos, se había comportado como un hombre de Neanderthal, primitivo y salvaje. Verla besarse con David le había afectado más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Fue Ángela quien le puso en antecedentes del efímero noviazgo que mantuvieron años atrás y, quizá por ello, la bilis se le subió a la garganta al ver aquella escena.

Como un energúmeno, se había abalanzado contra ella en un tono poco apropiado e intimidatorio pero, no era menos cierto que había rectificado aquella actitud despótica casi de inmediato. Aunque, a tenor de todo lo ocurrido, ella no le había perdonado aquella hostilidad.

«Mierda».

Elsa se le había metido entre ceja y ceja de una manera poco habitual en él, nada propenso a enamorarse. La vida le había enseñado que su profesión y una pareja eran como el agua y el aceite, imposibles de mezclar. No en vano había perdido a la que en su día creyó su media naranja por culpa de su exigente trabajo.

Y por si no tuviera aún suficientes problemas, volvía a padecer de insomnio. Se acercó a la ventana de su habitación, en la segunda planta, y recorrió levemente la cortina con el dedo con la absurda esperanza de vislumbrar un poco de vida en casa de sus vecinas. Un imposible, tratándose de las dos de la mañana.

De repente, y en contra de cualquier pronóstico, captó una silueta en el porche. Era Elsa. El corazón le dio un vuelco y quiso correr hacia ella para socorrerla. Se la veía completamente abatida. Durante muchos minutos no pudo dejar de mirarla desde su oscuro rincón. Observó cada gesto, cada mueca, cada suspiro intentando adivinar qué estaría pasando por esa cabecita. No resultaba difícil imaginarse su sufrimiento. Nadie debería ver arrestar a una madre y, menos aún, por asesinato. Y pese a todo, la encontró preciosa e

inalcanzable.

Nunca una mujer le había causado tanta impresión. Su cuerpo era menudo, pero con una fuerza interior que le hacía destacar entre la multitud. Su melena rubia, ligeramente alborotada, denotaba que no era de las que se tomaba demasiado tiempo en arreglarse, sólo el imprescindible para estar decente. Pero probablemente eso mismo era lo que la convertía en alguien tan sensual y natural. Al menos, así la veía él.

Cuando advirtió, con gran pesar, cómo tuvo que tirar de una bolsa para recuperarse de, posiblemente, un ataque de pánico, se hubiera intercambiado por ella sin dudarle. Pero, por desgracia, la vida tenía otros planes para él y los fenómenos sobrenaturales no estaban incluidos.

Ojalá Elsa no le hubiera apartado de su vida. Ojalá pudiera recorrer los escasos treinta metros que los separaban y socorrerla. No poder abrazarla estaba convirtiendo su vida en un infierno. ¿Cómo iba a soportarlo? Por desgracia, para bien o para mal, estaban obligados a cruzarse, al menos durante algún tiempo. Luego desaparecería, como siempre hacía y, le gustase o no, tendría que dejar atrás otra oportunidad truncada por ese trabajo esclavo que, por otro lado, tanto le apasionaba. Ése era otro rasgo que tenían en común: eran dos amantes de su profesión.

Cuando los recuerdos y la perspectiva quebrada de un futuro mejor fueron demasiado dolorosos se apartó de la ventana, confiando en que no verla le ayudaría a alejarla de sus pensamientos. Nuevo error. Su olor, su tacto, su dulce voz, su cuerpo... Todo estaba allí, en el ambiente, atormentándole.

Necesitaba un trago. Se puso un pantalón y una camiseta y bajó al salón para preparar un whisky con mucho hielo con el que empaparse en alcohol hasta perder la consciencia. Eso le proporcionaría unas cuantas horas de sueño y, probablemente, una buena resaca. Pero estaba decidido a correr ese riesgo.

—Joder, Mario, eres patético —se oyó a sí mismo, con tono de reproche, mientras daba un largo sorbo a su bebida—. Deja de lamentarte y dedícate al trabajo —añadió, levantando la tapa del portátil.

Concentrado en un informe, no pudo evitar sobresaltarse ante el grave e inesperado sonido de unos golpes en la puerta principal. Se incorporó

rápidamente de la silla, tirándola al suelo, y corrió hacia la entrada. Sin quitar la cadena de seguridad, abrió la hoja lo suficiente como para poder ver el rostro de Elsa, con los ojos enrojecidos y la piel pálida por el intenso frío de la noche.

—Vi luz y pensé... —alcanzó a decir la joven.

—Pero, ¿te has vuelto loca? Vas a congelarte.

Aflojó la cadena y la dejó pasar. Se la veía asustada y algo perdida. Sin darle tiempo a decir nada, Elsa se arrojó a sus brazos y empezó a besarle apasionadamente, de forma atolondrada.

No podía creerlo. Hacía unas horas le había dicho que lo suyo era imposible y ahora la tenía encima, devorándole. Esta mujer iba a acabar con el poco sentido común que aún conservaba.

—Hazme el amor, ¿quieres? —le rogó ella, quitándose el suéter de golpe.

Él la detuvo. Y en contra de los deseos de su corazón, y de los de otras partes de su cuerpo, volvió a colocarle el suéter en su sitio y la abrazó con tanta fuerza como pudo.

—Los dos sabemos que no es eso lo que necesitas, ¿verdad? —le dijo, levantándole la barbilla y mirándola a los ojos con tanta ternura que Elsa directamente se derrumbó. Ella rompió a llorar desconsoladamente, apoyando la cabeza contra su pecho, dejándose abrazar—. Lloro, cariño. Lloro todo lo que quieras.

Con extrema suavidad la llevó hasta el sofá, donde la acomodó sobre su regazo. La rodeó con sus brazos y le acarició el pelo, invitándola a descargar toda la tensión de las últimas horas.

Elsa no daba crédito. Jamás un hombre había hecho algo así por ella; renunciar al sexo a cambio de consolar a un auténtico grifo, envuelto en sollozos, no era precisamente un plan muy apetecible.

Pero Mario había adivinado su penoso estado de ánimo, su imperiosa necesidad de consuelo y, en completo silencio, había respetado su momento. La había abrazado con tanta dulzura que ella deseaba quedarse así el resto de la noche. Sin embargo, aquello significaría que Mario cogiera una buena pulmonía; llevaba una camiseta de manga corta y ella se la había empapado con sus lágrimas.

Mario se tomó unos minutos hasta tener la certeza de que el llanto había cesado. Acunándola como a un bebé, giró la cabeza hacia ella y le dedicó una leve sonrisa.

—¿Mejor?

—Infinitamente mejor. Gracias —respondió Elsa, incorporándose.

—Eh, ¿dónde crees que vas? Me gusta tenerte encima.

—Lo sé, pero tu camiseta rockera —llevaba una foto de U2 impresa en ella— está repleta de babas y lágrimas.

—¿Y a quién le importa?

—A mí. ¿No pensarás que pienso apoyar mi hermoso pelo en esa... masa de gérmenes? —bromeó, claramente más sosegada.

—Entonces subiré a cambiarme. No se te ocurra moverte —la ordenó, guiñándole un ojo.

—No pensaba hacerlo.

Cuando Mario regresó al cabo de cinco minutos, ataviado con los vaqueros negros y un fino polo de manga larga, ella ya se había lavado la cara y adecentado el pelo. Se sentó a su lado.

—Me alegro de que hayas venido —le susurró él, rozándole la mejilla con el dedo pulgar.

—Y yo me alegro de haberlo hecho. Aunque siento mucho haberte abordado... —Él le impidió continuar poniéndole el dedo sobre los labios.

—No hay nada de qué lamentarse, ¿de acuerdo? Si no hubieras venido, me habrías decepcionado. ¿Estás más tranquila ahora?

—Supongo que sí. No lloraba tanto desde que papá... —Se interrumpió—. La verdad es que me siento mucho mejor.

—Me alegro —convino, rodeándola por el cuello y apoyándole la cabeza sobre su hombro. Luego la besó en el pelo con tanta complicidad que nadie hubiese dicho que se conocían desde hacía apenas unos días.

—Nunca pensé que me vería obligada a pedir consuelo a un hombre. Pero lo más sorprendente, es que nunca imaginé que lo encontraría tan reconfortarte.

—El famoso Hugo te hizo daño, ¿eh?

—Nuestra relación fue una mentira desde el principio. Me fue infiel

tantas veces, que me faltarían dedos en las manos y los pies para contarlas.

—¡Qué cabrón! —exclamó Mario—. ¿Le sigues echando de menos?

Ella se irguió y la intimidación de aquella pregunta le hizo tensar los músculos de la cara. ¿Realmente le echaba de menos? A él no, eso lo tenía claro. Pero, quizá, sí todos los aspectos que conllevaba tener una pareja: la compañía, hacer planes en común, el sexo...

—No —respondió tajante—. Aunque admito que ese cabrón me ha dejado huella. No sé si podré volver a confiar en un hombre —dijo mientras observaba la expresión del rostro de Mario, a fin de captar algún ligero gesto que le revelase sus intenciones.

Por mucho que se empeñara en justificarle, sabía que aquel encuentro entre los dos no podía deberse a la casualidad. Sencillamente, no creía en el destino. En su opinión, cada persona se forjaba su porvenir con el esfuerzo diario y la experiencia de los años vividos. Y, por supuesto, con una pizca de suerte. Pero estaba convencida de que, en este caso, el azar no tenía nada que ver.

Mario la miró directamente a los ojos, sin pestañear. Nada, no vio nada que le delatara y decidió ser directa.

—Bueno, y ahora que hemos compartido esta íntima confesión, ¿puedes decirme qué narices haces aquí?

—Vivo aquí.

—¡Mario! —exclamó, enfadada por su escueta respuesta—. No pensarás que soy tan estúpida como para creer que nuestro encuentro en Nueva York y tu súbita aparición en mi pueblo son fruto de la casualidad.

—Olvidaba lo desconfiada que eres.

Mario no se sorprendió ante aquella sibilina acusación, llena de ironía. Cualquiera lo hubiera considerado impertinente e innecesario, pero él no. Admiraba la sagacidad de Elsa y jamás se le hubiera ocurrido subestimarla.

Sabía que antes o después le abordaría, atosigándole a preguntas sobre su presencia en aquel espléndido pueblo de la sierra de Madrid. Había llegado el momento y le tocaba sortearlo con inteligencia. Elsa era una dura contrincante, que no se daría por vencida con sus evasivas respuestas.

—¿Y bien? —refunfuñó Elsa, impaciente.

—Supongo que si te digo que tú y yo estábamos destinados a encontrarnos de nuevo, pensarás que soy estúpido.

—Además de un embustero. —Molesta por su absurda respuesta, le dedicó una mirada feroz—. Mario, no sé a qué clase de personas acostumbras a tratar, pero te aseguro que mi cociente intelectual está muy por encima de lo que imaginas.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Si has tenido algo que ver con lo que está ocurriendo, te juro que...

—¿No confías en mí? —dijo de repente, con un timbre de voz seguro y suave.

Elsa se quedó helada ante la absoluta solemnidad de aquel rostro masculino al formularle esa pregunta. Sin saber adónde les conduciría aquella conversación, respondió con sinceridad.

—Es evidente que no —contestó con la voz ahogada por la emoción. «Demasiada tensión para un solo día».

—Sin embargo, no has dudado en lanzarte a mis brazos al cruzar esa puerta. ¿Por qué?

—Ese comentario está completamente fuera de lugar.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Tan frío eres, que te cuesta entender que pueda estar confusa por esta avalancha de acontecimientos absurdos?

—Si crees que soy frío, no me conoces en absoluto.

—Por si lo has olvidado, te recuerdo que apenas nos conocemos — replicó con cierto sarcasmo—. No sé quién eres, a qué te dedicas...

—Pero te gusto —le interrumpió él.

Ella no pudo evitar sonrojarse. Hacía años que no se ruborizaba ante una observación tan inocente.

—Supongo que no es de extrañar que pienses que soy una auténtica paranoica —susurró entre dientes para sí misma, avergonzada de lo incoherente de su comportamiento.

—Elsa, esa es precisamente la parte que más me gusta de ti.

—Está claro que tú tampoco estás muy cuerdo, que digamos.

Mario soltó una carcajada. Esa mujer era pura sinceridad. Le encantaba la

fortaleza y la valentía con que se enfrentaba a los hechos, pero sin dejar de lado los sentimientos. No había tenido pelos en la lengua al insinuarle su desconfianza, amenazándole sutilmente. Sin embargo, tampoco ocultaba el hecho de que se sentía atraída hacia él. Pocas personas se mostraban tan transparentes.

La observó con atención. Estaba preciosa. Ella le miraba con el mismo vigor que lo hacía él y sus ojos reflejaban deseo y recelo a partes iguales. Él se inclinó ligeramente y la besó suavemente en los labios.

Elsa no se inmutó. Estaba perpleja por el caos que bullía en su interior. Por un lado quería salir corriendo para descubrir quién era Mario en realidad pero, por otro, deseaba fundirse en él y hacer el amor con ese hombre al que le costaba tanto entender.

—Prométeme que si alguna vez ocurre algo que te haga dudar de mi lealtad, me darás la oportunidad de explicarme —le pidió él.

Aquella petición era la más insólita que le habían hecho en toda su vida. Sobre todo, tratándose prácticamente de un desconocido.

—Mario, no pareces haberme escuchado. Quiero una explicación ahora.

—Ahora no hay nada que decir. Prométemelo, por favor.

—Mario, esto no es necesario. —Él levantó ambas cejas en señal de apremio—. De acuerdo. Si es importante para ti —cedió, haciendo un leve gesto con los brazos, completamente asombrada de su obstinación—. Lo prometo, pero si intentas engañarme te juro...

—¿Cuántas veces más piensas amenazarme? Deberías confiar más en tu intuición.

—Eso es precisamente lo que hago.

Mario se sintió ruin y miserable por mentirle deliberadamente. Ella le había dado la oportunidad de explicarse y él la había rechazado.

¿Cómo podía hacerle eso, después de saber cómo la había utilizado Hugo? Si descubría su engaño, nunca le perdonaría. ¡Nunca! Y, probablemente, jamás volvería a confiar en nadie.

—Bueno, y ahora que ya me has dejado claro tu particular punto de vista, ¿podríamos cambiar de tema? Dime, ¿por qué aguantaste a ese tipo tanto tiempo? —quiso saber él.

—¿Te refieres a Hugo?

—Ajá.

Esta vez, Mario logró sorprenderla. ¿Por qué tantas preguntas sobre un tipo que no merecía siquiera malgastar saliva hablando de él? Alucinada de sus propias emociones, Elsa comprobó que, por primera vez, se sentía cómoda hablando de su ex novio. Los rencores parecían haberse esfumado y no había ni asomo del dolor que antaño hubo en su corazón.

—Me negué a aceptar que me engañaba. Ojos que no ven, corazón que no siente. —Mario frunció el ceño, sin comprender—. Todos insistían en que era un vividor, un seductor nato, pero yo estaba tan ciega que les ignoré por completo. Hasta que descubrí su primera infidelidad. Curiosamente, pese a las advertencias de mis amigos, me pilló desprevenida. Arrepentido, me pidió que no le dejase...

—Oh, Dios, ¿lo hiciste? ¿Perdonaste a ese gusano?

—Premio gordo. Lo hice.

Mario sacudió la cabeza, confundido.

—No puedo creerlo.

—Ya ves. Era joven y estaba locamente enamorada.

—Te entiendo —convino él.

¿Qué demonios quería decir Mario con eso? Los hombres no entendían una palabra de amor, de confianza y, aún menos, de fidelidad. Pero lo cierto era que él no se parecía en nada a los hombres que había conocido hasta ahora. Era tierno, dulce, sensible...

Le observó atentamente y vio un atisbo de melancolía en aquellos ojos verdes. Se preguntó si también él habría sufrido por amor.

—Durante meses se comportó como un perfecto caballero —continuó ella como si sintiese la necesidad de quitarse de encima aquella historia de una vez por todas—, pero la cabra tira al monte y volvió a las andadas. No sabría decir cuántas veces me fue infiel. Calculo que cientos. Pero no fue hasta que recibí una foto de él besándose con otra que, definitivamente, le mandé a la mierda. Pensarás que soy patética.

—Ni te imaginas lo lejos que estás de alcanzarme en ese aspecto. ¿Ves ese whisky? —le preguntó, señalando un vaso junto al ordenador. Ella giró la

cabeza hacia donde apuntaba el largo y fino dedo de Mario—. Pensaba beberme diez como ése con la estúpida excusa de poder dormir, cuando en realidad sólo quería sacarte de mi cabeza. Te estaba echando terriblemente de menos.

Aquello la hizo estremecer. En tan sólo unas horas habían alcanzado la complicidad que siempre deseó tener con Hugo y que, evidentemente, nunca tuvo.

—Ya... ¿De verdad crees que puedes arrebatarme el primer puesto con esa historieta de pacotilla? —bromeó ella, sin atreverse a mirarle a los ojos. Temía despertar de aquel sueño y que, aquel hombre tan sensible e increíblemente romántico, se desvaneciese—. Por el amor de Dios, ¡hizo falta una reveladora fotografía para darme cuenta de que Hugo era todo lo que yo detestaba en la vida! Mujeriego, superficial, deshonesto...

—Una cosa es cierta, debiste mandarle al infierno mucho antes.

—Es fácil decirlo cuando no has estado en esa situación. El amor es una lotería. Es difícil, por no decir imposible, que te toque el gordo. Nos empeñamos en malgastar tiempo y dinero jugando al número equivocado, cuando hay veces que tenemos delante la combinación ganadora y ni siquiera nos damos cuenta.

Las miradas de los dos se buscaron. Se estudiaron con detenimiento, en silencio, negándose a dar el paso; aquello que los dos ansiaban hacer, besarse. Pero la atracción era demasiado fuerte y, sin apenas darse cuenta, sus rostros se fueron acercando lentamente hasta que hicieron coincidir sus labios. No fue un beso salvaje; fue algo entrañable y mágico.

Él enredó su lengua con la de ella, atrapándola. Aquel tierno beso del principio, fue tornándose lujurioso, apasionado, y durante más de diez minutos ninguno quiso separar la boca del otro.

Cuando Mario dio por terminado aquel arrebató de pasión y retiró el rostro, ella le miró de forma inquisitiva, intentando hallar una respuesta para aquella súbita opción de él por el celibato.

—No me mires así, Elsa.

—¿Y cómo se supone que estoy mirándote?

—Yo diría que en estos momentos estarías encantada de pegarme.

Ella se encogió de hombros. Lo cierto es que Mario era tan enigmático como sencillo, tan descarado como amable, y todo ello la desconcertaba más de la cuenta.

—Eres el hombre más extraño que conozco. —Y sin quererlo, su boca se abrió en un enorme bostezo—. Nunca he conocido a nadie como tú.

—Lo tomaré como un cumplido —respondió con semblante serio.

Ella sonrió, mientras un escalofrío recorrió todo su cuerpo, obligándola a abrazarse a sí misma para protegerse del frío que sentía.

—Estás helada. Debería haber encendido la chimenea. Déjame que suba a por un jersey.

—No, en serio, no es necesario.

—Insisto.

Ella no dejaba de reprenderse por su comportamiento infantil. Al llegar, se había abalanzado sobre él como una loca, creyendo que haciendo el amor se sentiría mejor. Pero ahora, visto desde una perspectiva más fría, supo que aquel acto sólo hubiera servido para hacerle sentir sucia. No era propio de ella utilizar el sexo para mitigar el dolor. Mario no se merecía ser tratado como un objeto sexual. No sería justo.

Intentó hacer balance de su extraño comportamiento desde que había aterrizado en Madrid y, a decir verdad, no se reconocía en lo más mínimo. No había asomo de la chica respetuosa, cabal y fuerte que creía ser.

Envuelta en sus pensamientos, el cansancio fue vencéndola y se durmió.

Cuando Mario regresó, se encontró a Elsa plácidamente dormida en el sofá. Intentó acomodarla lo mejor posible, la tapó con una manta y subió a su habitación con la intención de darse una ducha bien fría.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 - 2,00 horas.

Los cinco grados bajo cero del exterior y la oscura noche cerrada, hacían que no se escuchara ni un alma por la calle. Un silencio sepulcral se adueñaba del pueblo. Probablemente todos dormían bajo el acogedor calor de sus hogares. Todos, menos ella.

Sin poder conciliar el sueño, Ángela, encerrada en el calabozo, se preguntaba qué demonios le había llevado a esa situación.

«No he hecho nada malo», se repetía mentalmente sin parar. Hasta donde

ella sabía, aceptar un regalo no era un delito. ¡Aunque éste fuera unas valiosas joyas! Por el interrogatorio intuía que las piezas halladas en su dormitorio eran robadas, pero ¿cómo iba ella a saberlo? Además, ésas, en concreto, no las había visto en la vida.

«Maldito Alfredo.»

Gracias a Dios, todavía podía confiar en Fernando. Él se había ofrecido gentilmente a quedarse a su lado toda la noche y, pese a su ferviente negativa, el capitán se acercaba cada hora para comprobar su estado. Claro que... nunca hubiese esperado menos de él. Era un verdadero amigo. Y bastante atractivo, por cierto. Nunca antes había reparado en ese hecho.

En la soledad de su celda, pensó en Elsa y en Teresa. ¿Estarían bien? Fernando le había asegurado que así era, y no tenía ningún motivo para desconfiar de su palabra, pero en cualquier caso, sentía la imperiosa necesidad de abrazar a su hija y decirle que no se preocupara por nada, que todo iba a salir bien. Incluso ella estaba asombrada de su aparente tranquilidad, aunque lo cierto era que la procesión iba por dentro. Estaba muy asustada.

Había cenado pollo asado con patatas. ¡Qué ironía! Ella odiaba el pollo, pero estaba tan absorta en sus divagaciones que ni siquiera se había percatado de ello hasta que había engullido más de la mitad del plato.

Trató de analizar cada una de las pruebas que apuntaban directamente a ella: las joyas, que por otro lado no había visto en su vida, y el veneno, cuando lo más cerca que había estado de uno era leyendo a Agatha Christie.

Le habían tachado de ladrona y, aún peor, de asesina con premeditación y alevosía. Aquellas acusaciones eran completamente descabelladas.

Por más que se estrujase el seso, no lograba ver la conexión entre la muerte de Alfredo y ella. ¿Por qué ella? ¿Y qué hacían esas cosas en su dormitorio? Cualquiera pudo dejarlas allí en el transcurso de la fiesta, pero la policía no parecía opinar lo mismo. El frasco de veneno llevaba sus huellas.

Caramba, ¡pues claro que llevaba sus huellas! Tenía montones de frascos como ése. Perteneían a muestras de colonias y perfumes que siempre le regalaban en la droguería. Pero tampoco esa explicación pareció convencer a las malditas Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Y allí estaba, en mitad de la noche, acusada de matar a un hombre con el que un día compartió algo más que una bonita amistad y con un dolor de cabeza de mil demonios.

Ojalá David estuviera en lo cierto y pudiera salir de aquel antro por la mañana. Quería dormir en su cama, abrazar a su hija, consolar a su madre y apoyarse en Cristina. Al lado de todas ellas podría sobrellevar este asunto hasta el final. Tenía que hacerlo. Desde luego, ya podían ir olvidándose esos picoletos de pacotilla de encerrarla en chirona. ¡Ni en sueños! David se encargaría de desmontar todas aquellas injurias.

Pero había algo que le aterraba de veras. Si se descubría su precaria situación financiera, y estaba segura de que eso ocurriría pronto, no iba a ayudarla en absoluto. Por no hablar del monumental enfado que seguramente se iba a pillar Elsa, quien la reprocharía haberle ocultado un asunto tan serio. En fin, llegado el momento, también tendría que afrontar eso.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 – 8,05 horas.

—¡Mierda! —exclamó Elsa, abriendo los ojos de golpe ante la claridad de la mañana y saltando literalmente del sofá.

Mario, que se encontraba en la cocina preparando café, la escuchó maldecir. Con discreción, se acercó al salón y vio cómo ella se estaba poniendo los zapatos que él cuidadosamente se había encargado de quitarle la noche anterior.

—Dime que no son más de las ocho —rechinó Elsa entre dientes para sí misma al verle—. David me matará.

—Sí, pasan cinco minutos pero, ¿qué ocurre? ¿Por qué tanto escándalo? —protestó, divertido al verla con la melena revuelta y claramente alterada.

—Había quedado con él a las ocho para ir al juzgado. ¿Por qué no me has despertado? —dijo, malhumorada. En realidad, estaba tan incómoda por haber pasado la noche en su casa que sólo se le ocurrió atacarle.

—Comprendo —dijo él, sin más—. Pues será mejor que te des prisa.

—Eso hago —respondió, dispuesta a salir por la puerta—. Gracias por lo de anoche. Estaba hecha polvo y fuiste un verdadero amigo.

—Llámame con lo que sea.

«¿Amigo?» Eso sonaba demasiado... puritano, pensó con resignación.

¿Es que pensaba apartarle de su camino, una vez más, en cuanto regresase del juzgado? Estaba cansado de ser bueno, de confiar en la mujer equivocada, de perseguir sueños inalcanzables... ¿Y si había juzgado a Elsa erróneamente? ¿Y si no era más que otra Carolina?

Elsa cruzó la calle a toda velocidad y vio el flamante BMW de David aparcado en la puerta. Había optado por el coche grande, lo cual significaba que esperaba que en él regresasen más de dos personas. Eso era buena señal. «Ocho y cuarto».

Justo cuando creía que se había librado del interrogatorio al que le sometería el abogado por su impuntualidad y evidente desaliño, David, que debía de estar ordenando la guantera, levantó la cabeza a tiempo de verla cruzar la calle.

Con actitud enfadada y mirada inquisidora, salió del coche, apoyó el trasero en la puerta al cerrarla y se cruzó de brazos. Iba impecablemente vestido, con un traje azul marino, una camisa clara del mismo color y una corbata en tonos rojos.

—No preguntes —le amenazó Elsa, casi sin aliento, al plantarse a su lado.

—Llegas tarde. Y es más que evidente que no estás preparada.

—Lo sé —le respondió, dándole un beso en la mejilla en son de paz—. Lo siento. Dame cinco minutos, por favor.

—¡Cinco! Ni un minuto más. Y péinate esa melena de leona, por el amor de Dios.

Tras ese breve intervalo, ambos se dirigieron al Juzgado de Primera Instancia e Instrucción. Cómodamente instalados en el lujoso automóvil de David, éste no pudo resistirse a abordar el tema que ella deliberadamente rehuía.

—¿Y ahora vas a explicarme qué hacías saliendo a hurtadillas de casa de Mario a primera hora de la mañana?

—David, te estás metiendo en un berenjenal. No es asunto tuyo —le advirtió.

—No pensarás que no me di cuenta de vuestra... disputa amorosa de ayer. Espero que, al menos, sepas lo que estás haciendo.

—Soy una mujer adulta —respondió de manera esquiva.

—No estoy tan seguro.

—¿Qué insinúas?

—Caray, Elsa, apenas os conocéis. No es que no me alegre por ti, simplemente me preocupa que todo este follón te esté afectando más de la cuenta, impulsándote a cometer locuras.

—Estás diciéndome que acostarme con Mario es una locura, ¿no es eso?

—¿Lo es? Dímelo tú —respondió el letrado, mirándola de reojo.

—Tú eres el jurista. ¿Es delito?

—Estás tergiversando la conversación a propósito.

—De acuerdo. Tú ganas. Te diré lo que quieres saber —aceptó, resignada. Estaba demasiado preocupada por el desenlace de la vista preliminar como para entablar una estúpida discusión acerca de su vida sexual. David enarcó una ceja, escéptico—. Me gusta Mario, pero anoche no pasó nada. Sólo un beso inocente.

—Vamos, no creerás que voy a tragarme esa trola. Tú no eres de las que se besan y si te he visto no me acuerdo —sentenció—. No eres de esas.

—A lo mejor he cambiado —masculló, con sarcasmo—. Oh, vamos, no es lo que crees. Simplemente necesitaba compañía y él estaba allí.

—Podrías haberme llamado.

—Me prohibiste besarte, ¿o ya lo has olvidado?

—Joder, Elsa, ¿no puedes hablar en serio ni un segundo? Estoy preocupado por ti.

—¿Quieres dejarlo, por favor? Tienes una comparecencia en menos de una hora. La libertad de mamá está en juego. ¿No podríamos hablar de mi vida sexual en otro momento?

—Definitivamente, estás histérica. Pensándolo bien, creo que un poco de sexo te irá bien.

—¡Serás capullo! —espetó, dándole un puñetazo en el antebrazo—. Probablemente tú necesitas ese polvo más que yo.

—Perfecto. A lo mejor deberíamos saciar nuestras respectivas carencias echando un polvo por los viejos tiempos —respondió cabreado.

—No te hagas el machito conmigo. Además, tú tampoco eres de los de un rollito y punto. Necesitas una novia y la necesitas con urgencia. Se te está

agriando el carácter.

—Vete a la mierda, pequeñaja.

—Lo que daría por un cigarrillo. —Elsa se puso seria. Se aproximaban al juzgado y, pese a sus bromas con David, no conseguía quitarse de la cabeza la imagen de su madre atada con grilletes y embutida en un traje a rayas. «Estás chiflada».

Sus peores pesadillas se hicieron realidad cuando divisó a Hugo en el vestíbulo del juzgado. Estaba imponente, como siempre. Su musculosa silueta, junto con su tez morena y su semblante elegante, le hicieron estremecerse. Era obvio que aún no le era del todo indiferente. No era amor, eso podía jurarlo, pero todavía le guardaba algún rencor por haberle hecho sentir tan insignificante e insegura al descubrir sus múltiples engaños.

—Hola, Elsa. Me alegro de verte, aunque sea en estas circunstancias —añadió mientras le daba dos besos.

—Hola —repuso ella de manera escueta—. Supongo que no pensarás que mamá...

—Elsa —intervino David—, no creo que debas...

—Déjalo David, no pasa nada —apostilló el juez. Ella sintió ganas de vomitar ante aquella actitud condescendiente—. Lamento mucho lo que le ha pasado a tu madre y te aseguro que no me resultó fácil ordenar su detención. Pero se me ha asignado este caso y debo actuar con profesionalidad.

—Espero, por tu bien, que hagas un trabajo concienzudo, o lo lamentarás.

—Podría acusarte de... —comenzó a decir el magistrado.

—Elsa, ¡basta ya! —la detuvo el letrado—. Discúlpala, Hugo, está muy nerviosa —añadió, agarrándola por el brazo y alejándola hacia un rincón.

«Gilipollas presuntuoso», se dijo para sí misma al pensar en Hugo. Sabía que no estaba siendo justa, pero le resultaba imposible ser ecuánime cuando se trataba de él.

Posiblemente si le hubiera dado una bofetada el día en que se enteró de sus innumerables infidelidades, ahora se sentiría mucho mejor. Estaba segura de que aquello le hubiera servido para liberar parte de aquella rabia contenida que, todavía a día de hoy, parecía arrastrar.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 – 10,00 horas.

La comparecencia fue según lo esperado. Tal y como había pronosticado David, Ángela fue puesta en libertad con cargos bajo fianza, dinero que el letrado adelantó amablemente de su bolsillo.

—¡No puedo creerlo! ¡Va a salir en libertad!—suspiró Elsa, con alivio, sin dejar de botar, mientras se comía a besos al letrado.

—Bueno, no te hagas ilusiones, Elsa, esto es sólo el principio —quiso aclararle el jurista—. Ahora empieza el trabajo duro. Ángela va a necesitar de todo vuestro cariño. Se encuentra en una situación muy delicada, no lo olvidéis. Todavía podría ir a la cárcel.

—Oh, no seas aguafiestas. Al menos, esta noche dormirá en casa.

Estaba impaciente por abrazar a su madre. Necesitaba comprobar con sus propios ojos que había sobrevivido a esa terrorífica noche en prisión.

—¡Elsa! —Mónica, envuelta en una toga negra, venía directa hacia ellos—. ¿Cómo ha ido todo?

—Estupendamente. Mamá saldrá enseguida.

—Genial. Me alegro. Hola, David —agregó, tímidamente.

—Hola —respondió éste—. No sabía que hoy estuvieras por aquí.

—Yo siempre estoy por aquí. Hay trabajo para aburrir. Supongo que suelo pasar desapercibida.

—No sé por qué dices eso —dijo el letrado, afectuosamente.

—Porque es la verdad. Paso tantas horas aquí encerrada que ya formo parte del mobiliario.

—Recuérdame que te invite a comer uno de estos días.

—Creo que paso. No deberías descuidar a Elsa y, además, tres son multitud.

Abogado y amiga posaron sus ojos directamente sobre ella, atónitos. Desde luego, Mónica no tenía pelos en la lengua pero esta vez se había pasado de la raya, pensó ella. ¿Qué demonios había querido decir con eso?

Furiosa, apretó la mandíbula y cerró la mano derecha en un puño. Odiaba cómo, las que consideraba sus amigas de la infancia, le acusaban constantemente de dar infundadas esperanzas a David acerca de una posible reconciliación entre ellos, achacándole una actitud «excesivamente cariñosa».

¡Ella no hacía eso, maldita fuera! Eran los demás los que daban por

sentado hechos que para nada se ajustaban a la realidad.

—Haré como que no he oído nada —dijo, más preocupada por la tardanza de su madre que por aquella estúpida acusación.

—Esa insinuación ha estado fuera de lugar, Mónica. ¿Es que no puedes dejar de ser tan estirada y relajarte un poco?

La aludida se ruborizó de inmediato. No esperaba aquel hiriente comentario de alguien tan sumamente cauteloso como David.

—Lo siento, he estado de guardia y ha sido una noche infernal. Dos muertos: un suicidio y un ataque al corazón.

—Sin duda, no parece haber sido tu mejor noche —tuvo que admitir David, mirándola con lástima. Ella agradeció su sincera observación—. Quizá deberías irte a casa y tomarte un descanso, no tienes buen aspecto.

—Creo que eso mismo voy a hacer —repuso Mónica—. Elsa, discúlpame. Ya me conoces, siempre la cago con este humor de mil demonios. ¡Como si no tuvieras suficientes problemas! Siento haber contribuido a amargarte aún más la mañana.

—Olvídalo —respondió ella, mirando el reloj. ¿Por qué tardaría tanto su madre?

Mónica se despidió, dejándoles a solas.

—Debes perdonarla —la disculpó David—. Trabaja muchísimo.

—¿Ah, sí? —preguntó Elsa con aire socarrón—. Quizá estaría bien eso de que la invitases a comer. O, mejor aún, a cenar.

—Elsa, no te pases.

Nunca lo habría imaginado, pero juraría que entre esos dos se cocía algo. Le pareció captar cierto brillo en los ojos de David al dirigirse a la juez. ¿O sólo era su imaginación?

En el caso de Mónica, era difícil saberlo. Lograba desconcertarla con esa actitud hostil y evasiva casi perpetua, pero intuía que sólo se trataba de una forma de protegerse. Pese a su mente privilegiada, Mónica carecía de las habilidades sociales para relacionarse con los demás con naturalidad. En cierto modo ella la compadecía. En numerosas ocasiones había pensado en ofrecerle ayuda profesional, pero nunca lo hacía por temor a que aquello afectase a su amistad.

Estaba acostumbrada a verla despellejarse con Julia, pero jamás pensó que también le llegaría el turno a ella. ¿Qué le generaba tanto resentimiento? Se prometió sacar el tema a relucir en cuanto ambas estuvieran a solas.

—¡Mamá! —exclamó en cuanto vio a su madre aparecer por el control de policía en compañía de Fernando. Sin poder esperar más, echó a correr hacia ella y la abrazó tan fuerte que casi la parte en dos.

—Hija... —Ángela, con los ojos vidriosos y cansados, no pudo contener la emoción. La noche había sido demasiado larga, demasiado dura.

—Me alegro de verte, Ángela —le guiñó el ojo David, intentando desdramatizar—. Fernando...

—No sé cómo darte las gracias —repuso ella.

—Lo he hecho encantado —afirmó el letrado. Ella enarcó una ceja, divertida por la expresión—. No quiero decir que esté encantado, sino que...

—Te he entendido —le aclaró Ángela, al verle tan azorado—. Quiero irme a casa, por favor —suplicó.

Aquellas palabras se clavaron en su corazón. En ese preciso momento fue consciente de lo abatida y desolada que se encontraba su madre, pese a la tranquilidad que se esforzaba por aparentar. La conocía demasiado bien. Aquellos ojos tristes y perdidos eran el reflejo de una larga noche en vela y grandes dosis de temor. Le hubiera gustado encontrar las palabras adecuadas; unas que sirviesen para arrebatarla aquel singular sentimiento de amargura y humillación que sin duda le acompañaban. Pero no las encontró. Y, a veces, era preferible el silencio a una frase vacía.

—Te quiero —dijo, sin más. Sabía que aquella sencilla afirmación transmitía no sólo el amor que sentía por su madre, sino el convencimiento absoluto de su inocencia.

Ángela le dedicó una amarga sonrisa. Ni por un instante había dudado del apoyo de su propia hija. Si había alguien en este mundo que la conocía bien, ésa era Elsa. Teresa y ella eran todo cuanto le quedaba de su reducida familia y las tres gozaban de una magnífica relación. Odiaba tener que hacerles pasar por este penoso trago y no podía evitar culparse a sí misma por haber vivido una efímera aventura con Alfredo. Si no lo hubiera hecho, quizá ahora no sería sospechosa.

Pero era humana y necesitaba sentirse querida, mimada y agasajada. Aun cuando habían pasado años desde la muerte de su marido, le echaba tanto de menos, que la única forma de paliar aquella falta era estar entre los brazos de otro hombre.

De pronto, su mente se trasladó a Fernando. Se había pasado la noche entera asomándose a ese tugurio frío y lúgubre donde la habían encerrado, intentando animarla con su conversación. Incluso en un momento dado, en que ella se había puesto melancólica, se había tomado la deliciosa libertad de estrecharla contra su fornido cuerpo, invitándola a apoyar la cabeza sobre su pecho. Aquello le había reconfortado más de lo que jamás hubiera imaginado. Todavía sentía el calor de sus manos frotándole la espalda o acariciándole el pelo.

Hasta esa noche no se había percatado de la enorme sensibilidad de aquel gran desconocido. Era un hombre reservado, circunspecto e incluso se atrevería a decir que autoritario pero, debajo de esa fachada de tipo duro, se ocultaba una enorme ternura.

—¿Nos vamos? —preguntó David.

—Gracias por todo, Fernando —se despidió Ángela, dedicándole una amplia sonrisa envuelta de agradecimiento y verdadero afecto.

—Te llamaré —se limitó a contestar el capitán.

—Gracias —reiteró Elsa a aquel hombre que siempre parecía estar presente cuando le necesitaban.

Mientras se encaminaban hacia el coche, Elsa sacó el teléfono móvil del bolso marrón de piel que había escogido para la ocasión y telefoneó a casa para avisar de su inminente llegada. Cuando colgó, dudó durante unos segundos si llamar o no a Mario, pero una promesa era una promesa y más aún después de haberle utilizado como paño de lágrimas. Sería injusto no hacerlo, se dijo. Además, descubrió con asombro, que deseaba oír su voz masculina y viril. Horror, empezaba a necesitarle y eso le atemorizó. ¿Y si fuera él el verdadero asesino de Alfredo? Optó por mandarle un mensaje.

—¿Te encuentras bien, nena? —quiso saber Ángela al verla detenerse con la mirada perdida en el horizonte.

—Eso creo... —repuso con escasa convicción, alertada por la intensidad

de sus sentimientos hacia Mario. «No puedes enamorarte de él, maldita sea».

Su madre meneó la cabeza, confundida, pero ella aceleró el paso y extendió el brazo sobre sus hombros, mientras le obsequiaba con un emotivo beso en la mejilla.

—Vamos, la abuela y Cristina están como locas por verte.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 – 12,00 horas.

Ahora que ya estaba a salvo, bajo la protección de su familia, Ángela se derrumbó. No había ni rastro de la entereza que la había acompañado durante las últimas veinticuatro horas.

Se desplomó en el sillón que estaba junto a su cama, con los brazos caídos, tratando de encontrar algún sentido a la insólita acusación que la acechaba. Ni en su peor pesadilla se hubiera imaginado pasando por algo así. Y por muchas vueltas que daba al tema, buscando una explicación medianamente razonable, no la hallaba. Lo cierto es que se encontraba en una situación embarazosa.

Todas las pruebas la señalaban como culpable y no alcanzaba a comprender por qué. ¿Quién podía odiarla tanto como para cometer un asesinato, manipular un escenario y conseguir que todo apuntase directamente a ella?

Un suspiro emergió desde sus entrañas. Un suspiro tan desgarrador como revelador; el reflejo de su absoluta impotencia.

Mil preguntas sin respuesta ocupaban su mente. «¿Por qué? ¿Quién? ¿Cómo?».

En un absurdo intento por encontrar un pequeño indicio al que aferrarse, cerró los ojos y trató de revivir cada minuto de aquella fatídica fiesta. El día empezó mal desde el momento en que Elsa anunció su retraso. Debió suponer que el resto no sería mejor, pero jamás pensó que lo que prometía ser un fantástico cumpleaños pudiese terminar de aquella manera tan brutal.

¿Qué pasaría ahora? La policía encontraría las joyas, aquellas que Alfredo le regaló y que ella había tenido que empeñar para salir a flote del bache económico que atravesaba tras haber invertido gran parte de sus ahorros en unas acciones que, lejos de subir su cotización, no habían hecho otra cosa que perder valor. Venderlas a tan bajo precio hubiera sido una locura y por esa

razón optó por empeñarlas. Lo cierto es que había recibido un buen pellizco por ellas, lo suficiente como para salir adelante sin levantar sospechas y no tener que admitir ante su familia su pésima situación financiera. Aquella suma de dinero, junto con su pensión por viudedad, le habían salvado de la más profunda de las humillaciones.

Pero ahora su secreto dejaría de serlo. Pronto todo saldría a la luz y, para colmo, estaba segura de que la policía utilizaría su precaria situación económica como móvil del asesinato. ¡Todo parecía estar en su contra!

¿Por qué haría caso a los consejos de Alfredo? Jamás debió invertir en aquella constructora. Pero de nada servía ahora lamentarse, era demasiado tarde. El daño estaba hecho y sólo cabía esperar y defenderse con uñas y dientes.

—Mamá... —Elsa abrió la puerta del dormitorio y, sobresaltada, dio un respingo en la butaca de color rojo vivo.

—Me has asustado.

—Lo siento. ¿No te habré despertado?

—No, cielo, sólo estaba descansando. Siento como si los párpados me hubieran abandonado y se negaran a obedecer mis órdenes. No consigo mantener los ojos abiertos.

—Debes de estar agotada —dijo Elsa, en tono dulce y comprensivo, avanzando hacia el sillón y colocándose justo detrás.

Segura de que lo que su madre necesitaba en esos momentos era unos minutos de silencio y un buen masaje, Elsa posó las manos sobre sus hombros y comenzó a fricciónarlos con el fin de descargarlos de tanta tensión. Los sentía duros y agarrotados. Poco a poco, fue girando sus pulgares en pequeños círculos presionando los puntos más contracturados, intentando aliviarla.

Recurriendo a una gran fuerza de voluntad, que obviamente no tenía, consiguió mantener el pico cerrado. La impaciencia estaba acabando con ella. David apenas le había contado nada acerca del interrogatorio, limitándose a explicarle las imputaciones a las que se enfrentaba su madre y las pruebas con las que contaba el departamento de policía. Pero habían sido dos horas de sesión. Debía de haber algo más. Necesitaba saber hasta el más mínimo

detalle. Sólo así podría tratar de desmontar aquella basura.

Quizá ahora que estaban las dos solas sería un buen momento para abordarla, pensó para sí misma, pero el aspecto de su madre era tan desolador que prefirió guardar silencio.

—Gracias, tesoro —dijo Ángela, agradeciendo el masaje—. Ahora me siento mucho mejor —continuó, en un tono que denotaba todo lo contrario—. Elsa, ¿podemos hablar un segundo?

—Claro, ¿ocurre algo, mamá?

—Sabes que yo nunca te mentaría, ¿verdad? —Ella asintió, expectante. Aquello no presagiaba nada bueno—. Nunca, salvo por una buena razón.

—Mamá, me estás asustando. ¿Qué tratas de decirme?

—Por Dios, ¿no creerás que he tenido algo que ver con...?

—¡Por supuesto que no! —la interrumpió—. Pero es evidente que estás intentando decirme algo y que no sabes cómo. Dilo sin más, ¿quieres?

—Hace unos seis meses invertí un dinero en la compra de unas acciones. Recibí un chivatazo y lo consideré una buena oportunidad.

—¡Pero si tú nunca juegas en bolsa!

—Lo sé, pero en esta ocasión, sucumbí ante la avaricia. Pensé que era una inversión segura...

—Pero no lo fue, ¿no es así?

Ángela sintió que se ruborizaba y una profunda humillación la embargó. Odiaba la agilidad mental de su hija.

—No, no lo fue. Las acciones comenzaron a caer y me vi obligada a empeñar unas joyas que Alfredo me regaló durante los dos meses que salimos juntos.

—¡Oh, Dios! ¡La policía te va a crujir!

—Lo sé, cariño. Por eso te lo cuento. Prefiero que te enteres por mí que por la prensa.

—Joder, mamá. Dirán que le mataste por dinero.

—Lo sé.

—¡Mierda!

—Yo no he hecho nada malo, Elsa. Mi único pecado fue confiar en un hombre que por lo visto era un ladrón.

Elsa estaba paralizada. Sus cuerdas vocales no le respondían. Un torbellino de terribles imágenes le bombardeaban la mente, impidiéndole pensar con claridad. «Mamá, mamá, ¿qué has hecho? Estamos perdidas».

—Saldremos de ésta —alcanzó a decir a duras penas, con el único propósito de tranquilizar a su madre—. Averiguaré quién está detrás de todo esto y por qué.

—Elsa, ¿te das cuenta de que todos los que acudieron a la fiesta son amigos nuestros?

—De lo que me doy cuenta es que podríamos haber estado engañadas todos estos años, al menos, por uno de ellos —afirmó, sin querer mencionar sus sospechas acerca de Mario hasta estar bien segura de su identidad. Esa misma tarde llamaría a Ana para que buscara más datos sobre él en la base de datos de la comisaría.

—¿No estás enfadada? —preguntó Ángela, volviendo al asunto de las joyas empeñadas.

Demonios, pues claro que estaba enfadada. Cabreada, para ser más exactos, y profundamente desesperada. Aquella revelación no ayudaba en nada a disipar las sospechas contra ella. Al contrario, las agravaba.

—Sólo un poquito. ¿Por qué no me lo dijiste? Te habría dado mis ahorros.

—Hija, necesitabas el dinero tanto como yo. El máster te está costando un pico y sé que vivir en Nueva York no es barato. ¿Cómo iba a pedirte algo así? Hubieras renunciado a tu sueño si hubiese hecho falta y yo no me lo hubiera perdonado jamás.

—Mamá, tú y la abuela sois lo primero para mí. Y también Cristina. Ella es parte de esta familia. No hay nada más importante que vosotras.

—Lo sé.

Ángela pensó con cierto sarcasmo que ese día parecía abonada a esas dos palabras.

—No vuelvas a hacerlo, de acuerdo. No vuelvas a ocultarme un problema de esa magnitud. Nunca.

—Está bien.

—¿La abuela sabía algo de esto?

—No —negó, de manera tajante—. Ella cobra una miseria. La pensión de viudedad del abuelo sólo le da para pagar a Cristina y no podía hacerle esa faena. Siempre nos hemos apañado bien con mi pensión y con los intereses que sacábamos por tener el dinero a plazo fijo... hasta que decidí invertirlo, claro.

—En fin, confiemos en que esas condenadas acciones vuelvan a subir y recuperes tu dinero. Aunque, la realidad es que tenemos problemas mucho más graves que recuperar un puñado de euros.

—Bueno, yo no lo llamaría exactamente un «puñado de euros».

—Santo cielo, mamá, ¿de cuánto dinero estamos hablando?

Miró a su hija con recelo antes de dar una respuesta.

—De unos cincuenta mil euros.

—¿Qué? —gritó Elsa—. Es una broma, ¿no? ¿Te gastaste la friolera de cincuenta mil euros en comprar unas acciones de una empresa que ni siquiera conocías?

Elsa se dejó caer en la cama, echándose las manos a la cara. Sencillamente no podía creerlo. Su madre siempre había sido muy prudente en el aspecto económico. Llevaba una libreta de cuentas donde apuntaba cada importe que gastaba, de tal forma que siempre sabía de qué cantidad disponía para extras y pequeños vicios. Nunca jamás había descuidado la economía familiar y, mucho menos, se había jugado los ahorros en bolsa.

—Cielo, lo siento. Ya te he dicho que perdí la cabeza.

Ella, todavía tumbada, estaba tan impresionada que no era capaz de articular ni una sola palabra. Se masajeó las sienes mientras se preguntaba si su madre habría perdido el juicio.

—De verdad que lamento haberos arrastrado a este lío. Si pudiera borrar el pasado...

—Está bien, mamá. Ya está hecho y no hay nada que podamos hacer para remediarlo —convino, incorporándose. Bastantes problemas tenían ya como para echar más leña al fuego—. Será mejor que comamos y luego descansemos un rato. Se te ve agotada.

—Por cierto, ¿qué tal va lo tuyo con Mario?

—No puedo creerlo. Con todo lo que tenemos encima y sólo te interesa

este absurdo romance.

—Entonces, ¿ha ocurrido algo?

—Nada. Supongo que somos amigos. ¿Te aclara algo eso?

—Bueno, es un comienzo.

—Señor, eres incansable. ¡No descansarás hasta verme felizmente casada!

—Me conformaría con un felizmente enamorada.

—De momento, olvídalo. No tengo intención de enamorarme de un tipo al que apenas conozco —dijo con toda la convicción que le fue posible. «Ojalá no te equivoques».

Ella sintió el ferviente deseo de interrogar a su madre sobre el hombre que estaba logrando desestabilizarla por completo. Quería saberlo todo sobre él, hasta el más mínimo e insignificante detalle, pero temía levantar alguna sospecha. Y, además, debía admitir que estaba intentando alargar lo que podía ser otro desengaño. Probablemente, en cuanto supiese más acerca de él, Mario pasaría a engrosar la lista de hombres non gratos en su vida.

Lunes, 20 de diciembre de 2010 - 21,30 horas.

Pese a que el ánimo de Elsa estaba muy decaído y anhelaba quedarse tumbada bajo la cálida manta de su abuela viendo una entretenida comedia en televisión, decidió acudir a la cita que con tanto cariño habían organizado sus amigos.

Su madre había insistido tanto en que debía divertirse que, sólo por no oírla, se puso unos ceñidos pantalones, una camisa y una chaqueta de lana a juego y se dispuso a salir. Después de todo, quizá dar una vuelta no fuera tan mala idea. Se olvidaría de ese infierno por un rato, para variar. Y, además, estaba Mario. Por alguna extraña razón, su compañía se había vuelto imprescindible.

Al entrar en Jandro's, que por ser lunes estaba más vacío de lo habitual, vio a Mónica sentada en un taburete con una jarra de cerveza en la mano. Era la oportunidad que estaba esperando. Le pidió a Mario, con el que había acudido en coche, que les dejara a solas unos minutos y éste, obediente, se sentó en la barra con la excusa de ver el partido de fútbol que estaban televisando.

—Te has adelantado —le dijo, despojándose de su chaqueta empapada y

sentándose junto a ella. Esa noche llovía a cántaros.

—Sí, hoy he salido temprano del trabajo.

—¿Estás mejor? —preguntó sutilmente, instándola a hablar de lo ocurrido esa misma mañana.

—Oye, lo siento. No debí decir lo que dije.

—Supongo que todos andamos algo nerviosos.

—¿Cómo está tu madre?

—Asustada, pero aguantando el tirón.

—Es increíble que alguien piense que ella...

—Han encontrado un frasco con el veneno que mató a Alfredo en su dormitorio y unas cuantas joyas robadas. Pero supongo que ya lo sabes.

Mónica era juez y estaba segura de que este caso sería la comidilla de los pasillos del juzgado. La familia Maqueda era bien conocida en el pueblo debido a la profesión de su padre; primero abogado de oficio y luego un prestigioso abogado contratado por uno de los mejores bufetes, al que hoy pertenecía David.

—Por supuesto —continuó—, mamá no tiene ni idea de cómo han llegado hasta allí. Cualquiera pudo esconder las pruebas en su cuarto el mismo día de la fiesta.

—Entonces, todos somos sospechosos. —Si alguien conocía los procedimientos policiales y judiciales, ésa era Mónica.

—Bueno, supongo que sería así si no fuera porque el frasco lleva las huellas de mamá —respondió ella, con evidente sarcasmo—. Todos menos la abuela, que obviamente no pudo subir a la primera planta en silla de ruedas.

—¿Qué piensas hacer?

—Investigar hasta encontrar al culpable —sentenció con rabia.

—Elsa, todos estuvimos arriba en un momento u otro. Al menos una vez —puntualizó la juez—, para ir al cuarto de baño. No veo cómo vas a conseguir averiguar qué pasó en realidad.

Y era cierto. Su casa constaba de dos plantas. La de abajo abarcaba el vestíbulo, la cocina, un enorme salón y la habitación de Teresa con un cuarto de baño adaptado a su minusvalía. La de arriba, contaba con tres habitaciones y dos cuartos de baño, uno de ellos incorporado a la habitación de Ángela y

otro en el pasillo de acceso a los dormitorios de ella y de Cristina. Ése solía ser el utilizado por los invitados cuando acudían a la casa.

—Me cuesta tanto creer que pueda ser uno de los allí presentes el que asesinó a... —Ella se detuvo. Le costaba decir en voz alta lo que su mente todavía no había sido capaz de digerir—. Pero aún más, que el malnacido en cuestión haya intentado inculpar a mamá. ¡Nos conocemos desde hace años! —exclamó, incapaz de esconder la rabia que llevaba horas reconcomiéndola por dentro.

También aquella afirmación era cierta. Todos eran viejos conocidos. Hacía años que aquellas familias eran amigas e, incluso los hijos de todas ellas habían asistido juntos al colegio. Y hasta ahora, ella hubiera jurado que eran excelentes personas e inmejorables amigos.

Todos, pensó con amargura, menos Mario. Él apenas llevaba seis meses viviendo en el pueblo. Pero no, no podía tratarse de él. Sería demasiado evidente. Aunque, pensándolo bien, quizá no fuera casualidad que coincidieran en Nueva York. Le miró de reojo y él le respondió con una de sus irresistibles sonrisas.

De repente, su imaginación se desbordó y la imagen de un Mario tierno y atractivo se desvaneció, dando paso a un hombre retorcido y desalmado. «Por el amor de Dios, Elsa, ¿y si te has encaprichado de un asesino?». No, imposible. No había nada en él que hiciera sospechar que se trataba de un psicópata. Aunque quizá sólo se negaba a verlo por el mero hecho de estar colgada de él. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, provocándole una enorme sensación de soledad.

El chirriar de la puerta del bar al abrirse la despertó de su efímero letargo y un atractivo David entró, ofreciéndoles un efusivo saludo con la mano y una sonrisa que podría derretir a cualquiera. Pero en lugar de dirigirse hacia ellas, eligió la compañía de Mario y se sentó junto a él a terminar de ver el partido.

Elsa giró la cabeza hacia Mónica y pudo ver su rostro claramente deslumbrado ante la presencia del letrado.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó, lanzándose al vacío y arriesgándose a recibir uno de los conocidos bufidos de su amiga.

—¿Cómo dices? —farfulló ésta, asombrada por aquella pregunta tan directa—. No, claro que no. Él jamás se fijaría en mí. Quiero decir que... que nunca se... se me ocurriría pensar que... —Su tartamudez temporal la delató.

—Lo estás, ¿verdad?

Mónica desvió la mirada hacia la cerveza, avergonzada.

—Elsa, sería una estúpida si me enamorara de un hombre que jamás me correspondería. Él sólo tiene ojos para ti.

—¡Tonterías! Nuestra relación terminó hace años. David y yo sólo somos amigos. Buenos amigos, los mejores, pero eso es todo lo que hay y habrá siempre entre nosotros. ¿Por qué no admites que te gusta?

—¡Porque no puedo permitirme soñar con un imposible! Mírale. Es atractivo, inteligente, simpático... Y ahora, mírame a mí, ¿crees que se fijaría en una desgarbada como yo?

—Pero, ¿qué dices? ¿Qué te hace pensar que tú no eres lo suficientemente buena para él? Eres una mujer inteligente, que ha luchado mucho por triunfar en su profesión.

—Pero no soy atractiva.

—¿Quién lo dice? Que tú creas que no eres guapa no significa que no lo seas.

—Elsa, te agradezco...

—Además, aun en el caso de que no lo fueras, David no es ningún estúpido superficial. Estoy segura de que sabe valorar mejor que nadie a una mujer brillante. Y tú lo eres.

—Sí, lo soy. Pero es evidente que no es suficiente. Basta con fijarse en dos de las mujeres con las que ha salido.

Elsa levantó una ceja, molesta por la actitud derrotista de Mónica. ¿Dos? Si ella era una, ¿quién era la otra? Esperó impaciente, mientras Mónica se humedecía la garganta dándole un buen trago a la cerveza. Era evidente que cualquier alusión a David la incomodaba.

—Una eres tú, por supuesto —continuó—. Y la otra, Julia. Y las dos sois bastante atractivas, por si no te has dado cuenta. ¿Por qué habría de cambiar de gustos? Es evidente que le van las mujeres... exuberantes.

—¿Julia? ¿David ha salido con Julia? —repitió, ignorando su tono

despectivo al describirlas. Ella podía ser muchas cosas, pero desde luego no era exuberante; como mucho, atractiva.

—Sí, tuvo un rollo con ella. —Se detuvo, asombrada por la expresión perpleja de su amiga—. Pensé que lo sabías. No duró demasiado pero... — Ella no daba crédito a sus oídos. En un instante, una vorágine de sentimientos la invadieron sin tregua: celos, rabia, lástima, curiosidad...—. Vamos, ¿qué esperabas? Se quedó hecho polvo cuando le dejaste. Luego apareció Hugo y supongo que buscó consuelo en otros brazos. Ya sabes que Julia es una devora-hombres. Una auténtica experta en la materia. Y David cayó en picado bajo su influjo.

—Sí, claro —dijo en un susurro, sin entender una palabra. David no era de los que se refugiaba en el sexo para superar una decepción. O, al menos, eso creía ella, hasta hoy.

—¿Me comprendes ahora? David jamás se fijaría en alguien como yo.

—¿Me permites un consejo? —soltó ella, de pronto, dejando de lado sus emociones y centrándose en el tema en cuestión. El tiempo se agotaba. Pronto estarían todos allí y aquella conversación llegaría a su fin.

—Sospecho que diga lo que diga, vas a dármelo. Así es que, adelante, dispara.

—El problema no es si eres o no atractiva, el problema es que no dejas que nadie se acerque a ti sin darle un zarpazo. El ejemplo lo tienes esta misma mañana. David te ha invitado amablemente a comer y le has pegado un corte.

—Oye, ya te he dicho que lo siento.

—Sé que lo sientes. El tema es que actuando de ese modo sólo conseguirás espantarlo, a él o a cualquier otro. ¿Es que no te das cuenta de que intimidas a la gente con esa actitud de animadversión?

—¿Ani... qué? Yo no...

—Estoy segura de que no es ésa tu intención —la detuvo, sin darle tregua—. Vamos, Mónica, si te gusta, lánzate a por él. Deberías confiar más en tus posibilidades.

—Pero él te sigue queriendo a ti.

—Te aseguro que no. Al menos, confía en mí cuando te digo que no le

eres indiferente. Esta mañana, sin ir más lejos, cuando te has marchado, no ha perdido ni un segundo en justificar tu comportamiento: que te perdonase, que trabajas mucho, bla, bla...

—¿Él ha hecho eso? —preguntó con la mirada iluminada.

—Te lo juro.

—¿Elsa?

—Nunca te mentiría en algo así.

—No te creo. Y, además, ¿qué me dices de ti? ¿Sientes algo por él?

Mónica se arrepintió casi al instante de haber formulado aquella pregunta. ¿Cómo habían acabado hablando de sus sentimientos? ¿Y por qué precisamente con la mujer a la que odió durante años, primero por arrebatarse el amor de su vida y luego por repudiarle sin la menor compasión?

—Sabes de sobra que nunca estuve enamorada de David. Le quiero como a un hermano.

—Debiste pensarlo antes de partirle el corazón. —Escupió aquellas palabras con tanto rencor que no tuvo duda de que Elsa acababa de ser verdaderamente consciente del dolor que había causado a su alrededor al embarcarse en aquella aventura con el letrado. Todo el mundo se equivocaba alguna vez y Elsa no era una excepción.

—¿Crees que yo no me he dicho eso mismo, cientos de veces? Cometí un error. Lo siento.

Una lágrima asomó débilmente a los ojos de Elsa, que la secó rápidamente. Esta vez el dominio de sus sentimientos, del que tantas veces alardeaba, se desmoronó por completo. Eran demasiadas emociones, demasiados reproches, demasiadas incógnitas... como para enfrentarse a ellas con la coraza de hierro que siempre parecía acompañarla.

Echando mano del valor que le caracterizaba, se recompuso como pudo y recobró la calma.

—Lo siento, Elsa. No era mi intención... —se disculpó Mónica al verla tan afligida.

—Tranquila, es mejor así. Supongo que llevas años reprimiendo esa dura acusación. Lo entiendo y sólo espero que me comprendas. Nunca quise hacer daño a David. Si hubiera sabido que tú...

—De acuerdo —asintió su amiga de la infancia, avergonzada.

—Deseo con todo mi corazón que encuentre una mujer que le quiera y le dé lo que yo no supe. Y si esa mujer eres tú, me alegraré por los dos.

Mario observaba aquella escena desde la distancia. ¿Era una lágrima lo que asomaba a los ojos de Elsa? ¡Cómo deseaba ayudarla, quitarle esa losa que en los últimos días parecía estar acabando con su carácter risueño! Ella clavó su mirada en él y, ante su rostro de preocupación, encogió ligeramente los hombros, como indicativo de que todo estaba en orden.

Mónica captó aquella complicidad entre los dos.

—Parece que os lleváis bien —dijo, cambiando de tema.

Elsa no pudo evitar sonreír ante la sagacidad de la juez.

—Te confesaré algo si prometes guardarme el secreto.

Mónica la miró con atención, apremiándola.

—Creo que me gusta.

—¿Mario? Bueno, a decir verdad, no me sorprende en absoluto. Es un hombre especial... Entrañable.

—Sí, es cierto.

—¡Gooooool! —gritaron los dos jóvenes, al unísono, chocando las manos para celebrarlo.

Ambas amigas contemplaron a los hombres, objeto de sus íntimas confesiones. Luego se miraron entre ellas y, olvidando cualquier posible rencor, se echaron a reír, mientras ellos dos clavaban la mirada en ellas, preguntándose qué diablos era tan divertido.

—Por cierto, ¿cómo es que Mario forma parte de la pandilla? —aprovechó para preguntar Elsa. Era una buena oportunidad para obtener información acerca de él.

—Oh, ya sabes cómo es tu madre. Le ha cogido mucho cariño y, en cuanto tuvo ocasión, se lo presentó a David que, rápidamente, lo introdujo en el grupo. Le invitó a tomar unas cervezas y, desde entonces, suele venir casi siempre que quedamos. Creo que vas a tener una dura competencia, también Julia le tiene echado el ojo.

—Pues entonces estoy perdida.

Ambas amigas rompieron a reír por lo absurdo de la situación.

En ese preciso instante, la aludida cruzó la puerta del bar, con las mejillas coloradas, los labios morados debido a las bajas temperaturas y un paraguas, que dejó un reguero de agua desde la entrada hasta donde ellas estaban. Era obvio que el temporal continuaba.

—Buf, vaya tormenta —exclamó, mientras se quitaba los guantes y se frotaba las manos, intentando subir la temperatura de su cuerpo—. Un coñac, por favor. Necesito urgentemente algo que me haga entrar en calor.

Elsa observó a su amiga con detenimiento. Le costaba imaginársela entre los brazos de David. No es que infravalorase a Julia, que era una mujer bellísima, dicharachera, divertida y con un verdadero talento para las ventas. Además, era especialista en sacarse partido, luciendo siempre ropas caras y de marca. Pero, sencillamente, le costaba verla como su sustituta. Por alguna infundada razón, siempre creyó que David escogería a alguien dedicado al mundo del derecho. Alguien a quien admirar y con quien compartir las mismas inquietudes, y Julia no encajaba con aquel perfil. Tal vez por eso le resultaba difícil asimilar que hubiera habido algo entre ellos. Algo más allá del sexo, claro.

—¿Os habéis quedado mudas de repente? —dijo Julia con aire socarrón—. Cuando entré estabais muertas de risa.

—Cosas nuestras —le aclaró Elsa, cruzando una mirada cómplice con Mónica, que parecía estar interiorizando la última revelación entre ellas.

—¿Cómo haces para estar siempre impecable? —inquirió Mónica, al verla con la abundante melena perfectamente peinada, embutida en un elegante traje de Miguel Palacio, sin una sola arruga, y unos zapatos de Manolo Blahnik impolutos. ¿Es que la tormenta era solo para algunos?

—Nenas, son las ventajas de no independizarse. Todo mi sueldo va directamente al cuidado de mi cuerpo —rio, sacándoles la lengua con gracia.

—Eres una guarra —repuso Elsa, levantando su dedo corazón en un gesto nada femenino—. No es justo que tú puedas permitirte esos caprichos y nosotras tengamos que conformarnos con unos miserables trapos de saldo.

—C'est la vie! —concluyó, victoriosa—. Pero, cuéntame, ¿cómo ha ido todo? Ya sé que el juicio fue bien y que tu madre está en casa, mi padre me lo contó durante la comida. Me alegro mucho.

—Gracias. Espero que a partir de ahora todo vaya mejor.

—Seguro que sí —le animó Julia—. Verás como pronto se aclara este malentendido. Y, cambiando de tema, ¿qué planes tenéis para Nochebuena y Navidad?

—Ninguno —dijo ella—. Ya sabes que en casa las fiestas navideñas no se celebran.

—Claro, lo había olvidado.

—Yo cenaré con mis padres y mi hermano —explicó Mónica—. Alejandro llega mañana desde Bruselas y, la verdad, me muero de ganas de ver a mi sobrino. Debe de estar para comérselo.

—¿Cuántos años tiene ya?

—Cuatro. Y habla como un loro. Deberíais oírle por teléfono. Es graciosísimo.

—¿Quién es graciosísimo? —preguntó David, mientras tomaba asiento en la mesa.

—Mi sobrino.

—Ah. ¿Viene Alejandro a pasar las Navidades?

—Sí, llega mañana.

—¡Qué bien! Tengo ganas de ver a ese granuja. Es increíble lo de tu hermano. Todavía no me creo que habiendo aprobado la carrera a trompicones, ahora sea todo un eurodiputado.

—No sé de qué te extrañas, siempre fue un charlatán simpático y extrovertido, con un increíble don de gentes —intervino Julia.

Mónica, frunciendo el ceño, tomó la cerveza y le dio un sorbo largo. Era imposible oír hablar de las habilidades sociales de su hermano sin pensar en la escasez de las suyas. Alejandro era su mellizo y, aun llevando los mismos genes, eran como la noche y el día. Ella reservada e introvertida, él sociable y dicharachero. Ella distante y seca, él amable y todo un relaciones públicas. Ella fea y desgarbada, él atractivo y elegante.

Estaba claro que en el reparto ella se había quedado con la peor parte, pensó con ironía sin poder evitar esbozar una amarga sonrisa. Y, pese a todo, adoraba a Alex. Había un vínculo especial entre ellos; un vínculo que creyó que se rompería cuando su hermano contrajo matrimonio y se fue a vivir a

Bruselas, pero por suerte, no fue así.

Esa unión seguía más viva que nunca. Siempre que sus horarios y compromisos se lo permitían, se conectaban a través de Internet. Podían pasar horas hablando; hasta la cosa más absurda e insignificante podía convertirse en un tema interesante de conversación. Sólo con él era ella misma, divertida y comunicativa.

—¿Y tú, Mario, qué haces en Navidad? —quiso saber Julia.

—Todavía no lo sé. Si el trabajo me lo permite, es posible que vaya a ver a mi familia.

—Empiezo a pensar que no tienes familia. Nunca la mencionas. Aunque tanto mejor, ya sabes que en mi casa siempre habrá sitio para uno más. O tal vez prefieras salir con Elsa, que no tiene planes para esa noche —continuó en tono seductor.

Elsa se giró hacia ella, perpleja ante aquella insinuación. ¿Acaso Julia sospechaba que había algo entre ellos? Existía la posibilidad de que la hubiera visto salir o entrar en casa de Mario; al fin y al cabo, vivían todos en la misma calle.

—Gracias, lo tendré en cuenta —respondió Mario, sin inmutarse ante su atrevida sugerencia.

—Estoy seguro de que a Mario no le faltaran ofertas para esos días, así es que no hay por qué preocuparse —dijo David, dando el tema por zanjado. Conocía a Elsa lo suficiente como para saber que la insinuación de Julia, respecto a que mantenía una relación furtiva con Mario, le había incomodado.

—David, ¿tienes pensado en cómo vas a enfocar la defensa de Ángela? —preguntó ella, intentando dar un giro a la conversación.

El letrado le dedicó un ligero gesto de agradecimiento por echarle un capote y se precipitó a responder.

—Es un caso difícil y tú mejor que nadie deberías saberlo. Tal vez necesite tu asesoramiento en algunos aspectos.

—Tú nunca has necesitado mi ayuda —saltó, sorprendida, sin poder evitarlo. Elsa le dirigió una mirada de advertencia y ella rectificó, consciente de su nueva metedura de pata. ¿Por qué puñetas David le ponía tan nerviosa? Respiró hondo y prosiguió en un tono más dulce—. Pero puedes contar

conmigo para lo que quieras, ya sabes dónde encontrarme.

«Mucho mejor, Mónica», se dijo Elsa para sí misma, satisfecha de que la juez hubiera tomado nota de sus consejos. No era tarea fácil pero, al menos, se la veía dispuesta a realizar un esfuerzo. Si su charla había servido para infundirle confianza, podía darse por satisfecha. Quizá se marcara como objetivo animarla en su propósito de conquistar a su mejor amigo. Ojalá fuera así. Ambos eran buenas personas y se merecían lo mejor.

Vio con orgullo cómo el letrado y la juez se embarcaban en una conversación de derecho, mientras ella les observaba con disimulo.

Cuando quiso darse cuenta, era Mario quien le miraba a ella lleno de curiosidad y ternura desde el otro extremo de la mesa. Dios, lograba derretirla con tan sólo mirarla. Ella le devolvió la sonrisa, pero aquella felicidad se vino abajo en cuanto vio a Hugo entrar en el bar, acompañado de una rubia despampanante.

El juez saludó a Julia, que estaba en la barra pidiendo otra cerveza. Vio como ésta le susurraba algo al oído mientras su siempre atractivo ex novio se echaba a reír y desviaba la mirada hacia ella. Sin poder evitarlo, retiró la vista, molesta por la escena íntima entre la agente inmobiliaria y el juez. ¡Cómo odiaba a ese hombre!

Mario percibió su desazón y se giró para descubrir el motivo de su inmediato cambio de expresión. Volvió de nuevo el rostro hacia ella y se encogió de hombros, levantando la barbilla y las cejas al mismo tiempo, preguntándole en muda señal quién era ese tipo.

Ella sacudió la cabeza, quitando importancia al asunto, pero Mario era demasiado intuitivo para dejarse engañar. Cruzó la distancia que les separaba y se colocó a su lado. Irremediablemente, ese hombre le estaba robando el corazón.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Elsa? No soy idiota. He visto cómo te tensabas en menos de un segundo. —Ella permaneció en silencio—. ¿Quién es el tipo que habla con Julia? Lo he visto por aquí otras veces.

Ella apretó los labios, rabiosa, antes de responder.

—Es Hugo.

—¿Tú ex?

—El mismo.

Mario sintió una punzada en la boca del estómago. Era obvio que ese tipo no le era indiferente y eso le produjo más dolor del que estaba dispuesto a reconocer.

Elsa, alerta ante su inútil esfuerzo por disimular aquella sensación de desagrado, intervino.

—No es lo que crees —dijo, justificando su malestar.

—¿Y qué es lo que creo?

—Que todavía me importa.

—¿Y no es así?

—No de la manera en que estás pensando. Es... —Él la miró impaciente, instigándola a continuar—. Hugo es el maldito juez del caso de mamá. Estoy furiosa con él. Eso es todo.

—¿Estás segura de que eso es todo?

—Sí, lo estoy. Y, por favor, ¿podríamos dejar el tema? Es absurdo que discutamos por su culpa. Además, no tengo por qué darte explicaciones. No me gustan los hombres que tienden a marcar su territorio como hacen los perros con la orina —le acusó, injustamente.

—Pero, ¿de qué puñetas habláis vosotros dos? —les interrumpió Julia—. ¿He oído la palabra orina?

—No es más que un símil sin importancia —respondió Elsa, confiando en que no hubiera escuchado la conversación privada entre ellos. Julia era un encanto pero, a veces, excesivamente entrometida y alcahueta.

—Hugo está aquí y muy bien acompañado, por cierto —dijo su amiga, advirtiéndole.

—Ya me he fijado. Y, precisamente por eso, ha llegado el momento de que me marche. Este sitio ya no me resulta tan acogedor. Mañana os veo.

Elsa se despidió de David y Mónica, que seguían enfrascados en una amena conversación. Al menos, la noche estaba resultando un éxito para alguien.

—Te acompaño —se ofreció él, todavía enfurecido por el ataque verbal

de Elsa.

Si Elsa pensaba que podía compararle con un perro pulgoso mientras él se quedaba de brazos cruzados, estaba apañada. Ella le gustaba, sí, pero no iba a consentirle semejante trato.

«Mierda». Estaba más confuso que nunca. Por un lado tenía entre manos el asunto de las joyas, cada vez más complejo y misterioso y, por otro, se había embarcado en la conquista de la mujer más testaruda e impredecible que jamás había conocido. ¿Por qué la vida, su vida, tenía que ser tan jodidamente complicada?

Durante unos instantes, dudó en revelar su verdadera identidad. Ni hablar, recapacitó, la perdería para siempre. Necesitaba más tiempo, el suficiente para conquistarla por completo. Tal vez para entonces a Elsa no le quedara más remedio que aceptar el amor que, confiaba, surgiría entre los dos. Aunque, al paso que iba, aquello era misión imposible.

Tenía la sensación de estar haciéndolo todo del revés. Todo lo que hacía o decía ella lo cuestionaba, distanciándoles cada vez más. A veces parecía tenerla comiendo en la palma de su mano y otras era como una gran desconocida, dispuesta a fulminarlo con la mirada.

Sin esperar a Mario, Elsa se encaminó a toda prisa hacia la salida. Cuando ya creía estar a salvo del desaprensivo de su ex, una mano en el brazo la obligó a detenerse.

—Hola, Elsa, no pude despedirme de ti esta mañana —le abordó Hugo con una sonrisa seductora, que le hubiera gustado borrar de un plumazo.

—Ni falta que hacía.

—Vamos, mujer, ¿no piensas perdonarme nunca? Yo sólo deseo lo mejor para ti, siempre lo he deseado.

—¿De veras? —preguntó con ironía—. Guarda tus hipócritas palabras para la rubia platino. A mí no conseguirás engatusarme con ellas. Ya no.

—Elsa, lo creas o no, lamento muchísimo lo de tu madre. Imagino por lo que estás pasando y te juro que haré todo lo posible por llegar al final de este peliagudo asunto.

—Eso espero —asintió más sosegada—. Pese a nuestras diferencias, siempre te he considerado un buen profesional. No me defraudes esta vez.

—Para empezar, esta misma mañana he solicitado la inhibición.

—Entiendo. Supongo que eso significa que designarán un nuevo juez para el caso de mamá.

—Exacto. Aunque seguiré informado de todo.

Elsa permaneció callada, analizando aquella nueva variable. El que Hugo hubiera rechazado ser el juez del caso, decía mucho a su favor. Acceder a la renuncia voluntaria por asumir que no tenía la independencia o imparcialidad necesaria denotaba su profesionalidad, pese a ser un sinvergüenza en muchos otros aspectos.

—Tal vez, cuando todo esto termine, tú y yo podríamos vernos para tomar algo.

—No lo creo —apuntó ella con determinación. Estaba claro que continuaba siendo un donjuán.

Con gran esfuerzo, Mario se mantuvo alejado, esperando una señal para rescatarla de las garras de ese cretino, que la sujetaba del brazo mientras se esmeraba por dedicar a su chica otra de sus irresistibles sonrisas. Aquello le enfureció más de la cuenta.

Entonces se percató de la mirada furtiva de Elsa, que parecía pedirle ayuda, y decidió que era el momento de intervenir. Con paso firme, se encaminó directamente hacia ellos y agarrándola por la cintura, preguntó:

—¿Nos vamos, cielo?

Hugo echaba chispas por los ojos. Le miró de arriba abajo, claramente desconcertado ante su presencia. ¿Quién coño era ese guaperas que osaba interrumpirle?, parecía estar preguntándose.

—Sí, cuando quieras —le respondió Elsa, cogiéndole de la mano, sin intención alguna de presentarle a Mario. Sabía que eso le enfurecería todavía más.

—Un placer volver a verte, Elsa —se despidió Hugo, claramente molesto.

Capítulo 6

San Lorenzo de El Escorial.

Martes, 21 de diciembre de 2010 - 2,00 horas.

Cuando cruzaron la puerta del bar, Elsa tomó aire y soltó una carcajada. Hacía tiempo que no se sentía tan bien. No era propio de ella alegrarse del mal ajeno pero, en este caso, la expresión confundida de Hugo le llenaba de satisfacción. Por fin se había vengado, aunque sólo fuera un poquito. Tenía la certeza de que su ex estaría ahora maldiciéndola por su desplante. ¡Qué pasada!

—Gracias —dijo a Mario sin soltarle la mano—. Has llegado en el momento justo.

—De nada —repuso él con semblante serio, sosteniendo el paraguas que cobijaba a los dos de la incesante lluvia—. Vayamos rápido al coche o nos empaparemos.

Obedeció, consciente de su tono frío y distante. Estaba disgustado y ella tenía una ligera idea del porqué. Le había visto enfadado, confuso, incluso dolido; pero nunca indiferente, como en este caso. Analizó con detenimiento qué podía ser eso que tanto le había ofendido y llegó a la conclusión de que era su comportamiento bipolar lo que probablemente estaba volviéndole loco. Tan pronto se lanzaba a sus brazos como le echaba en cara su actitud posesiva. ¡Ni siquiera ella misma era capaz de reconocer sus síntomas!

Se detuvo, dispuesta a disculparse, obligando a su acompañante a

detenerse también. Éste la miró, imperturbable.

—Oye, siento muchísimo lo que te dije ahí dentro. No pretendía herirte.

—Pues lo has hecho.

Esas cuatro palabras bastaron para dejarle sin habla. Ella, experta en solucionar los malentendidos conversando, se había quedado muda.

Continuaron caminando, en el más absoluto de los silencios, pero con las manos entrelazadas. Mario con expresión compungida y ella intentando encontrar una nueva disculpa. Los cinco minutos que duró el trayecto hasta la ranchera, fueron suficientes para que recobrar su poder de comunicación. Una vez instalados en el interior del coche, protegidos del frío y la lluvia, emprendió de nuevo su defensa.

—¿Quieres que hablemos?

—¿Hablar? Yo creo que está todo dicho. Tú parece tenerlo todo claro.

—Vamos, hombre, échame un cable. No me lo pongas tan difícil. — Mario la taladró con la mirada, como si con ella pudiera estrujarle el cerebro. Era una mirada de reproche pero que, al mismo tiempo, emanaba una ternura que jamás había visto en los ojos de ningún otro hombre—. Quizá te interese saber que Hugo no significa nada para mí.

Mario levantó una ceja, incrédulo. Estaba tan confundido que ni siquiera era capaz de reconocer las emociones que en ese preciso instante recorrían su cuerpo. ¿Alivio? ¿Inseguridad? ¿Ternura? ¿Enfado? ¿Qué puñetas era eso que le cabreaba tanto y que le costaba identificar? La respuesta estaba justo delante de sus narices: la obstinación de Elsa a aceptar la indiscutible atracción entre ellos. Se negaba a darle una oportunidad.

—En cambio tú... —se atascó, nerviosa ante su inexpresividad—. Sé que todo este tiempo me he comportado como una niña malcriada y tienes todo el derecho a estar enfadado. Pero, en mi favor, diré que lo que siento por ti me tiene completamente desbordada y confundida. En cualquier otro momento hubiera aceptado esta aventura encantada pero, ahora, mi vida está patas arriba.

Al oír aquella breve pero sincera declaración, él respiró aliviado. Al fin reaccionó y, empujado por la emoción, sintió el deseo de tocarla. Le acarició la melena con la mano y le pasó un mechón por detrás de la oreja, esbozando

una leve sonrisa.

Elsa sintió que le flaqueaban las piernas. Sin necesidad de abrir la boca, ese hombre era capaz de transmitirle una vorágine de sentimientos que no conseguía digerir. Asustada de sus propias emociones, se apoyó con fuerza contra el respaldo de su asiento, poniendo distancia entre los dos.

—Necesito tiempo. —«Y un montón de información», explotó para sí misma, justificando su actitud.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos.

—Mario, un hombre ha sido asesinado —continuó—. Mamá está acusada de asesinato. Y, para colmo, un tipo al que besé hace seis meses en un avión, aparece en mi vida por casualidad. ¿No te das cuenta de que algo no encaja? No sé quién eres ni por qué me empeño en confiar en ti, cuando algo me dice que no eres quien dices ser. Pero si hay algo de lo que estoy segura, es de que me siento tremendamente atraída por ti. Y estoy aterrada de descubrir la verdad.

—¿Por qué no puedes confiar en mí? Yo jamás te haría daño.

—Maldita sea, dime quién eres y acabemos con esto. Y no vuelvas con esa absurda historia del destino...

Mario vaciló, flaqueando, pero finalmente optó por guardar el secreto que, antes o después, acabaría saliendo a la luz y le delataría. ¡Entonces ella no dudaría en echarle de su vida de un puntapié!

—Mírame, soy sólo un hombre que está loco por ti —dijo, cerrando el espacio corporal que se abría entre los dos.

Con una suavidad exquisita, posó sus labios en los de ella, temeroso de sufrir su rechazo. Pero lejos de eso, sintió cómo Elsa se deshacía en sus brazos y entrelazaba la lengua con la suya.

La atracción entre ellos era más fuerte de lo que ambos deseaban. Aquel beso borró cualquier resquemor, dejando sólo paso a la pasión.

Ella le tocó el pecho, mientras que él deslizaba sus manos por la espalda de ella, acariciándola.

—Ven conmigo a casa, Elsa —alcanzó a decir, en un susurro.

—No me hagas esto —respondió ella, asustada y excitada a partes iguales. Se obligó a separarse y meneó la cabeza, pensativa.

Él arrancó el coche y recorrió en menos de siete minutos la distancia que les separaba de la casa de piedra que ahora tenía en alquiler. Aparcó junto a la puerta y la miró fijamente, esperando una respuesta. Una afirmativa, por supuesto.

Elsa se frotaba el rostro, confundida, mientras el ruido de la lluvia contra el techo del vehículo se apoderaba de aquel silencio desgarrador.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

—Vamos, Mario, no trates de confundirme más de lo que estoy.

—¿La psicóloga está en apuros?

—Sí, en uno emocionalmente grave, diría yo. ¿Lo encuentras gracioso?

—En absoluto. Sólo intento quitar un poco de tensión al asunto.

—Pues, la verdad, se me ocurren mejores maneras de hacerlo —protestó ella, molesta por su actitud divertida. Al parecer no le hacía ninguna gracia que, mientras ella estaba hecha un mar de dudas, él se dedicara a burlarse de su indecisión.

Él se quedó quieto, expectante, concediéndose unos instantes antes de dar el siguiente paso.

«No lo hagas», se repitió él, una y otra vez. Pero su cabeza no dejaba de traicionarle con escenas eróticas. Sabía que besarla sería un error. No estaba en condiciones de iniciar una relación con alguien que, en cuanto supiese los verdaderos motivos de su estancia allí, como poco, le odiaría. Su mente le gritaba que se alejase, que no era el momento, que se arrepentiría después; pero en su interior algo le empujaba hacia esa joven que le había atrapado por completo.

Permaneció unos segundos más mirándola; estudiando las facciones de su rostro, esperando una señal, pero Elsa se limitó a observarle paralizada, clavándole aquellos grisáceos ojos azules que desprendían tanta pasión como inseguridad.

Finalmente, él tomó una decisión. Inclino levemente la cabeza hacia ella y la besó despacio en los labios. Ella le acompañó, pero no tardó mucho en retirar la boca.

—¿Mejor así?

—Mario, ¿no crees que vas demasiado deprisa? —logró articular,

nerviosa.

—¿Te parece que esperar seis meses para besarte de nuevo es ir demasiado deprisa? —bromeó él, aferrándola por la cintura—. Estás temblando. Definitivamente te pongo nerviosa.

Y sin esperar una respuesta, volvió a besarla. Esta vez de forma apasionada.

—Si no quieres que continúe, dilo ya —le susurró al oído—. Porque si sigo, no respondo de mí.

A Elsa se le estremeció cada músculo del cuerpo y sintió cómo el deseo se apoderaba de ella. Le deseaba.

—No sé si quiero que continúes o no, lo único que sé es que no quiero que pares —confesó, sin poder evitar que aquellas palabras abandonaran a su boca.

—Puesto que estás algo confusa —repuso él, complacido, sin dejar de darle pequeños besos por la cara—, creo que tendré que tomar la decisión por los dos. Y dada la ambigüedad de tu frase, me parece que me quedaré con la segunda parte.

Mario buscó su boca con ímpetu, obligándola a abrirla. Introdujo su lengua y jugó con la de ella, húmeda, ansiosa, excitada, al tiempo que enredaba las manos en su larga melena, empujándola hacia él hasta que pudo sentir los músculos de su tórax contra sus pechos.

—Mario... —Le separó ligeramente con las manos—. Me voy en tres semanas —mintió. No pensaba irse de allí hasta que su madre quedara totalmente absuelta de cargos—. No sé si es buena idea.

—Elsa, te deseo. Ahora. Esta noche. ¿Podemos olvidarnos de mañana? Deberías dejarte llevar alguna vez, descubrirías que es mucho más estimulante de lo que crees.

—Yo... No sé...

Pero él ya estaba recorriendo todo su cuerpo con sus inmensas manos, agitado, como si no hubiese suficiente espacio en ellas para abarcarla.

—Dios, te he deseado desde la primera vez que te vi —alcanzó a susurrar Mario, con la voz entrecortada por la excitación.

Aquellas apasionadas palabras acabaron por desarmarla del todo. Ya no

podía ni quería seguir luchando contra las señales que su cuerpo emitía. Cada caricia de Mario le provocaba un espasmo de calor que le erizaba el vello.

—Joder, Mario... —murmuró, sucumbiendo a su ataque.

Sin dejar de abrazarse y como una exhalación, cruzaron la puerta, subieron la escalera dejando un reguero de ropa y agua tras ellos, y se desplomaron en la cama desnudos, ávidos por sentirse el uno al otro.

Ella se esmeró en recorrer los pectorales de Mario con las manos, luego con la lengua, admirando la constitución delgada pero atlética de su amante. ¡Definitivamente, tenía un cuerpo de escándalo!

Mario no se quedaba atrás. Sus manos se le quedaban pequeñas para abarcar a aquella mujer. La piel tersa e hidratada de ella, el suave pelo rubio con olor a lavanda y los labios carnosos y dulces estaban acabando con cualquier vago intento de poner fin a esta situación que desencadenaría en dolor.

Ambos estaban embrutecidos, dando rienda suelta a toda la pasión que llevaban días conteniendo.

Desesperado por poseerla, la embistió con ímpetu, terminando con la posibilidad de cualquier juego erótico previo. No podía esperar más. Necesitaba estar dentro de ella y hacerle el amor, al menos, una vez.

Elsa, a punto de estallar en el orgasmo más rápido de su vida, aprisionó la cadera contra la de Mario, instigándole a empujar con más fuerza. Éste obedeció y la condujo a una explosión de emociones y sensaciones increíbles. Cuando él sintió su inminente clímax, salió rápidamente de ella y se derramó sobre su vientre.

Sólo entonces ella fue consciente de hasta qué punto habían perdido el control. Nunca antes se había dejado arrastrar a un estado de hipnosis y entrega tan extraordinario como el que acababa de suceder y no pudo por menos que agradecer mentalmente a Mario su sentido común. Un descuido así podría costarles caro a ambos.

—Gracias —dijo, con voz temblorosa y agitada.

Mario, exhausto y recostado sobre su hombro, la besó con dulzura en la nariz.

—Ha sido un placer, loquera. Podemos repetirlo cuando quieras.

—Sabes que no me refiero a eso —aclaró—. Bueno, a eso también pero...

—Elsa, no pretendo conseguirte mediante un engaño. —Dejar embarazada a la chica no era manera de salirse con la suya—. Me gustas demasiado.

Elsa frunció el ceño, preguntándose a dónde demonios les conducía esa situación. Ahí estaban, abrazados y haciéndose arrumacos, como dos enamorados. Aquello era de locos. Si no tuviera el presentimiento de que Mario le ocultaba algo, se rendiría a sus sentimientos por completo, pero no podía bajar la guardia sólo porque ese cuerpo «tableta» era capaz de hacerle rozar el cielo. Tenía que mantener la cabeza fría. Aunque, pensándolo bien, ¿qué tenía de malo tomarse unas horas de descanso y disfrutar a tope de todo aquello que la noche le ofrecía?

—¿Una ducha? —le provocó ella en tono seductor.

—Me obligarás a buscarte la ruina. No sé si seré capaz de detenerme a tiempo esta vez.

—Entonces será mejor que vayamos despacio.

—Eres una bruja.

Martes, 21 de diciembre de 2010 - 7,00 horas.

En contra de lo que Mario preveía, la noche había sido fantástica. Hacer el amor con Elsa era como un sueño. Jamás creyó que volvería a amar y, menos aún, con tal entusiasmo.

Asomado a la ventana, contempló el amanecer a través de los cristales medio empañados. Continuaba lloviendo con fuerza, lo cual hacía presagiar un día desapacible.

El insomnio le había atacado como cada noche y, harto de intentar conciliar el sueño, optó por levantarse y hacer algo útil.

Se sentó frente al ordenador, estudió el informe confidencial que Pilar le había enviado esa misma mañana y se dispuso a poner sus ideas en orden.

¿Cómo habrían llegado las joyas hasta el dormitorio de Ángela? Las había seguido la pista durante el último año y estaba convencido de que seguían en poder de Alfredo. Era evidente que no. Apenas hacía una semana que había registrado la planta de arriba de sus vecinas y no había hallado

nada que hiciera suponer que Ángela estuviera también implicada en el robo. Tampoco pudo localizarlas en la casa de alquiler que Julia había facilitado al supuesto ladrón, Alfredo Costello, y su sobrino.

Suspiró impotente. Por más que trataba de concentrarse en la pantalla del sofisticado portátil, saber que el cuerpo desnudo de Elsa yacía sobre su cama le distraía continuamente, haciéndole recordar la calurosa noche que habían disfrutado juntos. Desinhibidos, entregados, impetuosos, vivos; sólo ellos dos, sin obstáculos ni oscuras sombras pendiendo sobre sus cabezas.

«Mierda», renegó. El amor había surgido en su vida en el peor momento. Se prometió que terminaría aquel trabajo y luego se tomaría un descanso. Estaba cansado de dar tumbos y de fingir ser quien no era.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, puso toda la atención en el informe que tenía delante, dispuesto a recuperar la cordura y a olvidarse de su insaciable apetito sexual que, últimamente, parecía consumirle más de la cuenta.

Tras la larga noche en vela, subió por la empinada escalera de tarima para ver cómo estaba Elsa. Dormía plácidamente sobre la cama estilo colonial, ajena al frío exterior. La manta, a la altura de la cintura, dejaba la espalda al descubierto, lo que le provocó una inmediata erección.

Era preciosa. Se percató de cuán diferente serían las cosas si ella no fuese hija de la sospechosa y, él, el culpable de aquel desenlace. Se concentró en ella. Se la veía serena, con el rostro relajado y la melena rubia cayéndole sobre el hombro en forma de cascada. Esa mujer era pura contradicción; en ocasiones apasionada, y otras, fría como un iceberg.

Se acercó con sigilo y deslizó la manta hacia arriba, cubriéndole hasta el cuello. Elsa abrió los ojos de golpe ante aquel contacto y observó al hombre que estaba sentado junto a ella, al borde de la cama, contemplándola con dulzura.

—¿Una mala noche? —preguntó, intuyendo por su aspecto cansado que se había pasado la mitad de la misma deambulando por aquella casa que a ella tanto le entusiasmaba.

—Algo así. Sufro de insomnio —afirmó él.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve. Será mejor que nos demos prisa, en una hora viene la asistenta. ¿Qué te parece si desayunamos? Estoy hambriento. Anoche te pusiste muy exigente y casi logras acabar conmigo.

—Me parece que harían falta algo más que dos horas de sexo desenfrenado para acabar contigo —le provocó, incorporándose de la cama, completamente desnuda.

Como si se tratara de una pareja de recién casados, Elsa se puso de puntillas y le besó en la boca mientras oteaba el horizonte en busca de su ropa. Recordaba vagamente haberla perdido de camino al dormitorio. Finalmente, la localizó doblada sobre una butaca, junto a la ventana del dormitorio. Ya disponía de un nuevo dato acerca de Mario: era ordenado y atento. A ella también le gustaba el orden.

Los ojos de él, con las pupilas más grandes de lo normal, la examinaban con deseo. También eso le gustaba; desear y ser correspondida.

Mario tragó saliva con dificultad, tratando de sincronizar la respiración a los latidos del corazón. Si no fuera porque el tiempo se le echaba encima, le haría el amor durante otro par de horas. ¿Lograría saciarse de ella algún día?

Se había propuesto no enredarse con ninguna mujer. Se limitaba a practicar sexo, dejando su corazón resguardado de cualquier sufrimiento; ya se lo habían roto una vez y no dejaría que aquello volviera a suceder. Pero esa premisa se rompió cuando conoció a Elsa allá en Nueva York. Le gustó desde el principio y ahora sus emociones estaban al borde del precipicio.

—Tengo café y tostadas —dijo, sacudiendo aquellos pensamientos de su mente, encendida por el deseo.

—Eso sería perfecto —convino ella, dedicándole una sonrisa arrebatadora; de esas difícil de olvidar.

Si se había propuesto atormentarle, lo estaba consiguiendo. Verla haciendo una tarea tan cotidiana como vestirse era peor de lo que esperaba. Se lo había visto hacer cientos de veces a Carolina y, sin embargo, nunca se había sentido tan estúpido e indefenso. Estaba completamente fascinado. No podía dejar de mirarla mientras ella introducía sus moldeadas piernas en los pantalones. ¡Aquello era un espectáculo digno de cualquier hombre! Pero él era el afortunado.

Al percibir la mirada ardiente de Mario, Elsa se sintió la mujer más sexy del mundo. Deslizó un brazo por la manga y acabó de colocarse la gruesa chaqueta de lana. Él avanzó hacia ella, con los inmensos ojos verdes posados sobre su rostro, imperturbable. De la forma más natural posible, introdujo el brazo por detrás de su cuello y le sacó la melena de dentro de la chaqueta.

—Estás preciosa por las mañanas.

—Si quieres, puedo deshacerme de la ropa en menos de cinco segundos —se burló ella, poniendo a prueba su autocontrol.

—Nada me gustaría más, pero la asistente está a punto de llegar y debo ocuparme de unos asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Nada de tu incumbencia, inspectora.

Ella mejor que nadie conocía el lenguaje corporal y no le pasó desapercibida la repentina tensión que se dibujó en el rostro de Mario. Con los hombros agarrotados, parecía haberse puesto en alerta ante aquel escueto interrogatorio.

Se prometió que en cuanto llegase a casa llamaría a Ana y le facilitaría los datos personales de Mario. Su amiga tenía acceso a la base de datos de la Policía. Algo encontraría; alguna pista que le abriera los ojos respecto a los «asuntos» de aquel misterioso pretendiente, que estaba empezando a gustarle demasiado.

Además, había tomado una decisión: mientras mamá estuviera inculpada por el asesinato de Alfredo, no la abandonaría. Pediría la incorporación inmediata al gabinete, recuperaría su trabajo y renunciaría al máster. Al fin y al cabo, nada había más importante que la familia. ¡Nada!

Martes, 21 de diciembre de 2010 – 9,45 horas.

Cuando Elsa cruzó la puerta de casa, se alegró de ver a toda su familia sentada alrededor de la mesa de la cocina, disfrutando de un energético desayuno.

—Buenos días —saludó, dando a cada una de las allí presentes un sonoro beso en la mejilla—. ¿Qué tal estás hoy, mamá? ¿Has descansado?

—En cuanto te vi escabullirte dentro de casa de Mario, me acosté y he dormido como un lirón. —Ella sintió cómo sus mejillas se teñían de rojo.

—Pero, criatura, ¿desde cuándo te avergüenza mostrar tus sentimientos?
—exclamó Teresa, divertida por la inusual reacción de su nieta.

—Desde que no hacéis otra cosa que atosigarme. La verdad, no sé cómo he podido soportar vuestro acoso todos estos años —protestó con escasa convicción.

—Tal vez porque tus otras parejas no te importaban ni una cuarta parte de lo que te importa Mario —terció Cristina, provocándola.

—Por Dios, no puedo creerlo. Voy a darme una ducha —protestó, furiosa. Jamás había conocido una familia tan entrometida.

—Huye si quieres pero, antes o después, tendrás que desembuchar —rompió a reír Cristina al verla tan alterada—. Por la forma en que os devorabais fuera, frente a la puerta, dentro debió de haber fuegos artificiales.

—Increíble. ¿Qué fue de la discreción? —susurró Elsa, sofocada.

Estaba claro que había dado en el clavo, pensó Cristina. La muchacha estaba loca por Mario, aunque no quisiera reconocerlo abiertamente. Hugo le había hecho daño y ahora protegía su corazón con todos los medios a su alcance.

Sólo Teresa percibió cómo el temor se adueñaba de los ojos de su nieta; unos ojos que en décimas de segundos pasaron de la ilusión a la desesperación, del brillo al desasosiego, dando paso al más absoluto pavor. Era evidente que la acusación de asesinato que pendía sobre Ángela les preocupaba a todas, pero había algo más, algo que Elsa se empeñaba en tapar y que a ella no podía ocultarle.

Siempre habían contado con una conexión mental especial, una tan fuerte que sólo la muerte podría romper. Y esta vez no era una excepción: algo estaba atormentando a su nieta y no iba a parar hasta descubrirlo.

Martes, 21 de diciembre de 2010 – 9,55 horas.

Elsa subió disparada a su habitación, sintiendo los cansados y envejecidos ojos de su abuela clavados en los suyos. ¿Podría engañarla esta vez? ¿Cómo haría para ocultarle el recelo hacia el hombre con el que le gustaría compartir el resto de su vida?

Ella era como un libro abierto. Transparente. Al menos para su abuela. ¡Ni una sola vez había logrado salir indemne, si la inagotable curiosidad de

Teresa encendía los motores! ¿Cómo iba a hacerlo en esta ocasión, cuando sus nervios estaban a flor de piel?

Sólo cuando las manos de Mario recorrían su cuerpo era capaz de dejarse llevar, olvidando todos sus temores. Sólo cuando su lengua se entrelazaba con la de él, se obligaba a silenciar el impulso de salir corriendo y huir. Sólo cuando él le hacía el amor, su mente se nublaba por completo, concentrada exclusivamente en Mario y en el penetrante calor que la quemaba por dentro.

Se desvistió sin prisas y se introdujo en la ducha. Giró el grifo, regulando la temperatura a su gusto, y dejó que las gotas de agua le cayeran por encima durante cinco largos minutos, intentando abstraerse del mundo; un mundo que últimamente se asemejaba bastante a la paleta de un pintor, dónde cada color simbolizaba su estado de ánimo: el rojo, la pasión; el verde, la esperanza; el negro, el terror.

Sí, sentía terror; terror de perder a su madre y no poder hacer nada por ayudarla.

Terror por enamorarse del hombre equivocado.

Terror por caer de nuevo en el agujero negro en el que se convirtió su vida tras la muerte de su padre.

Después de ese breve momento de reflexión, optó por no seguir divagando y se puso manos a la obra. Escogió un cómodo pantalón y un grueso jersey de lana de cuello vuelto y se asomó a la ventana con la intención de disfrutar, pese al gélido día.

Pero aquel conato de evasión duró un segundo. Un monovolumen negro aparcado junto a la entrada de la casa de Mario llamó poderosamente su atención. ¿Qué clase de asistenta acudía a trabajar en coche? ¿Si su poder adquisitivo alcanzaba para un artículo de primera clase, qué puñetas hacía esa mujer limpiando casas? Poniendo todas sus alertas en funcionamiento, tomó el teléfono móvil y marcó el número de su mejor amiga.

—¿Elsa? ¡Qué alegría escucharte! ¿Cómo andan las cosas por casa?

—Bueno, mamá finge una tranquilidad que no tiene. Está como un flan. Es normal, claro. Todavía está todo muy reciente.

—Se recuperará. Ella es fuerte.

—Supongo que necesita descansar. La verdad es que todo el mundo se ha

volcado por ayudarla, mostrándole su apoyo. Ahora que está de vuelta en casa, todo irá mucho mejor.

—Seguro que sí. Sois una familia muy unida. Me alegra oírte tan animada.

—Oye, Ana, necesito que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor? Sabes que tengo prohibido acercarme a nada que tenga que ver con el caso.

—¿Fernando te ha retirado del caso?

—Elsa, es normal. Y no me ha retirado, simplemente ha optado por no incluirme en el equipo. Somos amigas y él sólo intenta mantener este tema bajo control, lejos de los medios y los curiosos.

—Como yo, ¿no? —exclamó, indignada.

—Te conoce demasiado bien. Sabe que no te quedarás de brazos cruzados mientras tu madre sea la inculpada.

—Eso es cierto —susurró—. Aunque, en realidad, sólo necesito que investigues a una persona, Mario Torres Salazar.

—¿Y quién se supone que es ese tipo?

—Es una larga historia. ¿Qué te parece si quedamos a tomar un café cuando tengas la información y te lo cuento?

—¿Por qué tanto misterio?

—Tú consíguela y yo te daré todos los detalles, incluso los más escabrosos.

—Muy graciosa.

—En serio, Ana, necesito tu ayuda —suplicó.

—De acuerdo —aceptó la Guardia Civil, dándose por vencida. Al fin y al cabo, utilizar la base de datos no era un delito ni iba contra las normas—. Intentaré tenerla cuanto antes.

—Ah, una última cosa, ¿puedes decirme a quién pertenece este coche? La matrícula es...

Martes, 21 de diciembre de 2010 – 14,00 horas.

Elsa se pasó buena parte de la mañana enganchada al ordenador portátil, navegando por la red, con la intención de recabar datos acerca de Mario, pero la búsqueda resultó ser infructuosa. Sólo pudo confirmar alguna conexión

entre vinos y su apellido, pero nada sólido.

Cansada de perseguir lo que parecía ser un imposible, se dirigió a la cocina, donde su madre se afanaba en preparar la comida. Ésta, al verla, apoyó la cuchara de madera que sostenía con la mano izquierda sobre un plato y la escrutó con la mirada, amenazante, mientras se cruzaba de brazos en clara señal de disgusto.

—Huele de maravilla —declaró ella, levantando la tapa de la olla y metiendo la nariz encima de la misma, haciendo caso omiso a su provocación—. ¡Cocido!

Su madre le arrebató la tapa y se encaró a ella, harta de su actitud huidiza.

—¿Vas a contármelo de una vez?

—¿El qué? —respondió la joven, pringando el dedo en las natillas recién preparadas.

—No te hagas la tonta conmigo. Sabes perfectamente que estoy hablando de lo tuyo con Mario.

Ella dudó antes de responder.

—¿Y qué se supone que es «lo mío con Mario»?

—Pero a ti, ¿qué te pasa? Anoche vi cómo os besabais como posesos. ¿Tan difícil es admitir que ese hombre te gusta?

—¡Me gusta, sí! Pero, mamá, no quiero que te hagas ilusiones. Puedo entender que te guste; es un hombre encantador, educado, divertido...

Ángela frunció el ceño, a la espera de la inevitable bofetada que, sin duda, seguiría a esas dulces palabras. Sabía cuán recelosa estaba su hija de mantener una relación y que, con toda seguridad, haría lo imposible por estropear lo que fuera que hubiera surgido entre ellos. Aunque, a decir verdad, hasta ahora todo había ido a las mil maravillas. Nunca imaginó que lo suyo sería un auténtico flechazo. Ahora sólo cabía esperar y confiar en que su hija no lo tirase todo por la borda. Tenía un don para acabar con las relaciones.

—Elsa, yo sólo quiero lo mejor para ti.

—Ya. Y ése es, precisamente, el problema —dijo su hija, sujetándole el rostro con cariño y dándole un beso en la mejilla—. Todavía no sé si Mario es lo mejor para mí. Apenas nos conocemos.

Pese a la intimidad de la que habían disfrutado, Elsa no podía evitar desconfiar de él. ¿Quién era Mario en realidad? No dejaba de inquietarle la estrecha relación que aquel desconocido había alcanzado con su familia en tan pocos meses.

Sacudió la cabeza, intentando deshacerse de aquellos malos pensamientos, y tratando de concentrarse sólo en el hombre. Era extraordinario, debía reconocerlo.

—Estoy segura... —comenzó a decir su madre.

—Ah, ah... no empieces —la frenó de inmediato—. No pienso dejar que te entrometas. Mamá, sabes que te quiero con locura, pero te quiero lejos de todo aquello que tenga que ver con mi vida sentimental. Y es mi última palabra.

—Nena, eres intratable. Odio cuando te pones a la defensiva.

—Es curioso. Yo podría decir lo mismo de ti.

—Vaya, mis dos chicas preferidas reunidas en perfecta armonía —apuntó Teresa, arrastrando su silla de ruedas directamente hacia ellas e intuyendo el tema de conversación—. Es majó ese chico, ¿eh?

—Por amor de Dios, ¡queréis dejarlo ya! Sólo me he acostado con él. Eso es todo.

—¡Guau! Veo que me estoy perdiendo lo más interesante —la voz de Cristina resonó al fondo del pasillo.

—¡Y he de confesar que es magnífico en la cama! —exclamó de pronto, dejándose llevar por la euforia de todas ellas, que rompieron a reír.

—Ahora empezamos a entendernos —dijo su madre—. Bienvenida de nuevo al apasionante mundo del sexo.

—Caray, mamá, cualquiera diría que te pasas el día...

—No, hija, qué más quisiera yo. Pero admito que no me importaría hacerlo más a menudo si encontrase a alguien igual de atractivo que Mario. Por cierto, Cristina, ¿qué tal te fue la cita de anoche? No has soltado prenda.

Cristina había salido a cenar con un hombre al que hacía años que no veía; un antiguo conocido. Se lo había encontrado por casualidad en un centro comercial mientras hacía las compras de Navidad y después de tomarse un café juntos, se intercambiaron los teléfonos.

Lo cierto es que su llamada invitándole a cenar la dejó helada porque, francamente, nunca pensó que volvería a saber de él. ¡Demasiados años sin verse y pocos puntos en común! Santiago era un hombre culto e instruido. Trabajaba como catedrático de economía en alguna universidad privada cuyo nombre no recordaba y ella era una mujer sencilla.

Aunque, a decir verdad, tampoco es que ella fuese una inculta. Estaba acostumbrada a moverse en círculos cuyo poder adquisitivo superaba la media nacional con creces y cuyo nivel cultural era elevado. Sin embargo, no podía presumir de tener una carrera universitaria ni una jugosa cuenta bancaria.

Cuando, al fin, ella se decidió a hablar después de un intencionado mutismo, todas la miraron entusiasmadas.

—Bueno, no podría decirse que fue tan extraordinaria como la de Elsa, con sexo incluido, pero no me quejo. Lo pasé sorprendentemente bien con Santiago. Es un hombre encantador.

—Eso promete —bromeó Teresa, a quién le encantaría ver felizmente casada a Cristina. Su vida no había sido precisamente un camino de rosas y ya era hora de compensar tantas desgracias.

Teresa pensó que Cristina era una mujer que, si bien no destacaba por su belleza —era lo que muchos hombres y mujeres calificarían de «corriente»: altura media, ojos marrones, melena castaña y ondulada hasta los hombros—, sí lo hacía por su ingeniosa conversación. Contaba con una gracia natural al hablar que la convertía en una compañía asombrosamente entretenida y, además, como era una lectora empedernida, había logrado un amplio bagaje cultural, lo cual le permitía conversar sobre casi cualquier tema.

Martes, 21 de diciembre de 2010 – 17,15 horas.

Después de una comida familiar de lo más inusual —el sexo ocupó gran parte de la tertulia— y aprovechando que todas se fueron a dormir la siesta, Elsa se puso una gabardina y unas botas katiuskas, echó mano del paraguas y anduvo hasta el gabinete donde trabajaba antes de partir hacia Nueva York. No estaba lejos de casa y aparcar en el centro del pueblo era misión imposible.

—¡Elsa! Qué alegría verte —exclamó Lola, sentada frente al escritorio de

su despacho, al verla asomar la cabeza por la puerta. Se incorporó de golpe y le dio un fuerte achuchón—. Pero pasa y siéntate. Tenemos tiempo. No espero a nadie hasta las seis.

—Lo sé, Sonia me ha hecho un extenso resumen de tu agenda de esta tarde. —Se rio—. Sigue sin poder mantener el pico cerrado.

Sonia era la recepcionista del gabinete y tenía un serio problema de incontinencia verbal; hablaba y hablaba sin parar, sin apenas darse cuenta.

—Vamos a tener que hacer algo con esta chica; cualquier día nos va a meter en un lío. Pero cuéntame, ¿cómo van las cosas? Estamos todos impactados con lo de tu madre.

—Ya.

Con ella sobran las palabras. Se conocían demasiado bien. Lola era la propietaria del gabinete y, antaño, la psicóloga que la trató al fallecer su padre.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—En realidad, no. He venido por otro asunto.

—¿Y bien?

—Quiero volver al trabajo.

La expresión de la terapeuta permaneció inalterable y Elsa no fue capaz de adivinar si aquella inesperada revelación le había sorprendido o no.

—Creía que estabas contenta con el máster —dijo al fin, sin inmutarse.

—Y lo estoy. Pero las circunstancias han cambiado. No puedo irme y dejar a mamá en medio de este embrollo.

—Pero el juicio puede tardar meses. Es muy probable que puedas terminar el curso sin que las cosas hayan avanzado demasiado. Tú mejor que nadie sabes lo lenta que es la justicia.

—Lo sé, pero no se trata de eso. Necesito estar a su lado, apoyarla y descubrir quién está tratando de incriminarla.

—Elsa, desconozco hasta qué punto está involucrada tu madre pero, en cualquier caso, eso es tarea de la policía.

—Eso también lo sé, pero no puedo quedarme esperando de brazos cruzados. Lola, mamá no es una asesina.

Lola la miró directamente a los ojos y la joven desvió la mirada al suelo.

—No sé por qué sospecho que hay algo más, ¿verdad? —dijo Lola.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó Elsa, molesta por su perspicacia.

—Por el amor de Dios, has sido paciente mía, ¿lo recuerdas? Nos conocemos desde hace más de trece años. Creo que es tiempo suficiente para llegar a saber cuándo te ocurre algo y, además, siento decirte que eres como un libro abierto. No podrías engañar a una mosca.

—Yo más bien diría que tú eres una profesional como la copa de un pino.

—Bueno, no es para tanto, digamos que tu tic nervioso te delata. —La joven no dejaba de hacer pequeños tirabuzones con el dedo—. Elsa, sabes que puedes volver al trabajo cuando quieras, tu ayuda aquí es inestimable. Lo cierto es que Guillermo y yo estamos saturados, no damos a basto. La consulta está a tope y eres más que bienvenida. Pero, por favor, piénsalo bien.

Guillermo era el socio de Lola. Además de ejercer de psiquiatra, llevaba la contabilidad del negocio.

—Ya lo he pensado. Esta misma tarde redactaré un correo electrónico al coordinador del máster renunciando a mi plaza. Si no tienes inconveniente, podría empezar en unos días.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? En Nueva York no volverán a admitirte. Hicieron falta muchas llamadas de teléfono de un sinfín de colegas del gremio para que fueras una de las elegidas; tienen cientos de solicitudes y sólo aceptan a los mejores. Si renuncias a tu plaza, olvídate de una nueva oportunidad.

—Lo sé, pero está decidido.

—Bien, sólo quería cerciorarme de que lo tenías claro. Y ahora, ¿quieres contarme qué te ocurre? Presiento que hay algo más.

—He conocido a alguien —confesó sin tapujos, consciente de que era inútil intentar ocultarle por más tiempo sus sentimientos.

—Eso es fantástico.

—No lo es, créeme. Lola, me he enamorado del hombre equivocado, para variar. Me encuentro en una posición muy difícil.

—¡Vale! ¡Alto ahí! Empieza desde el principio porque no te sigo.

Ella hizo lo que la terapeuta le pidió. Le contó, paso a paso, su estrambótica historia de amor.

—¿Y si es el asesino de Alfredo?

—Elsa, te conozco lo suficiente como para saber que si de verdad pensaras que es un asesino, no te habrías acostado con él. Lo cual nos lleva directamente al siguiente punto: ¿no será que lo que realmente te asusta es enamorarte y sufrir una nueva decepción?

—Pero ¿por qué os empeñáis todos en psicoanalizarme?

—¿Todos?

—Mi madre, sin ir más lejos. Si pudiera, me llevaría a rastras al altar y me obligaría a casarme con cualquier descerebrado.

—Tu madre sólo desea tu felicidad. Y si de verdad te preocupa que Mario sea el asesino de Alfredo, deberías recurrir a Fernando.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.

—Pues adelante. Aclara tus dudas y, si él merece la pena, no le dejes escapar.

—Dicho así parece tan sencillo...

—La vida es mucho más sencilla de lo que nos empeñamos en creer. Nosotros mismos nos la complicamos absurdamente. Pero, mientras tanto, ándate con ojo.

—Confío en tu discreción, Lola.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Lo sé. Y ahora dejemos de hablar de mí y cuéntame qué casos piensas asignarme. Estoy deseando empezar.

Aquel entusiasmo no era en absoluto fingido. Pese a la difícil tarea de abandonar el sueño de convertirse en una experta psicóloga criminalista, la idea de regresar a su hogar y retomar un trabajo que adoraba, le llenaba de satisfacción.

No había sido una decisión fácil de tomar pero, por encima de todo, estaba la familia, su familia, y si tenía algo claro en estos momentos, era que su madre se merecía su renuncia y mucho más. Lo más grande que tenía era ella y no pensaba abandonarla por un sueño, por muy hermoso que éste fuera. Iba a permanecer allí, a su lado, aunque ello le supusiera una buena reprimenda. Porque de eso también estaba segura, Ángela iba a ponerse muy furiosa al conocer aquella noticia.

Martes, 21 de diciembre de 2010 – 20,00 horas.

Elsa regresó a casa sobre las ocho, muerta de hambre y empapada hasta los huesos. Fuera seguía diluviando hasta el punto de que comenzaban a formarse inmensos charcos por doquier y un reguero de agua corría a gran velocidad por la calle donde vivía. Ni el paraguas ni la gabardina habían conseguido protegerla del chaparrón.

En el pueblo no se recordaba una tormenta de aquellas dimensiones, con desprendimientos de tierra incluidos debido a la gran cantidad de litros de agua caídos por metro cuadrado.

Temblando de frío, subió al dormitorio y se cambió de ropa. La tensión del día la había dejado agotada y sólo deseaba cenar algo sabroso, tumbarse en el sofá y coger un buen libro.

Dispuesta a satisfacer sus anhelos y con el estómago rugiendo de un modo salvaje, se encaminaba escaleras abajo cuando el móvil, cuidadosamente custodiado en el bolsillo del pantalón, sonó repetidas veces.

—¿Dígame?

—¿Cenamos? —La voz grave del otro lado del aparato se escuchaba poderosamente seductora.

—¿Mario?

—He preparado un delicioso cuscús con vegetales y he pensado que, tal vez, te gustaría acompañarme.

Ella se mantuvo en silencio, sopesando aquella proposición. La idea era tentadora, sobre todo si pensaba en lo que vendría después, pero quería pasar un rato a solas con mamá.

—No sé, pensaba quedarme en casa y... —Se interrumpió de golpe al ver a su madre haciendo aspavientos con los brazos, insinuándole claramente que aceptara lo que fuera que le estaban proponiendo. Resopló, harta de su acoso y derribo. Tal vez le iría bien salir de aquel entorno repleto de estrógenos—. De acuerdo. Me visto y voy para allá.

—Estupendo. Sólo una cosa más.

—¿Sí?

—No te molestes en ponerte demasiada ropa encima.

Ante la mirada curiosa de su madre, ella se ruborizó como una colegiala.

Dios, se sentía como una adolescente en plena pubertad.

—Hasta ahora, entonces —dijo, sintiendo un sofocante calor.

Martes, 21 de diciembre de 2010 – 21,45 horas.

Cuando Elsa cruzó la distancia entre su casa y la de Mario, no le hizo falta llamar. Su cita ya le esperaba con la puerta abierta.

Le quitó con urgencia el paraguas de las manos y la rodeó con ambos brazos, atrayéndola hacia él. Luego la besó en los labios como ningún otro hombre lo había hecho jamás. Era tanta la pasión y la ternura que desprendían sus besos, que hubiera querido congelar el tiempo para siempre.

—Me moría por verte, ladrona de mentes —se burló su anfitrión, sin soltarla.

—¿Es así como atrapas a todas tus conquistas, deslumbrándolas con un tórrido beso de bienvenida y luego deleitándolas con tu verborrea?

—¿Te parece que debería cambiar de estrategia?

—En absoluto. Creo que te proporcionará innumerables éxitos — continuó con la broma, apretándose contra él y besándole de nuevo.

—Tú eres mi mejor éxito —manifestó Mario, con una seriedad que rompió con la distensión del momento.

Ella se quedó muda ante aquella confidencia. Aturdida, se soltó rápidamente y se dirigió al salón.

—¿Siempre huyes cuando alguien intenta expresarte sus sentimientos?

—No, por supuesto que no. —Se detuvo—. Es que no es un buen momento para...

—Ya lo sé, te vas en tres semanas, no dejas de repetírmelo. —Ella entornó los ojos al adivinar su tono hostil. No era cierto que fuera a marcharse, pero por el momento prefería mantener aquel detalle en secreto—. Elsa, me gustas. No sé qué pasará dentro de tres semanas pero ¿podríamos, al menos, disfrutar de estos días juntos?

—No sé. Es todo tan precipitado. Y no podría haber sucedido en peor momento.

La complicidad de los primeros minutos había sido sustituida por la tirantez, abriendo una brecha entre ellos.

—¿Lo hablamos cenando? Estoy famélico —preguntó Mario con una

sonrisa, consiguiendo disipar parte de aquella tensión.

—Claro, yo también estoy hambrienta. Adoro el cuscús. —La armonía parecía instalarse de nuevo.

—Vaya, y yo que pensaba que habías venido por mi cuerpo.

Entonces, combatiendo todos sus temores, ella dio un paso al frente y le acarició la mejilla con suavidad.

—Conseguirás poner mi mundo patas arriba —murmuró, embargada por infinitas sensaciones.

—Tú ya has puesto el mío completamente del revés —respondió él, visiblemente satisfecho de haber logrado abrir una fisura en aquella coraza invisible de la que ella se había investido.

La cena fue distendida. Mario abrió una botella de vino tinto que se bebieron entre los dos, lo cual ayudó a relajar el ambiente, y eludió tocar algunos temas escabrosos, como su recién inaugurada «relación» y la acusación de asesinato abierta contra su madre.

Sentía que tenían una complicidad especial y cada vez estaba más convencido de haber encontrado de nuevo el amor, pese a que las circunstancias no podían ser menos propicias.

Con las mejillas sonrosadas por el calor de la lumbre y una boca sensual que parecían gritar «cómeme», vio cómo Elsa se llevaba la copa a los labios y se preguntó si no debería huir de ella ahora que todavía estaba a tiempo. ¿O ya no lo estaba? Aquella relación estaba abocada al fracaso y, mucho se temía, iba a hacerle sufrir lo indecible.

«Quizá si confesara ahora...», pensó, completamente descolocado por la magnitud de sus sentimientos. Pero aquello era del todo imposible. Había hecho un juramento y si lo rompía, jamás se lo perdonaría.

Invadido por un conjunto de emociones dispares, cogió a Elsa de la mano y la empujó ligeramente hacia él. Los ojos de ambos coincidieron y la pasión se disparó.

—Dios, cómo te deseo.

Mientras la besaba, la arrastró hacia una alfombra de lana situada junto a la chimenea, encendida. La tumbó con suavidad sobre ella y ambos apoyaron la cabeza en unos esponjosos cojines, providencialmente colocados allí.

Sus bocas, unidas y sedientas, hacían verdaderos esfuerzos por no devorarse. Elsa ya estaba fuera de sí, inmersa en aquella vorágine de deseo incontrolable.

Él deslizó una pierna sobre su cadera, atrapándola, mientras se esmeraba en levantarle el suéter para alcanzar sus pechos. Y ella, ansiosa por ser tocada, se quitó el jersey de golpe, quedándose desnuda de cintura para arriba, salvo por el sujetador negro de encaje.

Mario la contempló durante unos segundos y luego le bajó uno de los tirantes y la besó en el cuello, haciéndole suspirar de placer. Cuando consiguió deshacerse del sujetador, buscó con la boca uno de sus pechos, saboreándolo y succionándolo, hasta hacerla gemir.

Elsa creyó que no podría aguantar mucho más. Le quería dentro de ella, quería sentir el peso de su cuerpo, notar el contacto de su piel... Lo quería absolutamente todo de él. Deseaba con fervor evadirse de los problemas y las dudas constantes que le atormentaban y concentrarse sólo en el placer de hacer el amor.

Excitada, se revolvió hasta conseguir zafarse de sus manos omnipresentes y entonces comenzó a desvestirle con excesiva urgencia. Primero le quitó el jersey gris, luego la camiseta de algodón y, sin darle un respiro, le desabrochó el pantalón, sintiendo la curvatura excitada de su pene.

—Eh, calma —Mario le sujetó la mano, divertido—. Tranquila.

—Tú empezaste esto, no me pidas ahora que pare —respondió ella, con las mejillas arreboladas.

—Cariño, aunque quisiera, no podría parar. Sólo te pido que no vayas tan deprisa. Disfruta del momento. ¿Eres siempre tan impetuosa? —le preguntó de forma retórica, acariciándole el cabello.

—Siempre. Y más aún cuando hace algún tiempo que tengo aparcado este... entretenimiento —confesó sin ningún pudor—. Tú tienes la culpa de haber despertado a la bestia.

—Entonces tendré que pagar mi penitencia —bromeó, mientras volvía a besarla.

La llama se encendió de nuevo. Ella sentía una leve palpitación entre sus muslos y supo que estaba tan húmeda que podría hacer el amor durante horas.

—Mario... —le suplicó en un susurro.

Éste le bajó el pantalón, poco a poco, mientras recorría su cuerpo de arriba abajo con la lengua, haciéndola gozar con cada contacto. Finalmente se detuvo en su sexo. Cuando sintió su boca inspeccionando cada rincón de su intimidad, quiso morir allí mismo; una muerte lenta y placentera. Arqueó su espalda, invitándole a continuar. Cada jadeo era más largo que el anterior hasta que, por fin, estalló, dejándose arrastrar hacia el Paraíso.

Se tomó unos minutos para recuperar el aliento y luego, impaciente, despojó a Mario del resto de la ropa. Esta vez él se dejó llevar. Ella aferró con la mano su miembro, tieso e hinchado, y fue haciendo movimientos lentos mientras escuchaba su respiración agitada y entrecortada.

—Hazme el amor, ¿quieres? —le instigó al oído, provocativa.

—Será un placer —respondió él, mientras buscaba algo en el bolsillo de su pantalón.

Cuando, con la ayuda de Elsa, tuvo el preservativo bien colocado, la penetró con una suavidad asombrosa, sin prisa, disfrutando de cada centímetro de aquella inmersión.

La embistió, poco a poco, subiendo la potencia y la velocidad a cada momento. El vigor con el que empujaba les iba acercando más al clímax, obligándoles a acelerar el ritmo. El movimiento de sus caderas parecía acoplarse a la perfección.

—No pares —rogó Mario, a punto de explotar.

—No pensaba hacerlo.

Cuando ella comenzó a gemir de placer, disfrutando cada segundo de aquel asombroso orgasmo, Mario se dejó ir, derramando su semen y acompañando esa explosión con sacudidas de su cuerpo. Nunca antes había sentido un clímax tan intenso.

—Dios, ha sido increíble —dijo él, todavía sin aliento.

—Vaya, me alegra haber contribuido —repuso ella en tono jocosos, respirando con dificultad—. La verdad es que ha sido fabuloso. Ahora entiendo por qué echaba de menos el sexo.

Mario la besó y la atrajo hacia él, envolviéndola con los brazos. Al sentir que el cuerpo de ella se iba enfriando, alargó el brazo hacia un cesto de

mimbre y cogió una manta, cubriéndola con dulzura.

—Estás helada. Será mejor que te vistas.

—No pienses que esto se acaba aquí. Voy a aprovecharme de ti unas cuantas veces más esta noche. No sabes lo que has hecho abriendo la caja de Pandora.

Él rio ante aquella declaración de intenciones.

—Me parece perfecto pero, entonces, deberíamos subir a la habitación o acabaremos con los riñones destrozados y cogiendo una buena pulmonía.

Se envolvieron en la manta y subieron a la primera planta. Mario la condujo hacia el dormitorio entre besos y arrumacos y ella, sin perder un minuto, se introdujo en la cama, confiando en entrar pronto en calor, mientras que él hacía una breve parada en el cuarto de baño.

—Todavía me pregunto cómo demonios has acabado siendo el vecino de mi madre —reflexionó ella, minutos más tarde, con la cabeza apoyada en el pecho de Mario.

Él permaneció en silencio.

—¿Mario?

—Perdona, estaba distraído. ¿Qué decías?

—Digo que es curioso cómo el destino, como tú le llamas, nos ha unido de nuevo.

—Supongo —respondió él, con ninguna convicción.

Tenía el presentimiento de que Mario se encontraba incómodo. Quizá era de los hombres que, después de practicar sexo, sólo deseaban desaparecer. Ahora, a diferencia del resto de la velada, estaba excesivamente silencioso e, incluso, hermético.

—Mario, si quieres, puedo irme...

—¿Irte? No, ¿por qué habría de querer que te fueras?

—No sé. Pareces tan lejos de aquí. Si te preocupa que mañana te exija un compromiso, no tienes de qué...

Él se desternilló de risa y ella, furiosa, le golpeó el pecho.

—Pero, ¿qué demonios te ha hecho pensar que estoy preocupado por eso?

—Estás como... ausente.

—Lo siento, por un momento se me ha ido la cabeza hacia otros asuntos

—mintió.

Sí, demonios, claro que Mario estaba preocupado. El remordimiento por su engaño le estaba consumiendo. Cuando ella descubriera que no era quien decía ser, volcaría toda su ira contra él. Lo cierto es que se había lanzado al vacío iniciando esta aventura, pero el deseo se había impuesto al sentido común. Y estaba seguro de que pagaría las consecuencias de aquella imprudencia. Aunque, sin duda, habría valido la pena.

Elsa le había cautivado desde el principio. Su físico no estaba mal pero, lo que realmente llamaba la atención, era la extrema seguridad que transmitía, con una fortaleza en la voz que dejaba sin argumentos al más convincente. Y, sin embargo, ahora sabía que aquello era pura fachada. En el fondo, era temerosa y desconfiada, tendiendo a analizar cada aspecto insignificante de su vida y de su entorno. Amaba a su familia por encima de todas las cosas, eso saltaba a la vista, y obviamente la amistad jugaba un papel importante en su escala de valores. Podría decirse que Elsa era leal y entregada, por lo que no era difícil imaginar que la traición y el engaño no encajarían en su perfil. Definitivamente, su relación estaba sentenciada a muerte incluso antes de empezar, pero no podía darse por vencido. Todavía no.

—Vuelves a estar distraído.

—Entonces te recomiendo que hagas algo para mantener mi atención — bromeó en tono seductor.

Elsa le dedicó la mejor de sus sonrisas y él sintió cómo el deseo le recorría de nuevo todo el cuerpo.

Hicieron el amor un par de veces más y en cada ocasión la pasión fue en aumento, hasta que finalmente sucumbieron al cansancio, quedándose profundamente dormidos.

Capítulo 7

San Lorenzo de El Escorial.

Miércoles, 22 de diciembre de 2010 – 4,00 horas.

Elsa abrió los ojos de golpe y observó a Mario, sumido en un profundo sueño. Esta vez el insomnio parecía haberle dado tregua.

Se deslizó de la cama y comenzó a vestirse entre tinieblas.

—Pero, ¿adónde vas a estas horas? —La voz grave de su amante sonó aletargada en la oscuridad.

—A casa.

Mario se giró hacia la mesilla y miró la hora en el reloj despertador.

—¿A las cuatro de la mañana? Vuelve a la cama. Tenía pensado despertarte con...

—No me tienes —le interrumpió—. En serio, Mario, tengo que irme.

Él se incorporó de la cama, todavía semidormido.

—Si es por tu madre, puedes llamarla por la mañana.

—Precisamente eso es lo que intento evitar.

—Por el amor de Dios, Elsa, tienes más de treinta años. No creo que vaya a escandalizarse porque pases la noche con un hombre.

—Dos noches y eso, en su mundo particular, significa noviazgo. No quiero confundirla... ni confundirte a ti.

—Vamos, mujer, quédate —insistió, sin entrar al trapo.

Mario no deseaba embarcarse en una absurda discusión acerca de la

relación que mantenían y, menos aún, a las cuatro de la mañana. A esas horas no contaba con todos sus recursos y ella le machacaría. Además, ¿para qué estropear una hermosa noche? Dejaría aquello para otra ocasión.

—Lo siento, no pienso darle pie a que me someta a uno de sus arduos interrogatorios. Odio como intenta manejar mi vida sentimental.

—Supongo que no vas a cambiar de opinión.

Ella meneó la cabeza, a la vez que se ataba el cordón de los zapatos.

—Además, mañana quiero pasar por el gabinete. En unos días, vuelvo al trabajo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué trabajo? —Aquel anuncio acabó por despertarle del todo.

—Al mío, al de psicóloga.

—Pero yo creía que...

—Mario, no voy a volver a Nueva York; no, estando mamá inculpada por asesinato.

Todavía perplejo ante aquella revelación, se acercó a ella y le levantó la barbilla, mirándola fijamente a unos ojos que parecían rogarle que no continuara con ese tema. Pero él hizo caso omiso a sus advertencias.

—Pero tenía entendido que ese máster era tu sueño —balbuceó, sin saber qué más añadir.

—Está decidido —apuntó Elsa, de manera escueta, sin entrar en más detalle.

—Espera, te acompañaré a casa —dijo él, esta vez respetando sus deseos. Era inútil intentar sacar información a una calavera.

—¡Ni hablar! Estoy a dos pasos y continúa lloviendo a cántaros.

—Si crees que después de lo que ha pasado con Alfredo voy a dejar que vayas sola por ahí, estás loca.

—Vaya, cuánta caballerosidad —le tomó el pelo.

Cuando llegaron a casa, Elsa abrió la puerta sigilosamente y se despidió con un tierno beso en los labios.

—Hasta mañana —le dijo, dándole la espalda con la intención de marcharse.

Pero él tiró de ella y la abrazó, mientras sus bocas se fundían ferozmente.

—Basta ya. Van a escucharnos —susurró ella, entre risas.

—Sabes, si fuera paciente tuyo creo que me enamoraría locamente de mi terapeuta.

—No digas tonterías. Definitivamente, estás loco.

—Me gustaría que me acompañaras mañana a un sitio. ¿Crees que podrás arreglarlo?

—Supongo que sí —respondió, muerta de curiosidad.

El gabinete podía pasar sin ella algún día más y su madre se enfadaría si se quedaba más de dos horas seguidas a su lado.

—Bien, saldremos a las diez. Estaremos todo el día fuera.

—¿Y se puede saber adónde vamos?

—Me temo que tendrás que esperar a mañana.

—De acuerdo. Hasta mañana, entonces —dijo, intentando mostrar indiferencia, cuando la realidad era que estaba entusiasmada con aquella proposición.

—Ven aquí. —La atrapó por la cintura y volvió a besarla.

—Será mejor que durmamos un poco.

—Está bien —se resignó, dejándola ir.

Nunca imaginó que volvería a sentir aquella absurda emoción ante la presencia de una mujer, pero Elsa le había atrapado por completo. Era decidida, transparente, sincera, sin complicaciones ni medias tintas... En definitiva, una buena persona. Alguien a quien, sin duda, podría amar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo, conmocionado ante la idea de volver a compartir su vida con alguien. Pero aquel sueño se esfumó de inmediato al recordar el papel que jugaba en aquella historia. Lo suyo, sencillamente, no podía salir bien.

Elsa subió lentamente las escaleras, peldaño a peldaño, intentando hacer el menor ruido posible.

—No te molestes, te he oído llegar —dijo Ángela desde el vestíbulo.

—Mamá, ¿qué haces despierta a estas horas? —preguntó, girándose hacia ella—. Son más de las cuatro.

—No podía dormir. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, no ha estado mal.

—Ha debido ser mucho más que eso. Mírate.

—No sé de qué me hablas.

—Nena, llevas el suéter del revés, las mejillas coloradas y, para tu información, conservo un oído muy fino. He escuchado con toda claridad cómo os besabais junto a la puerta.

«Maldición.»

—Oye, mamá, no es lo que parece.

—Déjate de tonterías y cuéntamelo todo —murmuró emocionada—. ¿Habéis pasado la noche juntos?

—¡Mamá! —exclamó, escandalizada. ¿Por qué su madre no podía ser como las demás madres? En la mayoría de las familias el sexo era un tema tabú y, sin embargo, en su casa todas se morían por conocer los detalles más morbosos—. ¡Ni lo sueñes! Esta vez no voy a contarte nada. Me voy a la cama.

—Vete, pero no creas que vas a librarte de ésta. Mañana...

—Mañana pensaba pasar el día fuera, mamá. ¿Estarás bien?

—Claro, cielo. Quiero que te diviertas. Pero te advierto que no vas a librarte de esta conversación.

—Si te cuesta dormir, podría hablar con Lola para que te recete unos tranquilizantes —dijo, cambiando radicalmente de tema. Deseaba hacerla hablar, que se desahogara.

—Estoy bien, cariño. Es sólo que no dejo de preguntarme cómo pude ser tan insensata. No debí jugarme los ahorros de toda una vida y mucho menos liarme con un embaucador como Alfredo.

—Mamá, eres humana. Todos nos equivocamos. Además, ¿cómo podías saber que era un ladrón? No debes culparte. Sé que es difícil, pero no nos queda otra que confiar en la justicia. Fernando llegará al fondo del asunto; él te aprecia mucho.

—Sí, lo sé. No sé qué habríamos hecho sin él todos estos años... Anda, vete a la cama.

—Podríamos dormir juntas, como en los viejos tiempos. Prometo no meterte mano.

—Ni lo sueñes, hija. Me gusta tener toda la cama para mí.

—¡Egoísta!

—No olvides que quiero todos los detalles por la mañana.

—Buenas noches, mamá. Te quiero.

Se despidió con un beso en la mejilla, ignorando aquella amenaza y apresurándose hacia su habitación, con una media sonrisa dibujada en la cara.

«¿Será posible?». Adoraba a su madre. No podría quererla más, pero no soportaba su obsesión por emparejarla. Estaba segura de que, a primera hora, la familia al completo tendría el parte de su tórrida aventura. Para ellas, dos noches con el mismo hombre era sinónimo de una relación estable. ¿Cómo luchar contra tres alcahuetas, cuyo único objetivo en la vida era verla felizmente casada?

Y, por si fuera poco, todavía tenía que confesarle a su madre la decisión más importante. Los días siguientes prometían ser de todo menos tranquilos, pronosticó, mientras los párpados cedían al agotamiento.

Miércoles, 22 de diciembre de 2010 – 10,00 horas.

Pese a haber dormido escasamente cinco horas, Elsa se levantó despejada e ilusionada. Lo cierto era que, pensar en pasar las próximas horas junto a Mario, le producía una absurda sensación de euforia. Además, aquella excursión le permitiría recabar más información acerca de él, se engañó tontamente.

La culpa por dejar a su madre abandonada, empañaba aquel estado de felicidad. Recordaba vagamente haber sentido algo parecido por Hugo al comenzar su relación. Se dejó deslumbrar completamente por el estatus distinguido del juez. ¿Juventud? ¿Inmadurez? A día de hoy, todavía no había resuelto aquel jeroglífico.

¿Cómo pudo estar tan ciega para pensar que aquello duraría para siempre? Su testarudez y la excesiva confianza en sí misma le impidió ver lo evidente: Hugo la quería sí, pero como un trofeo. Ella cumplía los requisitos de esposa ideal, pero no así los de amante única y maravillosa que debían acompañar a aquel vínculo sagrado.

Y ahora, sentada en el coche, de camino a no sabía dónde, tenía el presentimiento de estar metiéndose en un lío aún peor. No sólo por la intensidad de sus emociones, que se disparaban vertiginosamente, sino por su

comportamiento suicida al meterse directamente en la boca del lobo. ¿Por qué no había declinado la invitación de un hombre del cual sospechaba intenciones ocultas?

Dos horas después, ya en tierras vallisoletanas y cuando todavía se estaba preguntando qué diablos le ocurría, el Nissan Pick Up de Mario tomó un camino de tierra hasta adentrarse en una finca llamada Felicidad, a unos pocos kilómetros del conocido pueblo de Peñafiel.

Ella abrió los ojos de par en par, maravillada por aquel extenso paisaje de frutales y vides. De repente, el vehículo se detuvo frente a un edificio que resultó ser una bodega.

—Bueno, ya hemos llegado. De estas tierras obtengo mi vino.

Asombrada, bajó del vehículo.

—Así que, es verdad que eres viticultor.

—Bueno, eso intento —rió él, ante la tozudez de la joven.

Para Mario, convencerla de que era real estaba resultando una misión más imposible de lo que pensó en un principio.

—¡Mario, bienvenido! —Un hombre que rondaba los cincuenta, se acercó a él y le dio un efusivo abrazo—. Cuánto tiempo, tío. Me alegro de verte por aquí —dijo, mientras su mirada se desviaba hacia ella, quieta a su lado como si la hubieran plantado igual que a una vid.

—Hola, Arturo. Ella es Elsa, una amiga.

—Encantado —respondió, educadamente, dándole la mano y guardando las distancias.

—Esto es... —Elsa se detuvo, intentando encontrar la palabra adecuada—. Impresionante.

—Sí que lo es, señorita. Vino del bueno, se lo aseguro.

—Arturo, no te molestes, no es una clienta.

—Ah —dijo, algo avergonzado y cambiando de tema—. Todo está como me pediste. La casa limpia y con la calefacción puesta desde anoche. Juana te ha dejado algo de comida en la nevera. Espero que haya suficiente para dos. La chica no contaba con que vinieras... acompañado.

—Está bien, Arturo, muchísimas gracias. ¿Están los caballos listos para montar?

—Sólo queda ensillarlos. Voy para allá.

—Perfecto. Luego puedes irte. Ya me ocupo yo del resto.

—De acuerdo —repuso, dándole un nuevo abrazo de despedida—. Te veo estupendo.

—Yo también a ti —concluyó—. ¿Preparada para un paseo a caballo?

—¿No hablarás en serio? Hace años que no monto. Además, no vengo preparada.

—Podemos ir andando, si lo prefieres. Aunque es probable que con tanta lluvia el terreno esté algo embarrado.

—No, no, me encantará ir a caballo —acabó cediendo ella, entre entusiasmada y melancólica.

—Estupendo. Te dejaré algo de ropa y unas botas.

En realidad Elsa estaba eufórica. Solía ir con su padre a montar los sábados por la mañana a una finca de Zarzalejo. Póker era el nombre de la yegua que montaba habitualmente; un jamelgo de color blanco con crines gris perla que daban al animal un toque tan solemne que la hacían sentir como a una reina.

La muerte de papá, junto con las múltiples obligaciones, como el instituto o la universidad, acabaron por alejarle de una afición que adoraba. La equitación no sólo le permitía hacer deporte, sino disfrutar de la naturaleza, otra de sus grandes pasiones. Y aquel lugar que entonces frecuentaban era un auténtico filón para disfrutar de paisajes de lo más variopintos. Cada día escogían una ruta diferente y les hacía sentirse aventureros, libres... ¡salvajes!

—¿Lista?

—¡Claro! —exclamó, saliendo de su efímero letargo, con unos pantalones prestados y unas botas de cuero de su talla.

Aquel paseo fue una auténtica delicia. A lomos de su caballo, Mario no escatimó en detalles. Le explicó que las diferencias de los vinos radicaban en las uvas con las que se elaboraban, ya que era en sus pieles donde se generaban la mayoría de los aromas y sabores.

Emplearon más de dos horas en recorrer parte de la finca, de cientos de hectáreas, y alucinó como nunca con el hermoso paisaje y la excelente

compañía.

De regreso, tuvo que admitir que no sólo le dolían las pantorrillas y el trasero, sino que tenía el cuerpo completamente entumecido. Era evidente que la cazadora de borrego, también prestada, no había logrado protegerla del frío. Aquella confesión provocó una carcajada del anfitrión que no dudó en llamarla «finolis».

Una vez dejaron los caballos en el establo, Mario la llevó a conocer la vivienda principal. Era un caserón antiguo con gruesos muros de piedra gris. Según le comentó, el interior había sido totalmente reformado y contaba con todas las comodidades de hoy en día: calefacción, agua caliente... ¡Y un estupendo jacuzzi para dos personas!

—Será mejor que te quites esa ropa —le ordenó Mario, al mismo tiempo que se detenía a girar el sofisticado grifo del mismo, dejando correr el agua.

—Vaya, no pierdes el tiempo, ¿eh?

—Lo cierto es que me encantaría compartir este momento jacuzzi contigo, pero tengo que firmar unos papeles.

—Ah.

—Había pensado que, mientras tanto, tú podrías disfrutar de un baño espumoso. Te ayudará a entrar en calor.

—Supongo que no tengo elección —respondió, poniéndose de puntillas y premiándole con un beso en la boca—. Aunque, francamente, me había imaginado otra cosa.

—No seas bruja... Prometo recompensarte con una comida repleta de succulentos manjares.

—Y un buen vino, espero.

—Por supuesto.

—Entonces, de acuerdo. Seré buena y te dejaré marchar.

—Te veo en, digamos, ¿una hora?

—Si no aparezco, ven a buscarme. Creo que podría quedarme dormida en este jacuzzi.

Transcurrida algo menos de una hora, los dos estaban sentados a la mesa, saboreando un plato de carne asada, acompañada de unas patatas a lo pobre. Estaba delicioso. Por no hablar del jamón de jabugo y el queso manchego

curado con el que habían empezado.

—La verdad, este vino es francamente rico. Debo admitir que no soy una experta, pero sí sé diferenciar uno bueno de otro regular.

—Es un tinto joven. ¿Puedes ver el borde rojo?

—Ajá.

—Eso es una característica de este tipo de vinos. ¿Sientes su aroma afrutado con matices herbáceos? —preguntó, invitándola a tomar un sorbo.

—Me temo que no —respondió, negando con la cabeza—. Sólo puedo afirmar que me gusta.

—No es fácil reconocer los diferentes aromas. Se necesitan años para contar con un buen paladar.

—Intentaré aplicarme más la próxima vez, si es que hay una próxima vez.

—Me encantaría verte por aquí muy a menudo aunque, por desgracia, no vengo demasiado. Me he pasado la mitad de mi vida viajando. Arturo y mis hermanos se ocupan de mantener la finca al día y de la elaboración del vino.

—¿Nunca te cansas de andar de un lado para otro?

—Ya lo creo que sí. Precisamente por eso alquilé la casa de El Escorial. Necesitaba un descanso.

—Lo que no entiendo es cómo pudiendo vivir aquí, entre viñedos, elegiste un pueblo de la sierra de Madrid.

—Muy sencillo, mis padres viven a unos kilómetros de aquí y siempre he sido extremadamente independiente. Les tendría encima todo el tiempo —respondió, ocultándole la verdadera razón.

Lo cierto era que esa casa traía a Mario demasiados recuerdos y, muchos de ellos, dolorosos.

—¡No sabes cómo te entiendo! Mi madre es una gran manipuladora. La adoro, pero odio cómo se mete en todo, especialmente en mi vida sentimental.

—Se preocupa por ti.

—Lo sé y por eso, precisamente, le perdono su acoso constante. Esta carne está deliciosa.

—Juana es una excelente cocinera. Ella y Arturo nos han visto crecer. Arturo no es un trabajador cualquiera, parte del negocio es también suyo.

—Y supongo que Juana es su mujer.

Él asintió.

—¿Sabes que estás preciosa?

—Probablemente se deba a ese baño reparador —se burló Elsa—. Me alegro de haber venido.

—Y yo de que lo hayas hecho —convino, acariciándole la mejilla—. Aunque será mejor que regresemos ya, o no llegaremos nunca.

—Me ha parecido entenderte que tu familia vivía cerca. ¿No piensas ir a visitarlos?

—Iré a verles en unos días.

—Ya —repuso, sin comprender su actitud. Ella jamás perdería la oportunidad de ver a su familia.

Capítulo 8

San Lorenzo de El Escorial.

Jueves, 23 de diciembre de 2010 – 9,00 horas.

—¡No puedes abandonar el máster! —exclamó furiosa Ángela—. No pienso consentirlo.

—Mamá, ya lo he hecho. Ayer mismo mandé mi renuncia y ha sido aceptada. Es inútil seguir discutiendo sobre este asunto. Además, llego tarde al trabajo.

Tal y como había vaticinado Elsa, la mañana fue bastante ajetreada. Al hacer su entrada triunfal en la cocina, temprano y vestida con un traje chaqueta, su madre no tardó en preguntarle dónde iba tan elegante. No le quedó más remedio que confesar. Era inútil mentir sobre algo que se descubriría antes o después.

Ante su ineludible respuesta de «al trabajo», Ángela saltó como un resorte y no paró de hacerle preguntas hasta conseguir toda la información que buscaba.

La abuela y Cristina, presentes cuando ella dejó caer la noticia bomba, permanecieron en silencio, conscientes de que aquel asunto correspondía resolverlo a madre e hija.

Ángela no podía creer lo que escuchaba. Como si el peso de sus cargos no fuera ya suficiente, ahora tendría que apechugar también con el remordimiento de haber sido la causante de terminar con el sueño de su única

hija. ¿Por qué la vida se ensañaba con ella de aquella forma?

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas desconsoladamente. Elsa se abrazó a ella con cariño, transmitiéndole todo su amor y comprensión. Sabía que su hija era consciente de que aquella decisión iba a afectarle, sobre todo teniendo en cuenta que el motivo de la misma era más que delicado.

—Mamá, ¿he hecho algo que no hubieras hecho tú? Nada, ni siquiera el máster más prestigioso del mundo, podría separarme de ti.

—Pero, cielo... —sollozó, hipando como un bebé.

—Quiero que entiendas que soy perfectamente consciente de la decisión que he tomado. Soy mayorcita y de sobra conozco las consecuencias de mis actos. Te aseguro que estoy plenamente satisfecha de haber tomado ésta. No te sientas responsable, porque no lo eres en absoluto.

—Bien, entendido, nena —dijo Teresa, separándola de su madre y guiñándole un ojo—. Ahora será mejor que te marches. ¿No querrás llegar tarde el primer día? Nosotras nos ocupamos.

Elsa obedeció a regañadientes. Hubiera querido consolarla mucho más pero, al menos, se marchaba con la certeza de dejarla en las mejores manos. La abuela y Cristina se encargarían de quitarle cualquier absurdo remordimiento de la cabeza.

—De acuerdo, os veo a la hora de comer. Os quiero —se despidió, dando un beso a cada una de ellas.

—Te acompaño a la puerta —se ofreció Cristina, amablemente.

Ya en el vestíbulo, mientras ella se embutía en un abrigo negro y unos guantes y bufanda de lana, Cristina se esmeró en sosegar su evidente inquietud.

—Tranquila, estará bien en cuanto lo piense despacio. En tu lugar, no todo el mundo hubiera hecho lo mismo y eso te honra.

—No es ningún sacrificio, Cris. La abuela y ella son todo para mí, además de ti, por supuesto. Sois la única familia que tengo y no pienso largarme como si no pasara nada.

—Cariño, vete tranquila. Sé perfectamente cómo te sientes. Hablaremos luego. Te quiero.

—Gracias, Cristina.

—¿Y se puede saber por qué me das las gracias?

—Por estar siempre ahí, a las duras y las maduras. ¿Sabes que eres parte de esta familia, verdad?

—Claro, nena. Siempre os habéis ocupado de que así sea.

Ella le sonrió con ternura.

—Anda, vete de una vez o llegarás tarde.

Jueves, 23 de diciembre de 2010 – 12,04 horas.

Ya pasaban cuatro minutos de las doce de la mañana. Elsa, sentada en una cafetería del centro del pueblo, esperaba intranquila la llegada de Ana. Sabía que no la decepcionaría. Probablemente le traería un informe detallado del hombre que últimamente absorbía todos sus pensamientos, así como otro del propietario del vehículo con el que se desplazaba libremente la asistente de Mario.

Ambas estaban de servicio esa mañana y, puesto que disponían de veinte minutos para desayunar, no desaprovecharon la ocasión de verse.

Ana, perfectamente uniformada, cruzó la puerta del café bar y, tras un rápido repaso al lugar, percibió su mirada anhelante y su brazo agitándose con ímpetu para llamar su atención.

Se abrió paso entre las mesas y sillas de madera hasta alcanzar su objetivo y se abrazaron efusivamente. Era realmente agradable retomar su vieja costumbre de compartir el desayuno. Tomaron asiento y pidieron un café con un bollo recién horneado.

—¿Lo tienes? —preguntó ella, impaciente, sintiendo que el corazón le iba a estallar de un momento a otro.

—Buenos días. Yo también me alegro de verte —respondió Ana con sarcasmo.

—Lo siento, Ana, buenos días. Pero, por el amor de Dios, dime algo o voy a reventar.

—Aquí tienes el informe. Léelo tú misma —dijo la guardia civil, extendiéndole un folio. Aquella expresión circunspecta no presagiaba nada bueno.

Ella le arrancó la hoja de las manos y leyó con detenimiento.

—¡Mierda! —exclamó, victoriosa, pero la desolación de sus ojos indicaba

todo lo contrario. Hubiera dado lo que fuera porque Mario Torres Salazar no se encontrara en el listado de «no encontrados». El archivo de ciudadanos de nacionalidad española había apuntado cero datos al teclear su nombre. Legalmente, Mario no existía—. Maldito embustero.

Lo que empezaron como unas felices vacaciones se estaban convirtiendo en su peor pesadilla. Como si la búsqueda del asesino de Alfredo no fuera suficiente, ahora tenía que lidiar también con la posibilidad de que su amante fuera el responsable de tal atrocidad. Ahora, más que nunca, estaba segura de que la presencia de Mario en aquel embrollo no podía deberse a la casualidad. Pues bien, si ese cabronazo quería jugar, jugarían.

—¿Estás bien? Pareces disgustada —manifestó Ana, preocupada por su expresión; mitad desafiante, mitad resentida. Ella levantó la mirada del papel, furiosa, y clavó sus llamativos ojos azules en los de su amiga—. ¿Qué puñetas está pasando, Elsa?

—Ni siquiera estoy segura —constató con tristeza.

Si Mario no figuraba como ciudadano español, ¿quién diablos era? ¡Cielo Santo, se había acostado con un espectro! Si bien eso no era lo más duro. Lo peor era el hecho de que ese malnacido sin identidad hubiera empleado sus mejores armas con el único fin de ganarse el afecto de su familia, para meses más tarde utilizarlas, engañarlas y, quién sabe, si incluso inculparlas de un asesinato, todavía sin resolver.

Un sentimiento de rabia incontrolable le subió de los pies a la cabeza, rasgándole cada órgano, cada articulación, cada nervio, cada diminuto e insignificante hueso, hasta atravesarle el corazón, partiéndoselo en dos, para finalmente alojarse en sus entrañas.

Si había alguien capaz de identificar ese sentimiento de cólera desmedida, ésa era ella, doctorada en psicología.

—¿Vas a contármelo? —insistió Ana.

Ella narró la insólita historia con la mayor precisión que pudo, sin obviar su aventura sexual con el sospechoso.

—Francamente, estoy hecha un lío. No sé si alegrarme por tener un posible sospechoso del asesinato de Alfredo o echarme a llorar por mi estupidez al fijarme nuevamente en el hombre equivocado —concluyó,

desolada.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ahora mismo voy a contarle a Fernando lo que sé.

—Sabes que no le va a gustar nada que hayas metido las narices en este asunto. Además, esa información no me deja en muy buen lugar; sabrá que he sido yo quien te la ha proporcionado.

Ella suspiró.

—Tienes razón, lo siento.

—Haremos una cosa... Dame veinticuatro horas. Intentaré averiguar más sobre tu misterioso ejemplar. Tal vez, ligándolo al propietario del vehículo, encuentre alguna otra pista.

—¿Cómo dices que se llama el dueño de ese coche?

—Ismael Serrano Fuentes. Maestro, cuarenta y seis años, casado con Pilar Gutiérrez Puig, una hija en común... ¿Te dicen algo estos nombres?

—Nada, en absoluto —confirmó, impotente.

—Entonces, me pondré con el tema ahora mismo. Pase lo que pase, mañana pondremos esta información en conocimiento de Fernando. Me espera una buena bronca.

—Siento mucho haberte metido en este lío. Lo cierto es que no pensé que ese cabrón sería un impostor.

—Puedo imaginármelo. Y, por favor, ten cuidado y mantente alejada de él. Podría ser peligroso.

—Supongo que tienes razón, pero no va a ser fácil. Caramba, ayer hicimos el amor, ¿no creerás que va a olvidarse de mí sin más?

—Ni tú de él, ¿no es verdad?

—Soy una tonta, dilo.

—No te juzgues tan duramente, todavía no sabemos quién es en realidad.

—Ana, Mario me gusta, pero deberás coincidir conmigo que algo no huele bien en todo este asunto. Piénsalo. Conozco a un hombre por casualidad hace seis meses que, de pronto, es el atento y protector vecino de mi madre, a la que, por otro lado, acusan de asesinato. Por Dios, es de locos.

—¿Crees, de veras, que ese hombre puede ser el asesino de Alfredo?

—¿Mario, un asesino? No, no lo creo. Pero, francamente, no sé si estoy

siendo objetiva.

—¿Tal vez, un ladrón de joyas? —sugirió con astucia la funcionaria.

—Puede ser. No sé...

—Elsa, eres psicóloga. ¡Piensa!

—¡Ya lo hago! —exclamó, contrariada—. No sé, yo diría que su perfil no encaja con el de un asesino; es demasiado sensible. Los asesinos suelen ser fríos, calculadores y jamás dejan que sus sentimientos se apoderen de ellos. Pero, por otro lado, también son intuitivos y manipuladores, capaces de cualquier acción denigrante con tal de salirse con la suya.

—¿Y?

—Pues que Mario es altamente intuitivo.

—¿Y manipulador?

—Bueno, si cuenta que a mí ha logrado engatusarme con sus artimañas, sí, lo es.

—Elsa, ya eres mayorcita. Tú sola te has metido en la boca del lobo —la acusó Ana con su habitual franqueza.

—Lo sé, lo sé, sólo estaba quitándole hierro al asunto. Estoy confundida, ¿vale? Joder, ese tío me gusta. ¿Y si me he acostado con un asesino?

—Creo que me hago una idea de cómo te sientes.

—No creo que puedas —susurró, dando un sorbo al café con leche.

Ana esbozó una casi imperceptible sonrisa pícara que ella percibió al instante.

—Sí, el sexo es fantástico, si es eso lo que te estás preguntando, lo cual me convierte en menos imparcial —aclaró, intuyendo lo que aquella sonrisa significaba.

—¡Es una pena que tengas que dejar aparcada esa diversión en particular!

—¡Ana! ¿Cómo puedes bromear...?

—Vale, vale, supongo que mi comentario ha estado fuera de lugar.

—Desde luego.

—Ahora, en serio, procura cuidarte y mantente fuera de su objetivo. Deja la investigación en manos de los expertos —concluyó Ana, con sensatez—. ¿Qué tal tu primer día de trabajo?

—Genial. Ya sabes cuánto adoro esta profesión. Seguiré ocupándome de

las sesiones con los funcionarios y Lola y Guillermo se encargarán de atender a los pacientes privados.

—Me alegro. Será mejor que volvamos al tajo, se hace tarde.

Jueves, 23 de diciembre de 2010 – 19,00 horas.

Después de poner al día los expedientes de los pacientes que le habían asignado, Elsa apagó el ordenador, dispuesta a cumplir la misión que desde hacía días tenía en mente y que, debido al mal tiempo, no había podido llevar a cabo.

La tormenta parecía haber llegado a su fin y el pronóstico para las próximas jornadas era alentador: cielos despejados. La lluvia había trastocado levemente sus planes pero, esa misma noche, se encargaría de resolver aquel pequeño contratiempo. Aunque, para ello, todavía le quedaba lo más difícil: convencer a Julia.

Si el favor que estaba a punto de pedirle hubiera tenido como destinataria a Mónica, probablemente ni se hubiera molestado en intentarlo; la respuesta de ella sería, con total probabilidad, un no rotundo. Pero Julia era intrépida y atrevida por lo que, seguramente, no sólo accedería, sino que se ofrecería a acompañarla en aquella descabellada aventura.

Por supuesto, no iba a permitírselo. Si la incursión salía mal, sería únicamente ella la que correría con toda la culpa. No pensaba involucrarla más de la cuenta.

—Hola, Felipe —saludó Elsa cuando éste abrió la puerta del domicilio.

—Hola, guapa, qué alegría tenerte de nuevo por aquí. Hoy mismo pensaba pasarme por tu casa. Tu madre tiene todo mi apoyo. Es intolerable lo que ha pasado.

—Se alegrará de verte. Ha estado algo inquieta, pero se va recuperando.

—Entiendo —asintió, compungido—. ¿Querías algo?

Ella reparó en su mirada turbia y triste, siempre presente desde que su mujer le abandonara. Desde entonces, parecía un muerto en vida.

—Pues sí. —La pregunta de Felipe interrumpió sus pensamientos—. ¿Está Julia en casa? —cuestionó, con escasa fe. Tan sólo eran las siete, demasiado temprano para alguien a quien le gustaba trasnochar casi a diario.

«Tendría que haberla llamado al móvil», se estaba diciendo para sí

misma, convencida de que iba a recibir una respuesta negativa, cuando la contestación del padre de su amiga le pilló por sorpresa.

—Has tenido suerte. Ya sabes lo poco que para en casa —afirmó, en un tono que denotaba censura—. Está en el jardín.

—Oh, gracias.

Ella conocía aquella casa como la palma de su mano. No en vano había pasado gran parte de su infancia correteando por ella mientras compartía juegos con quien por entonces era su mejor amiga. La cercanía de sus viviendas propició y alentó aquella amistad que, sin romperse del todo, se resintió cuando la madre de Julia desapareció súbitamente.

La adolescente, de tan sólo catorce años, quedó destrozada. Y no era para menos. El último recuerdo que tenía de su madre era una carta donde le decía, simple y llanamente, que «necesitaba cambiar de aires y vivir nuevas aventuras. Tantas responsabilidades le estaban ahogando y ya no podía soportarlo más». Las malas lenguas decían que siempre había sido algo ligera de cascos y que se había largado con un tipo, podrido de dinero, que se dedicaba al mundo del cine. Nunca más habían vuelto a saber nada de ella, era como si se hubiera esfumado para siempre.

Su amiga, que jamás admitió públicamente su pena, sufrió una transformación asombrosa, pasando de ser una niña buena y cariñosa a una rebelde. Por desgracia, su padre, sumido en su propio drama personal, no fue de gran ayuda y la chiquilla quedó abandonada a su suerte; de ahí su carácter fuerte e independiente.

Julia, simplemente, hacía lo que quería, como quería y cuando quería, sin importarle lo más mínimo dar o no un escándalo. Terminó los estudios a duras penas y luego su don de gentes le permitió colocarse en la inmobiliaria donde ya llevaba diez años trabajando.

—Elsa, ¿qué haces aquí? —se sobresaltó Julia al verla.

Estaba de rodillas, vestida con un mono azul y unos guantes de jardinería, intentando recomponer el desaguisado que la tormenta había hecho a su mayor tesoro, su huerto particular. Por todos era sabido que adoraba la jardinería.

—Quería hablar contigo, aunque ya veo que estás ocupada.

—No te preocupes. En realidad, apenas puedo trabajar con esta luz. Es prácticamente noche cerrada —respondió, incorporándose—. Vayamos a mi habitación.

Se aproximó al porche cubierto, donde ella estaba, se deshizo con agilidad de los guantes, las botas de goma y, por último, del mono. Recogió el material y se calzó unas zapatillas.

Al llegar junto a la puerta de la alcoba, ella se percató de que todavía conservaba el cartel que juntas instalaron, años atrás, de «Prohibido el paso». Nadie, a excepción de Julia y sus amistades, entraba en aquella estancia.

Cuando la cruzaron, Julia se acercó rápidamente al escritorio y bajó la tapa del ordenador a toda prisa, como si tratara de ocultar algo. Pero aquel gesto no le molestó, de sobra conocía ella la afición de su amiga a los chats y a las páginas de contactos, y supuso que estaría en mitad de una cita cibernética o algo peor.

Ella desaprobaba aquel vicio que, a su parecer, podía ser peligroso. Citarse a ciegas con un tipo, sin conocerle de nada, podía acarrearle problemas algún día. ¿Y si era un perverso o, aún peor, un asesino?

Ante su mutismo, Julia la miró impaciente.

—Venga, mujer, suéltalo ya. Conozco ese gesto nervioso de tu dedo. —Una vez más se encontraba haciendo tirabuzones en su rubia melena—. ¿Qué diablos pasa?

—Necesito que me hagas un favor —dijo al fin.

—Un favor... —repitió divertida—. Claro, si está en mis manos.

—¿Podrías dejarme las llaves de la casa de Alfredo? —escupió a gran velocidad, avergonzada por aquella petición delictiva—. Supongo que guardas un juego.

Julia esbozó una ligera sonrisa llena de malicia. Por supuesto que guardaba un juego. Al fin y al cabo, era ella quien se encargaba de enseñar y alquilar la mayoría de viviendas de la zona.

—¿No estarás pensando en entrar? La casa ha sido precintada por la policía hace dos días y, eso, querida, es un delito.

—Lo sé. Entenderé si no quieres...

—Por supuesto que quiero. Debí imaginarme que no te quedarías de

brazos cruzados. Será divertido.

—Oh, no, Julia, tú no vienes. Si algo sale mal, quiero ser la única responsable. Diré que te las robé y punto.

—¡Estás loca si crees que pienso perderme el espectáculo!

—Este asunto no es negociable. Además, sólo echaré un rápido vistazo.

Julia se sentó sobre la cama, molesta por la negativa a su ofrecimiento de acompañarla.

—¿No crees que si hubiera algo, la policía ya lo habría encontrado? —preguntó—. Te arriesgas a que te pillen de forma absurda.

—Quizá se les haya pasado algún detalle. No sé, necesito entrar y verlo con mis propios ojos. ¡Joder, Julia, es la única pista que tengo!

Una mueca de desesperación fue suficiente para que ésta cediese. Las enormes ojeras y su mirada perdida lo decían todo.

—De acuerdo, aquí la tienes —dijo, sacando la llave de entre un manojito de ellas—. La quiero de vuelta en veinticuatro horas.

—Claro —exclamó, con entusiasmo—. Gracias, Julia. Y, por favor, ni una palabra a nadie de esto. Si Mónica llegara a enterarse, me denunciaría.

—De eso no te quepa la menor duda.

Se incorporó de la silla para irse, pero Julia le cerró el paso, con una expresión guasona.

—Dime, ¿qué hay entre Mario y tú? Os vi la otra noche.

El color rosado de sus mejillas le delató de inmediato.

—Ni siquiera yo lo sé. Un pequeño flirteo, supongo.

—Pues, por lo que yo vi, no debe de ser tan pequeño. Os estabais comiendo toda la boca. Espero que no hayas sido tan tonta como para dejar de tirarte a un semental de esa especie.

—¡Julia! —farfulló, con cierto decoro.

—Vamos, Elsa. Te vendrá bien un poco de diversión entre tanto caos.

Ella sonrió con cariño y salió por la puerta, sin intención de continuar con aquella conversación.

Jueves, 23 de diciembre de 2010 – 22,00 horas.

Con la excusa de hacer footing, Elsa se embutió en un conjunto negro compuesto de mallas, camiseta, gorro y guantes a juego, y se colocó encima

un chubasquero, también oscuro, guardando en el bolsillo del mismo la llave y una pequeña linterna.

Eran cerca de las diez, una hora estupenda para colarse en la vivienda de Alfredo sin ser vista.

A paso ligero, corrió en dirección a la casa del ladrón de joyas. No habría más de un kilómetro de distancia, por lo que en apenas cinco minutos estaba plantada frente al camino de acceso a la puerta.

Nerviosa, miró a ambos lados de la carretera y, al no ver a nadie por los alrededores, voló hasta la puerta, metió la llave en la cerradura y se introdujo con cuidado para no dañar la cinta adhesiva de «No pasar» que custodiaba la misma.

Buscó la linterna y la encendió. No recordaba haber estado en aquella vivienda antes, por lo que se le haría más difícil la inspección.

Sin quitarse los guantes, para no dejar huellas que pudieran delatarla, giró el pomo de la primera puerta y observó que era una especie de despacho. La decoración era más bien moderna, con muebles blancos de líneas rectas y unas cómodas butacas que invitaban a sentarse en ellas. Abrió uno a uno los cajones del escritorio y tan sólo encontró sobres, folios y bolígrafos. Un ordenador portátil presidía el mismo. Era inútil intentar ponerlo en funcionamiento porque, probablemente, no daría con la clave ni en un millón de años. Por lo tanto, desistió.

Cuando estaba a punto de abandonar la estancia, un papel sobre los libros de la estantería llamó su atención. Se acercó y vio que no era más que un correo electrónico impreso, enviado desde la Blackberry de Jorge Costello, fechado el pasado veintiocho de octubre, donde le explicaba a su tío que tenía razón respecto a la mujer y que había decidido tomarse un tiempo. Un amigo le había propuesto un viaje alucinante en velero para dar la vuelta al mundo, por lo que estaría incomunicado, al menos, dos meses. Se despedía afectuosamente con un te quiero. Como posdata, añadía que salían de puerto y que intentaría mantenerle informado de su paradero en cuanto le fuera posible.

Elsa creyó recordar que algo le había dicho su familia acerca de la imposibilidad de dar con Jorge. Ahora entendía el porqué.

Volvió a colocar el escrito en su lugar y prosiguió con su inspección ocular.

El crujido del suelo al pisar la sobresaltó y dio un pequeño brinco, acelerando los latidos de su corazón.

«Pero ¿qué puñetas estoy haciendo?», se preguntó a sí misma, más asustada que un pavo escuchando villancicos.

Era la primera vez que cruzaba la línea que separaba lo legalmente permitido de lo ilegal y, la verdad, la sensación no era precisamente agradable. Se sentía inquieta e indefensa y lo peor de todo era que tenía la impresión de que en cualquier momento Jack, el Destripador, saltaría sobre ella para rajarla en dos. ¡Tanto psicópata acabaría por trastornarla!

Recorrió con excesiva urgencia el resto de la casa sin encontrar nada interesante. Las dos habitaciones de la planta superior parecían corresponder a tío y sobrino, puesto que la ropa elegante y cara de los armarios así lo evidenciaba.

Le chocó ver que tampoco allí eran muy aficionados a la fotografía. No había ni una sola en toda la casa.

Después de cuarenta y cinco minutos de búsqueda, que se le antojaron horas, optó por largarse de aquel lugar que le daba escalofríos y empezaba a producirle una sensación de agobio notable.

Cuando salió por la puerta principal, le pareció escuchar un ruido y, temerosa de ser vista, bordeó el chalé y se escondió en la parcela.

«Mierda», exclamó para sus adentros cuando su calzado se hundió en el terreno, quedando completamente cubierto de barro. Los días de lluvia también habían destrozado aquel jardín hasta el punto de producir en el mismo un ligero corrimiento de tierras.

Pasados cinco minutos, tiempo que consideró suficientemente prudente, se decidió a salir de su escondite. Sigilosa, deshacía el camino andado cuando su pie, con su zapatilla de cien euros, quedó atrapado en una especie de agujero. Lo iluminó con la linterna, maldiciendo su mala suerte y, olvidando su temor a ser descubierta, gritó a pleno pulmón.

—¡No! —exclamó, aterrorizada, ante la espeluznante visión de parte de un cadáver en avanzado estado de descomposición.

La impresión fue tan grande que quedó paralizada. Sólo el contacto de unas manos sobre sus hombros le hizo reaccionar. Se giró y vio que sus pesadillas se hacían realidad. Era Mario.

¿Sería ella la siguiente víctima? Asustada, luchó como una energúmena para intentar zafarse de él, sin éxito.

—Pero, ¿se puede saber qué te pasa? Soy yo, Mario. Cálmate y dime qué ha ocurrido. Te he oído gritar —dijo, tratando de mantener la calma. Ella estaba aturdida.

—Suéltame te he dicho. ¿Me has seguido? ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Matarme a mí también?

Mario la miró, atónito, sin dar crédito a sus palabras.

—Pero, ¿de qué diablos estás hablando? ¿Quieres tranquilizarte y decirme de una vez qué ha sucedido!

Mario apenas podía ver su rostro, tanto por el gorro que le llegaba hasta las cejas como por el fular negro que le cubría hasta la barbilla, pero el terror en sus ojos era inconfundible. Asustada, temblaba como un corderito.

Bastó con que ella, sin pronunciar una sola palabra, bajara la vista hacia el suelo para que él se percatara del terrible suceso.

—Joder —profirió, con repugnancia al iluminar el suelo. El hedor empezaba a subirle hasta la nariz.

De inmediato, se ayudó con la mano izquierda para apoyar la cabeza de Elsa en su pecho y protegerla de aquella imagen tan atroz. Pero era demasiado tarde. Ella no sólo lo había visto, sino que lo tenía perfectamente grabado en su mente.

Elsa, luchando contra las náuseas y todavía impactada, aceptó el consuelo que le ofrecía y él aprovechó para sacar el teléfono móvil con la otra mano.

—Aquí el inspector Torres. Se ha encontrado un cadáver en el domicilio de Alfredo Costello. Por favor, avisen al capitán Fernando Ortega. Él sabrá qué hacer.

Elsa reaccionó de golpe ante la palabra «inspector», separándose de él de un plumazo. Del terror y la desolación pasó a la furia y la indignación.

—¿Inspector? —preguntó, incrédula. Durante segundos revivió cada momento a su lado y fue atando cabos sin dificultad—. ¡Eres un grandísimo

hijo de puta!

Sus puños le golpearon el pecho con furia. Se sentía completamente engañada.

—¿Quieres parar, por favor? Puedo explicártelo.

—Explicarme, ¿el qué? —bramó—. ¿Cómo te has camelado a mi familia con el único propósito de ganarte su confianza para luego traicionarla? ¿Que por tu culpa han acusado a mi madre de asesinato? Dime, ¿era necesario acostarse conmigo? ¿Es eso lo que tienes que explicarme?

—Elsa, por el amor de Dios, escúchame. —Trató de sosegarla, pero ella estaba fuera de sí—. Salgamos de aquí. Ya hemos alterado bastante la escena del crimen.

A regañadientes, obedeció y le siguió. Cuando llegaron a la puerta principal de la vivienda, él la obligó a sentarse en el escalón que daba acceso a la misma.

—La llave —le exigió, extendiendo la mano. Era evidente que no había forzado la puerta.

Mario observó que ella se la daba sin titubear, aunque el temblor de su mano delataba su estado de ánimo. La impresión de aquel cadáver le iba a dejar huella, se lamentó él, que también tomó asiento en el mismo escalón y la rodeó por los hombros atrayéndola hacia sí.

—¿Estás bien? —le preguntó con ternura, alzándole la barbilla. Volvía a ser el mismo hombre sensible y dulce que ella conocía.

Una lágrima asomó a los ojos de Elsa. Estaba claramente consternada. Temblando, se dejó consolar. Él se quitó la cazadora y se la puso sobre los hombros.

Pero aquella tregua duró apenas unos segundos. De pronto, ella se levantó de golpe y corrió hacia un rincón, junto a la fachada de la casa. Las náuseas se habían apoderado de ella y vomitó la cena al completo.

Él acudió de inmediato a socorrerla. Mientras vomitaba, le sujetó la cabeza por la frente y le retiró el cabello de la cara. Pese a lo desagradable de la situación, ella parecía agradecer la ayuda.

Cuando al fin terminó de echar todo lo que tenía en el estómago, le tendió un pañuelo y se retiró discretamente para que ella pudiera asearse.

A dos metros de distancia, no le quitaba ojo. La chica tenía mal aspecto mientras regresaba hacia el escalón.

—¿Mejor? —preguntó él, preocupado.

Era un cabrón embustero, sí, pero uno muy amable, se lamentó Elsa para sus adentros. Y le odió por ello.

Poco a poco, ella fue recobrando el color de las mejillas. El inspector la observaba, alerta ante su actitud distante y hostil. Pese a la aparente tranquilidad que envolvía aquel momento, ella le clavó su mirada asesina, signo inequívoco de su enfado, advirtiéndole que de un momento a otro emprendería un nuevo ataque. No le hizo esperar.

—¿Cómo has podido? —le preguntó, fulminándole con la mirada.

—Elsa...

—Supongo que nuestro encuentro casual en Nueva York no lo fue tanto, ¿verdad? ¿Acaso soy sospechosa del robo de esas misteriosas joyas? —inquirió con sarcasmo.

—¿Vas a dejar de decir tonterías y escucharme de una vez? Desde hace más de un año investigo a Alfredo Costello como principal sospechoso de una serie de robos de joyas. —Ella le observó con atención pero sin bajar la guardia. Estaba realmente furiosa con él. Y para ser honestos, también lo estaba consigo misma por haberse dejado embaucar—. Puesto que mantenía un romance con tu madre, tuve que rastrear todo su entorno.

—Y ahí es donde entro yo.

—Exacto.

—¡Eres un cerdo! No vuelvas a acercarte a mí o a mi familia. ¿Cómo puedes fingir que te importamos, cuando por culpa de esa investigación tuya mi madre ha sido acusada de asesinato?

Mario desvió los ojos hacia el suelo, abochornado. ¿Cómo explicarle que aquello se escapaba de su competencia? Él se había infiltrado en el entorno del ladrón a fin de encontrar una pista que le delatara para poder capturarlo después. Si había intimado tanto con la familia Maqueda era simplemente porque creía que ellas serían sus próximas víctimas. Su único propósito fue siempre protegerlas. Jamás pensó que el giro de los acontecimientos apuntaría a Ángela como posible responsable del asesinato de Alfredo.

—Elsa, eso no es justo.

—Me importa un bledo si lo es. ¡No quiero volver a verte!

A lo lejos, el sonido de las sirenas les indicó que la unidad de investigación ya estaba cerca.

En menos de dos minutos la casa se llenó de agentes portando maletines y todo tipo de sofisticados utensilios. Fernando encabezaba el grupo. Se acercó a él y, en susurros, intercambiaron impresiones.

Elsa, a un metro de distancia de ellos, sentía cómo, de vez en cuando, los ojos del capitán se posaban sobre ella, censurándola.

Finalmente, Mario indicó a Fernando la localización exacta del cadáver y éste dio las oportunas instrucciones al resto del equipo, que se puso manos a la obra.

—Ya me explicarás qué diablos hacías en una propiedad privada y precintada —se dirigió a ella el capitán, con una frialdad que la hizo estremecer.

Ella se encogió de hombros, sin molestarse en contestar. Sin duda, estaba metida en un buen lío.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? Podría arrestarte por esto.

Ella se mantuvo en silencio, mientras que Mario y Fernando se dirigían una mirada desesperada, al tiempo que esclarecedora.

—Podríamos decir que estaba haciendo footing y escuchó un ruido en el jardín trasero. Entró en él y entonces se topó con el cadáver —intervino el inspector—. Luego aparezo yo en escena. Me encontraba paseando por la zona, la oí gritar y acudí en su ayuda. Sería absurdo intentar ocultar su presencia o la mía. Nuestras pisadas están por todas partes.

—Ahórrate la ayuda —masculló ella—. No la necesito.

—¿Podrías dejarnos a solas unos minutos? —pidió el capitán a Mario que, obediente, se retiró sin protestar—. Pero, ¿qué pretendes, niña? Bastantes problemas tenemos ya con la acusación de tu madre. Te advertí que no te entrometieras...

—¿Sabes? Durante años he pensado que estabas enamorado de mamá —dijo ella, desolada, haciendo caso omiso de sus advertencias—. Pero es obvio que no es así. Creía que te importábamos, maldita sea.

Le costaba digerir que él formara parte de esa trama.

Fernando permaneció impasible. Si justificaba aquella injuria era porque sabía lo dolida e impactada que estaba Elsa con lo sucedido.

—Has permitido que un intruso se cuele en su vida —prosiguió—, engatusándola con mentiras. Joder, está acusada de asesinato. ¡Dime, ¿cómo has podido?!

—Pasaré por alto lo que acabas de decir.

—¿Desde cuándo sabes que Mario es un policía infiltrado? ¿Estabas al tanto de la operación?

—Sólo desde hace unos días, cuando encontramos las joyas robadas y fui informado al respecto. ¿Contenta?

Elsa se percató de su error. Le había acusado injustamente. Fernando estaba fuera de aquella complicada trama.

—Lo siento —se disculpó, arrepentida—. Pensé...

—Y te advierto una cosa; será mejor que mantengas el pico cerrado porque, si revelas la verdadera identidad de Mario, se acabó la investigación. Si, como tú y yo creemos, Ángela es inocente, tendrás que confiar en mí y en ese intruso, como tú lo llamas.

Elsa se cruzó de brazos, enfadada, y el capitán continuó con su charla.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? Puedo entender que todo este asunto te haya desbordado, pero déjate ya de más gilipollices. Colarse en esta casa no ha sido muy inteligente. Ahora tendré que mentir para justificar tu presencia aquí esta noche.

—No tienes por qué hacerlo.

—Pero sabes que lo haré. Y da gracias de que el inspector Torres está dispuesto a colaborar. Así es que tú harás y dirás exactamente lo que yo te diga. ¿Está claro?

Nunca nadie se había explicado con tanta claridad. O acataba sus órdenes o la enviaría a prisión. Podría imputarla de un millón de delitos, desde allanamiento de morada hasta ocultación de pruebas. Incluso, encubrimiento de asesinato.

En el fondo, suspiró aliviada de poder contar con Fernando. Pero, en cuanto a Mario, no quería verle ni en pintura.

—Mi capitán, le reclaman en la escena del crimen —le informó un brigada.

—Voy enseguida —respondió, pero antes se dirigió nuevamente a ella—. Por cierto, ¿cómo estás? Mario me ha contado lo ocurrido.

Esta vez hablaba por boca del hombre, no del capitán. La quería y le preocupaba su estado. ¿Cómo había podido dudar de su lealtad?

—Aturdida... —Fue la palabra más suave que le vino a la cabeza.

—Vete a casa —le ordenó—. Si necesito tu declaración, te llamaré. Con un ligero ademán le indicó a Mario que se aproximara.

—Bien, el plan es el siguiente. A todos los efectos, la versión final será que Elsa encontró a la víctima porque escuchó un ruido en la parte trasera de la casa. Luego apareciste tú —dijo, señalándole—, que llamaste al cuartel y, al momento, acudimos nosotros. ¿De acuerdo?

Ambos asintieron sin dirigirse siquiera una leve mirada de reojo.

—Elsa ya se va —prosiguió—. Brigada, acompaña a la señorita a su casa.

Ella se encaminó hacia la salida, cabizbaja, intentando evitar cualquier contacto visual con Mario. Tenía unas ganas horribles de matarle. ¿Qué clase de policía se acostaba con la hija de una sospechosa? Denotaba una falta total de escrúpulos y profesionalidad. Si la salvación de su madre estaba en manos de ese individuo, estaban apañadas.

—Ah, y devuelve la maldita llave a Julia —murmulló el capitán, lanzándosela. No tenía un pelo de tonto.

Capítulo 9

San Lorenzo de El Escorial.

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 2,00 horas.

Mario llegó a casa cerca de las dos de la mañana. Un coche patrulla se encargó de escoltarle hasta allí.

Esta vez su identidad casi se descubre de forma definitiva. Pero, por extraño que pareciese, la absurda versión para proteger a Elsa de un delito de allanamiento de morada o, incluso algo peor, funcionó. De momento, salvo Fernando y algún otro guardia civil al mando de éste, el juez instructor original del caso en el robo de las joyas y Elsa, nadie conocía su misión secreta. Y así debía continuar.

Ni siquiera Hugo Vargas, el primer juez asignado al caso de asesinato de Alfredo, ni su sustituto, habían sido informados del papel que jugaba él en aquella historia, cada vez más complicada. No tardarían en hacerlo.

Disponía de poco tiempo. Pronto la prensa se haría eco de la magnitud del caso y acabarían enterándose de los entresijos de esta misión a la que llevaba asignado poco menos de un año. Y, por desgracia, sin ningún éxito.

Un enorme bostezo llenó su boca. Estaba agotado. El levantamiento del cadáver efectuado por el juez penal de guardia, acompañado de su actuario, la Policía y el perito médico había durado más de la cuenta.

El examen del lugar donde hallaron a la víctima y sus alrededores se hizo con extrema cautela y precisión, de manera diligente, metódica y tomando

documentos gráficos de ello. Todos los detalles, por insignificantes que éstos fueran, eran primordiales para enlazar correctamente la cadena de hechos.

Con todo ello, se trató de determinar la forma de la muerte, la fecha, la hora... intentando hacer una reconstrucción del suceso. El proceso fue lento y minucioso; más aún cuando las condiciones no eran muy propicias al estar en plena noche y no disponer de la luz adecuada.

No había indicios que desvelaran la identidad de la víctima; ni una cartera, ni un móvil. Nada. Y el elevado grado de putrefacción tampoco facilitaba la identificación. A la única conclusión certera que se llegó fue que la muerte había sido causada por un traumatismo a consecuencia de un fuerte golpe en la cabeza.

¿Acusarían también a Ángela de ese crimen? Él no estaba en disposición de juzgar a nadie. Su obligación era investigar y, atendiendo a los hechos y pruebas, presentar sus conclusiones. Pero cada día rogaba a Dios para que Ángela fuera absuelta de aquellas acusaciones que apuntaban directamente a ella. Había llegado a cogerle cariño y, además, no creía que fuera culpable.

Por no mencionar a Elsa, de la que estaba perdidamente enamorado. Si finalmente su madre era declarada culpable de asesinato, ella jamás le perdonaría su implicación.

Aún vestido, se dejó caer en la cama vacía y analizó las escasas posibilidades de recuperarla. Tal y como había pronosticado, tan pronto se enteró de la trama le había eliminado de su lista de personas favoritas. Siempre supo que sería así. No ignoraba que en cuanto se enterara de su papel en esta historia de codicia y traición, le apartaría de su vida de un plumazo.

Y, con sinceridad, no la culpaba. Acostarse con ella no había sido muy profesional. Debió mantener la bragueta subida y el corazón aparcado, pero conocerla fue letal. Le gustó casi desde el primer momento y fue incapaz de mantener los sentimientos al margen. Si ella no hubiera regresado por Navidad...

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 8,00 horas.

Al primer sonido del despertador, Elsa se desperezó. Las ocho. Estaba totalmente agarrotada y tenía una jaqueca de mil demonios. Apenas había

descansado en toda la noche. Cada vez que lograba adormecerse, la imagen de un cuerpo sin vida, lleno de larvas e insectos, convertía aquel sueño en una pesadilla.

Era curioso, porque ya había visto más muertos antes, pero era el primero en aquel estado. Y eso la tenía atormentada. Fue repugnante.

Por otro lado, no dejaba de preguntarse si el verdadero nombre de Mario sería ese. Probablemente sí, y no figuraba en los archivos como medida de protección para preservar su anonimato. Al ser policía de investigación, había que mantener ocultos los datos que permitieran su identificación. Empezaba a comprenderlo todo.

Por eso Ana no encontró nada relacionado con él. Ahora le encajaban los hechos.

¿Cómo había sido tan estúpida de enamorarse de un tipo cuya historia pintaba mal desde el principio?

Maldita fuera, estaba cansada de fijarse en el hombre equivocado, a ese paso iba a dejar de confiar en todos. Lo paradójico era que se pasaba el día dando consejos bastante certeros a sus pacientes acerca del amor, además de otros temas, y sin embargo era incapaz de atinar consigo misma. ¡Era absurdo!

Pensar en cómo Mario la había utilizado le ponía furiosa. No, la palabra exacta no era «furiosa», reflexionó; estaba dolida y librando una batalla interna sin precedentes. Si no le gustara tanto, el asunto quedaría en una mera anécdota, pero se había enamorado de él como una tonta y ahora se sentía terriblemente miserable... y traicionada. ¿Estaba realmente enamorada? Prefirió dejar esa interrogación para más tarde.

Se propuso hacer un esfuerzo y concentrarse en el único hecho realmente importante: la acusación por asesinato de su madre y la aparición de un nuevo cadáver que, sin duda, traería consecuencias.

Miró el reloj y se vistió con rapidez. Entraba a trabajar a las nueve y no disponía de mucho tiempo. A estas alturas, el hallazgo de la pasada noche ya habría llegado a oídos de todo el pueblo, así como que fue ella quien encontró al muerto.

¿Sería capaz de mentir ante la avalancha de preguntas que le esperaban

esa mañana? No le quedaba otro remedio. Debía ceñirse al plan astutamente ideado por Fernando y Mario la noche anterior. Si con su familia lo había logrado, también podría hacerlo con el resto del mundo.

Recordó con dolor el rostro desencajado de su madre al oír que había una nueva víctima. Tenía clavada en el pecho aquella mirada perdida, suplicándole ayuda en silencio; una ayuda que ella no podía dar aún. Era tal la impotencia, que subió a su habitación y lloró desconsoladamente durante horas.

Desayunó prácticamente en silencio. Sólo la abuela estaba ya levantada tan temprano. Sentada a la mesa de la cocina, sentía sus inquisitivos ojos sobre ella, seguramente preguntándose cómo estaría después de tan espeluznante suceso.

Respetando su necesidad de intimidad, Teresa permaneció callada y deambuló con su silla de ruedas de aquí para allá, observando a su nieta. Tenía los ojos hinchados. No hacía falta ser un sabueso para saber que había llorado. Y mucho. La niña lo estaba pasando mal. Demasiados problemas para una joven que simplemente regresó a casa ansiando unas vacaciones familiares y, a cambio, se encontró con su peor pesadilla.

En apenas unos días había tenido que soportar la detención de una madre y el hallazgo de un cadáver en descomposición, y todo ello sin olvidar el abandono voluntario de un máster con el que había soñado durante años. Y, para colmo, estaba inmersa en una aventura amorosa a la que, probablemente, se estaba resistiendo con uñas y dientes. ¡Era terca como una mula!

Quería acercarse a ella y acurrucarla en su regazo, pero la conocía demasiado bien. Elsa solía encerrarse en sí misma ante los contratiempos y, sólo después de analizar cada detalle y tomar una decisión, compartía sus inquietudes con los demás. Le dejaría tomarse su tiempo y luego, estaría allí para escucharla.

Faltando diez minutos para las nueve, Elsa se despidió y anduvo hasta el gabinete psicológico.

Como había pronosticado, durante toda la mañana no pararon de atormentarla con preguntas que, muy a su pesar, tuvo que responder una a una. Su teléfono móvil no dejaba de sonar. Al menos había cuatro llamadas

perdidas de Mario. Si pensaba que iba a devolverle la llamada, andaba listo.

Sólo Lola percibió su evidente malestar.

—¿Estás bien? —Se interesó mientras tomaban un café en la salita de descanso de uso exclusivo para el personal—. Estás muy callada.

—No he dormido muy bien.

—Elsa, si lo de anoche te ha afectado, tal vez deberías pedir ayuda. Conozco a un...

—Estoy bien, gracias.

¿Cómo decirle que la imagen de aquel ser putrefacto era sólo una décima parte de su desasosiego? Todo estaba en contra suyo.

—¿Qué tal va lo tuyo con el tipo misterioso? ¿Has descubierto algo nuevo?

—Hablé con Fernando y le ha investigado. Está fuera de toda sospecha —mintió, desviando la mirada. Ojalá pudiera compartir con ella sus preocupaciones. Al menos podría hacerlo con Ana, que estaba al corriente de todo.

Sabía que Lola no se había creído sus excusas, pero siempre respetaba sus silencios. En esta ocasión estaba atada de pies y manos, pero no tenía ninguna duda de que, cuando por fin acudiera a ella y se dignara a sincerarse, su maestra estaría allí para ayudarla. Siempre había sido así.

—Entonces, lo vuestro sigue adelante. Es fantástico.

—Ya veremos —subrayó, incorporándose de la silla blanca de plástico y tomando el pasillo hacia el despacho.

La mañana se le hizo interminable pero, cuando al fin llegó la hora de comer, se reclinó en el ergonómico sillón de piel blanca y suspiró hondo.

Se sentía terriblemente sola. Abrió el bolso y sacó un paracetamol que ingirió acompañándolo con un poco de agua de una botella que había sobre la mesa del escritorio. Al menos, sí existía un remedio para combatir la jaqueca. Ojalá hubiera también una píldora contra las decepciones.

Era Nochebuena y el gabinete cerraba ese día a las dos. Disponía de todo el tiempo del mundo para comer, pero tenía el estómago completamente cerrado y, además, no se sentía con ganas de enfrentarse a su familia. Podía imaginar lo preocupada que estaría por ella y por las consecuencias que el

descubrimiento de la nueva víctima iba a tener sobre el caso.

Con el mayor sosiego posible, tomó el teléfono y marcó el número de casa. Cuando Cristina respondió, hizo un esfuerzo por templar la voz e inventó una excusa; no iría a comer. Por fortuna, desde el otro lado de la línea no hubo preguntas ni reproches.

Aliviada, se puso el abrigo, el gorro de lana y los guantes y tomó el camino hacia el único lugar donde encontraba cierta paz en momentos de crisis.

Cuando llegó a los jardines del monasterio de El Escorial esbozó una sonrisa amarga; eran una auténtica maravilla. ¿Cuántas veces había acudido a aquel mismo paraje buscando respuestas? ¡Cientos!

No había un rincón en el mundo que le transmitiera mayor tranquilidad. Era el sitio idóneo para la meditación y, por fortuna, todavía podría disfrutar de unas cuantas horas de sol.

Tomó asiento en un banco de piedra y observó la gran edificación de mediados del siglo XVI que se levantaba ante ella. No era de extrañar que el monasterio fuera considerado por algunos como la octava Maravilla del Mundo. Y, quizá por ese motivo, le gustaría poder hacer como Felipe II tras su victoria en la batalla de San Quintín; alejarse del mundanal ruido y dedicarse a contemplar el monte Abantos desde las ventanas de aquellos imponentes muros renacentistas de enorme valor arquitectónico. Lo de los rezos lo dejaba para el monarca, ella era mucho más pragmática.

Sus ojos se inundaron de lágrimas. Estaba completamente desbordada por las emociones. ¿Qué iba a pasarle a mamá? ¿Y cómo podría volver a mirar a la cara, sin derrumbarse, al hombre que amaba con pasión y odiaba por momentos?

Maldito fuera. Ojalá pudiera odiarle sin más. Sería mucho más sencillo.

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 14,15 horas.

Mario necesitaba hablar con Elsa como fuera. La había llamado al móvil media docena de veces, pero se negaba a coger el teléfono. Pues no iba a rendirse tan fácilmente.

Cruzó la calle y llamó al timbre de casa de Ángela que, inmediatamente, le abrió la puerta.

—Hola, Mario. Tienes un aspecto horrible. —Tenía ojeras y una barba incipiente que, lejos de hacerle atractivo, le daba un aspecto enfermizo—. Supongo que lo de anoche tampoco fue fácil para ti.

—No, no lo fue —respondió, tratando de imaginar si se refería a la visión del cadáver o al hecho de haber confesado que era un policía encubierto—. Ángela, necesito hablar con Elsa.

—No está en casa. Llamó diciendo que tenía no sé qué compromiso, pero sospecho que simplemente necesitaba estar a solas.

Él entrecerró los párpados mientras se apoyaba contra el marco de la puerta, apesadumbrado.

—¿No habréis discutido? —Él permaneció en silencio—. Mira, no soy ninguna ingenua; conozco a mi hija y sé cuándo algo marcha mal. Y no es que esté diciendo que no tenga motivos para estar preocupada, los tiene y muy gordos; empezando por mi absurda acusación. No dudo que lo de ayer le causó una gran impresión, pero Elsa es fuerte y dura como el pedernal. Sé que anoche sucedió algo más.

—Lo siento. Tendrás que preguntárselo a ella.

—¿No la habrás engañado con otra? —preguntó.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

—Lo siento, es que...

—Digamos que hemos tenido unas cuantas diferencias que estoy tratando de resolver. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Ángela desvió la mirada, indecisa.

—Por favor, necesito verla —insistió.

—¡Qué caray, te lo diré! Aunque me va a caer una buena bronca. Se pondrá furiosa. Suele ir a pasear a los jardines del monasterio cuando necesita sosiego. Adora ese edificio. Tal vez la encuentres allí.

—Gracias, te debo una —respondió. Y la besó en la mejilla.

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 14,30 horas.

Mario aparcó la moto y caminó por la impresionante plaza que daba acceso a los jardines.

Ojalá que Ángela conociera a su hija la mitad de bien de lo que decía, pensó con confianza. Tenía que hablar con ella. Convencerla de que sus

intenciones siempre fueron buenas. Pero el recuerdo de su rostro furioso y decepcionado de la noche anterior era suficiente para saber que se lo iba a poner difícil.

Al menos, respiró con cierto alivio, no parecía haber confiado a su madre el descubrimiento de su identidad. No había señal de reproche en su rostro cuando acudió a buscarla.

A lo largo de su vida sólo se había interesado por dos mujeres. La primera fue Carolina, ella se encaprichó de él nada más conocerle y no paró hasta lograr engatusarlo. La otra era Elsa, si bien en este caso era él quien había escogido a la presa y no al revés. Pero, tanto en un caso como en el otro, la complejidad de su profesión no era más que un obstáculo.

Tenía la esperanza de que Elsa entendiera su dedicación al trabajo y las obligaciones que conllevaba y que, por ello, perdonara su traición. ¿Tan difíciles eran de entender los motivos que le indujeron a ocultar su misión? Era policía, sí, pero también, persona.

¡Claro que hubiera querido proclamar su identidad a gritos y vivir su propia vida! Una vida como la del resto de los mortales, en la que decir tu nombre y apellidos no te hiciera sentir, algunas veces, como un mentiroso y un manipulador. Pero era un policía de la Brigada de Investigación y había hecho un juramento. Lo cierto era que el trabajo le aportaba grandes satisfacciones, pero también innumerables sacrificios. Y, pese a todo, ese oficio que en ocasiones le hacía parecer un miserable, le encantaba. No había mayor triunfo que lograr reparar una injusticia o atrapar al malo.

¡Maldita fuera, él era uno de los buenos! Entonces, ¿por qué se sentía tan mal? La respuesta estaba justo delante de sus narices: Elsa. Absorta en sus pensamientos y vestida con un traje negro, se encontraba sentada en un banco de piedra con la mirada perdida en el horizonte.

Al verla, el corazón le dio un vuelco. Dios, cómo ansiaba poder disfrutar de infinitas horas con ella, sin mentiras ni tropiezos.

Estaba impresionante. La brisa movía ligeramente su melena rubia, al mismo tiempo que los rayos de sol sonrosaban sus mejillas. Sin embargo, un halo de tristeza teñía su mirada.

La contempló durante más de un minuto. Por un instante, el miedo le

impulsó a darse la vuelta y salir huyendo, pero él no era de los que salían corriendo al menor contratiempo. Se enfrentaría a ella, igual que lo hizo a Carolina. Explicaría su postura lo mejor posible y lucharía por defender su honor, claramente en entredicho.

Elsa dio un brinco al toparse con los penetrantes ojos de Mario.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo, cogiendo el bolso y echando a andar hacia el lado opuesto.

—Un momento. —Mario se puso delante, impidiéndole el paso—. Tenemos que hablar.

—Creo que ya está todo dicho.

—Tal vez por tu parte, pero no por la mía.

—Dime, ¿qué fue lo que no te quedó claro anoche? No quiero volver a verte. ¡Nunca!

—No puedes hablar en serio.

Ella frunció el entrecejo, desconcertada. ¿Por qué se sentía tan furiosa mientras ese hombre era la serenidad personificada?

—Por el amor de Dios, Elsa, soy policía, no un monstruo. Nunca quise haceros daño.

—Tal vez no, pero eso no significa que no lo hayas hecho. Y ahora, por favor, ¿podrías dejarme sola?

Sentía que de un momento a otro las lágrimas asomarían a sus ojos y no estaba dispuesta a darle ese gusto. ¡Caray, tenía dignidad y demasiado amor propio!

Era la segunda vez que se sentía traicionada por un hombre. Pero, a diferencia de la primera, en esta ocasión dolía como el acero candente sobre la piel. Aun sabiendo que algo oscuro envolvía a Mario, ella había confiado ciegamente en él hasta el punto de involucrarse sentimentalmente.

—Elsa...

—¿Es que no puedes entender que no quiero saber nada más de ti? —gritó—. Desaparece de mi vida. Ya tengo suficientes problemas y no estoy dispuesta a engrosar esa lista contigo.

—¿Es eso lo que soy para ti? ¿Un problema? Creía que siendo psicóloga serías más razonable que la media, pero ya veo que no.

—Oh, no te atrevas a juzgarme. ¡Ni lo intentes! —Lo que el cuerpo le pedía era darle un buen bofetón y si, como él decía, fuera poco razonable, ya se lo habría dado—. No voy a consentir que me hagas sentir culpable, cuando tú has sido un cretino mentiroso, manipulador y falto de profesionalidad. Así que quítate de mi vista y deja a mi familia en paz —exclamó, apartándole a un lado y echando a correr.

«Joder», se lamentó Mario, dejándola ir. Estaba fuera de sí y era inútil tratar de hacerla entrar en razón. Dejaría pasar un tiempo y volvería a abordarla.

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 17,00 horas.

Cuando Ángela vio el coche patrulla acercarse por el sendero de acceso a su vivienda, las piernas le temblaron y a punto estuvo de caer al suelo. El miedo se apoderó de ella, dejándola paralizada.

Desde el momento en que supo que existía una nueva víctima, no había dejado de preguntarse si también le acusarían de semejante atrocidad. Nunca en la vida imaginó encontrarse en aquella tesitura.

Su vida dio un giro de ciento ochenta grados el día en que falleció su marido. Entonces creyó morir ella también. Se habían amado más de lo que se podría explicar con palabras y de aquella relación nació una hija que era su razón de existir. Elsa lo era todo para ella, su pequeña. No importaba que tuviera dos, diez o treinta años, siempre sería su pequeña.

Podía soportar el sufrimiento que todo este asunto estaba acarreándole a ella, incluso a su madre, anciana ya como era, pero ver sufrir a su hija era pedirle demasiado.

Si perder a Javier fue un duro golpe, ver derrumbarse a una niña de tan solo diecisiete años fue espantoso. No quería que aquella situación volviera a repetirse y, menos aún, por una acusación injusta e inmerecida. Ella era inocente e iba a luchar hasta demostrarlo.

—Hola, Ángela —saludó Fernando, andando hacia la entrada principal.

—Hola. ¿Ocurre algo?

—No, tranquila. Pasaba por aquí y... bueno, quería saber cómo estabais después de lo de anoche.

Ella suspiró tan hondo que el olor a pino pareció atravesarle los

pulmones.

Fernando observó cómo relajaba los músculos de la cara mientras una sonrisa ocupaba su lugar. Dios, era una mujer bellísima.

—¿No habrás pensando que venía...?

—Eso es exactamente lo que he pensado —convino ella—. Desde que Elsa llegó ayer con la terrible noticia del cadáver, no pienso en otra cosa. ¿Soy sospechosa?

—¿Pasa algo? —Cristina se asomó por la puerta, visiblemente afectada. La tensión se palpaba en el ambiente.

—Hola, Cris —saludó él, dándole dos besos—. Nada importante. Sólo pasaba por aquí. Anda, Ángela, demos un paseo. Te vendrá bien —sugirió.

Ángela entró y echó mano de un abrigo. No dejaba de sorprenderse de que, más de treinta años después, Fernando continuara siendo un auténtico misterio para ella. Eran amigos, sí, pero en raras ocasiones habían compartido una confidencia o algún detalle íntimo. Incluso cuando faltó Javier y él se erigió como su protector, habían carecido de esa confianza de la que gozaban las verdaderas amistades.

En cierto modo, la actitud circunspecta y distante del mejor amigo de su marido la incomodaba.

Anduvieron en silencio por los caminos de los alrededores, escuchando el sonido de los pájaros y de las ramas movidas por el viento.

La tormenta de los días pasados había dado paso a un tiempo anticiclónico, con un sol radiante, si bien la temperatura era fresca, como correspondía a esas fechas invernales.

—¿Se sabe ya la identidad del muerto? —quiso saber.

—No. Están haciéndole la autopsia en estos momentos. Espero poder tener más información a última hora de la tarde.

—Estoy metida en un buen lío, ¿eh?

Fernando se detuvo, sin apartar los ojos de ella. Ángela era fuerte como un roble. Alrededor del cuello, protegiéndola del frío, llevaba una pashmina en tonos rojos que hacía resaltar el azul de sus ojos y el color rubio de su pelo. No se sorprendió; siempre había destacado por su gran atractivo y elegancia.

—Saldremos de ésta —respondió él, completamente seducido por aquella mujer.

Llevaba años, siglos diría él, toda una vida para ser más exactos, enamorado de ella. Se la presentaron en casa de un compañero de la Guardia Civil que cumplía años y organizó una magnífica barbacoa para celebrarlo. Jamás olvidaría aquel día.

Era un sábado de primeros de junio y Ángela se le acercó con un plato repleto de morcilla, chorizos y panceta. Él estaba enzarzado en una discusión con Javier sobre un caso policial y ella intervino con total naturalidad, dando su punto de vista, que nada tenía que ver con el de ellos. Le gustó desde el primer momento pero, por desgracia, ella parecía estar más interesada en su amigo.

—¿Por qué? —preguntó ella, con dulzura, sin dejar de mirarle.

—Por qué, ¿qué? —repitió él, confuso.

—¿Por qué haces esto?

«Porque te amo», hubiera querido gritarle.

—Creo que ya lo sabes.

«¡Ojalá lo supiera!», se dijo Ángela para sí misma. No lograba entenderle. Siempre se había ocupado de ellas sin pedir nada a cambio, sin contraprestaciones ni exigencias. Y ¿qué quería decir con que creía que ya lo sabía? No tenía la menor idea.

Le observó con detenimiento. ¿Cómo había estado tan ciega hasta ahora? Era un hombre atractivo e interesante. Por un momento, ansió una declaración. «Serás tonta... ¿Has perdido la cabeza?».

—Le prometí a Javier que si algún día le ocurría algo, cuidaría de vosotras.

—¿Eso es todo? —insistió, algo decepcionada y con una frialdad nada propia de ella.

Pero, ¿qué puñetas le pasaba? ¿Por qué tanta obstinación?, se reprendió.

Fernando hizo un leve gesto que denotaba su falta absoluta de comprensión.

—¿Te encuentras bien? Pareces enfadada.

Ella continuó a paso ligero y él aceleró hasta ponerse a su altura.

—No tienes por qué hacerlo, ¿sabes? Javier murió hace más de quince años y, desde entonces, no has dejado de preocuparte por nosotras. Creo que has cumplido tu palabra con creces.

—Pensé que no te importaba...

—Por el amor de Dios, pues claro que no me importa. Te estoy muy agradecida pero... —Se detuvo—. No es necesario. No quiero que este asunto te salpique. Podrías perder tu empleo si tratas más de la cuenta con una sospechosa de asesinato. No deberías estar aquí.

—¿Te preocupa que pierda mi puesto?

—Me preocupas tú —realizó con firmeza, rozándole la mejilla con la palma de la mano.

Hasta hacía unos días, jamás habían tenido un acercamiento tan íntimo.

Primero había sido aquel abrazo. En esa ocasión fue él quien inició el contacto y ella todavía sentía el calor reconfortante de su cuerpo en la gélida celda. Ahora era ella la que había dado el paso. Tantos años de amistad y era la primera vez que se tocaban de aquella manera. Y, por extraño que pareciera, era embriagador.

Fernando estaba desconcertado. Ángela siempre le había tratado como a un amigo, pero interponiendo una barrera que jamás se le ocurrió cruzar. Es más, no sabría ni cómo hacerlo. Estaba perdidamente enamorado de ella desde hacía tantos años que daba por sentado que lo suyo era una relación imposible y, por ello, se conformaba con formar parte de su vida de otras mil maneras. Pero lo cierto era que estaba confuso. Ángela jamás le había mirado antes de aquella manera tan viva, elocuente, incluso desafiante; cómo si quisiera atravesarle.

—Parece que a la víctima le golpearon en la cabeza con algún objeto contundente que le causó la muerte. —Nervioso, dio un giro a la conversación.

Ángela se detuvo en seco y le agarró de la chaqueta con determinación.

—Fernando, soy inocente.

Él le tomó las manos con calma y las mantuvo apretadas contra su pecho.

—Nunca he pensado lo contrario.

—Pero las pruebas...

—Quien le mató era diestro. El examen preliminar así lo ha confirmado. Puedes estar tranquila.

—Pero eso no me exonera del otro crimen, ¿verdad?

Sin soltarse, Ángela apoyó la frente en su barbilla, en parte aliviada. Él, sin pensárselo dos veces, le respondió con un beso en la coronilla. Luego la rodeó con los brazos y la atrajo fuertemente hacia él, consolándola y acariciándole el pelo. Durante más de un minuto permanecieron abrazados.

Cuando ella se separó ligeramente, él se resistió a dejarla marchar y continuó envolviéndola, con las manos entrelazadas detrás de su espalda.

—Gracias. Creo que necesitaba este paseo y, más aún, un abrazo. Me estoy volviendo loca —destacó, levantando la cabeza hacia él y mirándole de frente.

Fernando era unos diez centímetros más alto que ella y Ángela no recordaba haber estado nunca tan asombrosamente pegada a él, ni haberse percatado antes del aroma que desprendía a colonia masculina de marca. De repente, el corazón se le aceleró. Estaba aturdida por esa avalancha de sensaciones que recorrían su cuerpo al contacto con el de él.

Él, consciente de su turbación, le sonrió discretamente, mientras con una mano le colocaba algún mechón rebelde de pelo detrás de la oreja. Ella no podía creer que aquel hombre, de una apariencia tan dura y áspera, pudiera ser tan... seductor.

—Lo estás haciendo bien —murmuró él, soltando al fin las manos y dejando que el aire corriera entre los dos—. Estás más tranquila que muchos acusados de delitos leves.

—¿Eso pretende ser un halago, o me estás llamando inconsciente?

—Ángela, siempre he pensado que eres una mujer sensata, valiente y luchadora.

—¿Sensata, dices? Ojalá fuera así —susurró, recordando su pésima inversión y las graves consecuencias que ese estúpido error podría acarrearle. Debería contárselo pero algo le decía que no era buena idea.

Fernando no quiso indagar acerca de ese comentario sarcástico y emprendió su singular investigación personal.

—Lo cual me recuerda otro tema, ¿cómo está Elsa?

—Ya la conoces, reservada hasta el infinito —respondió, girando hacia un sendero oculto por la maleza y disfrutando del paisaje—. Cuesta saber qué diablos pasa por esa cabecita. Sé que, aunque intenta disimularlo, está preocupada por mí. Me siento fatal. Se supone que venía de vacaciones y, por mi culpa, está viviendo un calvario.

—Ten paciencia. Estoy convencido de que habrá una explicación para todo este asunto.

—Fernando, no podría soportar que me carguen con otro asesinato. Con uno ya es suficiente.

—No lo harán —sentenció—. Pero, por favor, ocúpate de que Elsa se mantenga al margen de la investigación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer, con curiosidad.

—Creo que anoche estuvo husmeando en casa de Alfredo y por eso topó con el cadáver —dijo, inventando nuevamente una versión para que Ángela estuviera alerta y controlase la impulsividad de su hija. Si esa jovencita continuaba metiendo las narices, acabaría metida en un buen lío.

—Por el amor de Dios, ¿no lo dirás en serio?

Él levantó la ceja, sin decir ni una palabra.

—Por supuesto que lo dices en serio. La mato, yo la mato. Le advertí que no se entrometiera... Hablaré con ella, pero no te prometo nada.

—Bien, tal vez a ti te escuche.

—No estés tan seguro —le rebatió, disgustada por las agallas de su única hija.

—Será mejor que demos la vuelta, está refrescando y debo volver al cuartel.

—Claro.

Anduvieron en silencio, absortos en sus pensamientos.

Ángela se preguntaba cómo sería besar a Fernando. ¿La perilla sería un impedimento o por el contrario un estimulante?

—¿Nunca has pensado en afeitarte la perilla? —Cuando quiso arrepentirse, aquellas palabras ya habían abandonado su boca.

—La verdad es que no. Las mujeres la encuentran... sugestiva —bromeó.

Ella soltó una fuerte carcajada. El hombre de acero resultaba no sólo una

compañía agradable, sino también divertida. E increíblemente interesante.

—¿De veras? Yo no diría exactamente esa palabra.

—Siempre hay excepciones —apuntó, herido en su orgullo.

—Oh, no me malinterpretes. Estoy de acuerdo en que te da un aire interesante.

—Interesante —repitió.

Esa mujer iba a terminar con su autocontrol si seguía por ese camino, pensó Fernando. ¿Por qué no lanzarse al vacío y besarla? ¿No había esperado ya demasiado tiempo?

—Es sólo que yo más bien emplearía la palabra... —Se detuvo a pensar —. Varonil.

—Varonil, sugestiva... ¿Cómo hemos acabado hablando de mi perilla?

Ángela se ruborizó. No recordaba cuando fue la última vez que un sencillo comentario le había hecho sentirse tan ridículamente coqueta.

—Yo no...

—Ya hemos llegado —dijo él cuando alcanzaron su vehículo, estacionado junto al chalé.

—Gracias por venir. Me ha encantado verte.

—No dudes en llamarme si algo te preocupa. Estaré aquí en menos de un minuto y, tal vez, podamos analizar cualquier otra parte de mi anatomía.

—Oh, vamos, deja de burlarte.

Él la tomó de la mano con naturalidad, mientras la obsequiaba con un casto beso en la mejilla.

—Te llamaré.

—Hasta luego.

Ángela se quedó allí, plantada, hasta que el vehículo oficial desapareció por la carretera. Era curioso que fuera una situación tan dramática la que hubiera propiciado el acercamiento de aquella relación. Y lo cierto era que la encontraba inesperadamente sugestiva, pensó, muerta de risa.

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 19,00 horas.

Fernando entró en el cuartel de la Guardia Civil alrededor de las siete. Confiaba en que a esas horas ya tuvieran noticias del Instituto Anatómico Forense de Madrid, donde había sido trasladado el cadáver del

«desconocido».

—Rodríguez, ¿sabemos algo nuevo?

—Sí, señor —respondió éste, tendiéndole una carpeta—. Es la autopsia, ha llegado hace unos minutos. La va a encontrar interesante.

El capitán no pudo evitar esbozar una sonrisa al escuchar el adjetivo empleado. El vocablo «interesante» parecía estar marcando el rumbo de aquel día.

—Bien, echémosle un vistazo.

El informe confirmaba que el fallecimiento se produjo de manera violenta, por un golpe directo en la parte posterior de la cabeza con un objeto contundente y obtuso, causando un hematoma epidural por fractura craneal del hueso occipital.

—En otras palabras —resumió Fernando—, el examinado murió de una hemorragia intracraneal.

—Exacto.

Continuó leyendo el revelador informe. Un estudio meticuloso de los insectos y mordeduras de animales hallados en el cuerpo, así como de las bacterias intestinales, que aceleraban la putrefacción y la destrucción enzimática de los tejidos, revelaba que la muerte debió producirse en un intervalo de uno a tres meses atrás. El frío del invierno favorecía la lentitud de la putrefacción.

El examen del cuerpo también desvelaba que la muerte se produjo en otro lugar y que había sido trasladado posteriormente al lugar en el que fue hallado.

Además, la autopsia daba una leve descripción del sujeto: varón alrededor de los treinta años, raza caucásica...

Estos datos corroboraban la identificación final del cadáver realizada por el Departamento de Odontología Forense que, tras descubrir y analizar una corona hallada en la dentadura del cadáver, concluyeron que dicha prótesis, perfectamente identificada con un número único e intransferible, pertenecía a Jorge Costello Sánchez.

—Joder, el muerto es el sobrino de Alfredo —exclamó.

—Exacto —corroboró el agente.

—Rodríguez, ¿no sabe decir otra palabra? Parece usted un disco rayado.

—Lo siento, señor.

—No sea necio, hombre. No se disculpe, era sólo una broma.

—¿El hombre de acero gastando bromas? —Se oyó decir con sarcasmo a una voz grave en el otro extremo de la estancia—. Debes de estar de buen humor, para bromear con todo lo que tenemos encima.

—Teniente, cállese si no quiere que le abra expediente —amenazó él con escasa convicción—. ¿Sucede algo?

—La noticia del nuevo cadáver se ha extendido por el pueblo y la gente está conmocionada. No quisiera estar en el pellejo de Ángela. Las malas lenguas no dejan de preguntarse por qué la hemos puesto en libertad.

Él le lanzó una mirada asesina.

—Ha pagado la fianza, ¿no?

—Claro, pero explícale eso a unos desalmados sedientos de sangre.

—Al diablo con ellos —exclamó él, con la bilis en la garganta.

Viernes, 24 de diciembre de 2010 – 19,15 horas.

Mario estaba de un humor de perros. Era Nochebuena y, tras los últimos acontecimientos, no le había quedado otro remedio que renunciar a pasarla con su familia. Ello le había supuesto una buena bronca de su madre y otra no más suave de su hermana. Joder, ¿por qué era todo tan difícil?

Llevaba todo el puñetero día colgado al teléfono y revisando los informes perfectamente clasificados desde que comenzara la investigación. No encontraba ninguna pista por donde seguir.

Además, Elsa se negaba a escucharle y Fernando le había llamado para ponerle al corriente de la última información: Jorge Costello. El asunto se complicaba por momentos.

Pero, ¿quién coño querría acabar con la vida de un chaval de treinta años?, se preguntó, furioso. Sus pesquisas de meses atrás desvelaban que era muy posible que estuviera al tanto de los trapicheos de su tío. Más aún, él no tenía duda de que estaba implicado en el robo y tráfico de joyas. Al parecer, los dos formaban un buen tándem y se encontraban cómodos estando fuera de la ley. Y eran buenos, muy buenos. La Policía llevaba un año detrás de ellos, sin éxito. Ni un solo error.

Eran auténticos profesionales del robo de joyas pero, sin embargo, jamás habían recurrido a la violencia para conseguir sus propósitos. Entonces, ¿qué había ocurrido para llegar a tan fatídico desenlace? Los dos estaban muertos y posiblemente el responsable estaría gozando de una vida plena y millonaria. ¿Un socio, tal vez? Hasta donde él sabía, esas joyas valían una fortuna. Pero, ¿quién demonios podría ser ese socio?

En casa de Ángela habían hallado una minúscula parte del botín robado, pero faltaban las joyas más valiosas.

Le asaltaban infinidad de dudas. ¿Habría sido el propio Alfredo el causante de la muerte de su sobrino? Era posible, pero improbable. Parecían llevarse bien y, además, contaba con el correo electrónico que su sobrino le envió en octubre. Claro que, a la vista de los hechos, cabía preguntarse si ese mensaje era real o lo habría mandado el mismo Alfredo u otra persona, mintiendo acerca de ese viaje en velero, para no alertar a sus conocidos y ganar tiempo.

En fin, era hora de tomarse un respiro. Al día siguiente se reuniría con su equipo y daría una vuelta al asunto. Ahora debía ocuparse de Elsa.

Resuelto a hacerse escuchar, no dudó en acercarse hasta el gabinete donde ella trabajaba. Vio luz en una de las ventanas. La obligaría a atenderle o, si no, montaría un escándalo. Y era muy capaz de hacerlo.

Cuando Elsa escuchó abrirse la puerta principal, dio una voz, incorporándose del sillón para ir a recibirle.

—¿David?

Éste la había telefoneado al enterarse de su aventura de la noche anterior y, muy enfadado, le había propinado todo tipo de insultos y amenazas. Bueno, no le faltaba razón, le justificó Elsa.

El letrado no creía ni de lejos la versión aparecida en la prensa. La conocía demasiado bien. ¿Haciendo footing cerca de la casa de Alfredo «por casualidad»? ¡Ja! No tardó ni un minuto en telefonarla y acusarla de insensata, estúpida y una buena ristra de adjetivos peyorativos, todos ellos de sobra merecidos. No tenía ninguna duda de que ella había ido allí a propósito, a meter las narices donde no debía.

Confiaba en que se hubiera tranquilizado porque, de lo contrario, los

gritos se iban a escuchar en kilómetros a la redonda.

—Hola —saludó Mario al verla asomarse por la puerta.

Ella, que no le esperaba, tardó en reaccionar. No podía creer que tuviera la osadía de plantarse en su centro de trabajo. ¿Es que no pensaba dejarla en paz?

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —preguntó, entrando de nuevo en el despacho y cerrando la puerta tras él.

—No me has dejado alternativa.

—La vida es pura alternativa. Debiste pensarlo mejor antes de meterme en tu cama.

—Elsa, nuestra relación está al margen de esta investigación.

—Ah, ¿sí? Por favor, ilústreme, señor inspector; mi torpeza mental es cada día más acusada. —El tono sarcástico puso en guardia a Mario—. ¿Acaso no era yo una posible sospechosa y por eso acudiste a Nueva York a investigarme? ¿Soy o no la hija de la única sospechosa e imputada en el caso que nos ocupa? Creo que estoy metida en esa investigación de lleno. ¡Soy la hija de la acusada, maldita sea! No me digas que no están relacionadas.

—Muy bien, doctora, ya veo que desempeñas tu papel de psicóloga de maravilla. Si lo que quieres es someterme a un psicoanálisis, adelante.

—Ni lo sueñes. No habría dinero suficiente en el mundo para que te aceptase como paciente. Además, hemos cerrado —añadió, enfadada.

—Oye, puedo entender que estés enfadada. Metí la pata.

—¿De veras?

—Aunque no lo creas, me he sentido fatal ocultándote mi identidad.

—Permíteme dudarle, Mario. ¿O debería llamarte de otro modo?

Su tono agresivo no dejaba lugar a vacilaciones; estaba cabreada, muy cabreada.

—Mario está bien —respondió, con calma—. Y ahora, ¿puedes dedicarme unos minutos? Por favor, seré breve.

—Sabes, jamás pensé que diría esto, pero... Vete a la mierda.

—Eso no es muy profesional, ¿no crees?

—Es posible, pero sienta de miedo. Además, tú no has demostrado ser precisamente un buen profesional. Y ahora, vete. Estoy cansada y quiero irme

a casa.

—Puedo acercarte.

—No, no puedes —rechazó su ofrecimiento sin pestañear—. Ah, y déjame decirte una última cosa: si emplearas tanto esfuerzo en salvar a mi madre como en disculparte, tal vez conseguirías demostrar su inocencia.

—Nunca tuve intención de inculpar a tu madre. Diablos, estaba tratando de protegerla. Y luego Alfredo murió y apareciste tú... Elsa, no voy a negar que quizá mi comportamiento no ha sido del todo correcto, pero soy humano. ¿Tú nunca te equivocas?

—Sí, sobre todo en la elección de hombres. Tú eres un claro ejemplo.

La puerta se abrió de golpe y David entró como un energúmeno.

—¡Mario! —se sorprendió al verlo—. Siento interrumpir. No sabía que estuvieras ocupada. No había nadie en recepción y he entrado sin avisar. — Su tono era sereno, pero sus ojos echaban chispas.

«Dios, como si no tuviera suficiente con Mario —pensó ella—, ahora me toca lidiar con David.»

—Esta tarde hemos cerrado. Es Nochebuena, ¿recuerdas? Adelante, Mario ya se iba.

El inspector la miró con cara de pocos amigos, pero dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Ella se acercó a la ventana y permaneció allí, oculta entre las sombras, mirando al exterior.

—Pero, ¿te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre saltarte a la torera un precinto policial? Eres una irresponsable.

David estaba furioso. Ella se giró y le hizo frente.

—Vale, vale, tienes razón. Es inútil intentar convencerte de que no lo hice, pero ¿qué querías que hiciera? Necesitaba encontrar pruebas para exculpar a mamá.

—Pues lamento decirte que de ese modo sólo conseguirás que vaya directamente a la cárcel. Y tú, detrás.

—De acuerdo, he metido la pata. ¿Y qué?

Cuando estaba confundida, solía tomar una actitud hostil. Era algo que había intentado controlar en los últimos años de su vida sometiéndose a su

propia terapia, pero que, en momentos de máxima tensión, no lograba dominar. Ese día había sido especialmente duro.

—Tienes suerte de que Fernando no te haya acusado de allanamiento de morada. ¿Sabes lo que eso significa?

—No soy estúpida.

—Cualquiera lo diría...

—Déjalo ya, ¿quieres? —exclamó aturdida—. He tenido un día horrible.

—No lo dudo. El mío tampoco ha sido precisamente un camino de rosas. Estoy volcado en cuerpo y alma en la investigación de tu madre y tus jueguitos no me ayudan.

El brillo acuoso de sus ojos alertó a David de su estado.

—¿Te ocurre algo?

—Nada, sólo estoy cansada.

—¿Una discusión de enamorados?

—No estoy de humor para tus bromas, David.

—Lo siento. —Él se aproximó a ella y la envolvió entre sus brazos—. Una mala experiencia la de ayer, ¿eh?

—Horrible.

—Y presiento que yo lo he rematado. Lo lamento, pero creía haber dejado el tema lo suficientemente claro. Te advertí que nada de investigaciones por tu cuenta. Y será mejor que empieces a tomártelo en serio porque ya van dos muertos. Elsa, esto no es ningún juego.

Ella optó por el silencio. Estaba demasiado exhausta emocionalmente para librar otra batalla.

—He pasado por tu casa antes de venir. Fernando ha estado allí. He hablado con él. El muerto es Jorge Costello.

—¿El sobrino de Alfredo?

—El mismo.

Estaba agotada y harta de aquel entramado sin sentido. Quería irse a casa y descansar, pero todavía debía devolver a Julia aquella maldita llave.

—Estoy muerta. ¿Podrías acercarme a casa de Julia? Será sólo un segundo. Supongo que te esperan a cenar tus padres por Nochebuena.

—Sí, claro.

—Gracias, David. Por todo.

Capítulo 10

San Lorenzo de El Escorial.

Sábado, 25 de diciembre de 2010 – 8,00 horas.

Elsa despertó temprano. Al ser un día festivo, no se oía ni a un alma en la calle. Pese a ser una fiesta muy familiar, imaginó que la gente habría estado de fiesta hasta las tantas y ahora todos dormían felizmente.

Ella, por el contrario, estaba de un pésimo humor. Su mundo parecía derrumbarse sin que pudiera hacer nada para detenerlo.

Se embutió en su equipo deportivo y echó a correr carretera arriba. Aquello le permitiría desahogarse y echar fuera parte de esa rabia concentrada que tenía dentro. Era una de las ventajas del deporte; te ponía a mil por hora para luego dejarte planchada del todo.

Controlando su respiración, se adentró por un sendero del monte. Respirar aquel aire oxigenaba a cualquiera. Era todo un privilegio vivir cerca de la naturaleza.

Intentó evadirse, vaciar la mente de pensamientos negativos, pero era inútil. Su cabeza repetía sin cesar «mamá, Mario», «mamá, Mario», machacándole el cerebro.

Tan absorta iba, que no se percató de un pequeño agujero en el camino y metió el pie en él, doblándose el tobillo.

—Joder, joder... —gritó, dolorida—. Maldita sea.

Se sentó e intentó mover el pie haciendo pequeños giros, para sopesar la

magnitud de la torcedura. No era grave, pero estaba claro que el paseo había terminado.

—¿Qué te ocurre? —escuchó de repente, dándose un susto de muerte.

Mario se aproximó a ella y, en cuclillas, le tomó el tobillo.

—¿Es que no puedes dejarme en paz?

—Puedo, pero no me da la gana.

—Oh, genial —dijo con sarcasmo.

—Y ahora estate quieta y déjame ver este tobillo.

—No es nada —afirmó, levantándose. Al apoyar el pie dio un alarido que espantó a todos los pájaros de alrededor.

—Ya lo veo. Apóyate en mí. Te llevaré a tu casa. O mejor aún, te llevaré a la mía. Así podremos hablar.

—No piensas dejarme tranquila, ¿verdad? —preguntó, ignorando su invitación y manteniendo el pie en alto.

—No, al menos hasta que me hayas escuchado. Y ahora, sujétate a mí de una vez. Sabes que no puedes hacer el camino de regreso sola.

—Odio que tengas razón —reconoció, e hizo lo que él sugería—. Y respecto al otro asunto, no creas que no te he escuchado. Pero, sencillamente, no me ha gustado lo que tenías que decirme. Acepta tú eso.

—No es verdad, te has limitado a juzgarme.

—Puedes estar seguro de que sí.

—Odio cuando te pones sarcástica. No es tu estilo.

—¿Y cuál es mi estilo? Aceptar que me mentiste y seguir adelante con lo nuestro. Oh, sí, pequé de eso una vez; no volveré a hacerlo.

—Joder, Elsa, no soy como ese cerdo.

—Tal vez no me hayas puesto los cuernos, pero me has manipulado igualmente.

Estaba dolida con él. Sin embargo, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, el corazón le pedía a gritos que le perdonara mientras la cabeza le daba claras señales de huida. Una vez hizo caso a su corazón y salió malherida, no volvería a hacerlo.

Todo era demasiado complicado y, aunque quisiera, no podía ignorar que por su condenada investigación, su madre estaba acusada de asesinato. Y esa

barrera era insalvable.

—Sé que actué mal acostándome contigo aunque, francamente, no me arrepiento. Lo que me niego a escuchar es que te engañé, sólo te oculté la razón por la que estaba aquí, en el pueblo.

—¿Te parece poco?

—Precisamente tú deberías entenderme mejor que nadie. Aunque no hayas realizado el Juramento Hipocrático como tal, como psicóloga sabes que la profesionalidad lleva implícitos deberes éticos y morales hacia el paciente; la confidencialidad es uno de ellos.

—¿Crees que no lo sé? Y precisamente por eso, yo jamás me acostaría con un paciente.

Gracias a Dios ya habían recorrido la mitad del camino. Empezaba a sentir el tobillo hinchado y dolorido.

—Joder, vale, me equivoqué; perdona. Intenté evitarlo, pero no pude. Me gustas.

—Si no me pongo hielo pronto, no podré andar mañana —dijo, cambiando deliberadamente de tema.

Podía entender perfectamente que le hubiera ocultado su misión y, por tanto, su verdadera identidad. Había cumplido con su deber como buen profesional, pero eso no le eximía del resto de faltas. Además, ¿adónde les conducía aquella aventura sin futuro? A ninguna parte. Cada uno debía seguir su camino. Cualquier relación entre ellos era del todo imposible.

—Me prometiste que me darías la oportunidad de explicarme si ocurría algo.

—Yo no hice tal cosa.

—Sí que lo hiciste.

Cuando Mario la introdujo directamente en su casa, ella protestó.

—Pero, ¿qué haces? Quiero irme a casa.

—Te pondré hielo.

Ella se rindió. Era un contrincante demasiado testarudo como para poder librarse de él tan fácilmente. Se sentó en silencio en una silla de la cocina mientras él la atendía.

—Tómate esto —le exigió él, dándole un ibuprofeno y un vaso de agua.

—¿Es veneno?

—Te lo daría si con ello cerrases la boca y me escucharas.

Le sorprendió su tono. Antes de conocer su verdadera identidad, hubiera jurado que Mario era un hombre pacífico, razonable e incluso sumiso. Pero ahora que afloraba su verdadera personalidad, debía reconocer que tenía carácter y era tremendamente testarudo. Y, por desgracia, le gustaban los hombres fuertes y decididos.

Al sentir sus manos palpando su tobillo desnudo, un escalofrío le sacudió e inconscientemente retiró la pierna.

—¿Quieres estarte quieta? Así no puedo hacer un diagnóstico.

—¿Siempre eres tan mandón?

—No me provoques, o te juro que te retuerzo el tobillo hasta que cruja.

Obediente, se dejó examinar.

—No hay nada roto; es un pequeño esguince. Con antiinflamatorios y algo de reposo, te pondrás bien enseguida.

Ella le dirigió una mirada ingenua.

—Curso de Primeros Auxilios —respondió él, sabiendo que ella cuestionaba su sabiduría en ese aspecto—. ¿Un café?

—No, en realidad quisiera irme ya. Gracias por tu ayuda.

—Siéntate —dijo Mario, empujándola de vuelta a la silla cuando ella intentó incorporarse.

—Pero, ¿qué demonios...?

—Por favor —le rogó él—. Tengo algo que proponerte.

Ella dudó, pero finalmente accedió, haciendo un gesto de rendición con los brazos. ¿Qué podía perder escuchándolo?

—Bien. El trato es el siguiente. Aunque no quieras admitirlo, prometiste darme una oportunidad de explicarme si las cosas se torcían.

—Yo no...

—Sssshh. Déjame continuar —prosiguió—. Sólo te pido veinticuatro horas. Quiero compartir algo contigo.

—¿Sólo veinticuatro horas? ¡Ahí es nada! ¿Eso incluye un polvo de consolación? Vete al infierno —dijo, levantándose y dirigiéndose directamente a la puerta.

—Nunca creí que faltarías a una promesa. Me decepcionas.

Ella se detuvo en seco. No había nada que le molestara más que la tacharan de embustera y pudo más el sentimiento de orgullo que la rabia.

—Diez, te doy diez malditas horas y ni un minuto más —saltó, orgullosa—. No sé qué pretendes, pero estoy segura de que diez son más que suficientes.

—De acuerdo, pero te agradecería que durante ese tiempo guardases el hacha de guerra. Dame un respiro, por favor. Estamos condenados a seguir viéndonos y esta situación es insostenible. No podemos seguir peleándonos como dos chiquillos.

—Supongo que es lo más sensato —estuvo de acuerdo ella.

Lo mejor era actuar como dos adultos. Ella también necesitaba un respiro y tiempo para pensar en todo lo que estaba pasando.

—Bien, vete a casa y reposa ese tobillo. Te recogeré mañana a las diez. Ah, por cierto, ¡Feliz Navidad!

—No tan feliz —replicó ella con tristeza—. Estaré lista a las diez pero, Mario, que te haya concedido esas horas no significa que te haya perdonado.

Mario asintió, dando el tema por zanjado. Si esa maldita mujer no decía la última palabra, reventaba. ¡Siempre tenía que salirse con la suya!

Bueno, al menos podía darse por satisfecho. Había conseguido sus diez horas. Si algo sabía un buen jugador de mus era echar un órdago. Había pedido veinticuatro cuando necesitaba menos de la mitad y había ganado esa baza.

Capítulo 11

San Lorenzo de El Escorial.

Domingo, 26 de diciembre de 2010 – 9,30 horas.

Mario no faltó a su costumbre de los domingos y, media hora antes de las diez, apareció en casa de Ángela con churros.

Elsa, vestida con unos vaqueros ceñidos, un ajustado suéter de cuello vuelto blanco y un grueso jersey de lana color avellana, hizo su aparición en la cocina cinco minutos más tarde.

No se sorprendió de verle allí y tampoco del revuelo existente a su alrededor. Era increíble con lo poco que se podía comprar el cariño de tres mujeres. Las tenía totalmente en el bote.

—Buenos días —dijo, dando un beso a cada una de ellas. Llevaba el pelo suelto y esa mañana estaba deslumbrante.

—¿Y para mí no hay beso? —la provocó él, sabiendo que delante del resto no podría mandar al infierno, como seguramente deseaba.

—Tendrás que esperar tu turno —respondió ella, dirigiéndole una mirada feroz.

Elsa odiaba cómo ese hombre se divertía a su costa. Habían hecho una tregua, sí, pero eso no evitaba que le irritara ver cómo jugaba con ella. Era peor que un encantador de serpientes y, por todos los santos, ella era una más, atrapada por aquellos cautivadores ojos verdes.

—¿Cómo va ese tobillo?

—Mucho mejor, creo que no habrá que amputar.

Mirándole, tuvo que reconocer que esa mañana estaba guapísimo. Llevaba unos pantalones negros de pana fina y un moderno jersey negro, que le sentaba de maravilla. Esas diez horas juntos se le iban a hacer interminables.

Todavía no había decidido qué hacer con sus sentimientos, ni si estaba o no enamorada de él. Nueve días no era tiempo suficiente para sopesarlo. En fin... a ver qué sorpresas le deparaba ese día.

Reconoció el camino hacia la finca de Mario. ¿Irían allí? Sería una dura prueba resistirse al jacuzzi para dos aunque, después de todo, quizá no tanto. Seguía furiosa con él y eso ayudaba a mantener a raya sus emociones contradictorias.

Pero el trayecto final fue otro. El inspector adentró el vehículo por un camino de tierra, cruzó una verja donde un cartel anunciaba «La Gaviota» y, finalmente, detuvo el todoterreno junto a otros vehículos allí estacionados. Una enorme casa de color teja se alzaba grandiosa a escasos metros.

—¿Dónde estamos? —preguntó, desconcertada.

—En mi casa. Hoy toca comida familiar.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¿Qué pinto yo aquí? —exclamó, enfadada, al ver que un grupo de personas les saludaban desde el porche de la casa. No tenía escapatoria.

—Cálmate, no van a comerte.

—Vete al cuerno.

Se bajaron del coche y un niño se abalanzó a los brazos de Mario.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntaba sin cesar el pequeño.

—¿El qué, Marcos? No sé de qué me hablas —contestó Mario.

—Mi regalo.

—¿Y por qué habría de traerte un regalo?

—Porque es mi cumpleaños, tonto.

—¡Maldita sea, lo había olvidado! Felicidades, campeón —le dijo, alzándole y dándole un enorme beso en la mejilla.

—Es una broma, ¿verdad, tío?

—No sé. Quizá deberías mirar en el asiento de atrás. Tal vez haya un

paquete para ti.

—¡Lo sabía! —exclamó el pequeño, sin perder un minuto.

Extrajo el regalo del coche y rasgó el papel a toda velocidad.

—¡La Nintendo! El tío me ha comprado la Nintendo —gritó ilusionado, levantando el regalo hacia una mujer embarazada que se dirigía hacia ellos.

—Eso merece un abrazo, ¿no?

—Gracias, tío. ¿Puedo estrenarla ya? Porfi, porfi...

—Claro, es tuya.

—¿La Nintendo? Te mataré por esto —susurró la mujer al oído de Mario mientras le daba un beso de bienvenida.

—Yo también te quiero, hermanita.

—Te supliqué que no lo hicieras. ¿Cómo has podido comprársela? Le estás malcriando, Mario.

—Es mi único sobrino, ¿qué esperabas?

—Durante poco tiempo —apuntó ella, tocándose la barriga. Él sonrió.

—Belén, te presento a Elsa, una compañera.

—Encantada. —El rostro enigmático de aquella mujer era un poema. Parecía bastante asombrada de verla allí, pero también satisfecha—. Supongo que te quedas a comer.

—Sí, se queda —contestó Mario—. Ven, te presentaré al resto de la familia —dijo, cogiéndole la mano.

Cómo no había escapatoria, accedió. Eso no era, ni mucho menos, lo que esperaba. Pero ¿qué pretendía Mario llevándole a ese lugar? Al menos, fue recibida con un entusiasmo que, a priori, parecía sincero. Todos estaban allí reunidos: su madre, Isabel; su padre, Joaquín; sus dos hermanos, Sergio y Rodrigo, y su cuñado Carlos.

Bueno, ya que por lo visto tendría que pasar allí el día, se relajaría y disfrutaría de una buena comida y unas vistas espléndidas. Aquella finca era magnífica, por no hablar de la impresionante mansión que se alzaba ante ella.

Era asombroso el gran parecido entre los hermanos. Los tres eran de constitución delgada y bien parecidos. Belén también era una mujer atractiva. Tenía una larga melena castaña rizada y ojos claros.

Tras un par de horas charlando y visitando la casa, descubrió que aquella

familia era muy agradable. En ningún momento le hicieron sentir incómoda ni fuera de lugar. La aceptaron de inmediato y todos la integraron en la conversación, como si fuera una más.

Mario parecía estar disfrutando. Su sobrino no dejaba de atosigarle, enseñándole cada uno de los juegos que acompañaban a la máquina, pero a él no parecía importarle. El muchacho estaba exultante de felicidad. Se veía a las claras que congeniaban bien.

A las dos, todos se sentaron a la mesa, dispuestos a comerse un cochinito asado. Ella se sentó entre Mario y Belén. La comida fue distendida y amena.

—Bueno, qué, ¿es que este año nadie piensa animarse a la carrera de caballos? —preguntó Sergio, mientras saboreaba un exquisito arroz con leche—. Sois unos cobardes.

—Te lo prohíbo tajantemente —intervino Carlos, leyendo los pensamientos de su mujer.

—No estoy tan loca como para competir contra estos borricos con esta triponcia de cinco meses, cariño. Acabaría humillada y vapuleada por estos tres —dijo Belén, refiriéndose a sus hermanos.

—¿Qué carrera es esa? —quiso saber ella, bebiéndose el café.

—Hace doce años que estos descerebrados se juegan quién lava los platos a una absurda carrera de caballos —le explicó Joaquín—. Me avergüenza decirlo. No sabría decirte cuál de todos mis hijos es más inmaduro; probablemente los cuatro —sentenció.

—No puedo creerlo —dijo ella, riendo—. ¿Es eso cierto? —preguntó a Mario.

—Ya lo creo. Empezó como un juego tonto y ahora se ha convertido en una tradición. Y lo peor de todo es que este desgraciado siempre gana —protestó, dándole una colleja a su hermano menor.

—Ah, hermanito, las ventajas de la juventud. Soy ligero como el viento y, además, tengo un pura sangre formidable. Tal vez algún día te deje competir con él. Pero hoy la fortuna no está de tu parte. Elsa, vas a ver cómo humillo a tu policía —se burló.

—No es mi policía, pero me encantará ver cómo lo haces.

—Pagarás por esto, traidora —le cuchicheó el inspector al oído.

—Debes saber que ni la lluvia ni la nieve son impedimentos —le aclaró Rodrigo, el hermano que seguía a Mario en edad—. Hoy, por fortuna, el día está despejado, así que el espectáculo está garantizado.

Belén no había dejado de observar a la pareja desde su llegada. ¿Compañeros? Mario jamás había traído a comer a un compañero. Entonces, ¿por qué mentir? ¿Qué clase de relación mantenía realmente con esa joven?

Parecían tener una complicidad especial. Conocía a Mario y aquella mirada iluminada cada vez que miraba a Elsa le indicaba que allí se cocía algo. Le preocupaba que su hermano estuviera ocultándoles una relación por el mero hecho de no disgustarles si la cosa salía mal. Desde lo de Carolina, no le había visto tan feliz.

Y si alguien merecía ser feliz, era él. Ojalá aquella chica fuera la definitiva. Elsa le caía bien; era agradable y parecía buena persona.

—¿La participación es libre? —saltó Elsa, de repente.

—No pensarás en serio participar en esa carrera, Elsa —discrepó Belén—. Estos cretinos no tienen escrúpulos y quedarás la última. Una apuesta es una apuesta. Te tocará lavar los platos.

—Me niego a que una invitada lave los platos en mi casa —protestó Isabel—. Sería una grosería por mi parte. Mario, hazle cambiar de opinión.

—Me temo que es muy cabezona. Vamos, mamá, no seas aguafiestas —respondió, guiñándole un ojo a su madre.

—De acuerdo, allá vosotros. Preparad los caballos y que gane el mejor —accedió Isabel, captando la indirecta.

Aquel guiño entre su madre y su hermano era un signo de complicidad, lo que le hacía intuir que Elsa debía ser una buena amazona.

—Elsa puede montar mi yegua —propuso ella. Aquella yegua era el último regalo de cumpleaños de su marido y era una ganadora. Lástima que estas Navidades no pudiera montarla para darles una lección a los engreídos de sus hermanos, pensó—. Si aprecias tu ropa, ven conmigo. Te dejaré otra; estos salvajes van a muerte. Ten cuidado y no te acerques demasiado a sus caballos. En esta guerra todo vale. Si pueden, te rasgarán la ropa con tal de no quedar derrotados.

—Dios mío, me estás asustando.

—Bueno, tal vez me he pasado —le aclaró, ya en su dormitorio.

Fue así como Elsa descubrió que Belén compartía vivienda con sus padres. Unos habitaban la planta de abajo y otros la de arriba. Parecían estar francamente unidos.

—No debes fiarte de ninguno —le aleccionó Belén—. Odian perder y más aun frente a una mujer. Supongo que si has decidido participar es porque eres una excelente amazona. —Esperó una respuesta—. Dime que es cierto, por favor. Nada me haría más feliz que verte cruzar la línea de meta la primera.

Ella se echó a reír, al ver el rostro maléfico de su nueva amiga. Parecía estar saboreando la victoria de antemano.

—No quiero decepcionarte, Belén; monto bien pero me temo que no lo suficiente.

—Está bien, no quiero presionarte. Me conformaré con que machaques a uno de ellos.

Belén no tuvo ningún reparo en dejarle su equipo de montar. Le quedaba perfecto. Estaba disfrutando del día más de lo que hubiera deseado, pero no debía encariñarse con esas personas a las que probablemente no volvería a ver en su vida.

—¿Lista? —le consultó Mario, mientras sostenía la yegua—. No tienes por qué hacerlo. Todavía estás a tiempo de abandonar.

—¡Ni lo sueñes! Voy a machacarte.

—¡Caray, eres igual de competitiva que mi hermana! Ahora entiendo por qué habéis congeniado.

Como ella estaba claramente en desventaja, Mario le acompañó a dar una rueda de reconocimiento al terreno. Le explicó en qué consistía la carrera y qué partes entrañaban mayor dificultad. Era un recorrido de aproximadamente dos kilómetros; unos dos o tres minutos a galope.

—No sólo has de ser rápida, también ágil. Tendrás que saltar esos tres obstáculos —le indicó, señalando un árbol caído, una verja de un metro de altura y un estrecho riachuelo que recorría la finca—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¡Qué te apuestas!

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—¡Que empiece la carrera!

El pequeño Marcos, con su trompeta de juguete, era el encargado de dar el pistoletazo de salida.

Los cuatro participantes se prepararon, alineados, concentrados en dominar a sus animales.

Marcos dio la señal esperada.

Mario fue el más rápido en salir pero Sergio le seguía muy de cerca. Ella les acechaba a un metro de distancia y Rodrigo, dos pasos detrás de ella, intentaba no perder la posición.

Espoleó con fuerza a su yegua y ésta, a gran velocidad, se dispuso a saltar el primer obstáculo. Mario seguía el primero, pero a tan sólo una cabeza de distancia de Sergio.

Los cuatro superaron el segundo elemento peligroso sin dificultad, alcanzando ya la mitad del recorrido. Faltando apenas trescientos metros, el caballo de Mario resbaló ligeramente al saltar el río, momento en que ella, aprovechó para ganarle la posición.

—¡Vamos, Elsa, ya los tienes! —exclamó Belén.

—No puedo creerlo —anunciaron, asombrados, Joaquín y Carlos, mientras que Isabel parecía estar rezando para que su invitada no tuviera que poner un pie en la cocina.

Mario la miró de reojo, sin dar crédito y ella le sonrió triunfante. Sergio, avisado, aprovechó aquel escarceo para azuzar al pura sangre que, obediente, aceleró el galope y les ganó la posición a los dos.

Los últimos doscientos metros prometían ser emocionantes. Los tres primeros jinetes defendían a muerte sus puestos, mientras Rodrigo pugnaba por alcanzarles.

El caballo de Mario no pudo con la resistencia física de los otros, que se enzarzaron en un duelo a vida o muerte que, finalmente, terminó con Sergio como vencedor.

Belén daba saltos de alegría ante aquella exhibición de poder. Marcos imitaba a su madre y los demás estaban mudos de impresión.

—¡Enhorabuena, Elsa! Una carrera magnífica —le felicitó Sergio—. Has

estado a punto de hacerme perder el título de imbatible. He de admitir que eres la rival más dura que jamás he tenido. Me acabas de robar el corazón. ¿Quieres casarte conmigo? —bromeó, agarrándola por la cintura.

Ella, encantada, le dio un beso en la mejilla.

—Lo pensaré.

—Eh, eh, las manos quietas, buitre —espetó Mario, apartándole de un manotazo.

—Serás suspicaz... —protestó Sergio, divertido. Era difícil alterar al imperturbable «poli», pero juraría que en esta ocasión había logrado desconcertarle—. Rodrigo, me temo que te toca fregar los platos.

Domingo, 26 de diciembre de 2010 – 18,00 horas.

A las seis, Mario anunció su partida y Marcos se puso hecho una furia.

—¡Me lo prometiste, tío! Juraste que te quedarías a mi cumple.

—Lo sé, tesoro, pero le prometí a Elsa que la devolvería a casa antes del anochecer. Mañana tiene que madrugar para ir al trabajo.

—Eres un mentiroso —estalló el niño, llorando.

—Vamos, cariño, el tío tiene que irse. Ya lo comprenderás cuando seas mayor —intervino su madre, consolándole.

Elsa no perdió nota de que Mario estaba claramente compungido por haber traicionado la confianza de su sobrino y el muchacho no tenía consuelo. Los amigos del pequeño estaban a punto de llegar y, al parecer, su tío le había prometido, un mes atrás, jugar un partido de fútbol con ellos.

Pesaroso, Mario se dirigió hacia el todoterreno para cargar unas cajas de vino.

Ella, sentada en la escalera del porche, observaba la escena en silencio. Si tenía una debilidad, eran los niños.

—Marcos, ven aquí —le dijo, señalando sus piernas.

El chaval, desolado, se sentó en sus rodillas.

—¿Qué te parece si hacemos un trato?

—¿Qué clase de trato? —dijo, intrigado.

—Sé que tu tío está triste por haber roto la promesa que te hizo. Te quiere mucho.

—El tío dice que los hombres de verdad nunca rompen las promesas. ¡Me

lo prometió!

—Lo sé.

—Yo soy un hombre de los de verdad, ¿sabes?

—Claro. Eres igual que tu tío. Os parecéis mucho.

—¿De veras? Yo de mayor quiero ser poli.

Ella sonrió. Era curioso cómo todos los pequeños elegían las mismas profesiones: policía, bombero, astronauta...

—Seguro que serás el mejor. Eres un niño muy inteligente y, por eso, debes comprender que, a veces, es imposible cumplir todo lo que se dice.

Marcos se sorbió los mocos con la nariz y asintió.

—¿Qué te parece si libero a tu tío de su promesa y así puede quedarse a conocer a tus amigos?

—¿Liberar quiere decir que ya no tendrá que marcharse?

—Exacto, chico listo.

—Pero entonces, mañana te enfadarás con él cuando llegues tarde a trabajar.

Adoraba los complejos razonamientos de los niños.

—¡Qué va! Estoy encantada de quedarme a tu cumple. Si me invitas, claro.

—Sí, te invito. ¿De verdad el tío puede quedarse?

—De verdad de la buena.

—¡Bien!

—Corre, ve a decírselo. Se va a poner muy contento.

El chaval no perdió ni un segundo en llegar hasta el coche y Mario, al escucharle, le dedicó una mirada de absoluto agradecimiento. Ella le correspondió con la mejor de sus sonrisas. Valía la pena renunciar a un par de horas sólo por ver crecer aquella relación de mutua admiración.

La tarde resultó ser muy agradable. Los chavales se hartaron de saltar y tirarse por un enorme tobogán de un castillo hinchable que Carlos montó para ellos y después se dispusieron a jugar el famoso partido de fútbol: niños contra adultos. Concretamente, doce niños contra los tres hermanos Torres y Carlos. Aquella disputa prometía ser «el partido del siglo».

Elsa les observaba atentamente, apoyada en la barandilla del porche.

—Gracias por lo de antes —dijo Belén, ofreciéndole un trozo de tarta—. Tienes buena mano con los niños.

—De nada. Soy psicóloga, supongo que eso ayuda —aclaró, restándole importancia—. Hum, está riquísima. Conseguiréis que me vaya con dos kilos de más.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? ¿Qué hay entre mi hermano y tú?

Debería haberse sentido incómoda, pero se encontraba a gusto conversando con aquella desconocida. No parecía juzgar la extraña relación que compartían.

—Es complicado.

—He visto cómo te mira. Le he preguntado a él pero dice que sólo sois colegas en un caso. Sé que miente, Elsa; siente algo por ti.

—Y eso no te gusta.

—Ni me gusta ni me disgusta —aclaró—. Es sólo que me preocupo por él, ha sufrido mucho. Sólo te pido que no juegues con sus sentimientos. Le importas demasiado, lo veo en sus ojos. Si no le quieres, déjalo correr. ¿Te ha dicho que estuvo casado?

Al ver su expresión perpleja de su rostro, Belén supo que no.

—Carolina se encaprichó de él en cuanto le conoció. Ella provenía de una familia adinerada. No era mala persona, pero sí excesivamente malcriada y caprichosa. Mi hermano accedió a todas las exigencias que ella impuso para que la boda fuera como un cuento de hadas; era joven e inexperto. Pero, tras la boda, vino lo difícil. El trabajo de policía puede llegar a ser muy esclavo, sobre todo, cuando perteneces a la Brigada de Investigación. Ella no paraba de quejarse y de echarle en cara el poco tiempo que le dedicaba. Mario se desvivía por agradarle; incluso reformó la vieja casona de mi abuela, donde vivían, y la convirtió en un lugar muy especial. Pero ella jamás valoró sus detalles.

Ella recordaba muy bien aquella espléndida casa con jacuzzi. Se sorprendió de que alguien no quisiera pasar allí su vida entera. Era preciosa y acogedora.

—Nada de lo que hacía era suficiente. Carolina fue apartándole de su vida

y él acabó distanciándose, sumergido completamente en el trabajo. Después de dos años de matrimonio, le dejó. Le acusó de ser el responsable de que su matrimonio no funcionara, cogió sus cosas y se largó.

—Es una historia muy triste.

—Todavía no he llegado a lo peor. Al cabo de dos semanas, Carolina sufrió un accidente de coche y murió. La autopsia reveló que estaba embarazada de tres meses. Mario quedó destrozado al enterarse. ¡Esa mujer le había ocultado que esperaba un hijo suyo!

Ella se llevó la mano a la boca, estupefacta.

—Mario se culpó de su muerte. Estaba convencido de que si le hubiera dedicado más tiempo, nada de eso hubiera ocurrido. Se embarcó en los casos más peligrosos, infiltrándose en mafias y cárteles de drogas. Durante tres años disfrutó retando a la muerte. Parecía querer que le mataran. Fue horrible. Pasaba largas temporadas sin regresar a casa y cada vez que sonaba el teléfono, mamá se ponía a temblar, convencida de que una de esas llamadas anunciaría su pérdida.

—No tenía ni idea. Yo...

—Gracias a Dios, una temeridad suya estuvo a punto de acabar con la vida de un compañero y le retiraron de los casos más peligrosos, además de obligarle a acudir a terapia.

—¿Hace cuánto fue eso? —preguntó ella, sin dar crédito a aquella rocambolesca historia.

Ahora se explicaba tantas cosas: la melancolía que a veces sentía en la mirada de Mario, el extremo sentido del deber, la entrega absoluta a los suyos...

—Terminó la terapia hace cuatro años y, desde entonces, es otro. Recuperó la alegría de vivir. Le destinaron a sucesos de robos y cosas por el estilo. Cuando puede, también echa un cable en el negocio familiar del vino. No quisiera que ahora que está recuperado...

—Una mujer vuelva a hacerle daño —terminó ella la frase por Belén. Comprendía perfectamente su preocupación. Ella no tenía hermanos, pero sí una madre, una abuela y grandes amigos.

—Exacto.

—Entre tu hermano y yo las cosas están bastante claras, los dos sabemos lo que hay. Es todo lo que puedo decirte.

Belén asintió.

—Bien, yo sólo quería ponerte en antecedentes. Quiero a Mario y no deseo verle sufrir más. Sé lo reservado que puede llegar a ser con su vida privada y... No sé por qué, pero tú me caes bien. De aquí en adelante es cosa vuestra.

—Te agradezco tu confianza, de veras.

El viaje de regreso a casa se le hizo eterno. Simuló estar dormida, no podía enfrentarse a Mario sin antes analizar toda aquella información. Quería llegar pronto para estar a solas y reflexionar sobre todo lo que estaba bullendo en su interior. ¿Cuál era el propósito de aquel hombre al llevarla a su hogar? Hubiera querido preguntárselo, pero presentía que la respuesta no iba a gustarle. O quizá, simplemente, no deseaba escucharla.

Cerca de las once, Mario aparcó el Pick Up, frente a su domicilio. Ella se apresuró a bajar del vehículo y el inspector hizo lo propio.

—Hasta mañana. Lo he pasado bien. Tienes una familia fabulosa, en serio —dijo, dirigiendo sus pasos precipitadamente hacia la puerta principal.

—Elsa, estoy enamorado de ti.

Ella frenó en seco y agitó la cabeza, turbada.

—No, no quiero escucharlo, ¿vale?

—Pero yo necesito decírtelo.

—Maldita sea, ¿crees que puedes engañarme, seducirme, mentirme y luego decirme que estás enamorado?

Meneó la cabeza de nuevo y, sin pronunciar una sola palabra más, le hizo un gesto de advertencia con las manos para que guardara silencio. Se marchó dando un portazo.

Capítulo 12

San Lorenzo de El Escorial.

Lunes, 27 de diciembre de 2010 – 13,00 horas.

Si la noche había sido un infierno, el día no fue mejor.

Elsa pasó la mañana y la tarde revisando dossiers y poniéndose al día de las afecciones de sus futuros pacientes, sin ningún éxito. Absorta en sus circunstancias personales, le fue imposible concentrarse.

¿Qué había sucedido el día anterior? ¿Por qué Mario se empeñaba en un imposible? No había nada que hacer. ¡Nada! Aquella relación se rompió en el momento en que ella le odió por vez primera.

Ni en el más feliz de los sueños podía imaginar una vida a su lado. Cabizbaja, hizo un apunte en sus notas de trabajo.

Como casi siempre que alguna cuestión la angustiaba, no la compartió con nadie. Prefería guardársela para sí, meditarla en silencio y tragarse toda la bilis que le subía por la garganta hasta que llegara a una conclusión o decisión.

Estaba hecha un mar de dudas. Trató de recapitular para ordenar sus ideas.

Alfredo Costello y su sobrino Jorge eran ladrones de joyas, perseguidos y vigilados desde hacía tiempo por la Policía. Y ahora, los dos estaban muertos. Su madre era, por el momento, la única sospechosa. ¿Por qué ella? ¿Y qué hacían dos ladrones instalados en El Escorial? ¿Quién querría verles muertos?

¿Era su madre víctima de un montaje, escogida al azar por el asesino o, realmente, alguien le deseaba algún mal?

Eran tantas preguntas sin resolver que no sabía por dónde empezar. Necesitaba respuestas y sólo Fernando podía dárselas.

Tomó el auricular y marcó el número de su teléfono móvil. Tras una poco esclarecedora conversación, sólo fueron capaces de llegar a un acuerdo: ella acataría todas y cada una de sus normas si el capitán le dejaba colaborar en la investigación... aunque para ello tuviera que trabajar codo con codo con Mario.

Lo que en su día fueron dos investigaciones independientes, el robo de joyas y el asesinato de Alfredo, ahora eran una sola. La Policía y la Guardia Civil cooperaban para resolver cuanto antes aquel asunto. Y ella, en la sombra, también iba a formar parte del equipo.

Lunes, 27 de diciembre de 2010 – 14,15 horas.

Mario no dejaba de maldecirse por su torpeza. Durante un instante estuvo convencido de que Elsa le correspondería, pero se equivocó. No quiso escucharle.

De todos modos, no se arrepentía. Hacía años que no sentía la llama del amor aflorar con tanta viveza. Su corazón estaba muerto hasta que ella entró en su vida y eso le hacía recuperar la esperanza; la esperanza de volver a sentir, de recobrar la confianza en el sexo opuesto, de enamorarse de nuevo... Esperanzas que creía tener enterradas.

Carolina y él cometieron demasiados errores. Demasiados reproches. Demasiadas falsas promesas. Eran jóvenes, sí, pero no estúpidos. Eran tan distintos... Ella quiso vivir un cuento de hadas y él nunca dejó de ser sapo para convertirse en príncipe. La defraudó y eso significó el fin. O tal vez fue ella quien le defraudó a él. A estas alturas, ¡qué más daba!

Lo cierto era que ahora estaba dispuesto a amar de nuevo. Confiaba en que la madurez fuera un punto a su favor que le permitiría escoger mejor. Elsa era muy distinta a su ex mujer. No era caprichosa ni malcriada, y si ansiaba algo, luchaba por ello. Había apostado por el máster criminalista, renunciando al calor de su familia y a las comodidades de una vida agradable. Vivir en otro país y acomodarse a otras costumbres no era tarea fácil.

La admiraba por ello. Admiraba su determinación; su obstinación era otro cantar. Eso era algo con lo que no contaba. ¿Cómo podía hacerle entender que nunca quiso hacerle daño? Si quería que lo suyo prosperara, iba a tener que luchar con uñas y dientes contra ella. Si al menos no fuera tan reservada... Elsa era como una olla a presión. Tendía a guardarse todo dentro y luego estallar como un cóctel Molotov.

Aunque, esta vez, no lucharía contra la naturaleza humana. Si ella no le aceptaba tal como era, se retiraría. No deseaba otra relación imposible basada en reproches y mentiras. Quería algo sólido, fuerte, consistente. ¡La quería a ella, maldita fuera!

Hasta ahora Elsa sólo le había ofrecido su cuerpo y, aun así, cuando hacían el amor sentía la barrera imaginaria que ella alzaba entre los dos. ¿Sería capaz de derruirla?

Se pasó la mano por el cabello, salivando. Pensar en no volver a sentir el tacto de su piel le cerraba el estómago. Recordó la primera vez que la vio. Era tan... distinta. Pese a haber visto una foto suya, le impactó enormemente. Su determinación al hablar, su belleza, incluso su desconfianza hacia él, le hizo gracia. Fue como un flechazo absurdo y sin sentido. Nunca debió permitirse la atracción hacia la hija de una sospechosa, se culpó.

Pero eso ya no importaba lo más mínimo. Había fracasado tanto en la misión como en el amor. ¡Era un completo estúpido! Aunque no se rendiría. Eso nunca.

El sonido del timbre le distrajo. Se dirigió hacia la puerta principal y abrió.

—Hola —saludó Elsa, tímidamente.

—Hola.

—¿No piensas dejarme entrar? Hace frío —aclaró, envolviéndose con la ayuda de las manos en el abrigo de lana.

—Por supuesto, perdona. Adelante —la invitó, todavía en estado de shock. No la esperaba. Al menos, no tan pronto.

La observó con atención. No tenía buen aspecto. Parecía agotada. Se había recogido la melena en una cola de caballo, dejando unos mechones sueltos al azar.

—Pareces cansada.

—Sí, supongo que lo estoy —respondió, retirando la vista hacia el suelo. Estaba nerviosa—. Sólo tengo dos minutos. Me esperan en casa para comer.

—Claro. ¿En qué puedo ayudarte?

¿Por qué aquella actitud tan formal?, se preguntó Elsa. Se suponía que debía de ser ella la ofendida, no él.

—Necesito una tregua.

—¿Una tregua? No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente.

—Hace tiempo que dejé de adivinar los pensamientos oscuros de las mujeres. ¿Puedes ser más precisa?

—Necesito centrar toda mi atención en el asunto de mamá. Y no puedo si sigues... presionándome —acertó a decir, con indecisión. Estaba confusa—. He hablado con Fernando y tengo su consentimiento para colaborar en el caso, siempre que tú estés de acuerdo, claro.

Mario no le quitaba ojo, pero ni una sola mueca hacía presagiar su decisión.

—Ya veo.

—Mario, puedo ser de gran ayuda. Conozco a todos los que acudieron a la fiesta. Además, puedo aportar mi experiencia como psicóloga. Sé que vais a ampliar la investigación hacia los antiguos casos de papá, por si algún antiguo cliente suyo, cabreado, tuviera algo que ver.

El inspector permaneció en silencio, sin pronunciarse.

—Por favor —rogó Elsa—. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—Todos los expedientes relacionados con el robo de joyas y el asesinato están en esta casa, a buen recaudo. Es aquí donde tendrás que trabajar, leyendo y releendo documentación... conmigo como único supervisor y colaborador.

—Lo sé.

—Creía que no querías volver a verme.

—Maldita sea, Mario, ¿cómo crees que me siento yo? ¿Te has parado a pensarlo un segundo? ¿Piensas que para mí es fácil aceptar que me atrae el hombre que motivó el encarcelamiento de mi madre? Me estoy volviendo

loca. No sé si odiarte o a...

Se interrumpió ante aquella palabra que por un momento quiso abandonar su boca.

—¿Qué diablos significó lo de ayer? ¿Qué pretendías demostrar llevándome con tu gente? No somos pareja. ¡No somos nada! No debiste...

—Sólo quería que vieses con tus propios ojos que tengo una vida. Siento, sufro y amo como el resto de la gente. ¿Puedes entender eso?

—Pues claro que puedo, ¿por quién me tomas?

—Entonces, podrías dejar de juzgarme tan duramente por sentirme atraído por ti y darme una oportunidad. Fue un error, de acuerdo, pero ya me fustigo yo lo suficiente, no hace falta que lo hagas tú también.

—Te aseguro que tengo bien presente que eres una persona como las demás, pero no me pidas un milagro. Puedo entender esa atracción, incluso perdonarla; es imposible controlar las feromonas. Pero que me arrastrases a mí fue... demasiado.

Mario asintió, apesadumbrado.

—Ya, claro, lo suponía. Sin embargo, eso no cambia las cosas. No puedo evitar estar enamorado de ti. Lo estoy, Elsa, y no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Ya es demasiado tarde.

Ella sintió un escalofrío al oírsele decir de nuevo. El corazón se le encogió. Si le odiaba, ¿por qué se sentía tan terriblemente mal? Debería estar eufórica, contenta por verle pagar las consecuencias de su error. Y, sin embargo, sentía una clara opresión en el pecho que le obligó a sentarse. Intentó controlar el temblor de las manos.

—Eso no es amor, es lujuria —rebatía, confusa.

—Por desgracia, sé demasiado bien lo que es la lujuria y esto no tiene nada que ver.

—Si vamos a trabajar juntos, tendrás que guardarte esas declaraciones para ti mismo. Yo no te quiero, no quiero nada contigo. Sólo quiero que todo esto termine y que desaparezcas de mi vida —escupió, evitando echarse a llorar. Se sentía más perdida que nunca.

Mario la miró directamente a los ojos. Saltaban chispas. Y parecía tan asustada... La había herido y ahora ella le rechazaba. Sólo le quedaba una

cosa por hacer: resolver el caso y tomarse unas largas vacaciones para sanar su corazón.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres, no volveré a molestarte. Puedes estar tranquila, seremos únicamente colegas.

«Colegas», pensó Elsa. ¡Sonaba espantosamente frío!

—Gracias. ¿Te parece si empezamos mañana?

—Claro. Ven cuando quieras.

Capítulo 13

San Lorenzo de El Escorial.

Martes, 28 de diciembre de 2010 – 4,00 horas.

Ángela se despertó de golpe, envuelta en sudor ante la imagen sobrecogedora de ella misma encerrada de por vida en una celda de tres por tres, acusada de asesinato.

«Asesinato», aquella palabra había adquirido un significado distinto; especial. Antes sólo la vinculaba a películas de la mafia o de suspense, a dramáticas noticias de prensa y televisión, al maltrato de género... Pero ahora, con ella como protagonista principal del culebrón, la connotación era más cruda y dolorosa.

En un principio estuvo desconcertada. Más tarde, asustada, e incluso enfadada, diría, por lo absurdo del asunto. Ahora, tras días de análisis, estaba intrigada a la par que disgustada; no sólo por las consecuencias que aquel delito podría acarrearle, sino por saber que alguien muy cercano se la estaba jugando. Sólo ella sabía lo demoledor de un pensamiento de aquella envergadura.

Cada noche, al acostarse, reproducía en su mente la fatídica fiesta de cumpleaños. Las imágenes se le agolpaban sin sentido. Felipe, subiendo hacia el cuarto de baño. Cristina, sirviendo copas. David, charlando con Alfredo. Julia, ofreciendo canapés. Mónica, de pie junto a Alfredo. Mario, riendo a carcajadas y disfrutando de un café junto a la víctima. Fernando, mirando con

recelo al que minutos después cayó seco al suelo.

Se detuvo en esa última idea. Al capitán nunca le gustó el italiano. Simplemente, no congeniaban. Eran tan distintos. La disciplina frente a la anarquía; la rigidez frente a la permisividad; la austeridad frente al despilfarro; la prudencia frente a la elocuencia.

Reflexionó, maldiciéndose por el grave error cometido al liarse con un sinvergüenza de ese calibre. ¿Cómo pudo ser tan ingenua? Le cegó su elegancia, su desparpajo, la abundancia... el sexo. Si hubiera elegido a un hombre como Fernando, no estaría metida hasta el cuello en este lío.

Sonrió al comprobar que aquel planteamiento no le disgustaba. Rememoró el paseo entre los pinos de hacía unos días, la insólita atracción que sintió hacia él, la curiosa protección que experimentaba a su lado... Incluso creyó percibir el calor en los ojos de él cuando la miraba. Todavía sentía sus brazos arropándole la espalda.

Seguramente a Javier no le importaría que le eligiese como pareja, como compañero, como amante... Es más, estaría encantado.

Embarcarse ahora en cualquier nueva aventura quedaba descartado del todo, debía emplear toda su energía en salir de aquel drama en el que, sin buscarlo, estaba inmersa.

Y, obviamente, ocultar su situación financiera, no la ayudaba. Guardar aquel secreto estaba acabando con su templanza. Era el momento de tomar decisiones, de enfrentarse a la verdad, de poner toda la información sobre el tapete.

Y vaya si lo hizo. Tomó la determinación de llamar a Fernando esa misma mañana y confesarle su pecadillo. Le contaría lo de las joyas empeñadas, necesitaba quitarse ese peso de encima; compartirlo con él... y esperar. Quizá aquella declaración supusiera su sentencia de muerte pero, a estas alturas, ¿qué tenía que perder?

Martes, 28 de diciembre de 2010 – 11,00 horas.

Fernando escuchaba con atención la rocambolesca historia, consistente en la funesta inversión y el posterior empeño de joyas.

Se habían citado en un café cercano al puesto de la Guardia Civil. Ángela necesitaba airearse, sentirse viva de nuevo, salir del estado agónico en el que

parecía haberse instalado desde su acusación.

—Debí mencionarlo en el interrogatorio, pero estaba demasiado aturdida —dijo ella, apurando el café—. Ni siquiera lo relacioné con el caso hasta días después.

Él se quedó en silencio, sopesando la información.

—Vamos, di algo —continuó.

—Estoy pensando. La Policía lleva meses investigando el paradero de las joyas robadas sin obtener rastro alguno. Tienen confidentes, rateros que proporcionan información a cambio de favores. Preguntan en el mercado negro, acuden a los puestos donde se compra oro para ver si se trata de mercancía robada y también visitan las casas de empeño. No han averiguado nada. Esas joyas parecen haberse esfumado. Lo extraño de todo es que, si como dices, tus joyas perteneciesen al lote que estamos buscando, ya lo sabrían. Habrían dado con ellas.

—¿Quieres decir que quizá las joyas que Alfredo me regaló no eran robadas?

—Todo hace pensar que no. Además, no creo que fuera tan estúpido como para dejar un rastro tan evidente.

—Ojalá tengas razón —recalcó Ángela, animada—. Pero, en cualquier caso, está el tema de mi precaria situación financiera. Podrían utilizarlo en mi contra, como móvil. Había pensado en hacer una declaración voluntaria.

Él meneó la cabeza, sopesando los pros y los contras de aquella decisión.

—Necesito pensar —murmuró en un tono apenas audible.

—Estás preocupado por mí.

Clavó su ilegible mirada en ella.

—Mucho.

—Claro, le hiciste una promesa a Javier.

—Ángela... —se interrumpió—, no es sólo eso. Yo... tú...

—Verte titubear me desconcierta. No sé si estoy realmente acabada o si tengo alguna posibilidad de salir indemne de este embrollo. ¿O hay algo más que quieras decirme?

—¿Algo más? ¿Qué quieres decir? —preguntó, nervioso, dando un sorbo al café.

Ángela no daba crédito. Era inaudito ver descolocado a Fernando. Él jamás perdía la compostura; no era de los que tartamudeaba ni se quedaba en blanco, como el resto de los mortales. De ahí el apodo de «el hombre de hierro».

—¿Estás bien? —preguntó ella ante su evidente confusión.

—Estupendamente. ¿Por qué?

—No sé, te encuentro... raro.

Por un instante, Fernando sopesó la decisión de declararle su amor, de expresarle la intensidad de sus sentimientos. Un simple «te quiero» bastaría.

—Esto no está siendo fácil para mí —confesó al fin.

—Lo comprendo y no sabes cuánto te agradezco tu apoyo. Siento tanto que te veas involucrado... Fernando, lo he estado pensando y creo que deberías solicitar que te retiren del caso.

—¡Qué poco me conoces si piensas que voy a abandonar!

—Pues ahora que lo mencionas, es cierto, apenas te conozco. —Se sinceró—. Siempre te muestras impenetrable, distante. A decir verdad, creo que ésta es la segunda conversación íntima que mantenemos. La primera fue el otro día en el bosque.

—¿Es así como me ves? ¿Inaccesible? —quiso saber, asombrado.

—Oh, vamos, no me digas que no te lo esperabas. ¿De dónde crees que viene lo de «el hombre de hierro»?

—Nunca le he dado mucha credibilidad a esas tonterías. En realidad, sólo me interesa lo que pienses tú.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Bien, ya que insistes, te lo diré. Siempre me he sentido arropada por ti, mentiría si te dijera lo contrario. Has estado ahí cuando Elsa y yo lo hemos necesitado; te ocupaste de todo tras la muerte de Javier; buscaste ayuda para Elsa... Es evidente que te preocupas por nosotras, de eso no hay duda.

—Pero...

—Marcas tanto las distancias, que asustas. ¿Sabes cuántas veces he querido llorar en tu hombro y hablar sobre Javier?

—Si me lo hubieras dicho, yo...

—Maldita sea, quería que tú lo intuyeras, que me abrazases, que me consolases. Quería compartir mi dolor con alguien; contigo.

—Ángela, lo siento. Sé que a veces me comporto como un patán, pero no soy ningún jodido insensible. Yo también sufrí con la muerte de Javier. Lo hice lo mejor que supe.

—Lo sé. Y no te estoy reprochando nada. ¡Sabes lo agradecida que estoy por todo lo que has hecho! Pero me hubiera gustado sentirme como estos días de atrás; cómoda, natural, comprendida, unida a ti.

—Suená bien —convino—. Y lamento no haber estado a la altura de las circunstancias. Tal vez, si me dieras una segunda oportunidad, ahora que sé lo que esperas de mí, podría alcanzar tus expectativas.

—Creo que ya lo has hecho. Esta conversación es una clara muestra de ello.

—Procuraré no defraudarte esta vez.

—Nunca lo has hecho, pero me gustas más así; comunicativo.

—Eso no es justo, tú siempre me has gustado —le siguió la broma, sin quitarle la vista de encima.

Martes, 28 de diciembre de 2010 – 20,00 horas.

Elsa echó una última ojeada al escritorio. Todo estaba correcto: la mesa reluciente y vacía, a excepción del ordenador, el teléfono y el portalápices, colocados por ese orden, con un espacio entre ellos milimétricamente calculado. Era endiabladamente meticulosa con el orden, otra de sus muchas rarezas.

A la hora de archivar siempre seguía el mismo ritual: utilizaba carpetas marrones reciclables, que clasificaba por riguroso orden alfabético, con el nombre del paciente impreso en mayúsculas y negrita en la cabecera del expediente.

Consciente de aquel rasgo maniaco de su personalidad, asintió al comprobar que todo estaba perfectamente dispuesto. Bajó la persiana y se colgó el bolso al hombro.

—Te invito a una cerveza —le propuso Lola, apoyada en el marco de la puerta del despacho.

—Sólo si me prometes ser exclusivamente mi amiga. Estas dos últimas

semanas me he sentido como una rata de laboratorio. Odio ser el centro de atención. Tengo la sensación de que todo el mundo me observa.

—Deberías de estar agradecida de que haya gente que te quiera.

—Y lo estoy. Pero ya me conoces, necesito mantener mi espacio fuera del alcance de los demás. Mi supervivencia mental depende de ello.

—Sé lo mucho que valoras tu intimidad, te conozco bien. Eres una persona reflexiva e independiente pero, cariño, algún día tendrás que aceptar que el resto de humanos no lo son tanto. Ya deberías estar acostumbrada a los eternos interrogatorios de tu madre.

Sentada junto a la barra del bar con una caña fresquita entre las manos, Lola se esforzó por llevar el hilo de la conversación hacia temas banales. Sabía que sólo de esa forma lograría soltar la lengua a Elsa.

No conocía otra manera de ayudarla. Escuchar era su mejor virtud y, por ende, su cualidad más valiosa. Hacer hablar a Elsa no borraría la pesadilla en la que estaba inmersa pero, al menos, le daría la oportunidad de desahogarse.

—Estoy metida en un buen lío —comenzó a decir, por fin. Objetivo cumplido, pensó ella—. Y lo peor de todo es que los días pasan y la investigación no avanza. Mamá es la única sospechosa, sin miras a que el curso de los acontecimientos dé un giro.

—No han pasado ni dos semanas. Conoces de sobra los procedimientos; las investigaciones son largas y arduas. Da tiempo al tiempo.

—Ni siquiera sé lo que piensas tú.

—¿Me estás preguntando si creo que tu madre mató a ese hombre?

—Supongo que sí.

—No me corresponde a mí juzgarla, pero si de verdad quieres saberlo, no. No lo creo.

—He analizado cada detalle del caso y, por más vueltas que le doy, no le encuentro sentido. ¿Quién puede odiar tanto a mamá como para tomarse tantas molestias en inculparla? Piénsalo, ¡hay que ser muy retorcido para cometer el asesinato el mismo día de su cumpleaños! El muy cabrón tuvo la sangre fría de esconder el veneno en su dormitorio y la astucia de utilizar un frasco con sus huellas. Debía saber que mamá guarda docenas de frascos como ése en el baño. Sólo tuvo que coger uno y rellenarlo con el dichoso

veneno.

—Hasta lo que yo sé de leyes, su acusación se basa sólo en pruebas circunstanciales.

—Lola, pese a que esas pruebas no son del todo rigurosas y conllevan un alto grado de especulación, no dejan de ser pruebas jurídicas. Es cierto que no demuestran la certeza de los hechos, pero sirven para inferir en la deducción de otros hechos. Esas pruebas podrían valer para declararla culpable. Sólo espero que el hallazgo del nuevo cadáver dé luz al asunto —resaltó, confiada—. Le mataron de un golpe seco en la cabeza. Parece ser que el asesino era diestro. Por fortuna, mamá es zurda. Eso abre el abanico de sospechosos.

—Tal vez me precipite al hacer esta afirmación pero, según mi experiencia, el uso de veneno como arma para matar es más propio de mujeres.

—Ya lo había pensado. Ocurre igual con las muertes por traumatismo craneal. Los hombres tienen un modus operandi completamente diferente; normalmente recurren a armas blancas, al estrangulamiento...

—¿Y? ¿Alguna conclusión?

—Francamente, no me imagino a ninguna de las mujeres de la fiesta vertiendo el veneno en la copa de Alfredo y escondiendo deliberadamente la prueba en el piso de arriba. ¡Todas ellas son íntimas amigas de la familia! ¿Comprendes ahora por qué me estoy volviendo loca?

Ella permaneció en silencio, como tantas veces hacía en la consulta. Eso le permitía al paciente tomar unos segundos de oxígeno y volver a empezar con la perorata. Elsa no fue una excepción a la regla.

—Además, está Mario.

—Supongo que te refieres a tu tipo misterioso.

—Por su culpa, estoy viviendo una contienda conmigo misma que está acabando con mis nervios. ¿Recuerdas Atracción fatal? Pues Glenn Close comparada conmigo era una santa.

—Elsa, Glenn Close era una psicópata en potencia y el tipo al que acosaba estaba casado. O me he perdido algo o eso no tiene nada que ver contigo.

—Bueno, igual la elección de la peli no ha sido la más acertada. Es sólo

que siempre que pienso en una mujer atormentada me viene ese personaje a la cabeza. No quiero acabar como ella, loca y desquiciada; malvada y manipuladora.

—¿Quieres dejar de decir chorradas? —saltó, a punto de perder los nervios—. Bebe, tal vez el alcohol te devuelva la cordura.

—¿Qué tal El diario de Bridget Jones? La protagonista es una joven que se siente atraída por un hombre que, por motivos que no vienen al caso, no le conviene y que, irremediablemente, le hará sufrir. Y pese a todo, se lanza al vacío.

—¡Basta! ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? Eres única en ocultar tus emociones bajo esa actitud sarcástica y guasona. Pero esta vez no vas a salirte con la tuya. Sé lo mucho que estás sufriendo. Sólo tienes que decirlo en voz alta. ¿Tan difícil es?

Era curioso ver cómo el miedo y la tensión hacían comportarse a la persona más cuerda de forma ridícula y absurda. Así se sentía Elsa en ese preciso momento, ridícula. Nada le gustaría más que compartir sus ansiedades. ¡Ojalá pudiera! Pero tenía la obligación moral de salvaguardar la identidad secreta de Mario. Además, no era una buena comunicadora cuando el tema versaba sobre sus amoríos. Le costaba horrores compartir sus sentimientos; era como admitir abiertamente sus debilidades, exponiendo su corazón al resto de los mortales.

—Lo es cuando llevas años haciendo prácticamente lo contrario.

—Aunque no lo comparta, entiendo que frente a tu familia hayas adoptado el papel de patriarca. Siempre guardando las formas y el tipo; fuerte como un roble. Lo hemos hablado más de mil veces, ese comportamiento acabará por estallarte en la cara. No puedes mantener a tu familia al margen de todo, por muy loable que sea el fin. ¿Qué pasa contigo? Tú también necesitas en quién apoyarte.

—Y para ello cuento con extraordinarias amigas. Tú y Ana sois mi bote salvavidas. No sé qué haría sin vosotras. No hay nadie en quien confíe más.

—Eso creía yo. Hasta hoy —manifestó, con cierta amargura en la voz—. Solicitaste tu reincorporación al trabajo y lo acepté, sin ruegos ni preguntas. Respeté tu silencio entonces, confiando en que acabarías recurriendo a mí

cuando lo creyese oportuno, pero veo que en esta ocasión has optado por navegar sola y a contracorriente.

—Lola, de verdad que si pudiera, te contaría lo que me preocupa. Pero no puedo; cualquier alusión al tema podría interferir en la investigación.

—¿Y qué me dices de Mario? ¿Tampoco puedes hablarme de él? Primero me vienes con el cuento de que oculta algo, luego me dices que está fuera de toda sospecha. ¿Qué está pasando?

Lola no era ninguna metomentodo. Sabía que la presión que ejercía sobre ella era directamente proporcional a la preocupación que sentía y lamentaba enormemente no poder resolver sus dudas.

—No hay nada que contar. Hemos terminado. No negaré que me siento atraída hacia él, pero hay una brecha demasiado profunda entre los dos. Una insalvable.

—Lo único insalvable es la muerte. Y él no está muerto, ¿no?

—No intentes confundirme, bastante confusa estoy ya. Lola, sabes que siempre he confiado en ti. En esta ocasión te pido que seas tú quien confíe en mí. Te lo contaré todo en cuanto pueda.

Lola se tomó unos segundos para responder.

—De acuerdo. Pero que conste que no me gusta tu forma de actuar.

—Por cierto, necesito un último favor.

—No sé por qué no me sorprende. ¿De qué se trata esta vez?

—Tengo vía libre para colaborar en el caso de mamá y seguramente requiera de toda mi atención. Puesto que todavía no he concertado citas con los pacientes, ¿tendrías algún inconveniente en que me incorpore al trabajo más adelante? Continuaré viniendo al despacho a ratos, pero sin horario fijo. Te prometo que me pondré al día lo antes posible.

—La verdad, Elsa, no quiero engañarte; he dado muchas vueltas a tu reincorporación. Eres una de las mejores profesionales que conozco pero, dadas las circunstancias, tenía mis dudas acerca de que fueras a estar al cien por cien en el trabajo. No te ofendas, pero tu decisión me quita un peso de encima.

—No me ofendo. Al contrario, me halaga. Pese a tus reparos, confiaste en mí y me readmitiste en el equipo.

—Lo hablé con Guillermo y decidimos arriesgarnos. Eres buena —reiteró Lola, tratando de infundirle confianza. No quería herir su autoestima—. Elsa, aunque no quieras admitirlo, estos días estás sometida a una gran presión. Deberías tomarte un descanso, estar con los tuyos. No creo que colaborar en la investigación te ayude, dicho sea de paso, pero de ti depende.

—Sabía que no lo aprobarías —dijo ella—. Pero necesito hacerlo. Si hubiera llegado a tiempo para la fiesta, quizá habría evitado...

—La culpa sólo conduce a la destrucción. No tomes ese camino. Ya deberías saberlo.

—¿La sesión es gratuita o tendré que pagar por los servicios prestados? —bromeó, como siempre hacía cuando un tema era demasiado doloroso. El sarcasmo era su vía de escape, su válvula de protección.

—No emplees esa táctica conmigo. Aunque hayan pasado años desde que te traté, sigues siendo la misma niña asustada. ¿Es que no has aprendido nada desde entonces? Llorar es bueno.

—Vamos, no me hagas esto —se lamentó, rompiendo a llorar. Por más que lo intentó, no pudo con la sutil presión de su antigua terapeuta.

—Salgamos de aquí —ordenó Lola. Dejó un billete de diez euros sobre la barra y se llevó a su amiga afuera.

Bajo las estrellas, la noche cerrada y gélida como un glaciar se convirtió en su aliada. Por fortuna, no había nadie pululando por las calles, observó. Excepto para Lola, que la sostenía como si de un bebé se tratara, la tristeza y el dolor que la embargaban continuarían siendo un secreto.

—No hace falta que te diga que mi puerta estará siempre abierta para ti, como amiga y como profesional —le aclaró Lola a modo de despedida.

—Claro. Ya estoy mejor —respondió la joven, limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

—Ve a casa y descansa. Y no olvides llamarme de vez en cuando.

—Gracias. Lo haré.

Capítulo 14

San Lorenzo de El Escorial.

Miércoles, 29 de diciembre de 2010 – 9,40 horas.

Elsa no acudió a casa de Mario hasta la mañana siguiente. Aquella noche, tras la inesperada sesión terapéutica, no había tenido valor para enfrentarse a él.

—¿Quieres decir que todo ese montón de cajas polvorientas son casos de mi padre? —preguntó, estupefacta y espantada, al verlas apiladas en un cuarto oscuro, improvisado como almacén.

—Exacto —respondió Mario.

—¿Has echado un vistazo? —inquirió, al contemplar algunas de ellas desembaladas—. ¿Siguen algún criterio lógico?

—Me temo que no.

—Dios, esto va a ser un horror —exclamó, agobiada.

—Iremos poco a poco. Ya sabes lo que dicen, sin prisa pero sin pausa. Se trata de hojear los expedientes por encima para ver si alguno podría tener alguna relación con el caso que nos ocupa.

—Sé lo que hay que hacer —rebatíó, molesta por su condescendencia—. Pero no puedo hacerlo con este desorden.

Ahora era Mario el desconcertado. Desvió la mirada hacia ella, esperando una aclaración.

—No me mires así. Soy una obsesa del orden —se explicó—. Te aseguro

que dejaré de gustarte en cuanto me conozcas en profundidad. Estoy llena de defectos.

—Déjame recapitular —continuó Mario con la broma—. Reservada hasta el infinito, nula para la cocina, obstinada como pocas. A lo que debemos sumarle...

—Asquerosamente ordenada —apuntó ella, mientras abría una de las cajas. No había tiempo que perder. Al menos, iba cómodamente vestida para lo que se preveía una dura tarea.

—Es estupendo comprobar que eres humana. Bienvenida al mundo de los imperfectos. Por cierto, te eché de menos ayer.

—Mario, no irás a empezar otra vez.

—Antes de que me declares la guerra, déjame aclararte que lo decía en sentido figurado. Te estuve esperando pero como no venías, empecé las indagaciones sin ti.

—Tenía que cerrar algunos asuntos en el gabinete. Lo siento.

Maldito fuera, ¿por qué tenía que ser tan atractivo? Mario era un hombre pacífico, tierno y comprensivo, lo cual hacía mucho más difícil detestarlo.

—¿Cómo lo haces?

—Hacer, ¿el qué? —preguntó Elsa.

—Evadirte de todo. Te concentras por completo en el trabajo sin dejar que la corriente te arrastre hasta el fondo. Admiro esa cualidad tuya.

—No es una cualidad, Mario, es sólo un mecanismo para mantenerme distraída. Si no mato el tiempo de alguna forma, me volveré loca.

—Pues yo creo que eres una luchadora. Te has propuesto sacar a tu madre de este atolladero y no vas a parar hasta conseguirlo. Tu madre me contó que llevabas años soñando con especializarte en criminología, siento mucho que hayas tenido que renunciar a tus aspiraciones.

Ella agradeció sus palabras, llenas de sinceridad.

—Y, dime, ¿qué otras cosas te contó mi madre? Se me ponen los pelos como escarpas sólo de pensarlo. Es la indiscreción personificada.

—Aquí va otro montón —dijo Mario, pasándole unos expedientes—. Ten cuidado, pesan.

—No soy una blandengue, inspector. Deja de preocuparte por mí y

pásamelos sin miedo.

Él obedeció, divertido ante su suspicacia.

—Pues ahora que lo dices, me dijo que eras rebelde y respondona. Y a la vista está...

—Muy gracioso, pero te lo estás inventando —murmuró, al verle sonreír.

—De acuerdo, me has pillado. Eso es cosecha propia.

—Anda, dejémonos de cháchara y pongámonos a trabajar.

—Creía que eso era lo que estábamos haciendo. Yo ya estoy derrengado.

—Deja de tomarme pelo —rio tímidamente.

—Me encanta verte reír. Tus ojos brillan como nunca y eres otra.

Ella retiró la mirada hacia otro lado e hizo como si no le escuchara. Así sería imposible olvidarse de él.

Miércoles, 29 de diciembre de 2010 – 13,40 horas.

Por más que Ángela miraba aquellas fotografías, las joyas que Alfredo le regaló no figuraban entre ellas. Acomodados en el salón de su casa, Fernando le tendió el álbum de nuevo.

—Vuelve a mirarlas —le pidió—. Tienes que estar segura. ¿Jamás has visto estas joyas? ¿Ninguna?

—Ya te he dicho que no. Aquí no están las que él me regaló. Ya he visto este condenado trasto cinco veces —protestó, malhumorada, rechazando el álbum—. Creo que ya es suficiente.

—Ángela...

—Francamente, no te entiendo —dijo, desafiándole con la mirada—. ¿No deberías alegrarte por mí?

—¿Alegrarme?

—Pues claro. Sin joyas, mi secretillo permanecerá a salvo. Y sin móvil, no hay delito.

—Demasiado simple. Además, tus cuentas están siendo investigadas, Ángela. El tema de tu situación económica saldrá a la luz, queramos o no.

—Bueno, pues me importa un carajo si es simple, compuesto o abstracto. ¡Se acabó, Fernando! Estoy hasta las narices de sentirme culpable por una estúpida metedura de pata. No debí liarme con ese hombre, de acuerdo, y mucho menos arriesgar el dinero en bolsa. Pero ya es tarde. ¡Está hecho! Eso

no me convierte en una asesina. Yo no he matado a nadie. ¡Caramba, ¿por qué no investigan quién lo hizo y me dejan en paz?!

Estaba más que harta de escuchar comentarios que hacían alusión a su escasa cordura. Pues bien, no iba a consentirlo más. Un error —dos, a lo sumo— no la convertía en una insensata, carente de moral y de inteligencia primate. La impulsividad no era sinónimo de estupidez.

—No me mires como si me hubiera vuelto loca. Tengo carácter aunque lo saque pocas veces a relucir. ¿Te sorprende? Pues ya lo sabes. No vuelvas a provocarme.

—Yo no...

—Mañana mismo me presentaré con David ante el juez del caso y haré una declaración. No quiero cargar con este secreto más tiempo.

—Pero...

—¡No te estoy pidiendo opinión, Fernando! —continuó, enfadada—. No pienso ocultar pruebas como si fuera una delincuente. ¡Soy inocente! Además, no quiero ser la responsable de tu cese. Es evidente que te he colocado en una situación incómoda. Pero, ¿te has visto? Sacas del cuartel, a escondidas, este maldito álbum; te presentas en mi casa a expensas de que te pillen facilitándome información confidencial... ¿No te das cuenta? Parecemos dos forajidos al margen de la Ley.

No acostumbrada a perder los estribos, se incorporó del sofá, acalorada, dándole la espalda.

—Pienso declarar mañana, con o sin tu respaldo. Es una idea que llevo barajando algún tiempo.

—Bien, bien, no tienes por qué enfadarte —respondió Fernando, seguramente asumiendo que tenía razón al acusarle de extralimitarse en sus funciones—. Supongo que estás en lo cierto.

—No estoy enfadada, estoy indignada. Fin de la conversación. ¿Te quedas a comer? —quiso saber Ángela, esta vez en un tono más cordial.

—Tenía pensado volver al cuartel...

—Por todos los santos, hombre, tendrás que comer igualmente, ¿no?

Pero ¿qué mosca le había picado a Ángela esa mañana?, se preguntó el capitán. Estaba, por momentos, irascible y, minutos después, amable. Hasta,

en alguna ocasión, le había parecido que se le insinuaba, clavándole aquellos hermosos ojos azules, para él insondables. Pero, ¿por qué ahora, después de tantos años? Su imaginación debía de estar jugándole una mala pasada.

—¿Vas a quedarte ahí plantado como un pasmarote, o piensas acompañarme? —le increpó, caminando hacia la cocina.

Bueno, después de todo, quizá tuviera algo de hambre, pensó, accediendo a su invitación. Un plato de comida casera le sentaría de miedo.

Miércoles, 29 de diciembre de 2010 – 18,54 horas.

Vaciar las cajas y ordenar todos los expedientes a gusto de Elsa, les llevó todo la mañana y parte de la tarde. Mientras Mario desembalaba e iba desempolvando los casos de Javier Maqueda, ella hacía un despliegue por todo el salón, asignando un espacio a los expedientes por fecha y orden alfabético del cliente. Apenas pararon una hora para comer un plato de pasta y algo de fruta.

Él contempló la cabal metodología de su compañera. Se movía con agilidad por la estancia, llevando los expedientes de un lado a otro, comprobando fechas, tomando apuntes... Era incansable.

Una llamada a su móvil interrumpió lo que Elsa estaba haciendo en esos momentos.

—Hola, David.

—Hola, pequeñaja. Sólo llamo para saber cómo estás.

—Mucho mejor que tú, supongo. Estoy disfrutando de una hermosa tarde en casa de Mario.

El aludido la miró sin comprender y ella se encogió de hombros.

—Mmmm... interesante. Espero que no esté aprovechándose de ti... demasiado.

—Muy gracioso, abogado. ¿Alguna novedad?

—Poca cosa que yo sepa. Están analizando los restos biológicos que hallaron en el cadáver de Jorge Costello para ver si pueden seguir alguna pista nueva y también van tras la procedencia del veneno que mató a Alfredo. Al parecer, se extrae de una planta muy típica de Galicia.

—Ah. ¿Y sabemos de alguien que haya viajado allí recientemente?

—De momento, no.

—Tendremos que averiguarlo.

—El uso del plural no es apropiado en este caso. Tendré, yo. Bueno, ya que veo que estás en buenas manos, te dejo. No hagas nada que yo no haría.

—Me temo que no van por ahí los tiros. Siento desilusionarte.

—No dejes que una pequeña discusión de enamorados rompa el encanto. Hacéis buena pareja.

—¿Quieres parar? Ya hablaremos sobre eso.

—Estoy deseando conocer los detalles. Y ya sabes que si la cosa no funciona, estoy disponible.

—¡Ni en sueños! Ya he comprobado lo mal que besas —bromeó.

—Debes de confundirme con Hugo.

—No seas cruel.

—Te quiero, Elsa.

—Yo también te quiero. Hasta luego.

Con la camisa arremangada, Mario se recostó en el sofá al sentir una leve punzada en la espalda... ¿O había sido en el corazón?

—Conseguirás ponerme celoso —declaró, con sinceridad—. ¿Qué hay entre vosotros dos?

—Una bonita amistad a la que todo el mundo parece no dar crédito. Hace años mantuvimos una relación que no funcionó, al menos, por mi parte. David era como un hermano para mí. Tanto que, cuando practicábamos sexo, me daba la impresión de estar cometiendo incesto.

La expresión de Mario no dejaba lugar a dudas. Ella no sabría decir si le incomodaba más lo referente al sexo o a David, al que consideraba un contrincante.

—Tú has preguntado —dijo ella con chulería—. Ya ves, no soy tan misántropa como crees.

—Me quitas un peso de encima.

—¡Ser reservada no es tan malo!

—Me refería a lo de David. Y no, no es tan malo. Creo que necesito una ducha de agua fría. Por casualidad no querrás acompañarme. —Ella le fulminó con la mirada—. No, ya veo que no.

—Mario no lo hagas más difícil de lo que ya es.

—Estoy comprobando tu grado de resistencia.

—«No» fue la primera palabra que dije de pequeña.

—Debí imaginármelo.

Era una situación tan cómica que ella ni siquiera fue capaz de enfadarse con él. Y, desde luego, lo de la ducha avivó la excitación que arrastraba desde que le conocía.

Continuaron trabajando durante horas hasta que el agotamiento físico pudo con Mario, que padecía de la espalda. No entendía cómo aquella mujer no daba señales de cansancio y, mucho menos, cómo conservaba el peinado intacto. No se le había movido ni un solo mechón del sitio.

Al girarse hacia él, Elsa vio la mueca de dolor en su rostro.

—¿Estás bien?

—Aunque me cueste mi hombría, he de admitir que no. Me duele todo el cuerpo y muy especialmente los riñones.

Ella sonrió y continuó afanosa con el trabajo.

—¿Quieres parar ya? —le suplicó él—. Son más de las tres de la madrugada. Podemos continuar mañana.

—Sólo me queda por archivar ese montoncito de allí. Quiero dejarlo terminado, así mañana podremos empezar a hojear los casos.

—Como quieras pero, si no te importa, voy a prepararme algo de comer. Me muero de hambre.

—Eh, eh... —titubeó ella—. Es justo. Acabo y me marchó.

Él no insistió en invitarla a cenar. Ambos estaban exhaustos y, además, Elsa guardaba claramente las distancias.

Capítulo 15

San Lorenzo de El Escorial.

Jueves, 30 de diciembre de 2010 – 8,20 horas.

—Llegas temprano —apuntó Mario, abriendo la puerta principal, en vaqueros y con el pecho descubierto. Llevaba el pelo revuelto y tenía pinta de estar recién levantado.

Elsa tragó saliva de la impresión. Pese a la delgadez de su cuerpo, el moreno de la piel y la forma casi perfecta de sus músculos, la sobresaltó.

—Lo siento. Te he despertado. Iba a salir a correr y he visto luz en la ventana; pensé que podríamos empezar ya —respondió, avergonzada, retirando la vista de él como si estuviera viendo al mismo diablo. Aquel cuerpo era pura tentación. Derretiría a la mujer más fría e insensible del universo.

—No pasa nada. Adelante —dijo, cediéndole el paso—. Me ducho y estoy contigo enseguida. Si quieres un café, ya sabes dónde está todo.

—Eh... puedo esperarte. Para el café, me refiero. —Él frunció el ceño, sorprendido—. Quiero decir si tú pensabas tomarlo.

—Claro. Me vendrá bien otro café. No tardo nada.

Al verle subir la escalera, le miró de soslayo. No importaba cuánto le odiara por embarcarla en una historia de amor abocada al fracaso, seguía encontrándole muy atractivo. Y eso dolía. Se le iba a hacer muy cuesta arriba pasar tantas horas junto a él.

Seguía deseándole, no cabía duda. El pulso se le había instalado justo entre las piernas en cuanto le vio frente a la puerta de aquella guisa. No poder acariciarle o renunciar a sentir sus manos sobre su piel iba a ser una tarea igual de dura que repasar todos aquellos casos.

Se sacudió aquella idea de la cabeza y comenzó la faena.

A fin de poder concentrarse mejor, dispuso astutamente los puestos de trabajo de tal manera que se encontraban en esquinas opuestas del salón, con escaso contacto visual. Mientras Mario se sentaba cómodamente en su escritorio, frente al ordenador, ella lo hizo en el suelo, con la espalda apoyada en una pequeña butaca, fuera del alcance de los ojos de él.

—¿Otro café? —sugirió el inspector a eso de las doce, incorporándose de la silla.

—Ya lo preparo yo. Necesito estirar las piernas.

Una vez servido, le acercó una taza.

—¡Joder! —gritó él, de pronto, corriendo hacia la cocina y poniendo la boca bajo el chorro de agua fría de la pila—. Sabía que querías matarme, pero nunca pensé que elegirías el café para hacerlo. Dios, me he abrasado la lengua y la garganta.

—Perdona, lo siento —se disculpó, intentando no morir de la risa en las mismas narices del afectado—. Es evidente que no controlo la temperatura de tu microondas.

—¿Seguro que no lo has hecho a propósito? —preguntó, recompuesto y de vuelta en el salón.

—La asesina del café ataca de nuevo... Con una sencilla taza de café con leche, azúcar y una pequeña dosis de arsénico, la joven paranoica se deshace de su amante sin piedad. Diagnóstico: enajenación mental transitoria.

—Como titular no está mal —tuvo que admitir él, divertido—. Por cierto, recuérdame que no te deje poner un pie en mi cocina nunca más.

Ella le dedicó una sonrisa llena de dulzura.

—En serio, lo siento de veras.

—Entonces, ¿crees que podemos tomarnos unos minutos de descanso para disfrutar de ese café sin que mi vida corra peligro? ¿O lo del arsénico va en serio?

—Es tu vida. Tú verás si te arriesgas o no —se mofó.

—Creía que te gustaba, al menos, un poquito.

—Eso era antes de saber que eras poli —se ruborizó.

—Por cierto, ¿qué has dicho en casa para justificar que has dejado el trabajo? ¿No están sorprendidas de que pases tantas horas aquí conmigo? —continuó él.

—Les he dicho la verdad. Que Lola pensaba que todavía no estaba preparada para retomar el trabajo y, respecto a lo de estar contigo... Bueno, mamá está convencida de que tuvimos una pelea, así es que le he dicho que nos estábamos reconciliando. Somos jóvenes y tenemos las hormonas a flor de piel. Lo ha entendido.

—Francamente, tienes una mente prodigiosa.

—No te burles, odio tener que mentirle. No puedo decirle que estoy colaborando en el caso porque se preguntaría qué diablos hago entonces aquí todo el día. Aunque, a decir verdad, ni en un millón de años sospecharía que eres un policía infiltrado.

—No la subestimes. Tu madre es una mujer muy intuitiva.

—Para algunas cosas, desde luego. Debería pasar más tiempo con ella, pero creo que soy más útil investigando. Me siento fatal. Y lo peor de todo es que estoy segura de que no me echa de menos ni un poquito...

—Supongo que está entusiasmada con la idea de tenerme como yerno...

—Eso es lo más triste. Se llevará un chasco cuando desaparezcas de su vida —escupió, de pronto, con animadversión.

—Creía que estábamos en una tregua y que habíamos fumado la pipa de la paz —le respondió él, sin acritud.

—Supongo que no puedo evitar estar molesta contigo. ¿Sabes lo que van a sufrir mamá, la abuela y Cristina cuando se enteren de quién eres en realidad? Todas te aprecian. Acabar en la cárcel siendo inocente es cruel, pero hacerlo traicionado por un amigo, eso es...

—Entonces será mejor que continuemos con los expedientes. Tal vez encontremos algo —formuló con voz severa— y ella me exonere por mi supuesta traición.

A ella no le pasó desapercibido el mensaje acusatorio de sus palabras. Le

hubiera gustado gritarle que no era su madre la que se había acostado con él. Fue entonces cuando reparó en lo dolida que estaba pero, no con él, sino con ella misma. No controlar sus emociones le cabreaba. Odíarle debería ser sencillo y, sin embargo, en algún rincón del alma, algo se lo impedía.

Pese a su engaño, no era un monstruo. ¡Lo era el cabrón que asesinó a Alfredo, inculcando a su madre! Pues bien, no iba a salirse con la suya. Antes o después cometería un error y ella le encontraría, se prometió.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó la joven.

—Nada interesante. Robos, divorcios, accidentes laborales...

—Es difícil saber qué buscar. Yo tampoco tengo nada.

Mario le dedicó una sonrisa llena de esperanza. Vestía una indumentaria deportiva: mallas negras y chaqueta cortavientos del mismo color. Incluso desarreglada, la encontraba atractiva. Le complacía verla allí, en su salón, arrebujada como un ovillo en el suelo, rodeada de papeles. Pese al motivo de su estancia, era una imagen hogareña, entrañable... familiar. La archivó en su memoria. ¿Y si era uno de los últimos momentos que pasaban juntos?

Ella le había rechazado. Si no le amaba, no la quería en su vida, se dijo convencido. Creía firmemente en ese axioma, pero olvidarla iba a costarle sangre, sudor y lágrimas. «Un clavo quita otro clavo», solía decirle su madre. Es posible que tuviera razón, aunque no todos encajaban igual de bien en el agujero. Y, a medida que conocía a Elsa, sentía que ella podría ocupar ese espacio a la perfección.

La comida consistió en un sándwich mixto y una Coca-cola, engullida en menos de veinte minutos. Luego vuelta al trabajo.

Inmerso por completo en sus papeles, no la vio acercarse hasta que la tuvo prácticamente encima. Blanca como la harina, le lanzó una fotografía con el rostro de una joven de unos veintitantos años sobre la mesa.

—¿La reconoces? Papá fue el abogado de oficio de Cristina en un robo de joyas —le explicó, con la voz entrecortada—. Perdió el caso.

—Siéntate —le pidió, cediéndole la silla al ver su rostro descompuesto y el temblor de sus manos.

Hojeó la documentación, imperturbable.

—Maldita sea, no puede ser ella. Ella no —prosiguió Elsa, con

desesperación.

—Vamos, tranquilízate —insistió él, poniendo las manos sobre sus hombros y masajeándolos ligeramente—. Esto no demuestra nada. Es un caso más entre un millón de los que defendió tu padre.

—No me hables como si fuera una niña. Creo con firmeza en la inocencia de mi madre —dijo, levantándose y dirigiéndose hacia la ventana—. Y quiero encontrar al hijo de puta responsable de esta tragedia. Pero Cristina... Prácticamente ha sido como una segunda madre para mí. Es parte de mi familia.

—Llamaré a Fernando para que la investigue. Tendremos que esperar su informe y seguir revisando el resto de casos. —Se detuvo, consciente de la importancia de lo que estaba a punto de decir—. Elsa, todos los que estaban allí aquella noche son parte de tu familia, de tu entorno, y mucho me equivoco si el culpable no se encuentra entre ellos. La decepción está garantizada. Deberías ir acostumbrándote a esa idea.

—Ya pero... ella... ¿No te das cuenta? Fue acusada del mismo delito: robo de joyas. Por lo visto saqueó el joyero de la mujer para la que trabajaba como asistente. ¿No es demasiada coincidencia? Lo que no entiendo es por qué, después de que la declarasen culpable, se retiraron los cargos.

—No sé qué decir.

—¿Sabes? Quiero a Cris, la quiero mucho. Mamá y la abuela quedarán destrozadas si se demuestra que ella ha tenido algo que ver con esto.

—Lo siento —fue lo único razonable que alcanzó a decir—. Llamaré a Fernando para ponerle al corriente.

Minutos más tarde notificaba al capitán el reciente descubrimiento y éste, a su vez, le informaba que estaban cotejando muestras de ADN obtenidas en el frasco del veneno con el resto biológico encontrado en el lugar donde se halló el cuerpo de Jorge Costello. Era una nueva técnica policial de investigación criminal que permitiría asegurar o descartar la presencia de Ángela en ambos escenarios.

Esa misma mañana, la acusada había acudido a declarar ante el Juez de Instrucción, insistiendo en su inocencia y poniendo sobre el tapete toda la información acerca de su condición económica. Como garantía de su buena

predisposición, había autorizado la extracción de su ADN para, en caso de necesidad, ser utilizado como herramienta o prueba concluyente a la hora de apoyar su inocencia. Quería eliminar cualquier duda respecto a su implicación en los asesinatos.

—¿Qué dices que ha hecho mamá? —inquirió Elsa, alucinada al escuchar su relato.

—Ya me has oído.

—¿Y por qué yo no sabía nada de todo eso?

—Probablemente porque llevas dos días encerrada aquí conmigo.

—No me hagas sentir más culpable de lo que ya me siento, ¿quieres?

—Bueno, deberías ver el lado bueno. Las indagaciones están tomando un nuevo rumbo, con un cariz muy favorable para tu familia. Si la prueba de ADN demuestra que ella no tuvo nada que ver con el asesinato de Jorge Costello, habrá ganado la primera batalla.

—Tú eres el policía, pero yo no lo veo de ese modo. Se trata de crear una duda razonable respecto a su intervención o no en la muerte de Alfredo y eso, por el momento, no lo hemos conseguido.

—Ten paciencia. Si hay una conexión entre los dos delitos, la encontraremos y, entonces, daremos con la clave del meollo.

Molesta por ser la última en enterarse de todo, volvió a su incómodo puesto de trabajo y apoyó el trasero en el suelo, dispuesta a continuar. Exhausta, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

Al verla agotada y derrumbada, él decidió tomar cartas en el asunto. Era hora de tomarse un descanso.

Se levantó de la silla, recorrió los escasos metros que los separaban y la obligó a incorporarse.

—¿Qué haces?

—Se acabó por hoy —le exigió, en tono inflexible, arrastrándola hasta el sofá.

—Pero...

—Vas a tumbarte aquí, a cerrar los ojos y a descansar mientras yo preparo algo de cena.

—No tengo hambre —protestó, intentando zafarse de él.

—Elsa, mírate, estás agotada. Ayer te fuiste de aquí pasadas las tres de la madrugada y a las ocho de la mañana ya estabas llamando a mi puerta; apenas has dormido ni comido. He dicho que basta.

—Eres un mandón, ¿lo sabías?

—Un mandón muy testarudo. Así es que deja de tocarme las pelotas y obedece. —Elsa le miró boquiabierta—. Vamos a cenar como lo harían dos personas civilizadas en circunstancias normales: un plato repleto de proteínas, hidratos de carbono y vitaminas. Después te irás a dormir un mínimo de ocho horas. ¿Está claro?

Echada por completo en el viejo sofá, asintió, todavía estupefacta.

—Buena chica —respondió él, satisfecho, tendiéndole una manta—. Tápate. Avivaré el fuego de la chimenea y me iré a la cocina. Tardaré un rato. No se te ocurra levantarte.

En el fondo, Elsa agradeció aquel gesto lleno de ternura y humanidad. No iba a gritar a los cuatro vientos y, mucho menos delante de él, que estaba extenuada, pero era cierto. No entendía cómo su cerebro seguía funcionando con lucidez. No dormía, no comía y tenía los nervios a flor de piel. Vamos que, como diría su amiga Ana, «estaba hecha un trapo».

Tras quince minutos de placentero descanso, se presentó en la cocina.

—Creía haberte prohibido pisar mi cocina —recalcó Mario, mientras troceaba unas verduras.

—Mmmm, huele bien —respondió, ignorándole—. ¿Qué hay de cena?

—Solomillo con verduras a la plancha y, de postre, macedonia.

—Muy sano, sí, señor. Pero será mejor que te des prisa o saquearé la nevera hasta dejarte sin nada. Estoy hambrienta. —El anfitrión le guiñó el ojo y continuó con su cometido—. ¿Puedo ayudar?

—Ya que estás ahí plantada y te has pasado mis instrucciones por donde tú y yo sabemos...

—Supongo que esta vez te refieres a mis pelotas.

—No me provoques. Hambriento y cansado puedo tener muy mala leche. ¿Qué tal si pones la mesa? Podemos cenar aquí mismo, en la barra.

—Por mí, perfecto —convino. Adoraba aquella cocina enorme, con su barra de madera de dos metros de largo y unos taburetes de metacrilato rojo

que desentonaban por completo con el resto de decoración, algo rústica y ligeramente retro.

—¿Por qué no abres esa botella de vino tinto? Cosecha propia —añadió.

—Oh, en ese caso, ¡cómo negarme!

—Esta noche estás especialmente sarcástica.

—Será que a mí tampoco me sientan bien el hambre y la falta de sueño.

En silencio, ambos continuaron con sus labores.

—¿Hay algún motivo por el cual Cristina querría hacer daño a tu madre?
—preguntó Mario durante la cena.

—No, que yo sepa. No dejo de darle vueltas. En el informe pone que fue declarada culpable y, sin embargo, una semana después del juicio salió en libertad tras retirarse los cargos contra ella. La parte denunciante recordó a última hora que le había prestado aquellas joyas. Es absurdo.

—Lo admito, no es muy corriente que te declaren culpable e inocente con una semana de diferencia.

—Tengo una teoría. Disparatada —señaló—, pero una teoría al fin y al cabo. ¿Quieres oírla?

—Claro.

—Hace unos días hablaba con Lola, mi jefa, sobre la muerte de Alfredo. Todo apunta a que el responsable pudo ser una mujer.

Mario enarcó una ceja. Sentía curiosidad.

—Continúa, por favor, estoy deseando escuchar tus argumentos.

—Cuando una mujer se propone algo, suele actuar con premeditación y alevosía; pocas veces lo hace de forma impulsiva, movida por arrebatos de furia y rabia. Eso es más propio de los hombres. Nosotras somos más sibilinas. Si queremos pillar a un marido infiel, lo vigilamos, estudiamos sus horarios, registramos sus bolsillos, leemos sus mensajes de móvil y, una vez recogida la suficiente información, planeamos nuestra venganza a conciencia.

—Me estás dando miedo.

—Cállate y escucha. Lo mismo ocurre cuando queremos quitar del medio a alguien que nos estorba. No lo matamos sin más, clavándole un cuchillo por la espalda o disparándole a bocajarro, buscamos el momento oportuno, el medio más silencioso y eficaz... ¿Sabías que el veneno como herramienta

para matar suele ser utilizado, el mayor número de veces, por mujeres?

—Estoy impresionado. ¿Alguna otra conjetura?

—He estado pensando mucho acerca de los asistentes a la fiesta. Siendo extremadamente rigurosos, todos ellos podrían tener algún motivo para querer hacer daño a mi familia. Me refiero a mamá o a mí.

—Explícate. No te entiendo.

—Tomemos, como ejemplo, a Felipe y Fernando. Los dos llevan años enamorados de mamá. Podrían haber actuado por despecho.

—Desde un punto de vista estrictamente policial, en efecto. Pero eso se contradice con tu creencia de que el responsable fue una mujer.

—Además de Cristina, quien ahora sabemos que guarda un secreto, también cabría la posibilidad de que la culpable fuera Mónica. Tiene una teoría muy curiosa sobre mí; me acusa de haber destrozado la vida a David al romper nuestra relación, lleva años locamente enamorada. Quizá su primera intención fue inculparme a mí pero, como no llegué a tiempo para la fiesta, cambió de objetivo. Cualquiera que me conozca sabe que arrebatarme a mi madre sería como quitarme mi propia vida.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón y que alguien desea vengarse de ti o de tu familia, eso no justificaría la implicación de Alfredo en todo el asunto. Su muerte debe significar algo.

—Mario, no tengo la respuesta a tantas preguntas. Sólo estoy elucubrando en voz alta. Intento encontrar un significado a este despropósito.

—¿Algún sospechoso más?

—Si la teoría de Mónica es cierta y le arruiné la vida a David, incluso él podría ser el asesino. La venganza es un plato que se sirve frío. O pudieron ser sus padres, movidos por un sentimiento de justicia: «acabemos con la arpía responsable de la infelicidad de mi hijo» —añadió, fingiendo ser una madre atormentada.

—Eres increíble. Creía que David y tú os llevabais bien.

—También yo. Pero, como policía, deberías saber que las situaciones de estrés trastornan a las personas, acabando con cualquier lazo o vínculo por muy sólido que éste sea.

—Muy cierto.

—Mario, yo no soy una excepción a esa regla. Dejando de lado las emociones y la amistad, he barajado cualquier hipótesis que exonere a mi madre de este crimen. Y, como ves, no he dejado títere con cabeza.

—Ya lo veo. ¿Me encuentro yo entre los sospechosos?

—Oh, sí, tú eras mi principal candidato hasta que descubrí que eras un maldito poli.

Mario tomó nota de sus palabras, cargadas de resentimiento.

—Pensarás que estoy loca —continuó, suavizando el tono.

—Lo que pienso es que llevas días dándole vueltas al mismo tema, intentando buscar una explicación que, obviamente, no encuentras. Es comprensible que hayas barajado todas las posibilidades. Daremos con el malo.

—Mario, sé que tenemos nuestras diferencias, pero agradezco lo que estás haciendo.

Le gustaba verla relajada.

—Es mi trabajo. Dejé que ese malnacido de Alfredo se escapara; quiero resolver, al menos, su asesinato. Es una cuestión de amor propio.

Elsa se introdujo un trozo de solomillo en la boca.

—¿Por qué no me dijiste que estuviste casado? —soltó, de pronto.

Él se atragantó con el vino y comenzó a toser.

—Mi hermanita se fue de la lengua, ¿eh?

—Simplemente consideró que era una información que yo debía conocer. Te quiere y se preocupa por ti. Puedo imaginarme cómo se sintieron todos al verme allí, contigo. Estaban desconcertados. Después de lo que pasó, una mujer podría suponer una auténtica amenaza a tu equilibrio mental.

—Ya soy mayorcito, no un pardillo al que vaya a deslumbrar una cualquiera. Las malas experiencias no sólo aportan desgracia, también sabiduría. Entonces escogí a la persona equivocada, espero acertar la próxima vez... si es que hay una próxima vez. Carolina era buena chica, pero estaba hecha de otra pasta. Hija única, caprichosa, mimada, con tendencia a la fantasía... En fin, no supe satisfacer sus expectativas.

—O ella no supo valorarlo —se solidarizó, compadeciéndose de él—. Equivocarse de pareja tiene sus ventajas; es imposible volver a cagarla tanto

la vez siguiente.

—Y, sin embargo, ocurre. Algunas veces elegimos mal a la persona; otras, el momento. ¿Te has preguntado qué hubiera pasado si tú y yo nos hubiéramos conocido en otras circunstancias?

—Te mentiría si te dijera que no —repuso, nerviosa, levantándose del taburete y llevando el plato a la pila.

Él la siguió y, cuando Elsa se giró, quedaron enfrentados. Fue como si el mundo se detuviera y un rayo les impactara, provocando una inmediata subida de tensión. Incapaz de moverse, mantuvo el tipo, con los ojos clavados en los de ella. Ella parecía estar librando una batalla sin precedentes. ¡Y él sólo podía pensar en besarla!

Y lo hizo. Posó sus labios en los de ella y, al comprobar que no se retiraba, profundizó el beso, saqueando el interior de su boca con la lengua, obviando cualquier resquicio de cordura.

Elsa le recibió con fuego en el cuerpo. Ardía por dentro como un volcán en erupción. Se dijo que era sólo un momento de debilidad, justificando el deseo que la asfixiaba. «Sólo es lujuria», se disculpó.

Vio con asombro cómo sus pechos respondían a las caricias, tornándose duros. ¿Era aquello un signo inequívoco de su perdición? En un intento por evitar la caída libre, se concentró en mantener el cuerpo a raya, al margen de aquel torbellino sexual. Con esfuerzo, pegó los brazos al tronco, prohibiéndole cualquier incursión en terreno prohibido; si traspasaba los límites, no saldría ilesa de aquella confrontación.

Pero aquel movimiento, en apariencia inofensivo, le llevó directamente al epicentro del terremoto. Su cadera, ajena a las órdenes de retirada, se acopló a la de Mario, encajando como dos piezas de un puzle. Aquello fue su suicidio.

El control dio paso al abandono, aceptando con resignación su derrota. Durante los siguientes minutos se dejó llevar, recibiendo y dando.

Sucumbió a la corriente de excitación que la invadía, cediendo al impulso de tocarle. Sus manos, incontrolables, buscaron primero el torso de Mario, manoseando cada rincón de su escultural busto.

Cuando la acción de tocar no fue suficiente para saciar sus necesidades, levantó la camiseta de Mario e introdujo la cabeza debajo de ella. Quería

sentir el sabor de su piel y el aroma de su cuerpo excitado. Ávida de emociones fuertes, comenzó a lamerle el tórax y el cuello, codiciosa, anhelante, provocando en su amante auténticos gemidos de gozo. Luego, le desabrochó el botón del pantalón y descendió, claudicando ante el fruto prohibido, lamiéndole el miembro hasta hacerle enloquecer. Si ella estaba completamente agitada, con el pulso a cien por hora, Mario no se quedaba atrás.

Éste, completamente turbado por aquel despliegue de complacencia, la sujetó con fuerza por las axilas y la aupó a un taburete.

¡Dios, cómo le deseaba!, se lamentó ella. Aquello no debería estar sucediendo, pero no era capaz de detenerse ni detenerle a él.

De pronto, notó cómo las manos de Mario se introducían lentamente por la parte trasera de sus mallas, acomodándose en sus nalgas. Era excitante sentir su tacto de nuevo. Un ligero movimiento de él la obligó a separar las piernas y entrelazarlas a su cadera e, inmediatamente después, sintió su prominente erección presionando entre sus pliegues.

Mario, con los calzoncillos y las finas mallas de ella como únicas barreras, continuó restregando su pene contra ella. Si nada lo impedía, iba a correrse y una sensación de culpabilidad la asaltó. Tenía que parar. ¡Ya!

—Mario, no... —alcanzó a susurrar, mientras él continuaba con aquel juego erótico, excitándola más y más.

—Sssshhh... déjame amarte. Por favor, déjame.

Sin tiempo de evitarlo, explotó en un clímax que hizo que todo su cuerpo se convulsionase de placer. Una sensación de sequedad irrumpió en su boca. Avergonzada, se reprendió a sí misma por ser tan débil. ¿Cómo había podido dejarse llevar de aquel modo después de todo lo sucedido?

Mario, ajeno a su conflicto interior, hizo amago de arrebatarse la ropa y ella, obedeciendo a la cabeza más que al corazón, recobró el sentido común. Con determinación, interpuso un brazo entre los dos y le separó con brusquedad.

—Ya basta. No voy a acostarme contigo —anunció.

—Vale.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo consigues anular mi voluntad por completo

sin perder una pizca de tu enfermizo autocontrol? —exclamó ella, saltando del taburete y retrocediendo dos pasos de él.

Si no fuera una razonable y sensata psicóloga, le lanzaría ahora mismo un plato, de loza a ser posible, directamente a la cabeza. A lo mejor partiendo su maldito cráneo en dos lograba alterarle.

—Estás cabreada.

—Oh, vaya, eres un lince.

—Adelante, desahógate. Grítame, pégame... No te cortes. Acúsame de acosarte, de no mantener mi rabo entre las piernas. Vamos, cualquier cosa es mejor que admitir que sientes algo por mí.

—No seas presuntuoso —le acusó—. Aunque, ciñéndonos a los hechos, puede que lleves razón. Siento algo por ti: deseo, lujuria, lascivia. Que hayamos jodido como dos conejos en celo es sólo la prueba de que la atracción es mutua. ¿Y qué si estoy cabreada? Tengo todo el derecho del mundo a estarlo. ¿Quieres que admita que te deseo, que me gustaría estar sobre esa mesa follando como loca? Mea culpa.

—Ya vale, Elsa.

—¿No es eso lo que buscabas? ¿Una confesión? Pues bien, inspector, resulta que me pone tu pistola. Pero, aparte de esa potente herramienta, no hay nada más de ti que me interese.

—Déjalo ya, no sabes lo que dices.

Mario perdió, al fin, la compostura. Estaba furioso y eso la alentó a continuar. Quería hacerle daño, romperle el corazón del mismo modo que él se lo había roto a ella. Porque eso era precisamente lo que había hecho; atraparla con su don de gentes, su sonrisa inocente, su seductor hoyuelo... La había convertido en una adicta, no a la droga ni al azúcar, a él; adicta a Mario Torres Salazar, a su compañía, a su sabor, a su ternura; a su especial sensibilidad. Dios, la lista era tan extensa que se le atragantaba.

Y, sí, estaba cabreada por ser una completa imbécil; por sentirse culpable sintiendo lo que no debía sentir, por anteponer el deseo a la traición. Maldita fuera, no quería necesitarle ni echarle de menos.

No pudo contener la rabia y una lágrima rodó por su mejilla, cayendo al suelo.

—Me marcho —dijo—. Gracias por la cena.

—Un momento, no puedes irte sin más.

—Ya lo creo que puedo —gritó, mientras salía dando un portazo.

Capítulo 16

San Lorenzo de El Escorial.

Viernes, 31 de diciembre de 2010 – 16,20 horas.

Elsa cerró su bloc de notas, soñando con el baño de espuma que le esperaba al llegar a casa. No quedaba nadie en el gabinete, excepto ella. Era Nochevieja.

Estaba física y mentalmente agotada. Ponerse al día con el caso Costello y mantener a raya sus emociones respecto a Mario, habían terminado con cualquier resquicio de energía que pudiera guardar en su interior. «Hecha unos zorros». «Muerta en vida». «Acabada». Cualquiera de esas expresiones valdría para describir su actual estado de ánimo.

Era muy consciente de que no podía continuar así. Tendría que dormir y comer más si quería sobrevivir a ese calvario.

Esa mañana, después de tomar un café bien cargado, había acudido directamente al gabinete con el pretexto de ponerse al día con los casos de sus futuros pacientes. No podía descuidar su profesión y, mucho menos, fallar a Lola, argumentó, intentando ocultar la verdadera razón por la que no había ido a casa de Mario. En realidad, sabía que aquel pobre razonamiento era una vil excusa para escapar de los demoledores ojos de su ex amante. Pero, después de todo, qué importaba. Sólo ella conocía la cobardía de su comportamiento. Ya se fustigaría más adelante por ello.

Tampoco había cumplido con el propósito de abordar a Cristina en el

desayuno. Hubiera querido preguntarle por las razones que le condujeron a la cárcel, pero al verla sentada en la cocina, riendo y charlando con la abuela, fue incapaz. Había bastado una mirada suya repleta de cariño para tener la certeza absoluta de su inocencia. Tal vez era estúpido confiar ciegamente en su intuición, pero dudar de la lealtad de una mujer entregada por completo a su familia era una ofensa contra el amor que las unía. Era una pena porque, sin culpable, su madre seguía ostentando ese papel.

Estaba harta de luchar, de darse cabezazos contra muros inabordables. Necesitaba un respiro. Un día entero dedicado, pura y simplemente, a no hacer nada... Y, por supuesto, a la veneración absoluta de su cuerpo. ¡Cómo ansiaba ese baño caliente!

Recogió el bolso y se topó de frente con el espejo del vestíbulo. Dios, tenía un aspecto espantoso. Observó, con asombro, cómo se le marcaban los huesos de la clavícula.

—Lo llevas claro si crees que voy a permitirte amargarme el día —dijo, tontamente, al espejo.

Retiró la vista y se recreó con la imagen de su cuerpo zambullido en litros de agua caliente.

Cuando apenas llevaba cinco minutos andando, alguien captó su atención aporreando la bocina de un coche. Era Julia, al volante de su Mini último modelo. Se detuvo.

—Sube, te llevo.

—Bendita seas. Nunca me he alegrado tanto de verte. Tengo las orejas congeladas y las piernas laxas —exclamó, tomando asiento.

—En realidad, te buscaba. Quiero enseñarte algo.

—¿Y tiene que ser ahora? ¡Estoy muerta! Y, además, es Nochevieja.

—Vamos, no seas cascarrabias. Llegaremos a tiempo para la cena. Y ahora que lo pienso, en tu casa no celebráis esas cosas.

—De acuerdo, tú ganas. Es inútil discutir contigo. Aunque espero que valga la pena.

—Valdrá la pena, te lo prometo —dijo, mirándola fijamente a los ojos.

Mientras se dirigían dondequiera que fueran, su teléfono móvil sonó insistentemente, interrumpiendo la amena conversación entre las dos.

—Es Mónica —dijo, sosteniendo el aparato y descolgando.

De pronto, Julia dio un volantazo.

—¡Cuidado, Julia! —exclamó, mientras se le caía el móvil al suelo y se golpeaba la cabeza contra el cristal de la ventanilla. El golpe fue lo bastante fuerte como para dejarla aturdida.

Conseguido su propósito, Julia controló el vehículo de nuevo y, sonriendo para sí misma, tomó el móvil del suelo y, pausadamente, apretó el botón de colgar. Luego abrió la ventanilla y lo lanzó hacia fuera.

Satisfecha, echó una leve ojeada a su acompañante, que parecía haber perdido la noción de la realidad. Un ligero hilo de sangre corría por su rostro. Eso le daría ventaja, supuso. ¡Y pensar que la mojigata de Mónica casi estropea sus planes!

—¿Qué ha sucedido? —balbuceó Elsa, llevándose la mano a la frente—. ¡Mierda! —exclamó al vérsela ensangrentada.

—Es sólo un rasguño. Ponte esto —le sugirió, extendiéndole un pañuelo—. Ya falta poco.

—¿Y mi móvil?

No hubo respuesta. Elsa intuyó que algo no andaba bien pero el dolor de cabeza no le dejaba pensar con claridad. Se encontraba inmersa en una nebulosa, con la vista cansada y desenfocada.

—¿Adónde vamos? —preguntó, sin éxito. Decidió reclinarsse sobre el asiento y descansar.

Viernes, 31 de diciembre de 2010 – 16,50 horas.

—¡Despierta! —escuchó, mientras alguien le sacudía ligeramente el cuerpo dolorido.

Elsa, tendida en el suelo de no sabía dónde, abrió los ojos y allí estaba Julia; de pie, enorme, poderosa; con una sonrisa maléfica que daba miedo.

—¿Qué ha ocurrido? Recuerdo que te saliste de la carretera...

—Pensabas que esta vez te ibas a salir con la tuya, ¿no es cierto? Siempre lo haces.

—¿De qué va esto, Julia? —contestó, malherida e incorporándose levemente. Tomó asiento en una silla que parecía allí, dispuesta para ella.

Observó el escenario: suelo de cemento, una puerta automática y el Mini

aparcado a pocos metros de ella. Todo parecía indicar que se encontraban en un garaje. ¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaban?

—Siempre te he envidiado y, francamente, no sé por qué. Mírate, un golpe de nada y estás como si te hubiera atropellado un tren.

Empezó a comprender. Era ella. Julia era la cabeza pensante y la ejecutora de aquella trama sin sentido. Pero, ¿por qué?

—Tal vez deberías empezar por el principio —dijo, provocándola, para ganar tiempo y recobrar algo de fuerza.

La cabeza no dejaba de darle vueltas. «Piensa, piensa». ¿Había llegado a descolgar el teléfono móvil? ¿Habría escuchado Mónica la conversación? Era su única esperanza y, sin embargo, improbable, pensó, asustada, percatándose del cuchillo afilado que sostenía Julia.

—Claro, psicóloga de pacotilla. Te lo contaré todo. Incluso cuando empujé ligeramente la escalera donde estaba subido tu padre y cayó al suelo como un saco pesado. Y, puf, murió.

—¡No! —gritó, mientras una sensación entre repugnancia y dolor le desgarraba por dentro, dejándola paralizada.

Cuando al fin reaccionó, las lágrimas le salían a borbotones. Pero aún fue más doloroso cuando en los labios de Julia se dibujó una sonrisa.

Así es que en eso consistía el plan, meditó ella; en machacarla emocionalmente. En aplastarla con una apisonadora como si se tratara de cemento. Detuvo el llanto.

Pues bien, no iba a rendirse tan fácilmente. Sería fuerte y la combatiría con su única arma, la psicología.

—¿Sabes cómo me sentí? ¡Poderosa! ¡Brillante! ¡Libre! Un solo movimiento de mi dedo, uno solo, fue suficiente para arrebatarme la vida. Fue algo imprevisto, inesperado. Créeme, no lo planeé. Pero cuando lo vi allí subido pensé «¿qué pasaría si...?». Y lo hice. Fue alucinante. Mis poros rebosaban adrenalina.

Entre sollozos contenidos, ella suspiró. Tenía que pensar en cómo salir airoso de allí. No errar la estrategia era vital para seguir con vida.

—Nunca fuiste demasiado valiente ni demasiado lista —recalcó, temerosa de equivocarse—. Matar a un hombre por la espalda, sólo lo

confirma —enfaticó, atacando directamente a su orgullo.

Los ojos de Julia se encendieron, reflejando un odio que durante años había ocultado con gran habilidad. Estaba realmente enfadada. Y ella supo de inmediato que había dado en el clavo; ésa debía ser la táctica a seguir: rebatir su inteligencia, cuestionar sus «brillantes» ideas, resaltar los innumerables errores de su descuidado plan... Humillarla, pensó con satisfacción.

Era muy consciente de que reconocer su inteligencia y alabar su ingenio la conduciría directamente a la guillotina. En cuanto asumiera la maestría de sus actos, Julia la daría muerte sin pensarlo. Empleaba una actitud intimidatoria buscando su reconocimiento. De algún modo, quería demostrarle que estaba por encima de ella. Pues iba de ala. De su boca no saldría ni una sola palabra de alabanza.

—¡Cállate! —gritó Julia, confundida, pinchándole en el cuello con el filo del cuchillo—. Y, ¿qué me dices de ti? Eres patética. Toda la vida ocupándote de los problemas de los demás y ni siquiera eres capaz de resolver los tuyos. —Ella la escuchó, impasible. Era primordial mantenerse firme, aunque por dentro estuviera descompuesta. La muerte de su padre no tenía remedio, pero sí podía evitar la propia. Sólo pensaba en ganar tiempo—. Mientras tu madre se pudre en la cárcel por un asesinato que no ha cometido, yo estaré disfrutando en el Caribe, tomándome un mojito y podrida de dinero. Claro que, mucho me temo, tú no lo verás. Pienso acabar contigo.

—Dime una cosa. ¿Por qué mi madre?

Tenía que encontrar la forma de distraerla y salir de ese agujero. Analizó aquel cubículo, esperanzada. ¿Dónde estaba la salida? A su izquierda, vio una puerta que, probablemente, daba acceso al interior de la vivienda.

—¿Por qué? —repitió Julia con desprecio—. Sencillamente, porque la odio. No es más que una puta.

—Creía que la golfa era tu madre —le rebatió, molesta por tener que emplear una táctica tan destructiva.

—¡Mi madre no era más que una estúpida! ¡Era débil! Nunca supo manejar a los hombres y, menos aún, a mi padre. ¿Quieres saber por qué se fue? Se fue porque papá siempre estaba acusándola de ser una mala madre, una peor esposa y un desastre como ama de casa. La insultaba, la humillaba

comparándola con otras y tomando como referencia a tu madre. Ángela, según sus palabras, era la aspiración de cualquier hombre. Doña Perfecta, la llamaba yo. Mamá nunca pudo competir con aquel fantasma y se largó sin más, harta de tantas vejaciones. Al principio, la odié por ello pero, con el tiempo, me di cuenta de que fue lo mejor que pudo pasarme. Era una inútil. Una blanda.

—Te equivocas, tu madre optó por el camino más duro. Se armó de valor y le abandonó, recuperando el rumbo de su vida. Y tuvo que sacrificarte a ti por el camino. Pocas mujeres son tan valientes. Fue una superviviente.

—No me vengas con esas patrañas ahora. ¡Me abandonó! La muy zorra, me abandonó.

—Y supongo que, según tu escasa capacidad de raciocinio, mi madre es la culpable de eso, ¿no? —dijo, preparándose para un cataclismo. Dios, necesitaba encontrar una salida, pensar con rapidez. ¿Le responderían las piernas si echaba a correr?

—Si al menos cuando Javier murió se hubiera fijado en papá —murmuró, como para sí misma—. Podríamos haber sido una familia. Mi padre, tu madre, tú y yo. ¿Es que no te das cuenta? Tu madre lo estropeó todo al negarle una oportunidad.

—¡Mi madre nunca elegiría a Felipe como pareja!

—No, claro, le van más los ladrones.

—Ahora comprendo... Tú la inculpaste en la muerte de Alfredo porque rechazó a tu padre.

—Brillante, ¿verdad? Maté dos pájaros de un tiro. Vengué el desprecio de tu madre y me quité de en medio al pretencioso de Alfredo. Estaba empezando a ser un incordio.

—Este asunto todavía no ha terminado. Has dejado muchos cabos sueltos.

—¡Y un cuerno!

—Supongo que, de algún modo, descubriste que Alfredo era un ladrón de joyas y...

Viernes, 31 de diciembre de 2010 – 16,22 horas.

«¡Cuidado, Julia!». Aquel grito de horror no dejaba de retumbarle en los oídos. Mónica notaba cómo la angustia crecía en su interior.

«Coge el maldito teléfono, Elsa», se dijo, presionando la tecla de rellamada. El buzón de voz saltó de inmediato. La impotencia le hizo lanzar el suyo contra el sofá.

Había llamado a su amiga con la única intención de charlar y despedir el año, dudando si advertirle o no acerca del reciente descubrimiento sobre Julia. Sabía que, de hacerlo, infringiría la ley. Dar información confidencial acerca de un caso estaba penado.

Por desgracia o por fortuna, las circunstancias habían disipado aquella coyuntura. Ahora tenía otra aún peor. ¿Debía advertir a alguien sobre el grito de socorro de Elsa?

Tenía un mal presentimiento, estaba convencida de que su amiga corría peligro.

Hacía una semana que había llegado a sus manos la denuncia contra Julia Molina por chantaje y extorsión y, desde entonces, se había concentrado, en exclusiva, en el caso.

Dado que, a primera vista, los indicios apuntaban a que dicha denuncia era fundada, como juez del caso había dado orden de investigar las cuentas bancarias de la agente inmobiliaria, descubriendo con asombro que, o bien ese negocio movía más dinero del que imaginaba, o bien su amiga estaba metida en un buen lío.

Durante los últimos cuatro años se habían realizado numerosos ingresos a su nombre en una cuenta bancaria en el extranjero. Su nómina, por el contrario, la cobraba a través de un banco español. Por lo tanto, todo hacía sospechar que posiblemente la denuncia estuviera del todo fundamentada.

Y, pese a sus diferencias, lo lamentaba. Lo lamentaba mucho. Ella apreciaba a Julia. ¡Al fin y al cabo, se conocían desde niñas! Aunque, en cierto modo, no le sorprendía su implicación en algo turbio. Desde que su madre la abandonó, su amiga se había vuelto retorcida y de carácter complejo.

Pero lo que realmente le tenía en vilo era pensar que ella pudiera tener algo que ver con la muerte de Jorge y Alfredo Costello. Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Estaría implicada? Entonces, ¿por qué culpar a Ángela?

Necesitaba compartir sus miedos con alguien pero ¿con quién? De forma

instintiva, tomó el teléfono y marcó el número de David.

—Hola, Mónica, vaya sorpresa —exclamó el abogado.

—Perdona que te moleste, pero no sabía a quién acudir.

—¿Ocurre algo?

—Estoy preocupada por Elsa. La he llamado al móvil y parecía estar en apuros. Estoy asustada. Creo que estaba con Julia. David, creo que Julia podría ser peligrosa.

—¿Qué quieres decir?

—Me expulsarán del cuerpo si te lo cuento pero, ¡qué diablos!, al cuerno.

—Vamos, tranquila, cuéntame qué pasa.

—Investigo un caso de extorsión, y todo apunta a que Julia ha estado chantajeando a los inquilinos de las viviendas que vende o alquila.

—No puedo creerlo...

—Yo tampoco podía pero... David, Alfredo alquiló la casa a través de su agencia inmobiliaria. Ella le atendió. ¿Y si se enteró de lo de las joyas? ¿Y si tiene algo que ver con su muerte?

—Vamos por partes, ¿por qué crees que Elsa podría estar en peligro?

Nerviosa, le contó lo de la llamada a su móvil y el grito de socorro que escuchó.

—Tiene el teléfono móvil apagado. En el trabajo no responde nadie. He llamado a su casa; tampoco está allí. No he querido decirle nada a Ángela para no alarmarla. Julia tampoco responde al móvil.

—Vale, voy para allá.

Mónica respiró aliviada. Tenía que admitir que, por primera vez, necesitaba a alguien en quien apoyarse. Estaba perdida.

—¿Sabe Fernando algo sobre la denuncia contra Julia? —quiso saber David antes de colgar. Su mente no dejaba de trabajar.

—No, la denuncia se produjo en Guadarrama. Lo siento, hasta hoy no caí en que ambos casos pudieran estar relacionados. Soy una idiota.

—Vamos, Mónica, los dos sabemos que eres excepcional en tu trabajo. Hazme un favor, cálmate y llama a Hugo. Él contactará con el juez que le sustituye en el caso Costello. Cuéntale lo que sabes. Yo llamaré a Fernando a ver qué puede hacer. Estaré en tu casa lo antes posible.

—No tardes, por favor.

Viernes, 31 de diciembre de 2010 – 16,52 horas.

—Supongo que, de algún modo, descubriste que Alfredo era un ladrón de joyas...

Elsa fue atando cabos. Su mente corría más rápido que su voz. Toda la historia fue cobrando vida. Ahora comprendía la pena permanente reflejada en el rostro de la madre de Julia y su desaparición repentina. Era una mujer maltratada, quizá no físicamente, pero sí psicológicamente. El poder de las palabras puede ser peor que el dolor físico. Acabó huyendo, dejando a una niña sin madre. ¡Debió de estar muy asustada para tomar semejante decisión! Pocas mujeres abandonarían a una hija, salvo que la situación fuera insostenible. Y ésta debió de serlo.

Desde aquel momento, algo dejó de funcionar correctamente en la cabeza de Julia. Se volvió solitaria, resentida, ambiciosa. Quiso que su padre suplantara al suyo y, al no lograr su objetivo, fue fraguando su venganza.

—De algún modo, chantajeaste a Alfredo y a su sobrino.

—Eres una chica muy lista. ¿Sabías que poseo un complejo sistema de escuchas que me permite oír, por control remoto, todo lo que dicen mis clientes? ¡No soy estúpida! Utilizo el ordenador para algo más que chatear con perversos. Una noche les oí discutir. Alfredo quería terminar con los robos, decía que tenían suficiente dinero para vivir tres vidas, pero la codicia de su sobrino era infinita, en todos los sentidos.

—Le sedujiste.

—Hice mucho más que eso. Seducirle fue fácil, ganarme su confianza y sonsacarle el lugar donde tenían escondidas las joyas, no lo fue tanto. Por fortuna, tengo unas manos y una boca que pueden arrastrar a un hombre a la locura.

Ella empezó a sentirse mareada. La angustia se le instaló en el estómago; quería vomitar. «No te desmayes ahora», pensó, asustada.

—Das asco.

Aquel comentario arrancó una carcajada a Julia.

—¿Celosa? —le preguntó, rozándole la mejilla con el cuchillo—. Nunca has sabido satisfacer a los hombres. Por eso todos te acaban dejando. David,

sin ir más lejos, no sabía lo que era una buena mamada hasta que yo me comí su polla y Hugo solía decirme lo recatada que eras en la cama. Oh, sí, también él cayó bajo mi influjo.

—Julia, necesitas ayuda.

—Me parece que eres tú la que está en problemas —se burló.

—¿Fuiste tú la que me envió aquella foto de Hugo besándose con otra?

—No, aquello no fue hazaña mía. Lo que sí hice fue informarle de la llegada de tu vuelo cuando viniste en verano. ¿Lo recuerdas? Habíais roto hacía seis meses, pero él decía que estaba arrepentido. ¡Y un cuerno! El muy cabrón se acostaba conmigo mientras me soltaba aquella perorata. Sabía que el muy cretino iría a buscarte al aeropuerto, igual que sabía que tú te cabrearías y le mandarías al infierno.

—Disfrutas haciendo sufrir a la gente. Sin embargo, no te das cuenta que de ese modo te perjudicas a ti misma.

—¿Vas a soltarme uno de tus rollos?

—Te crees muy lista cuando, en el fondo, no eres más que una marioneta. Tu padre te manipuló en contra de tu madre y no fuiste más que el paño de lágrimas de David y un polvo fácil para Hugo.

—¡Cierra el pico! —gritó, asestándole un golpe con la empuñadura del cuchillo.

Recibió el fuerte impacto y cayó al suelo, haciéndose un ovillo para protegerse de un posible segundo golpe. Julia, colérica, le atizó una patada en el estómago que la dejó prácticamente sin respiración.

—¿Quién maneja a quién? —murmuró Julia, ya más tranquila.

Ella continuó tumbada en el suelo, conteniendo las lágrimas mientras la sangre le nublaba la vista. Se frotó los ojos, retirando restos de sangre y sudor. No soportaba el dolor físico. La tortura era algo que le aterraba.

Se le pasó por la cabeza la idea de rendirse, de humillarse y declarar a Julia su heroína, pero la imagen de su madre hundida y derrotada en su funeral, le devolvió el brío necesario para seguir luchando.

—Si vas a matarme, al menos dime qué pasó con las joyas.

—Claro, toma asiento —le dijo, dándole tiempo para recomponerse, mientras se sentaba de nuevo.

—Como bien has deducido, seduje a Jorge. Soy buena en la cama. Muy buena. Luego le solté que sabía lo de las joyas. Deberías de haber visto su cara, estaba aterrorizado. Mantuvimos una relación clandestina de dos meses. Era primordial que nadie me relacionase con él si quería hacerme con las joyas sin dejar rastro. Le convencí de que era mejor que su tío no supiera nada de lo nuestro. Me gané su confianza y le hice creer que estaba locamente enamorada. Como era de esperar, se lo creyó. Acordamos que pediría su parte del botín y huiríamos juntos a algún lugar paradisíaco.

—¿Qué ocurrió después?

—Empezó a darme largas y la relación comenzó a enfriarse. De vez en cuando me regalaba una joya; así compraba mi silencio mientras el muy canalla urdía un plan a mis espaldas. A través de las escuchas descubrí que las joyas que tan inocentemente me regalaba no eran más que una trampa. Eran robadas. Iban a denunciarme por ladrona, mientras ellos borraban cualquier prueba que les implicase.

—Y le mataste.

—Una noche que Alfredo estaba de viaje, fui a ver a Jorge. Le monté una escena, acusándole de querer dejarme. Él, por supuesto, lo negó. Intenté convencerle de que le quería, pero su tío ya se había encargado de meterle en la cabeza la idea de que le estaba utilizando. ¡Me pegó! ¡A mí! Yo sólo me defendí. Agarré una figura de mármol y le di con ella en la cabeza. Cayó fulminado. Una lástima. Por desgracia, tuve que retirar los micros por temor a que la Policía los encontrara si el asunto llegaba a explotar.

—Acto seguido enterraste el cuerpo, pero no sin antes mandar un mensaje a Alfredo desde la Blackberry de Jorge, haciéndole creer que se había largado de viaje durante una larga temporada.

Elsa recordó aquel escrito. Hablaba de una mujer, hecho que ella prefirió ignorar por temor a que se tratara de algo relacionado con su madre. Si le hubiera prestado más atención...

—Fue muy inteligente por mi parte, ¿no crees? Eso me permitió ganar algo de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —quiso saber Elsa.

—¡Para descubrir dónde tenían escondidas las malditas joyas! Pero

Alfredo no tardó en sospechar que algo andaba mal. Le subestimé, ¿sabes? Estaba empeñado en que algo le había ocurrido a su sobrino y me acusó de ser la responsable. Yo sabía que no me denunciaría hasta encontrarle. Insistí en que no sabía nada acerca de la desaparición repentina de Jorge y, durante un tiempo, me dejó en paz.

Elsa se tomó unos minutos para ordenar las ideas. Estaba aturdida y un dolor agudo se le instaló en la cabeza. Julia había matado tres veces; si no pensaba en una salida, nada impediría que ella fuera su cuarta víctima.

—No saldrás ilesa de este embrollo —recalcó.

—Lo sé. Pero antes te llevaré conmigo.

—¿Por qué tuviste que matar a Alfredo?

—Muy sencillo, descubrí que estaba indagando sobre mi vida y manteniendo entrevistas con mis clientes. Si hablaban entre ellos, pronto se destaparía que era yo quien les hacía chantaje.

—No entiendo.

—¡Presta atención! —exclamó, de pronto, hecha una furia. Sintió que los nervios la desbordaban. ¿Cuánto tiempo le quedaba?—. Como te he dicho, poseo un sofisticado sistema de escuchas —le recordó, recuperando un tono calmado—. Los micrófonos instalados en las viviendas que alquilo o vendo me permiten conocer jugosos secretos de los inquilinos. Les escribo un anónimo, amenazándoles con exhibir su pecado, con un número de cuenta donde deben depositar una golosa cantidad si quieren comprar mi silencio. Brillante, ¿no? —preguntó al ver su rostro de asombro.

—Asqueroso.

—Siempre has sido una mojigata, Elsa. Esa gente está forrada. ¡Qué son unos miles de euros para ellos a cambio de mi silencio! Un marido infiel, una ludópata, fraudes a Hacienda, drogas; hasta he llegado a tener una ninfómana. Todos acaban pagando.

—Así que, para seguir disfrutando de tus ingresos extras, tuviste que eliminar a Alfredo.

—Se convirtió en un estorbo. Antes o después acabaría por aparecer el cadáver de Jorge y sabía que no lograría sonsacarle el paradero de las joyas. A veces es preferible renunciar al premio gordo para seguir disfrutando de las

migajas. Tengo suficiente para vivir bien.

—Y urdiste tu plan...

—En efecto. Me hice con unos gramos de digital, una planta muy común en zonas no cultivadas. Produce una serie de sustancias activas que, en dosis controladas, son de gran utilidad para las afecciones cardiacas, pero en ingestas mayores, causa severas arritmias, inhibiendo la actividad del sistema nervioso simpático y reduciendo drásticamente el latido del corazón y la presión arterial, provocando la muerte súbita por parada cardiorespiratoria.

—Había olvidado tu debilidad por la jardinería —dijo con sarcasmo, disimulando su angustia.

—Sólo tuve que encontrar el momento adecuado de echarlo en su copa... Claro que, previamente, escondí en el dormitorio de Ángela las joyas robadas que Jorge me había regalado y un frasco con un poquito de veneno. ¡Pan comido!

—Estás loca de remate.

—Confundes la locura con la inteligencia.

—Te encontrarán y te pudrirás en la cárcel.

—Puede, pero antes me habré llevado por delante a unos cuantos cretinos y cretinas.

Le entró el pánico. Sin duda, estaba perdida. Pensó en Mario, en el tiempo que habían pasado juntos repasando toda la información concerniente al caso. Julia jamás había figurado como una posible sospechosa, ni siquiera la nombró cuando largó su asombrosa lista. Mónica, David, Felipe, Fernando... Pero ella, no.

Iba a morir si nadie detenía a Julia. Y nadie lo haría porque nadie estaba al tanto de su paradero; nadie la había visto subir a su coche...

—Tal vez cuando estés muerta, tu madre busque consuelo en mi padre.

—¡Eso no va a pasar! Preferiría estar muerta antes que lanzarse en brazos de ese desalmado.

—Ésa es una incógnita con la que te irás a la tumba.

—Podías haber salido bien parada de este lío si hubieras permanecido en silencio. Secuestrándome sólo has empeorado las cosas. No tardarán en darse cuenta de que he desaparecido y me buscarán. Acabas de firmar tu sentencia

de muerte, Julia. ¿Por qué?

—No contaba con que descubrirían a Jorge tan pronto —confesó, lanzándole una citación.

Elsa la leyó con atención.

—Te citan para un análisis de ADN.

—Exacto. Y entonces sabrán que fui yo. Eso ha acelerado las cosas. Mañana tomaré un vuelo para Sudamérica, pero antes acabaré contigo.

Viernes, 31 de diciembre de 2010 – 16,47 horas.

Debían actuar con la mayor rapidez y diligencia posible. La vida de Elsa dependía de ello, pensó Fernando, desolado, al recordar la angustia de Ángela al teléfono cuando le comunicó lo sucedido.

La llamada de David alertando de la desaparición de la psicóloga puso en marcha el protocolo de urgencia. Junto con Mario, quien tuvo que revelar su verdadera identidad e implicación en el asunto, recibió las instrucciones precisas del juez instructor.

Aquella tarde puso a trabajar a todos los guardias civiles de servicio. Mientras unos trataban de localizar el paradero de Elsa a través del localizador de su teléfono móvil, otros hacían lo propio con el de Julia. Por fortuna, la supuesta secuestradora tenía un moderno coche que contaba con GPS.

La señal permitió acotar el terreno donde podrían encontrarse. Parecía indicar una finca en Villanueva de la Cañada. Tras ponerse en contacto con el propietario de la agencia inmobiliaria, averiguaron que Julia tenía asignada la venta de una vivienda en una urbanización de dicho municipio.

Tomó nota de la dirección exacta y dio orden a sus hombres de comenzar con la operación. Tres vehículos oficiales salieron hacia aquel destino.

Mario se sumó a la búsqueda. Lideraba la caravana montado en su todoterreno.

Viernes, 31 de diciembre de 2010 – 16,59 horas.

Elsa vio que Julia se ponía alerta al escuchar el rugir de motores. ¿Qué diablos ocurría?

Sin perder un segundo, Julia tomó una cuerda de una de las estanterías y la ató a la silla.

—Si dices una sola palabra, te corto el cuello —le aclaró, tapándole la boca con esparadrapo.

Se ausentó unos segundos, saliendo por la puerta que ella había localizado minutos antes.

Una ráfaga de aliento la invadió. ¿Tendría alguna posibilidad de salir de allí con vida? Intentó desatarse, sin éxito.

—No podrás hacerlo —dijo, de repente, su raptora—. Así que estate quieta. Parece que tenemos espectadores.

Ella entornó los párpados, asustada por el desenlace.

—Tu amante está aquí. Oh, sí, os he tenido vigilados todo el tiempo. Desde el principio supe que era poli. También a él le coloqué micros y el muy tonto solía reunirse allí con su compañera, una tal Pilar. Fue un aliciente más tener que esquivar sus pesquisas.

Ella, amordazada, sintió el escozor de los ojos. Estaba a punto de romper a llorar. Pánico, sentía pánico... por su vida y por la de Mario.

—Venga, mira el lado bueno. Al menos echaste un polvo antes de morir.

Un estruendo indicó que estaban cerca. Probablemente acababan de echar la puerta abajo.

Julia se colocó estratégicamente detrás de ella, con el cuchillo apuntando a su cuello.

—Suéltala Julia —le pidió Fernando, entrando por la puerta que daba acceso al garaje. El recinto se llenó de agentes.

Al ver a Mario, ella tembló de emoción. Julia le dedicó una sonrisa llena de burla y maldad.

—No tienes escapatoria —continuó el capitán—. Tira el cuchillo y acabemos con esto de una vez. Sabemos lo de tu viaje a Colombia.

Ella permaneció inmóvil, aterrada, sintiendo el filo del cuchillo rasgarle la piel.

—Voy a salir de aquí y voy a hacerlo con vida porque, si no, me la cargo —repuso Julia—. Y supongo que no querrás eso, ¿verdad?

—De acuerdo, tranquila. ¿Qué quieres?

—Quiero que tus hombres y tú tiréis las armas y salgáis de aquí. Elsa y yo montaremos en mi coche y nos largaremos. ¡Ya! —exclamó, al mismo

tiempo que le asestaba un profundo corte en el cuello.

—De acuerdo, de acuerdo, pero no le hagas daño. Bien, chicos, soltad las armas e id saliendo —ordenó, mientras tiraba su pistola al suelo.

—Tú... —Julia señaló a un cabo—, acércame el arma.

Fernando asintió y él lo hizo. Julia, concentrada en el movimiento de empuñar la pistola y apuntar con ella sobre su sien, retiró un segundo la vista del frente. Fue justo entonces cuando un agente, apostado detrás de la puerta, disparó con rapidez, atinándole de lleno en la cabeza.

Julia cayó desplomada y ella, en estado de shock, rompió a llorar.

Mientras algunos agentes se cercioraban de la muerte de Julia, Fernando acudió a socorrerla, liberándole de las ataduras y retirando el esparadrapo de su boca.

—Mató a mi padre —alcanzó a decir entre lágrimas, desmayándose en brazos del capitán.

Capítulo 17

Madrid.

Martes, 4 de enero de 2011 – 12,20 horas.

Después de tres días en el hospital, víctima de innumerables pruebas médicas e interrogatorios policiales, Elsa regresó a casa con un diagnóstico claro: conmoción cerebral como consecuencia de los golpes, estrés postraumático, magulladuras en el cuerpo, perforación del tímpano por la explosión del proyectil que mató a Julia, un tajo en el cuello y una brecha en la cabeza que había necesitado cuatro puntos de sutura.

Vamos, que estaba con vida pero hecha una pena.

Sonrió a su madre que, absuelta de todo delito, la miraba orgullosa.

Desde que había puesto un pie en casa, la abuela, Cristina y mamá no dejaban de mimarla y darle todos los caprichos.

—Te he preparado tu comida favorita: calamares en su tinta con arroz blanco —le dijo Cristina.

—Estupendo, gracias —repuso, tomándose un ibuprofeno—. Tengo un espantoso dolor de cabeza.

—Pondré la mesa en el salón —dijo Ángela—. He invitado a Fernando a comer —aclaró, saliendo apresuradamente de la cocina.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Elsa a Cristina.

—O mucho me equivoco, o tu madre ha echado el ojo a nuestro capitán.

—Eso es fantástico —asintió ella, optimista—. ¿Puedo preguntarte algo?

—dijo, cambiando de tema—. Si consideras que mi intromisión va más allá de nuestra amistad, no me contestes.

Cristina, se quitó el delantal de cocina y se giró hacia ella.

—Dispara de una vez, niña. No tengo todo el día.

—Papá te defendió en un caso de robo. Perdiste el juicio, pero días más tarde retiraron los cargos contra ti. —No había rictus de asombro en el rostro de Cris. Tampoco rencor ni dolor—. Yo... Siento curiosidad.

—Tu padre era una gran persona. En efecto, le robé un par de chucherías a la mujer para la que trabajaba. Fue una estupidez. No sé por qué lo hice. Supongo que quería cabrear a mis padres, que me habían echado de casa en cuanto supieron lo de mi embarazo.

—¿Embarazo?

—Sí. Por aquel entonces era una joven impulsiva y confiada; dos cualidades que me trajeron muchos problemas. Tuve la suerte de que me asignaran a Javier como abogado de oficio. Perdí el juicio pero tu padre, que confió en mi palabra de enmendar mis errores, convenció a la mujer para que retirase los cargos. Supongo que el estar esperando un hijo ayudó. Tu padre se encargó de encontrarme un trabajo y fue entonces cuando empecé a cuidar de tu abuela; o debería decir que Teresa empezó a cuidar de mí. Perdí el bebé, pero ella se ocupó de todo. Me dio un techo donde dormir, cariño y comprensión. Y lo que empezó siendo una relación laboral se fue convirtiendo en una gran amistad. Nunca tendré palabras suficientes de agradecimiento hacia tu familia. ¡Nunca!

—Tu familia, no lo olvides. Ahora también es tu familia —le dijo, propinándole un gran abrazo.

Tras la comida, Elsa se retiró a su habitación. Tumbada sobre la cama, recordó, muerta de risa, las palabras de despedida de su madre a Fernando.

«¿Cuántas veces voy a tener que invitarte a comer para que te lances a invitarme a cenar?». Podía decirlo más alto, pero no más claro. El capitán, con una sonrisa de satisfacción en la boca, había respondido con un simple y llano «te llamaré». A ella le hacía inmensamente feliz la idea de una posible relación entre ambos.

El amor no se podía forzar ni exigir pero, en ocasiones, un empujón

ayudaba.

Aquello le hizo recordar su relación con Mario. No dejaba de pensar en él. Se preguntaba por qué no había acudido a verla al hospital. Sabía por Fernando que las joyas seguían sin aparecer y, a esas alturas, era improbable que las encontrasen. Suponía que, tras cerrar el caso, Mario estaría inmerso en papeleos y formalismos. ¡Pero eso no justificaba que la ignorase de aquel modo!

Vale que en su último encuentro no fue precisamente amable con él. Estaba cabreada pero, al menos, ahora que todo había acabado, podría darle la oportunidad de explicarse; de aclarar ciertas cosas. Además, si como decía, la quería, ¿por qué no había llamado interesándose por ella ni una sola vez? ¡Tenía su número!

—Ha llamado Mónica, pasará a verte luego —le anunció su madre, entrando sin llamar.

—Perfecto. Le debo la vida.

—¿Estás bien?

—Eso creo —respondió entre dientes—. Mamá, ¿por qué Mario no ha venido a verme?

Compadeciéndola, su madre le clavó los ojos azules.

—Se ha ido.

—¿Cómo dices? —preguntó con un brinco.

—Vino a despedirse al hospital. Tú estabas todavía inconsciente. Me contó quién era en realidad y se disculpó por haberme mentado. También me confesó que estaba enamorado de ti pero que, al no ser correspondido, se retiraba de tu camino.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Nunca pensó que su partida le causaría tanto dolor.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le acusó—. Caramba, mamá, llevas toda la vida metiendo las narices en mi vida sentimental y, cuando realmente necesito tu ayuda, me fallas. ¿Cómo has podido callarte una cosa así?

—Pensé que él no te importaba —dejó caer.

Ángela supo entonces que su hija acababa de morder el anzuelo.

La conocía de sobra. Por supuesto que estaba enamorada de él, concluyó,

al verla envuelta en lágrimas. Sólo necesitaba un pequeño correctivo para darse cuenta.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Lo siento —dijo, segura de que si Elsa amaba a Mario, lo encontraría. Era terca como pocas.

Martes, 4 de enero de 2011 – 18,00 horas.

Mónica cogió su maletín y se dispuso a cerrar el despacho para ir a ver a Elsa.

—¿Ya te vas?

—David, me has asustado —dijo al verle allí plantado. No le había visto entrar—. Le prometí a Elsa que iría a visitarla hoy. ¿Quieres acompañarme?

—No puedo, he quedado con tu hermano para tomar una cerveza.

—Claro, debí suponerlo. Con todo lo ocurrido, no habéis tenido tiempo de veros. —Como el abogado no se movía ni decía nada, ella continuó hablando—. ¿Querías algo?

—Pues, en realidad, tenía pensado invitarte a cenar. —Ella le miró atónita—. En recompensa por tu labor en la captura de Julia —prosiguió, balbuceando. Estaba nervioso.

—No, gracias. No me debes nada, lo hice encantada. Elsa es mi amiga. Es a ella a quien deberías invitar a cenar —repuso, instándole a salir del despacho y cerrando la puerta con llave.

—Es que resulta que es contigo con quien quiero cenar —estalló, de pronto, enfadado.

David estaba harto de que todos diesen por hecho que sentía algo por Elsa. Mónica se quedó parada ante su repentina declaración.

—Si prestaras un poquito más de atención a los detalles, te habrías dado cuenta hace tiempo —insistió.

Y, sin esperar una respuesta, se acercó a ella y le propinó un beso en los labios que dejó a la juez completamente descolocada.

—Si no tienes nada que decir, te recogeré a las nueve en tu casa. Hasta luego —se despidió, satisfecho, dejando a Mónica, plantada, con un par de narices.

—Un momento —gritó ella.

Él se acercó, temeroso. ¿Es que de verdad iba a rechazarle?

—¿Podrías repetir eso, pero más despacio? —le pidió, tirando de la corbata y devolviéndole el beso con pasión.

Martes, 4 de enero de 2011 – 18,30 horas.

Ambas amigas se fundieron en un emotivo abrazo al verse.

—No sé qué decir, salvo gracias —dijo Elsa a Mónica ya acomodadas en el salón—. Gracias de todo corazón. Si no es por ti...

—Supongo que fue un golpe de suerte que recibiera aquella denuncia. Julia era especial, pero jamás pensé que pudiera estar tan enferma. ¡Es horrible!

—Lo de su madre la trastornó hasta el punto de hacerle perder la cabeza. Y, ¿sabes lo más curioso? En el fondo lamento su muerte. La apreciaba mucho.

La tristeza envolvió aquel momento.

—¿Estás segura de querer seguir estudiando las patologías criminales? —bromeó Mónica, con el fin de relajar la tensión.

—Ahora más que nunca, aunque espero no verme envuelta de nuevo en una trama semejante.

—Hugo me ha contado lo de Mario; poli, nada más y nada menos.

Ella apretó los dientes con fuerza para no ponerse a llorar, pero la juez captó el ligero temblor de su mandíbula.

—Lo siento, creo que he metido la pata, aunque no tengo claro a cuál de los dos, a Mario o a Hugo, debería haber omitido.

—Supongo que a los dos —rió ella por lo absurdo de la situación, recobrando la compostura—. Mario se ha largado sin despedirse y la culpa es mía. Me dijo que estaba enamorado de mí y, a cambio, yo le dije unas cuantas barbaridades. Estaba furiosa con él por haberme engañado.

—Bueno, aún puedes recuperarle. La esperanza es lo último que se pierde. Si yo he logrado que David me bese, lo tuyo es pan comido.

Elsa dio un respingo en el sillón.

—¡Le gustas! ¡Lo sabía!

—Hemos quedado para cenar esta noche. Insistió tanto que no pude negarme... —fanfarroneó, distendida como sólo se mostraba con su hermano.

Era fantástico verla relajada, pensó ella. Mónica era una gran mujer y ella siempre, siempre, le estaría inmensamente agradecida.

—Oye, llevo tiempo queriendo decirte algo. No te va a gustar —subrayó Mónica.

—Después de lo de estos días atrás, creo que podré soportar cualquier cosa. ¡Dispara!

—¿Recuerdas aquella foto en la que Hugo se estaba besando con una morena despampanante?

—¡Cómo olvidarla! Aquello supuso nuestra ruptura.

—Pues te la envié yo —le reveló—. No debí hacerlo, pero estaba harta de ver cómo te engañaba con otras. Elsa, lo siento, tendría que habértelo dicho a la cara, pero no me atreví.

—Entonces supongo que he de darte las gracias por segunda vez esta tarde —dijo, viendo cómo se borraba la mueca de preocupación del rostro de su amiga.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—Al revés, me abriste los ojos. Hugo es un gran profesional, pero un capullo.

—No sabes el peso que me quitas de encima —anunció, levantándose y cogiendo el maletín—. He de irme, ¿no querrás que llegue tarde a la primera cita?

—Me alegro mucho por los dos. De veras. Di a David que me las va a pagar. Mira que ocultarme que le gustabas...

—Espero no estropearlo —susurró con un rictus de ansiedad en el rostro.

—Mónica, sólo tienes que ser tú misma. Eres otra cuando te ríes. Recuerda que está loco por ti. Anda, te acompaño a la puerta.

—Prometo volver mañana para contarte todos los detalles.

Capítulo 18

San Lorenzo de El Escorial.

Miércoles, 5 de enero de 2011 – 10,00 horas.

Al ver movimiento de personas en la casa de piedra, Elsa cruzó con velocidad la pequeña distancia que separaba ambas viviendas.

—Hola —saludó a una mujer que se esmeraba en colocar en una furgoneta los bártulos que le iban alcanzando unos hombres vestidos con un mono azul.

—Hola —contestó, inquisitiva—. ¿Puedo ayudarla?

—Estoy buscando a Mario.

—Usted debe de ser Elsa —dedujo la mujer al ver sus heridas.

—Sí, y usted debe de ser Pilar, la compañera de Mario.

—En efecto —le confirmó—. Me gustaría poder ayudarla, pero él no está aquí. Hace unos días pidió una excedencia voluntaria. Y, en cualquier caso, aunque supiera su paradero, no se lo diría. Es información confidencial.

—Por favor, necesito hablar con él —le rogó—. Por favor...

—Ya le he dicho que no sé donde está.

—He intentado localizarle en el móvil, pero no da señal.

—Ese número ha dejado de estar activo.

—Entonces, ¿no hay manera de localizarle?

—Lo siento.

—De acuerdo —se rindió—. No obstante, si le ve, dígame que le estoy

buscando, por favor. Me haría un enorme favor —insistió, tomando el camino de regreso, cabizbaja.

—Un momento —la detuvo la agente—. Espero no tener que arrepentirme. Si de verdad quiere verle... —Ella asintió, suplicante—. Pruebe en casa de sus padres. Creo que tenía pensado pasar allí el día de Reyes.

—Gracias.

Valladolid

Miércoles, 5 de enero de 2011 – 13,30 horas.

Pese a la negativa de Ángela a dejarla viajar, aduciendo su débil estado de salud, Elsa subió al coche y tomó el camino que llevaba directamente a la finca de Isabel y Joaquín. Sabía que no sería bien recibida, pero valía la pena arriesgarse.

Se adentró en la finca y aparcó junto a la camioneta de Mario.

—Hola, Belén. Estoy buscando a Mario —explicó, al verla frente a ella, con cara de pocos amigos—. Por favor.

—Elsa, Elsa —gritó Marcos, entusiasmado, corriendo directamente a sus brazos.

—Hola, campeón —respondió ella, con un fuerte achuchón.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —quiso saber el niño.

—Un accidente. Me caí por una escalera —mintió.

—¡Guauuuuu! ¡Vaya golpazo!

—Marcos, ve a buscar al tío —le pidió su madre—. Dile que Elsa está aquí.

—Gracias —contestó.

—No me las des todavía. Si le haces daño, te pongo de patitas en la calle en menos que canta un gallo.

Ella no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación.

Mientras le esperaba impaciente en el porche, Mario apareció por la puerta que daba acceso al mismo, vestido con ropa informal y barba incipiente. Manteniendo las distancias, apoyó la espalda en la pared y dobló una rodilla, plantando el pie en el muro. A ella le pareció peligroso, con aquella pose de indiferencia.

En silencio, le dirigió un examen de arriba abajo y esperó a que ella

tomase las riendas de la conversación.

—Hola —saludó, reconociendo el dolor en sus ojos—. ¿Podemos hablar?

—Te escucho.

Ella miró a su alrededor. Su familia al completo estaba allí, observándoles.

—En privado.

—Elsa, ¿a qué has venido?

Era evidente que lo que había ido a decir tendría que hacerlo delante de todos. De acuerdo, no iba a dejarse intimidar por aquella actitud amenazadora. Se armó de valor y tomó carrerilla.

—Te fuiste sin despedirte.

—No pensé que te importara.

«La primera en la frente», pensó. No se lo iba a poner fácil.

—Me hubiera gustado darte las gracias por todo lo que hiciste por mi madre... y también por mí.

—Ya lo hizo ella por las dos. No tenías que haberte molestado en venir.

—Joder, Mario, dame un respiro, ¿vale? —se quejó, irritada por su actitud hiriente—. Oye, sé que estás molesto conmigo. Vertí acusaciones sobre ti que luego resultaron ser mentira. ¡Estaba cabreada! Asustada, diría más bien. Intenta comprenderme. Mientras mi madre hacía frente al grave cargo de asesinato, yo descubro que me estoy acostando con el policía causante de todo el embrollo. Ya sé que tu intención siempre fue proteger a mi familia pero, ¿cómo crees que me sentí yo? Traicionada, dolida... engañada. Por segunda vez en mi vida me fijaba en el tipo equivocado. Y lo peor de todo es que ese tío me gustaba —dijo, como si la cosa no fuera con él.

Mario permaneció inmóvil, sin decir ni una palabra. Sus labios parecían estar sellados. Tampoco se inmutaron el resto de oyentes. «¡En su vida se había visto en una situación igual de surrealista!», reflexionó.

«¿Qué diantres hacía allí plantada, diciendo disparates e intentando justificar su presencia? ¿Por qué no soltaba de golpe lo que había venido a decir y se marchaba? Estaba claro que no era bien recibida».

—¿No vas a decir nada? —insistió, perdida—. Desperté en aquel hospital

y tú no estabas. No podía dejar de pensar en ti; en todo lo que habíamos pasado juntos. Cuando mamá me dijo que te habías largado, el corazón me dio un vuelco. Pensar en no volver a verte, me estaba matando.

Le dirigió una profunda mirada de socorro, pero él no se inmutó.

—Mario, estoy enamorada de ti.

No hubo respuesta. Ni siquiera un aspaviento, una mueca de emoción. Nada. Mario continuó con la mirada clavada en ella, sin hacer ademán de responder.

—Lo siento, no debí venir —añadió, tragándose las lágrimas y apresurándose hacia su coche.

—Llevas días enteros vagando por las esquinas, como un alma en pena, y cuando ella aparece, te quedas ahí plantado como un pasmarote —le achacó su hermana—. Ve por ella, capullo arrogante. ¿Es que no has oído nada de lo que ha dicho?

Mario echó a correr como alma que llevaba el diablo. Con una mano apretada contra la puerta del coche, impidió que Elsa pudiera abrirla. Ella se giró, sollozando.

—¿Qué has dicho? —le preguntó él.

—He dicho muchas cosas.

—La última parte —le dijo, secándole las lágrimas con el pulgar.

—¿Te refieres a, que estoy enamorada de ti?

—Elsa, yo... Me repetiste tantas veces que lo nuestro era sólo sexo que llegué a creérmelo.

—Creo que yo también lo creía hasta que te perdí.

—No sé qué pensar ni qué hacer. Vienes hasta mi casa, me dices que estás enamorada... ¿Qué se supone que debo hacer yo?

—Sólo tú tienes la respuesta a esa pregunta. Aunque, si sientes lo mismo que yo, podrías empezar por darme un beso. Creo que después de desplazarme hasta aquí, hecha unos zorros, y protagonizar semejante espectáculo delante de tu familia al completo, es pedir poco a cambio.

Mario le atrapó la cara con las manos y la besó suavemente en los labios.

—Te quiero, Elsa.

—Mario, me vuelvo a Nueva York en un par de días. Lola y Fernando

han tirado de contactos y, tras exponer los motivos que causaron mi baja, la dirección del máster ha decidido readmitirme en el curso. Sé que es pedirte demasiado pero si quisieras esperarme, podríamos intentarlo a mi vuelta. Sólo serán seis meses.

—No, no puedo —negó en rotundo—. Me voy contigo. No pienso esperar tanto para besarte de nuevo. Quiero pasar contigo todo el tiempo que pueda. Aquí, en Nueva York o donde sea.

—Te advierto que Nueva York es una ciudad muy fría —matizó ella, disimulando la emoción que la embargaba.

—Perfecto —contestó—. Ya me encargaré yo de que entremos en calor.

Epílogo

Vuelo Nueva York-Madrid.

Sábado, 5 de junio de 2011 – 10,00 horas.

Por la ventanilla del avión, Elsa echó un último vistazo a la ciudad que le había devuelto la esperanza. En ella había descubierto que el amor podía ser un sentimiento bello, gratificante y correspondido.

Fue en Nueva York donde empezó todo, el día en que Mario le derramó la copa encima. Y allí, en un pequeño apartamento de no más de treinta metros, habían convivido en armonía los seis meses que restaban para terminar el curso de criminalística.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de Mario. Había resultado ser un compañero fabuloso y un amante entregado y fogoso.

Mientras ella se esmeraba en superar el curso, Mario, en excedencia, se había tomado un merecido descanso cuidando de que nada le faltara y ausentándose de su lado únicamente para promocionar sus vinos.

—No puedo creer que David y Mónica vayan a casarse la semana que viene —dijo ella, entusiasmada, recostándose sobre el asiento del Boeing 747—. Estoy deseando que llegue el momento.

—Se les veía muy felices cuando vinieron a pasar unos días en Semana Santa —convino Mario.

—Es cierto —respondió, premiándole con un beso.

—Elsa, cástate conmigo —le pidió, de pronto, tendiéndole una cajita,

envuelta en papel plateado.

Fue en un avión donde se besaron por primera vez y, precisamente por esa razón, Mario había elegido ese mismo lugar para proponerle matrimonio. Había meditado sus palabras a conciencia pero ahora, sin champán ni música de violines, le resultaba demasiado simple, rudo.

—Soy un patán. Supongo que tenía que haber esperado a pedírtelo durante una cena romántica —murmuró para sí mismo, al ver que ella no reaccionaba.

Elsa abrió el paquete y vio un anillo de oro blanco coronado con pequeños diamantes.

—Es precioso —afirmó, conteniendo las lágrimas—. ¿Crees que podrás soportar estar casado con una mujer que tiene por principio ir besando la boca de otros hombres a tus espaldas?

—Podré, siempre que tú tengas claro que tu marido pasará días, tal vez semanas, fuera de casa. Soy policía de investigación, Elsa. Me gusta lo que hago y, a nuestro regreso, tenía pensado solicitar el reingreso.

—Mario, estoy orgullosa de lo que eres. Y soportaré eso y mucho más, siempre que me prometas que, cuando vuelvas a casa tras una misión, será mi rostro lo primero que desees ver.

—¿Eso es un sí?

—No, inspector, esto es un sí —le dijo, dándole un beso y poniéndose el anillo en el dedo.

San Lorenzo de El Escorial.

Sábado, 5 de junio de 2011 – 22,00 horas.

El Escorial estaba precioso en esa época del año, tuvo que admitir Mario. Los pinos, robles y encinas llamaban poderosamente la atención como resultado de la increíble mezcla de colores entre verdes y amarillos.

Sentado en las escaleras del porche de casa de Ángela y tras una copiosa cena, disfrutaba respirando el aire puro de la sierra de Madrid.

Hacía apenas unas horas que su vuelo había aterrizado. Un vuelo lleno de sorpresas y futuras promesas. Iba a casarse con Elsa. ¡Nunca antes había ansiado tanto algo! La amaba como jamás pensó que podría. A sus treinta y cuatro años, se consideraba un hombre afortunado; tenía una familia

maravillosa, un trabajo que le llenaba y una mujer dispuesta a compartir la vida con él.

—¿Una cerveza? —le dijo Fernando mientras le extendía una—. La vas a necesitar.

—Sí, gracias —respondió, cogiendo el botellín.

—Por más años que viva, nunca entenderé cómo se apañan las mujeres para escucharse, hablando todas a la vez. Dios, eso de ahí dentro parece un gallinero. Ángela está loca de contenta con la noticia de vuestra boda pero, si no la frenamos a tiempo, te robará a la novia hasta el día de la ceremonia.

—Entonces, tal vez ha llegado el momento de que se distraiga organizando la suya, ¿no crees? ¿Cuándo vas a pedirselo?

Fernando le miró de reojo.

—Pronto.

Sonrió para sí mismo. Fernando era un hombre parco en palabras y, sin embargo, expresaba más con un solo vocablo que otros con una docena. Inspector y capitán habían congeniado desde el principio. Con el tiempo, habían alcanzado cierto grado de confianza y, a la vista de su respuesta, dedujo que en breve irían de boda.

Le gustaba Fernando. En cierto modo, llevaban vidas paralelas. Ambos compartían profesión y mantenían una relación con madre e hija, respectivamente, que duraba ya seis meses.

—Vaya, estáis aquí —les sorprendió Ángela.

Fernando le hizo un gesto para que tomara asiento a su lado y ella, obediente, lo hizo.

«Es un hombre realmente atractivo», pensó Ángela, contemplando su piel curtida por el sol en contraste con su pelo canoso.

Siguiendo sus consejos, Fernando la había invitado a cenar aquella noche y, desde entonces, eran inseparables. Ella había amado a Javier con todo su corazón, convencida de que nunca más sería bendecida con un sentimiento tan grande y, sin embargo, por segunda vez en su vida, el poder de la varita mágica la había elegido a ella, premiándola con un amor maduro, puro y apasionado.

Era inmensamente feliz al lado de Fernando y, lo mejor de todo, fue

descubrir que aquel hombre respetaba todo lo concerniente a su forma de ser y de vivir. Desde que estaban juntos, ella no conocía las insinuaciones tendenciosas ni las coacciones emocionales, tan habituales en las parejas.

Tampoco había sentido presión alguna para que abandonara su hogar y se fuera a vivir con él. Al contrario, era él quien se adaptaba a ella, como una segunda piel. De un modo sutil, casi inapreciable, se había instalado en su vida, en su casa; primero dejó el cepillo de dientes, luego la maquinilla y la espuma de afeitar y, poco a poco, se había convertido en uno más de la familia.

Como si se tratara de un desfile, el resto de habitantes de la casa fue saliendo al exterior, dispersándose por el amplio porche de suelo de madera. Elsa colocó su trasero en el escalón, a su lado; Cristina se acomodó en una mecedora del porche y Teresa, radiante, instaló su silla de ruedas en el mismo centro.

—Mario, mañana es domingo —le recordó Teresa. Él le dedicó una sonrisa cómplice. Adoraba la picardía de aquella octogenaria que rebosaba juventud—. Aunque estés a punto de contraer matrimonio, no deberías renunciar a las viejas costumbres. Estaré esperando los churros con el chocolate recién hecho.

—¡Abuela! —se quejó Elsa.

—Nena, más te vale adiestrarle desde el principio. Así no te saldrá rana.

—Mamá, olvidas que mañana los chicos tienen planes... —recalcó Ángela, fulminándola con la mirada y cambiando de tema—. Cristina, ¿cuando llega Santiago de su congreso?

—En un par de días —repuso, entusiasmada. También ella estaba viviendo su particular historia de amor.

—¿Planes? ¿Qué planes?

Quiso saber Elsa, dirigiéndose a Mario.

—Vamos, basta de disimulo. Me doy perfecta cuenta de que estáis tratando de ocultarme algo.

—Será mejor que os vayáis ya —sugirió Fernando—. Se acabó el misterio. Toma las llaves de mi coche. —Y se las lanzó—. Vuestras maletas siguen en el maletero.

—¿Alguien va a explicarme de qué va esto? —insistió Ella.

Silencio absoluto, acompañado de muecas absurdas. ¿Por qué ella era la última en enterarse de todo?

—Vale, lo capto, nadie piensa soltar prenda.

Mario la tomó de la mano y la acompañó hasta el coche. Lo sorprendente fue cuando detuvo el vehículo treinta metros más allá, frente a la casa de piedra.

—¿De qué va esto? —preguntó ella, asombrada—. ¿No habrás alquilado esta maravilla de casa sólo porque yo soñaba con vivir en ella de niña?

Mario podía ser realmente hermético cuando se lo proponía.

—Vale. Ya veo que no piensas decir ni «mu». Entonces me callo. Esperaré hasta que decidas desvelar el misterio, aunque ya sabes que la paciencia no es mi fuerte...

Él abrió la puerta y le cedió el paso. Ella se quedó boquiabierta.

—Pero, ¿dónde está todo? ¡No hay ni un solo mueble! —La vivienda estaba vacía, incluso podía oír el eco de su propia voz.

Al pasar adentro, la vista se le desvió hacia un colchón tirado en el suelo del salón, colocado estratégicamente junto a la chimenea, ahora apagada, y con una botella de champán en la cabecera.

—Mario, ¿qué significa esto? Te ruego que, antes de que mi imaginación se desborde del todo, me digas...

—Elsa, tenía la esperanza de que accedieras a casarte conmigo, como ha sucedido. Cuando vuelva al trabajo, pasaré largas temporadas fuera y, dentro de lo posible, me gustaría dejarte acompañada. No se me ocurre mejor compañía que la de tu familia. Además, sé lo mucho que te gusta esta casa. La he comprado. Digamos que es mi regalo de pedida.

—Cariño, es lo más bonito que nadie ha hecho por mí —añadió, estupefacta—. Pero, a sabiendas de que romperé este momento de romanticismo, necesito preguntarte algo. ¿Cómo vamos a pagarlo?

A Mario no dejaba de sorprenderle la vena pragmática de su futura esposa. Y, lo más curioso, es que era una cualidad que admiraba.

—Mi abuela me dejó una fortuna.

—Una fortuna... Define «fortuna».

—Tanto, que no tendrás que preocuparte en cómo o cuándo efectuar el siguiente pago. La casa ya es nuestra. La he pagado al contado.

Elsa se atragantó con su propia saliva.

—Era aquí donde viajabas tan frecuentemente, ¿verdad? Querías cerrar este tema sin que yo me enterara de nada.

Él asintió.

—Quería que fuese una sorpresa.

—Te aseguro que lo ha sido. Dime, ¿hay algo más que yo deba saber antes de convertirme en tu mujer? Odio enterarme de tus secretillos con cuentagotas. ¿De verdad que te llamas Mario Torres Salazar?

—De verdad de la buena —manifestó con la mano en el pecho, muerto de risa. Esa mujer tenía la facultad de hacerle reír como nadie más.

—Una vez te dije, de manera algo soez, lo admito, que me ponía tu pistola, pero lo que no te dije es que sin el pistolero que la enfunda no sería nada especial. Te quiero, pistolero.

Aquel comentario le arrancó una sonora carcajada.

—Es lo más romántico que me has dicho hasta ahora.

—Ven aquí —le exigió, besándole con ansia y empujándole hacia el colchón.

—¿No quieres ver las reformas de la casa? —se burló él con sorna.

—Lo que tengo pensado no puede esperar —aclaró ella, mientras le desabrochaba, seductoramente y uno a uno, los botones de la camisa.

Nada, absolutamente nada, podía empañar aquel momento mágico e inolvidable.